
El
QUARTERBACK
Que
ODIO
Hasta
BESARLO
SORAYA PONTES

© 2026 Soraya Pontes

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma o medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo de la autora, excepto en casos de citas breves utilizadas en reseñas y otros usos permitidos por la legislación de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares y acontecimientos son productos de la imaginación de la autora o utilizados de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

SUMARIO

Cap. 1 — La Chica Invisible
Cap. 2 — El Quarterback
Cap. 3 — El Último Lugar
Cap. 4 — Trabajo en Pareja
Cap. 5 — Mi Pesadilla Comenzó
Cap. 6 — Biblioteca Central
Cap. 7 — Su Mundo
Cap. 8 — El Aventón Bajo la Lluvia
Cap. 9 — Das Menos Miedo Cuando Te Ríes
Cap. 10 — Biblioteca al Aire Libre
Cap. 11 — El Tipo de Medicina
Cap. 12 — Su Mano en la Mía
Cap. 13 — Él Estaba Buscándome
Cap. 14 — El Aventón del Quarterback
Cap. 15 — Casi Un Beso
Cap. 16 — La Fiesta del Equipo
Cap. 17 — Bajo las Estrellas
Cap. 18 — No Huyas de Mí
Cap. 19 — El Pasillo del Dormitorio
Cap. 20 — Sosteniendo Mi Mano
Cap. 21 — Cuando la Luz Se Apagó
Cap. 22 — Cuando Estés Lista
Cap. 23 — Él Va a Terminar Rompiéndote
Cap. 24 — Confía en Mí
Cap. 25 — Finalmente Nosotros
Cap. 26 — Donde Quiero Quedarme
Cap. 27 — La Chica Que Cambió a Hunter Jones

EPÍLOGO — Cinco Años Después…

AGRADECIMIENTOS

"Solía creer que el amor era una distracción.
Algo bonito para que otras personas lo vivieran.
No para mí.

Pasé años intentando controlar todo:
mis sentimientos,
mis elecciones,
mi futuro.

Porque perder a alguien una vez ya había sido suficiente para entender cómo el amor puede doler.

Entonces conocí a alguien que entró en mi vida completamente mal.

En el peor momento.
De la manera más improbable posible.

Y, aun así…
se quedó.

Tal vez el amor no sea sobre encontrar a alguien perfecto.

Tal vez sea sobre encontrar a alguien que vea todas las partes rotas de ti…
y aun así elija quedarse.

Alguien que transforme el silencio en consuelo.
El miedo en valentía.
Y el caos en hogar.

No sabía que era posible amar a alguien hasta el punto de imaginar una vida entera a su lado.

Hasta Hunter Jones."

— Scarlett Olsen Bennett

CAPÍTULO 1

La Chica Invisible

El despertador de Scarlett vibraba bajo, insistente, como si tuviera miedo de despertar a todo el dormitorio. La luz todavía era de un gris pálido afuera, filtrada por persianas torcidas que nunca cerraban bien. Aun así, una franja dorada atravesaba el cuarto y se detenía justo encima de la mesita, iluminando la superficie abarrotada como un reflector sobre el caos: apuntes de anatomía con resaltadores vivos, un manual de fisiología abierto por la mitad, hojas sueltas con letras pequeñas y apretadas, dos tazas de café olvidadas con un anillo oscuro en el fondo y un vaso plástico aplastado al lado, como si hubiera perdido una batalla durante la madrugada.

Scarlett abrió los ojos despacio, como quien negocia con su propio cuerpo. La sudadera gris enorme, demasiado grande, como si hubiera sido elegida para esconder el hecho de existir, estaba arrugada a la altura del vientre. Se subió la manga hasta cubrir la mano, se frotó la cara y sintió que la piel clara se quejaba por la falta de sueño. Cuando se sentó en la cama, el colchón chirrió con ese sonido fino de vivienda estudiantil barata, y las puntas onduladas del cabello castaño claro se deslizaron por los hombros, ligeramente despeinadas, como si hubieran pasado la noche discutiendo entre sí.

Intentó pasarles los dedos, pero solo consiguió empeorarlo; algunos mechones insistieron en caer cerca de la cara, como si fueran un recordatorio constante del desorden que no podía controlar. Scarlett se recogió el cabello en una coleta apresurada con una goma que

encontró en la muñeca, hábito automático de quien vive atrasada o nerviosa, y, como siempre, algunas puntas se escaparon a propósito. O por terquedad. El resultado era un término medio entre "arreglada" y "me rendí", que combinaba perfectamente con su vida.

El otro lado del cuarto lo ocupaba una cama con una manta colorida tirada sin cuidado, una pila de ropa encima de la silla y una bandeja con envoltorios de snack que parecían multiplicarse durante la noche. Chloe Parker dormía atravesada, con la boca ligeramente abierta, el celular brillando debajo de la almohada como si tuviera luz propia. Scarlett miró por un segundo y sintió una punzada de ternura irritada.

Chloe era el tipo de persona que lograba ser bonita incluso durmiendo, como si su energía se derramara hasta en el silencio. A Scarlett le gustaba. Incluso cuando gustar exigía paciencia. Especialmente temprano.

Scarlett se levantó con cuidado, metió los pies en las medias altas y se subió el short cómodo que había sido la única elección posible para una mañana que no prometía misericordia. El suelo helado hizo que su columna se enderezara con un sobresalto. Caminó hasta la mesa, esquivando una mochila caída y un par de zapatillas tiradas como si hubieran sido abandonadas por un fugitivo.

Se sentó en la silla, que chirrió en protesta, y abrió el cuaderno de apuntes. Las páginas estaban marcadas con post-its en códigos que solo ella entendía. Arriba, un título escrito con esmero: "Sistema Linfático — Revisión". Debajo, líneas y más líneas de términos, flechas, esquemas dibujados con prisa, y un espacio vacío en el medio donde había escrito, en letras más pequeñas: "no olvidar". Como si fuera posible olvidar.

Se llevó el bolígrafo a la boca y mordió discretamente la tapa. Era un gesto pequeño, casi invisible, pero lo bastante constante como para que la punta del plástico ya estuviera marcada. La otra mano

organizaba los libros en una alineación obsesiva, como si poner las cosas en orden pudiera convencer a la ansiedad de hacer lo mismo dentro de ella.

Exámenes. Trabajos. Seminarios. Horas en el laboratorio. La lista parecía crecer en su cabeza con vida propia, y el pecho se le apretaba como si alguien hubiera puesto un peso justo encima del esternón. Scarlett respiró por la nariz, despacio, intentando empujar ese pánico a un rincón donde no estorbara. No hoy. Todavía no eran ni las siete de la mañana.

—¿Estás despierta? —la voz de Chloe surgió de la nada, ya demasiado animada para un cuerpo humano funcional a esa hora.

Scarlett giró la cara lo justo para ver a Chloe sentándose en la cama, el cabello rubio recogido en un moño torcido, los ojos aún hinchados, pero ya brillando como si alguien hubiera encendido un interruptor dentro de ella. Agarró el celular y lo desbloqueó con una velocidad impresionante para alguien que acababa de despertarse.

—¿Viste lo que publicaron en el grupo de la hermandad? —preguntó Chloe, ya desplazando la pantalla con el pulgar. —Tipo… en serio. Juro que esta universidad es un reality show.

Scarlett volvió los ojos al cuaderno.

—Ajá.

Chloe ni siquiera necesitó incentivo. Siguió como una radio que no conocía pausa.

—Natalie terminó con Liam. Otra vez. —Abrió la cámara frontal, se revisó la cara e hizo una mueca por lo que vio. —Y aparentemente ella tiró sus cosas al pasillo. Y alguien grabó. Claro que alguien grabó. Aquí, mira.

Scarlett oyó el sonido de un video reproduciéndose, voces alteradas, risas de fondo. Apretó el bolígrafo con más fuerza, como si el ruido pudiera contenerse por pura voluntad.

—Chloe… —intentó Scarlett, con una calma que no combinaba con la madrugada que aún pesaba en los ojos.

—Vale, vale. Perdón. —Chloe bajó el volumen, pero no lo apagó. —¿Estás estudiando otra vez?

Scarlett asintió, sin levantar la cabeza. Mordió la tapa del bolígrafo otra vez, como si eso fuera un ancla.

—Tengo examen.

—Siempre tienes examen. —Chloe estiró los brazos con un bostezo largo. —Tía, lo admiro. Lo juro. Pero a veces te miro y pienso: va a convertirse en una médica increíble o va a morir aplastada por un montón de libros antes de eso.

Scarlett intentó sonreír, pero fue más un tirón de la comisura que cualquier cosa. Le gustaba Chloe. Le gustaba la forma en que llenaba espacios, como si el silencio fuera un enemigo personal. Solo… algunas mañanas, Scarlett quería que la dejaran en paz para existir sin ser percibida.

—Voy a sobrevivir —dijo, como si fuera una promesa.

—¿Y vas al almuerzo hoy? —preguntó Chloe, ya abriendo una aplicación de mensajes. —La gente va al comedor nuevo. Dicen que ahora hay panqueques de verdad. Tipo… no esas esponjas tristes. Panqueques de verdad.

Scarlett pasó las páginas, buscando un esquema de vasos linfáticos. Le ardían los ojos. Parpadeó unas cuantas veces.

—No sé. Tengo clase temprano.

—Siempre tienes clase temprano. —repitió Chloe, pero sin maldad. Se levantó de la cama y empezó a hurgar en una bolsa en el suelo. —Vale, pero prométeme que por lo menos vas a comer algo hoy. Te pones con cara de fantasma cuando te olvidas de comer.

Scarlett pensó en decir que fantasma era un elogio. Los fantasmas pasaban sin ser notados. Pero se tragó la ironía junto con el cansancio.

—Como después.

Chloe hizo un sonido que parecía una rendición dramática y volvió al celular, tecleando rápido. El cuarto se llenó del ruido leve de notificaciones, del agua del calentador crepitando en la pared, del viento rozando las ventanas antiguas. Scarlett se aferró a esa rutina como si fuera lo único sólido alrededor.

Miró el reloj y sintió que el pánico volvía a morder. La mochila estaba abierta en el suelo, tragándose papeles. Scarlett empezó a apilar libros con prisa, a organizar lo que tenía que llevar. La tapa del bolígrafo volvió a los dientes. El sabor del plástico era familiar, casi reconfortante, como un hábito que no exigía energía.

El celular vibró encima de la mesa. No un mensaje. Una notificación de llamada. Scarlett se congeló medio segundo, luego tomó el aparato con las dos manos, como si sostuviera algo demasiado frágil para caerse. En la pantalla, el nombre: “Mamá”.

Pulsó aceptar y, en segundos, el rostro de su madre llenó la pantalla, iluminado por una luz más cálida, de casa, de cocina en mañana de escuela. El contraste golpeó a Scarlett como un olor antiguo.

—¡Buenos días, mi amor! —dijo su madre, demasiado alegre para alguien que probablemente también se había despertado temprano. El cabello castaño oscuro estaba recogido en una coleta baja y llevaba un delantal, como si la llamada fuera solo otra parte natural del día. —¿Ya estás en pie?

Scarlett se dio cuenta de que estaba sonriendo incluso antes de sentir la sonrisa. Una sonrisa pequeña, pero real. La primera del día.

—Ya. —Su voz salió más suave. —¿Y tú?

—Ah, ya hice café, ya organicé las cosas de Ethan… y tu padre salió temprano para el consultorio. —La madre inclinó un poco la cámara como si quisiera acercar la cara. —¿Cómo estás? Pareces cansada.

Scarlett relajó los hombros sin darse cuenta. Era como si la voz de su madre tuviera una función física de deshacer nudos.

—Solo… muchas cosas —admitió, y la forma en que lo dijo sonó menos como queja y más como confidencia.

—Lo sabía. —Su madre hizo una expresión de "madre" que atravesaba cualquier pantalla. —¿Estás durmiendo bien?

Scarlett pensó en la pila de libros, en el café viejo, en el despertador vibrando bajo, en el bolígrafo mordido.

—Lo estoy intentando.

—¡Scarlett! —una voz más aguda surgió al fondo, y la cara de Ethan apareció de repente en el cuadro, empujando a la madre a un lado con cero delicadeza. Catorce años de energía y ningún sentido de límites. El cabello se le erizaba como si hubiera peleado con la almohada y hubiera ganado. —¿Cuándo vas a volver? Necesito que vengas aquí para ayudarme a convencer a mamá de que me deje ir al partido del colegio la semana que viene.

Scarlett soltó una risa baja, genuina, que la sorprendió incluso a ella misma. El sonido fue rápido, pero calentó algo en el pecho.

—No necesitas ayuda para convencer a nadie, Ethan. Ya hablas por los codos tú solo.

—Eso es talento —dijo él, serio, como si fuera una defensa oficial. —Y estás desaparecida. ¿Olvidaste que eres mi hermana favorita?

—Solo tienes una hermana viva, Ethan —lo reprendió la madre con suavidad, pero sin dureza. Su mano apareció empujándole la cabeza fuera del camino.

Scarlett sintió un microchoque con la palabra, como si el aire hubiera cambiado de densidad por un segundo. Pero mantuvo la expresión. La sonrisa no se cayó, solo se volvió más cuidadosa.

—No lo olvidé —respondió Scarlett, mirando a Ethan. —Solo estoy… ocupada.

—Ocupada salvando vidas y siendo la favorita de todo el mundo ahí, ¿no? —Ethan entrecerró los ojos, fingiendo celos. —Apuesto a que ya tienes tipo… un novio médico guapo.

Scarlett se atragantó con su propia risa, llevándose la mano a la boca por reflejo.

—No, Ethan.

—Entonces estás mintiendo —decretó él, sacudiendo la cabeza como si su lógica fuera irrefutable. —Porque nadie puede estar tanto tiempo sin besar a alguien. Eso es… biológicamente imposible.

—¡ETHAN! —exclamó la madre, escandalizada y riéndose al mismo tiempo. —¡Ve a cepillarte los dientes!

Scarlett se cubrió la sonrisa con la manga de la sudadera. Las puntas del cabello se escaparon de la goma y ella jugueteó con ellas distraídamente, enrollándose un mechón en el dedo mientras oía a los dos discutir del otro lado de la pantalla. Era eso: ruido familiar, pullas, rutina. Casa.

—Está empeorando —comentó Scarlett, con cariño.

—Está creciendo —corrigió la madre, y en la manera en que lo dijo había un orgullo cansado. —Y tú también. Te veo ahí y me quedo… —Se detuvo, buscando las palabras. Sus ojos recorrieron el rostro de su hija como si intentaran tocar a través de la cámara. —Me siento muy orgullosa, Scarlett. Mucho.

Scarlett sintió que se le apretaba la garganta, pero de una manera buena, casi dolorosa. La culpa vino junto, silenciosa, acomodándose en el borde del pensamiento: los mensajes respondidos tarde, las llamadas perdidas, la distancia que no era solo física. Había salido de casa para perseguir un sueño y, en el camino, había dejado pedacitos de ella esparcidos por kilómetros.

—Gracias, mamá —dijo en voz baja. —Te extraño.

—Yo también, mi amor. —La madre sonrió, pero la sonrisa tenía una punta de melancolía. —Aquí en casa también. Pero lo entendemos. Estás construyendo tu vida.

—¿Y cuándo vuelves? —Ethan apareció otra vez, como si fuera imposible quedarse fuera de la conversación. —Porque te necesito para… no sé. Para que me enseñes a conducir cuando cumpla dieciséis.

—Tienes catorce —le recordó Scarlett, riéndose un poco.

—Vale, pero el tiempo pasa. —Se encogió de hombros con una gravedad falsa. —Y tú estás vieja. Ya estás en la universidad, ya ya vas a tener tipo… treinta.

—Guau. Gracias —respondió Scarlett, poniendo los ojos en blanco.

—Solo digo. Vuelve pronto. —Se acercó a la cámara, la frente ocupando la mitad de la pantalla. —Y trae algo guay. Tipo chocolate. O un estetoscopio. Quiero un estetoscopio.

—Ni siquiera sabes usar uno —lo provocó Scarlett.

—Aprendo. Soy inteligente. —Se señaló la cabeza. —Salí a ti.

—Ah, claro —dijo Scarlett, y la madre puso una expresión divertida, como si estuviera viendo una escena que ya se sabía de memoria.

Scarlett todavía estaba sonriendo cuando notó el cambio. Fue sutil, pero real: la madre se quedó callada. No del tipo "estoy escuchando". Del tipo "me detuve". Su mirada se quedó en Scarlett con un peso distinto, e incluso Ethan pareció darse cuenta, porque su energía se marchitó por un instante.

El silencio atravesó la pantalla con una precisión cruel. Scarlett sintió que el estómago se le hundía, como si hubiera perdido un escalón. No necesitó preguntar qué era. Siempre sabía cuándo aparecía ese silencio.

Scarlett bajó un poco la mirada. La mano que enrollaba el mechón de cabello se detuvo a mitad del movimiento.

—Sabes qué día es hoy, ¿verdad? —preguntó bajito, intentando mantener la voz estable.

La madre inspiró despacio, como si necesitara llenar el pecho para aguantar la respuesta. Cuando habló, parecía que cada palabra venía con cuidado para no romperse.

—Lo sé, mi amor.

Ethan quedó fuera del cuadro por unos segundos. Scarlett oyó un ruido al fondo, tal vez él moviendo algo en la cocina, tal vez intentando fingir que no estaba escuchando. El mundo, dentro del dormitorio, seguía igual: libros, tazas, persianas torcidas. Pero dentro de Scarlett, algo se cerró, como una puerta que conocía bien.

El silencio duró poco, pero fue suficiente para doler. No dolió como una herida nueva. Dolió como algo antiguo que nunca cicatrizó de verdad, solo aprendió a vivir con el tiempo.

—Ahora tendría trece años —dijo la madre, casi en un susurro. No necesitó decir el nombre, pero apareció solo en la cabeza de Scarlett, inevitable: Sophie.

Scarlett asintió, aunque sabía que quizá su madre no lo viera. Trece años. La coincidencia era una cuchilla que volvía cada año, el mismo día, con la misma precisión.

—Lo sé —respondió Scarlett, y su voz salió demasiado firme, como si la fuerza fuera un instinto. Como si flaquear fuera un lujo.

La madre mantuvo la mirada en ella, con un amor que parecía demasiado grande para caber en la pantalla.

—Vamos a… hacer un pastelito hoy —dijo, como quien ofrece un pedazo de normalidad. —Solo nosotros. Ethan quería encender una velita.

Scarlett tragó saliva. Quería estar allí. Quería también no estar. Quería que el día no existiera. Quería que Sophie hubiera crecido. Lo quería todo al mismo tiempo, y eso era insoportable.

—Yo… —empezó Scarlett, pero la palabra se le atascó en la garganta.

—No hace falta que digas nada —interrumpió la madre con delicadeza. —Solo quería… verte. Y recordar contigo, aunque fuera por un minuto.

Scarlett apretó el borde de la sudadera con los dedos. La tela suave volvió a ser un ancla. Forzó la comisura de la boca hacia arriba, como si pudiera engañar a la cámara, y tal vez a sí misma.

—Voy a estar en clase, pero… pienso en ella todo el tiempo —dijo Scarlett, y era verdad en un nivel que no le explicaba a nadie.

La sonrisa de la madre titubeó.

—Lo sé, mi amor. Lo sé.

Ethan apareció otra vez, ahora con una expresión más contenida, sosteniendo un cepillo de dientes en la mano como si hubiera olvidado qué iba a hacer con él.

—Hola, Scar —dijo, menos bromista. —¿Tú… estás bien?

—Estoy —respondió demasiado rápido. —Estoy bien. Solo… hoy tengo prisa.

—Vale —dijo Ethan, y asintió como si entendiera más de lo que debería. —Pero vuelve pronto, ¿sí? Mamá se queda… ya sabes.

Scarlett parpadeó y sintió que le ardían los ojos. Parpadeó otra vez, como si el gesto pudiera borrar cualquier señal de lágrima que se atreviera a aparecer.

—Llamo más tarde —prometió. —Los quiero.

—Nosotros te queremos, mi amor —respondió la madre de inmediato, como si esas palabras tuvieran que decirse antes del final. —Ve. Rómpela. Y… cuídate.

Scarlett asintió, pulsó "terminar" y la pantalla quedó negra, reflejando por un segundo su propio rostro: pálido, cansado, bonito de una manera tímida que ella no percibía. Una belleza callada que no pedía atención. Dejó el celular en la mesa como si se hubiera vuelto demasiado pesado.

El cuarto pareció más grande en el silencio que vino después. Hasta el ruido del campus afuera , un camión distante, una puerta golpeando, pasos en el pasillo, sonó lejos. Chloe estaba en su propio rincón ahora, mirando el celular, pero sin hablar. Como si hubiera sentido que algo había cambiado y, por primera vez esa mañana, eligiera no llenar el espacio.

Scarlett se quedó de pie sin moverse. Su pecho subía y bajaba en un ritmo demasiado controlado. Miró el escritorio y, al lado de la pila de papeles, vio la foto pequeña pegada con cinta adhesiva en el lateral: tres niños, sonriendo con la boca sucia de helado, en el patio de una casa que parecía gigante en la memoria. Scarlett, Ethan y Sophie. Sophie con una sonrisa que ocupaba toda la cara.

Scarlett extendió la mano y tocó la foto con la punta de los dedos, despacio, como si el papel pudiera quemar. Se quedó allí unos segundos, el tiempo suficiente para que el corazón se le apretara y, justo después, para que la armadura volviera a su lugar. La necesitaba para funcionar.

Cuando apartó la mano, el gesto fue casi brusco, como si estuviera guardando algo indebido. Scarlett tiró de la mochila, metió los libros sin la organización que prefería y se recogió el cabello de nuevo, más firme, como si cada vuelta de la goma ayudara a sujetar también las emociones.

—Vas a llegar tarde —comentó Chloe, intentando sonar casual, pero con una suavidad rara. Levantó la mirada, bonita y alerta. —¿Está todo bien?

Scarlett se encontró con su mirada por un segundo. Consideró decir toda la verdad, el cumpleaños, la ausencia, el dolor antiguo que volvía. Pero toda la verdad no cabía en ese cuarto pequeño con olor a café olvidado.

—Está —mintió Scarlett con habilidad entrenada. —Solo… familia.

Chloe asintió despacio, como si aceptara la versión reducida. Esbozó una sonrisa pequeña, un gesto de apoyo.

—Vale. Ve, doctora.

Scarlett agarró la mochila, se acomodó las correas en los hombros y salió, cerrando la puerta detrás de sí. El pasillo del dormitorio estaba

lleno de señales de vida: risas amortiguadas, puertas abriéndose, el olor de desodorante y champú barato mezclándose en el aire. Scarlett bajó las escaleras demasiado rápido, el cuerpo aún intentando correr lejos del silencio de la llamada.

Afuera, el campus ya estaba realmente despierto. El aire de la mañana era lo bastante frío como para dejar las mejillas sonrojadas, y el viento movía las hojas de los árboles, levantando algunas secas del suelo y empujándolas en remolinos perezosos. Grupos de estudiantes cruzaban las aceras con vasos térmicos en las manos, mochilas pesadas, auriculares. Una bicicleta pasó veloz, la cadena chirriando. Alguien se reía fuerte cerca de la fuente. Un entrenador silbaba a lo lejos, y el sonido resonaba por la cancha como si la universidad tuviera un corazón propio latiendo al ritmo del deporte.

Scarlett caminó rápido, los libros apretados contra el pecho como una barrera. La sudadera gris parecía más grande afuera, engulléndola entre gente que ocupaba espacio con naturalidad. Se mantuvo en el borde del flujo, esquivando grupos, parejas, atletas que caminaban en formación como si el suelo fuera de ellos.

Siempre era así: pasaba entre las personas y, incluso cuando alguien miraba, era como si no viera. Scarlett sabía cómo ser discreta. Sabía cómo reducir su propio volumen en el mundo. Eso era una habilidad y, a veces, una prisión.

Cruzó una parte del césped, donde algunos estudiantes estaban sentados en círculos, libros abiertos, conversaciones sueltas. El olor a hierba húmeda se mezclaba con el de café recién hecho que venía de una cafetería cercana. Scarlett mantuvo los ojos bajos, enfocada en el camino, en la próxima clase, en el próximo examen, en la próxima cosa que pudiera controlar.

Entonces el movimiento adelante pareció organizarse alrededor de un punto central, como si una corriente invisible tirara de la atención de todo el mundo hacia el mismo lugar. Risas más altas. Voces

superpuestas. Un pequeño aglomerado de gente bloqueando parte de la acera.

Scarlett levantó la mirada lo justo para entender por qué.

Hunter Jones estaba en el centro de aquel ruido como si lo hubieran puesto allí a propósito. Alto. Hombros anchos ocupando el espacio sin pedir permiso. Cabello castaño ligeramente despeinado, del tipo que parecía cuidadosamente descuidado. Llevaba ropa que gritaba "equipo" incluso sin necesitar un logo enorme. Y los ojos, incluso de lejos, incluso en medio de tanto movimiento, eran lo bastante claros como para parecer irreales, un azul que captaba la luz y devolvía intensidad.

Estaba rodeado por otros jugadores, todos riéndose fuerte, dándose palmadas en los hombros unos a otros, como si el campus fuera un estadio y ellos fueran la atracción principal. Había chicas demasiado cerca, bonitas y bien arregladas para esa hora, inclinadas hacia él como si el aire alrededor fuera más interesante. Hunter no parecía esforzarse por dominar la escena. Solo existía y el resto se ajustaba.

Scarlett sintió que el estómago se le contraía en una mezcla extraña de irritación y algo que se negó a nombrar. Un nerviosismo sin motivo lógico; al fin y al cabo, ni siquiera había hablado con él. Todavía. Aun así, su presencia era como una nota demasiado alta en medio del sonido ambiente.

Apretó los libros con más fuerza contra el cuerpo, como si pudiera hacerse más pequeña. Sin pensar, cambió de trayecto, desviándose hacia un lado, buscando la ruta más vacía. El corazón dio un latido más rápido, y lo odió con la misma intensidad con la que odiaba la facilidad con la que Hunter parecía pertenecer a ese mundo.

Scarlett mantuvo los ojos al frente, fingiendo que él era solo un obstáculo más en el camino. Pero su imagen se quedó pegada en el rabillo de la vista, imposible de ignorar por completo. Aceleró el

paso, la sudadera balanceándose, los mechones sueltos escapándose de la goma y rozándole la mejilla.

No miró de nuevo.

Aun así, la sensación se quedó, incómoda y terca, como si algo se hubiera despertado dentro de ella sin permiso.

CAPÍTULO 2

El Quarterback

La habitación de Hunter Jones olía a madrugada mal dormida.

No era el tipo de aroma que alguien pondría en un frasco bonito para vender: era una mezcla espesa de alcohol viejo, desodorante masculino en exceso y un perfume femenino dulce que parecía haberse aferrado a las fibras de la sábana y a las cortinas. El aire estaba cargado, como si las paredes hubieran absorbido la noche entera y ahora devolvieran, con pereza, cada risa alta y cada vaso chocando con otro vaso.

La luz que entraba por las persianas venía en láminas finas, diagonales, dibujando franjas pálidas en el suelo y en el montón de ropa esparcida: una camiseta del equipo tirada sobre una silla, unos vaqueros arrojados encima de una mochila abierta, calcetines formando un camino hasta la cama. Botellas vacías ocupaban la mesita de noche como trofeos que no significaban nada. Había un vaso de plástico con un resto de hielo derretido, una pila de folletos arrugados de fiestas y el brillo roto de la pantalla de un celular, boca abajo, como si hasta eso estuviera cansado de ser tocado.

Hunter estaba despierto, pero no parecía exactamente alerta. Tenía esa expresión de quien abrió los ojos por obligación, y no por ganas. Su postura grande dominaba el espacio con facilidad, hombros anchos, pecho marcado bajo la camiseta oscura, brazos fuertes moldeados por repetición y disciplina, y aun así, había algo en él que no ocupaba ningún lugar. Como si la presencia fuera toda del cuerpo y la mente se hubiera quedado atrapada en algún punto del techo.

El cabello castaño estaba desordenado de la manera en que siempre parecía quedar, no el desorden cuidadosamente construido de un comercial, sino el verdadero, con un mechón insistente cayendo sobre la frente y otro levantado en el lateral, como si la gravedad hubiera desistido de pelear. Los ojos azules, intensos incluso en la penumbra, cargaban un cansancio que nadie veía cuando él sonreía en fotos. No era el cansancio del entrenamiento; era el de una cosa sin nombre.

Una chica rubia estaba sentada en su regazo.

Ella se movía despacio, con el tipo de intimidad que se aprende más con expectativa que con certeza. Su boca se deslizaba por el cuello de Hunter, dejando un camino caliente, y su respiración salía pesada contra su piel, demasiado cerca del oído. Las uñas, pintadas de un rosa claro, presionaban sus hombros como si quisiera anclar el momento ahí, volver eso lo bastante real como para convertirse en recuerdo.

—Hunter… —susurró ella, y su nombre salió como una petición, no como un llamado. Como si, diciéndolo en voz baja, ella pudiera hacer que él lo guardara.

Hunter le sostuvo la cintura con firmeza, dedos extendidos por la curva del cuerpo. Su toque era seguro, experimentado, el tipo de gesto automático de quien siempre supo qué hacer con las manos y con la atención. La atrajo un poco más cerca, y el movimiento fue preciso, casi impersonal en su perfección. El perfume de ella, vainilla y algo floral, se mezcló con el olor de él, más limpio, más seco, con el residuo amargo de cerveza al fondo. La cama crujió bajo el peso de los dos, sábanas ya revueltas acumulándose en pliegues, como olas congeladas.

La chica soltó un sonido bajo, ahogado en su piel, y la boca volvió a buscar el mismo lugar, insistente. Ella respiró contra el cuello de

Hunter de un modo que parecía querer ser notada por dentro, no solo por fuera.

Hunter cerró los ojos por un instante. No fue un gesto de entrega; fue más como alguien intentando respirar en una habitación demasiado llena. Su mano permaneció en la cintura de ella, firme, y el otro brazo se apoyó en el respaldo del sofá pegado a la pared, como si una parte de él necesitara mantenerse distante incluso de su propio cuerpo.

Cuando abrió los ojos, miró al techo.

Había una mancha oscura cerca del ventilador de techo, probablemente de alguna bebida derramada y olvidada. La lámina de luz que entraba por la persiana temblaba con el viento de afuera, pasando por su rostro, recortando el azul de sus ojos como si fuera una lámpara defectuosa. La boca de la chica seguía en su cuello. La mano de ella se deslizaba por su brazo despacio, sintiendo los músculos con una admiración que él ya no percibía como novedad.

—Estás tan… perfecto —murmuró ella cerca de su oído, como si fuera un secreto. —Yo… yo amo cuando eres tú.

Ella dijo "amo" de la manera en que algunas personas dicen sin querer decir. De la manera en que otras personas dicen queriendo que se vuelva verdad.

Hunter le apretó la cintura una vez más, tirando de ella para acompañar el ritmo que ella parecía querer. Por fuera, él hacía todo bien. Por fuera, él parecía exactamente lo que todo el campus creía que él era: el quarterback que tenía el mundo en la palma de la mano, que sabía cómo conducir cualquier cosa, cualquier persona, cualquier situación.

Por dentro, lo que él sentía era una especie de silencio.

La chica volvió a decir su nombre, otra vez, como si intentara coserlos a los dos en la misma línea.

—Hunter…

El sonido fue suave, pero cargado. Y, por un segundo, él percibió con nitidez cuánto ese nombre cargaba cosas que él no tenía intención de sostener.

Inspiró hondo, sintiendo el olor de ella, el calor de ella, la humedad de su boca en la piel. Y, aun así, la sensación era de repetición. Una escena que él ya había vivido con variaciones mínimas: la misma luz débil, la misma habitación desordenada, la misma voz pidiendo algo que no tenía forma. Él sabía cómo empezar, cómo mantener, cómo terminar. Era la parte de después la que siempre parecía… vacía.

Unos minutos después, fue Hunter quien se apartó primero.

El movimiento no fue brusco. No tenía crueldad. Era más como alguien levantando la cabeza para mirar el reloj, incluso sin tener prisa. Se pasó la mano por la nuca, los dedos presionando la piel como si intentara expulsar el peso del sueño, o la resaca, o una cosa que no se resolvía con el tacto. Soltó el aire despacio.

La chica parpadeó, la respiración acelerada, y lo miró con una sonrisa que intentaba ser ligera. El tipo de sonrisa que decía "está todo bien" antes incluso de que algo hubiera salido mal.

—¿Todo bien? —preguntó ella, y la voz salió pequeña, llena de cuidado para no espantar.

—Ajá —respondió Hunter, más por el sonido que por la palabra. Su mano bajó del cuello a la rodilla, dando un golpecito suave, como si marcara un ritmo que no llegaba a ninguna parte.

Ella se deslizó de su regazo y fue a la cama, como si el cambio de lugar pudiera darle otro tono a la escena. Tiró de la sábana hacia sí,

pero enseguida desistió y solo agarró una camiseta ancha del equipo que estaba en el suelo —probablemente de él—, poniéndosela sin prisa. El dobladillo le cubrió los muslos; las mangas le tragaron las manos. Parecía gustarle la idea de usar algo que era de él. Como si eso la volviera parte de algo más grande que esa mañana.

Acostada de lado, apoyando la cabeza en la mano, observó a Hunter con demasiada atención para alguien que decía estar tranquila.

—Entonces… —empezó, eligiendo un tema que pareciera casual. —¿Vas a ese evento de la fraternidad esta noche? ¿El del sótano de Sigma?

Hunter miró la mesita de noche, el vaso con hielo derretido, el celular boca abajo. Había notificaciones esperando. Invitaciones. Mensajes. Cosas que lo tiraban en direcciones diferentes y, aun así, parecían todas iguales.

—Tal vez —dijo.

La chica se rió bajito, intentando convertir el "tal vez" en algo encantador, no en algo que cortaba.

—Siempre respondes eso. —Hizo un puchero que quería ser broma. —¿Nunca sabes si vas?

Hunter se encogió de hombros, y el gesto hizo que la camiseta se estirara en sus hombros. Se levantó del lugar donde estaba, pasándose la mano por la cara, sintiendo lo áspero de una barba sin afeitar. El suelo estaba frío bajo los pies, y le gustó eso —al menos eso era real.

—Depende —respondió, y era verdad de una manera que ella no podría usar.

Ella se movió en la cama, apoyándose en los codos.

—Podríamos ir juntos —sugirió, y las palabras salieron rápidas, como si lo hubiera decidido antes de perder el valor. —Tipo… no sé. Sería genial.

Hunter agarró una botella vacía del suelo y la puso encima de la mesa, más por necesidad de hacer algo que por organización. El sonido del vidrio golpeando el tablero fue demasiado alto en el silencio de la habitación.

—Sí —dijo, pero sin completar. Su "sí" no afirmaba ni negaba; solo ocupaba espacio.

La chica se quedó un segundo quieta, como si esperara el resto. Cuando no llegó, tragó saliva y se acomodó la camiseta de él en el cuerpo.

—Tú… tú tienes entrenamiento hoy temprano, ¿no? —intentó de nuevo, y ahora la voz sonó más cuidadosa, como si la conversación fuera un puente frágil.

—Tengo.

—Entonces yo… —Miró alrededor, la habitación desordenada, como si buscara alguna señal de que ese lugar era más de lo que era. —¿Puedo… quedarme un poco más? O…

Hunter por fin la miró.

Sus ojos azules eran hermosos incluso cuando no intentaban serlo. Y eso fue lo que hizo que la chica contuviera la respiración, la esperanza involuntaria de ser la persona que haría que esos ojos parecieran otra cosa.

No dijo "vete". No dijo "quédate". Solo respiró, y el agotamiento silencioso se acomodó en su rostro de un modo que no era lo bastante dramático como para ser percibido por quien quería ver romance.

—Necesito darme una ducha —dijo, simple.

Fue suficiente.

La chica sonrió otra vez, una sonrisa que ahora tenía un borde de decepción bien escondido.

—Vale. Claro. Yo… ya me voy. —Se levantó, aún con la camiseta de él, y buscó sus propias cosas con prisa contenida, como si la velocidad pudiera impedir la humillación de sentirse de más. Agarró la braga del suelo, la metió en un bolsillo, encontró el sujetador en el brazo de la silla, se calzó los zapatos sin sentarse. El cabello rubio le caía bonito sobre los hombros, y aun así ella parecía más pequeña mientras juntaba los pedazos de la noche.

—¿Nos vemos por ahí? —preguntó en la puerta, y el tono hacía que la pregunta pareciera inevitable, como si él tuviera que decir que sí.

Hunter asintió, automático.

—Nos vemos.

Ella dudó un segundo, como si quisiera decir más. Como si quisiera que él dijera más. Pero terminó solo saludando con la mano, y salió.

La puerta se cerró con un clic suave.

El silencio que entró después pareció más grande que la habitación.

Hunter se quedó quieto donde estaba por unos segundos, oyendo los sonidos distantes del pasillo del dormitorio masculino: una risa ahogada, una puerta golpeando, alguien hablando alto sobre un examen, alguien quejándose del entrenador. Vida sucediendo. Siempre sucediendo. Como si nadie allí tuviera tiempo de encarar su propio vacío, porque todo el campus se empeñaba en llenar todo con ruido.

Fue hasta el sofá pegado a la pared, se hundió en él y echó la cabeza hacia atrás, mirando al techo otra vez. La franja de luz de las persianas ahora le cortaba el rostro en un ángulo diferente, marcando la línea de la mandíbula, las pestañas, la pequeña sombra bajo los ojos.

Se pasó la mano por la cara despacio, como si intentara despertar otra parte de sí.

Su cuerpo aún cargaba el calor del momento, pero ya parecía distante. Como si el placer fuera una cosa que pasaba en la piel y se detuviera ahí, sin tocar el resto. No se sentía culpable. No se sentía orgulloso. No sentía nada que tuviera nombre. Solo esa sensación de… después. Un después que se repetía, previsible, casi tedioso.

Hunter cerró los ojos por un instante. Cuando los abrió, lo primero que hizo fue agarrar el celular.

Notificaciones. Mensajes. Invitaciones. Un video etiquetado por alguien en el grupo del equipo. Una foto de una fiesta de la noche anterior con su brazo alrededor de alguien cuyo nombre apenas recordaba. El mundo entero queriendo un pedazo de la imagen que él representaba. El mundo entero hablando como si lo conociera.

Arrojó el celular al sofá de al lado, como si el peso de la pantalla fuera irritante.

Se levantó, fue hasta el pequeño lavabo de la habitación, una improvisación que casi todo el mundo tenía, y abrió el grifo. El agua salió fría, y se la echó en la cara con fuerza, dejándola escurrir por el cuello. El choque ayudó por un segundo. El agua goteó de la punta de su barbilla, cayendo en la camiseta, y no le importó.

En el espejo sobre el lavabo, el reflejo devolvió al mismo Hunter de siempre: el chico que parecía nunca estar fuera de control. El chico que era demasiado alto para pasar desapercibido, demasiado guapo para ser ignorado, demasiado bueno en lo que hacía para no ser

comentado. La mandíbula firme. La nariz levemente torcida de algún golpe antiguo. Los ojos azules que hacían que la gente se sintiera incómoda cuando él la miraba por demasiado tiempo.

Pero el reflejo no devolvió lo que nadie veía.

Le dio la espalda al espejo y empezó a buscar las cosas del entrenamiento. Camiseta limpia. Pantalones cortos. Calcetín. La sudadera del equipo. La mochila deportiva estaba en el suelo, abierta, con una botella de isotónico vacía y un cuaderno arrugado dentro. Metió todo con movimientos prácticos, como si su cuerpo supiera el guion sin necesitar órdenes.

Cuando salió del dormitorio, el pasillo estaba vivo de la manera típica de mañanas que no eran exactamente mañanas. Gente yendo y viniendo con cara de resaca. Alguien gritando desde una habitación: "¿Dónde está mi zapatilla?" Un olor a pizza fría viniendo de algún lugar. Hunter caminó en medio de eso como si eso fuera el aire que respiraba.

Allá afuera, el campus ya tenía ese movimiento que empezaba temprano, incluso cuando nadie quería estar despierto. El cielo aún cargaba un resto de gris pálido, y el viento tenía una frialdad que prometía que el día sería limpio. Hunter cruzó el área entre los edificios con la mochila en un solo hombro, y, como siempre, no necesitó buscar a nadie; la gente venía hacia él.

—¡Eh, Jones! —llamó alguien.

Dos tipos del equipo aparecieron por el lado izquierdo, riendo alto. Uno de ellos le dio una palmada en el hombro a Hunter con fuerza suficiente para hacer que cualquier otro se tambaleara, pero Hunter ni se movió.

—Desapareciste ayer —dijo el otro, con una sonrisa que ya venía cargada de provocación. —Dicen que estabas… ocupado.

Hunter soltó un sonido breve que podría ser una risa si alguien quisiera creerlo.

—Estaba durmiendo —respondió, y nadie le creyó. Ni él.

Siguieron juntos en dirección al centro deportivo, y, en el camino, más gente se fue sumando como si fuera natural orbitar a Hunter Jones. Se lanzaron bromas al aire. Alguien habló del próximo partido. Alguien se quejó del profesor que había puesto un trabajo imposible. Hunter respondió cuando hacía falta, sonrió cuando esperaban, empujó a un amigo suavemente cuando un empujón era el lenguaje del grupo.

Al otro lado del camino, dos chicas dejaron de hablar en cuanto él pasó. Una de ellas se recogió el pelo detrás de la oreja demasiado rápido, como si el gesto hubiera sido ensayado. La otra soltó un "Dios mío" casi sin sonido. Hunter no miró directamente. Pero sintió las miradas como siempre las sentía: no como algo que alimentaba, sino como algo que existía, constante como la gravedad.

Funcionaba en automático.

El centro deportivo tenía su propio olor: césped, goma, metal calentado y sudor. El sonido empezó incluso antes de que entrara: silbatos, pasos pesados, gritos de instrucción, risas altas intentando disimular ansiedad. El mundo ahí dentro era simple. Tú corres. Tú entrenas. Tú aciertas. Tú fallas. Tú lo haces de nuevo. Y, si eres lo bastante bueno, el resto del campus te convierte en historia.

Hunter cruzó el vestuario, tiró la mochila en el banco y se sacó la camiseta por encima de la cabeza. El aire frío mordió la piel caliente, y se pasó la mano por el pelo, desordenándolo aún más. Algunos tipos ya estaban allí, provocándose, tirándose toallas unos a otros, comentando una foto de una chica en el celular de alguien.

—Llegó el rey —anunció alguien en tono teatral.

—Cállate —respondió Hunter, pero sin irritación real.

Se calzó las botas con movimientos rápidos, se las ató firme. Cuando se puso de pie, fue como si su cuerpo por fin despertara. Los músculos respondían. El corazón entraba en un ritmo conocido. Ese era el lugar donde no necesitaba fingir interés, solo necesitaba ser bueno. Y eso él lo era.

En el campo, el entrenador ya estaba gritando para alinearse. Hunter entró en la formación como si encajara en una pieza hecha a medida. La pelota llegó a su mano y, por un segundo, todo el resto del mundo desapareció: el ruido, los mensajes, las fiestas, la habitación cargada, el perfume dulce. Solo existía el peso perfecto del balón y la distancia calculada hasta el objetivo.

—¡Preparar! —bramó el entrenador.

Hunter respiró, los ojos azules fijos al frente, y su expresión cambió. El agotamiento silencioso quedó enterrado bajo una capa de concentración afilada. El sol subió un poco más, iluminando el sudor que ya empezaba a aparecer en su nuca, escurriendo en líneas finas por la piel. Flexionó los dedos una vez, sintiendo el agarre, y lanzó el pase.

El balón cortó el aire en un arco limpio.

Un receptor atrapó con perfección. Estallaron gritos. Palmas. Silbidos. Hunter ni celebró de verdad; solo asintió, como si eso fuera lo mínimo esperado. Porque lo era. Y porque, allí, su mínimo aún era más de lo que la mayoría conseguía.

Los pases se repitieron. Uno, dos, tres. En cada jugada, el respeto de los otros era visible en la manera en que miraban, en el tiempo que esperaban, en el breve silencio antes de que él hablara. Hunter era el eje. Y todo el campus parecía girar en torno a eso los sábados.

Fuera de la línea, algunas chicas observaban, sentadas en una grada improvisada. Comentaban en voz baja, reían, señalaban. Una de ellas levantó el celular, filmando cuando Hunter retrocedió y lanzó otro pase perfecto. El video sería publicado en algún lugar antes del almuerzo. Comentarios. Me gusta. "Es una locura." "Yo me casaba." "Dios mío, sus brazos."

Hunter no las miró. Pero sabía que estaban allí, como siempre.

Entre una secuencia y otra, bebió agua, pasando la botella por la boca con prisa. El líquido se escurrió por la comisura del labio y bajó por la barbilla. Se limpió con el antebrazo, y un compañero le dio un codazo en el hombro, riéndose de alguna broma sin gracia.

Hunter respondió con una sonrisa rápida. Del tipo que hacía que la gente se sintiera incluida, incluso cuando él no sentía nada de eso.

El entrenamiento siguió hasta que su cuerpo se calentó de verdad, hasta que los músculos ardieron de la manera correcta. El dolor físico era honesto. Diferente del resto.

Cuando por fin el entrenador pitó el final y empezó a despedirlos, Hunter agarró la toalla, se la echó sobre la nuca y caminó con el grupo hacia afuera. Las risas volvieron como si alguien hubiera apretado un botón. Planes para la noche. Bromas sobre quién se iba a liar con quién. Alguien hablando de un evento de la fraternidad como si fuera una obligación social.

Hunter escuchaba todo como si estuviera bajo el agua.

Cruzó el campus después del entrenamiento rodeado de gente — amigos del equipo, conocidos, personas que se acercaban solo para decir "buen entrenamiento" como si hubieran visto, y, aun así, la sensación dentro de él era la de estar solo en una sala enorme.

El sol ya estaba lo bastante alto como para iluminarlo todo sin piedad. El césped brillaba, estudiantes pasaban con mochilas, grupos

se formaban y se deshacían como olas. Hunter caminaba en medio de todo eso con la toalla en la nuca y la mochila pesada en el hombro, y parecía, para cualquiera mirando desde fuera, exactamente donde debía estar: en el centro.

Observó a la gente pasar sin ver realmente a ninguna. Una pareja riendo cerca de la fuente. Un chico con auriculares bailando solo mientras caminaba. Una chica leyendo mientras andaba, casi chocando con alguien. Vida común, ligera, llena de pequeñas cosas que parecían tener color.

Hunter sintió el peso de su propio cuerpo, el sudor secándose en la piel, el sol pegándole en la cara. Y, por un segundo, lo único que pudo pensar fue que todo aquello era demasiado ruido para un vacío tan persistente.

Ajustó la correa de la mochila en el hombro, soltó el aire y siguió caminando, dejando que las voces alrededor llenaran el espacio que él no sabía cómo ocupar.

CAPÍTULO 3

El Último Lugar

El laboratorio de habilidades clínicas tenía un tipo de frío que no venía solo del aire acondicionado; venía de la luz demasiado blanca, de los azulejos demasiado claros, de demasiado metal. Todo allí parecía hecho para mantener a las personas alerta a la fuerza. Las lámparas fluorescentes zumbaban con un sonido constante que Scarlett aprendió a ignorar, o fingir que ignoraba, mientras el olor a alcohol hospitalario se le metía en el fondo de la garganta y en las fibras de la bata.

La suya ya no estaba impecable como en la primera hora de la mañana. Las mangas tenían pliegues marcados por la manera en que ella doblaba los puños repetidas veces; el cuello estaba levemente torcido después de incontables movimientos apresurados; y la tela blanca, antes rígida, ahora cedía en los hombros como si se hubiera cansado junto con ella. Encima de las mesas metálicas, bandejas organizadas en filas, guantes, frascos de solución, gasas, instrumentos que brillaban bajo la luz fría. Alrededor, estudiantes con ojeras semejantes y expresiones demasiado concentradas intentaban seguir el ritmo del profesor, que hablaba como si todo el mundo hubiera dormido ocho horas.

Scarlett no lo había hecho.

Se mantenía recta en la bancada, a pesar de la zona lumbar pidiendo un descanso y de los pies quejándose dentro de las zapatillas. Su cuaderno estaba abierto en un ángulo perfecto, alineado con el borde de la mesa como si esa línea pudiera impedir

que el caos atravesara. Las anotaciones eran apretadas, pequeñas, letras corriendo rápidas. Ella escribía como si el tiempo fuera un enemigo físico, una cosa palpable que podía morder. El bolígrafo le manchaba los dedos, azul oscuro en el lateral del índice, una mancha en la punta del pulgar, y ella ni se daba cuenta cuando la tinta se acumulaba. Solo se pasaba la lengua por los labios, secos, y mordía la parte interna de la mejilla hasta sentir el leve ardor que la traía de vuelta al presente.

El cabello estaba recogido en un moño improvisado en lo alto de la cabeza, demasiado apretado, hecho en cinco segundos en la prisa antes de la clase. Aun así, mechones castaño claros insistían en escaparse. Uno de ellos caía siempre en la misma dirección, rozándole la mejilla cuando inclinaba el rostro para escribir, como un recordatorio irritante de que nada quedaba perfectamente bajo control por mucho tiempo. Ella soplaba ese mechón fuera del campo de visión sin levantar la cabeza, repitiendo el movimiento tantas veces que se volvió automático.

— Atención a la técnica — decía el profesor del otro lado, pasando entre las bancadas. — No es velocidad. Es precisión. Imaginen a un paciente real. No tienen margen de error.

Pacientes reales. Margen de error. Scarlett sentía esas palabras como un apretón. No porque dudara de la importancia, sino porque su cerebro parecía una sala con luces demasiado encendidas y gente hablando demasiado alto. Ella absorbía, filtraba, registraba. Y, aun así, tenía la sensación constante de que algo importante iba a escaparse por una rendija.

Alrededor, el laboratorio hervía en un silencio tenso: guantes chasqueando, bolígrafos raspando, sillas arrastrándose, el clic de un cronómetro siendo presionado en algún rincón. Una clase entera intentando parecer competente. Scarlett tenía práctica en eso. Parecer.

El celular vibró en el bolsillo de la bata, un zumbido corto que ella intentó ignorar. La vibración vino de nuevo, insistente, como si alguien se negara a aceptar el concepto de "ahora no". Scarlett mantuvo los ojos en el cuaderno. Escribió dos líneas más. Se detuvo. Respiró por la nariz, contando hasta tres. Entonces metió la mano en el bolsillo como quien comete un pecado pequeño y sacó el aparato lo suficiente para ver la pantalla sin llamar la atención.

CHLOE: Si sobrevivo a la clase de hoy voy a pedir una medalla. O un exorcismo. O los dos.

Scarlett sintió que la comisura de la boca amenazaba con subir, una reacción microscópica, pero real. El profesor se dio la vuelta hacia la pizarra al fondo, y Scarlett aprovechó para teclear con el pulgar, rápido, discreto.

SCARLETT: Mi bata huele a alcohol lo suficiente como para incendiar la sala. Así que quizá la medalla venga con extintor.

La respuesta de Chloe llegó casi inmediata, como si ella estuviera sosteniendo el celular debajo del pupitre, de la misma manera.

CHLOE: Dios mío. Todo es un infierno. Pero al menos estamos en el infierno juntas.

Scarlett volvió la atención a la bancada, pero el celular vibró de nuevo antes de que lo guardara.

CHLOE: Vale. Pregunta seria: ¿comida china hoy en el dormitorio? Necesito carbohidrato para seguir existiendo.

Scarlett miró la pantalla por un segundo largo. La imagen mental de volver al cuarto pequeño, sentarse en la cama con una caja de yakisoba en el regazo, escuchar a Chloe quejarse de cualquier cosa aleatoria… tenía un peso de consuelo casi culpable. Tecleó sin pensarlo mucho, porque pensar demasiado dolía.

SCARLETT: Tal vez necesite café intravenoso antes de pensar en comida.

Un segundo después:

CHLOE: Perfecto. Yo te inyecto café y tú eliges la salsa agridulce. Quien llegue primero pide.

Scarlett soltó aire por la nariz, casi una risa, casi nada. Guardó el celular rápido cuando oyó pasos acercándose. El profesor se detuvo cerca de ella, mirando por encima del hombro hacia el cuaderno.

— Buenos apuntes, Olsen Bennett — comentó en un tono neutro, pero había algo de aprobación ahí. — Solo cuidado con la prisa. Te estás saltando algunas etapas.

Scarlett asintió, el rostro calentándose de una manera incómoda. No era vergüenza exactamente. Era esa incomodidad de ser vista. Murmuró un "sí, profesor" y ajustó el bolígrafo entre los dedos manchados, como si apretar más fuerte pudiera sujetar el mundo en su lugar.

Las horas se arrastraron. Scarlett miraba el reloj de la pared de vez en cuando, números digitales rojos que parecían burlarse de ella, y siempre era menos tiempo del que ella creía que había pasado. El cuerpo se cansaba antes de que el cerebro lo admitiera. El cerebro se cansaba antes de que el corazón le permitiera parar. Cuando, finalmente, el profesor anunció el cierre, hubo un suspiro colectivo que atravesó el laboratorio como una ola de alivio.

— Recuerden: informe hasta mañana por la mañana — dijo, y eso arrancó algunos gemidos ahogados. — Están dispensados.

Scarlett cerró el cuaderno con demasiado cuidado, como si el ruido pudiera derrumbar algo. Metió las hojas en la carpeta transparente, alineó los bordes con la mano, y solo entonces se permitió recoger el

resto. Cuando sacó el celular para comprobar la hora, el estómago se le hundió de golpe, pesado.

Estaba tarde.

No "un poquito". No "se puede entrar sin que nadie lo note". Tarde al nivel en que el profesor ya estaba explicando, los lugares ya estaban ocupados, y la gente ya había olvidado la existencia de ella, hasta verse obligada a recordarla cuando la puerta se abriera.

El pecho de Scarlett se apretó. La sangre corrió más rápido por las venas. Guardó el celular como si le hubiera dado una descarga y empezó a meter el material en la mochila con una urgencia que no combinaba con su manera organizada. Un marcador de página cayó al suelo. Se agachó para recogerlo. La bata tiró de los hombros. El moño se soltó un poco más, liberando dos mechones más testarudos.

— Mierda… — susurró para sí misma, mirando alrededor como si alguien pudiera atestiguar la palabra y usarla contra ella.

Se metió los brazos en la correa de la mochila, tiró de la cremallera con fuerza y salió del laboratorio casi corriendo. El pasillo del edificio de ciencias era un túnel de voces, pasos y carteles de eventos académicos. Scarlett pasó junto a grupos conversando, esquivó un carrito de limpieza, pidió perdón en voz baja a una chica que apareció en la curva con un café en la mano.

Mientras caminaba, intentó sujetarse el cabello de nuevo con los dedos, pero la goma estaba floja, los mechones resbalándose. Se rindió y solo empujó los mechones detrás de las orejas, el gesto nervioso y repetido, sabiendo que en dos segundos estarían sueltos otra vez.

Fuera, el campus estaba vivo de la manera en que siempre estaba. El tipo de movimiento que hacía que Scarlett se sintiera una espectadora. El viento movía los árboles alineados a lo largo de las

aceras; hojas danzaban por el suelo; risas estallaban cerca del césped principal donde estudiantes se extendían en mantas, como si estudiar al aire libre fuera algo fácil y agradable. Una música distante venía de algún lugar, quizá una fraternidad, quizá un coche con las ventanas abiertas, y se mezclaba con los sonidos de bicicletas pasando, de una pelota botando en algún rincón, de voces llamando nombres.

Scarlett apretó los libros contra el pecho como una defensa. La mochila golpeaba la espalda a cada paso. Esquivó a un grupo de atletas que caminaba como si el mundo se abriera espacio automáticamente, y sintió subir la irritación no contra ellos, exactamente, sino contra la facilidad aparente con la que algunas personas ocupaban el espacio.

No pienses en el profesor. No pienses en el profesor.

Ella pensaba en el profesor.

Las escaleras del edificio donde ocurría la clase compartida parecían más largas de lo que deberían. Scarlett subió dos escalones a la vez, el corazón latiendo en el ritmo equivocado. Cuando llegó al pasillo del segundo piso, oyó la voz del profesor a través de la puerta cerrada. Ya estaba en medio de la explicación, el tono firme y continuo. Scarlett se detuvo por un segundo, intentando controlar la respiración, intentando llevar el aire hasta los pulmones sin hacer ruido.

Odiaba ser notada. Odiaba el instante en que las personas giraban la cabeza. Odiaba ser la interrupción. El foco fuera de lugar. El ruido.

Aun así, su mano fue hacia el pomo.

Scarlett abrió la puerta con el máximo cuidado que pudo. El chirrido aun así pareció demasiado alto. El sonido de la clase continuó por medio segundo, y entonces hubo ese cambio: una pausa casi

imperceptible en el aire, como si la sala entera hubiera sentido su entrada incluso antes de mirar.

Varios rostros se volvieron al mismo tiempo.

Scarlett sintió el calor subir por el cuello y alcanzar las mejillas. La vergüenza tenía un toque físico, como si alguien le hubiera pasado una hoja caliente muy suavemente por la piel. Murmuró un "con permiso" que casi no salió y cerró la puerta detrás de sí, apretando la mochila y los libros contra el cuerpo como si eso la hiciera más pequeña.

El profesor, en la pizarra, hizo una pausa breve. Miró en su dirección con una expresión que no era exactamente ira, pero era… advertencia. Scarlett bajó la mirada rápido y empezó a buscar un lugar vacío.

Las filas de sillas estaban ocupadas. Gente sentada en parejas, en grupos, piernas estiradas, mochilas en el suelo, portátiles abiertos. Scarlett recorrió con la vista cada rincón, intentando no parecer desesperada, intentando no parecer… cualquier cosa.

Y entonces vio.

El único asiento disponible, al fondo del aula, era una silla vacía al lado de una presencia que ella reconocería de cualquier lugar del campus.

Hunter Jones.

Fue como si el universo se detuviera solo para reírse de ella.

Scarlett cerró los ojos por un segundo, un reflejo de autoprotección, como si apagar la visión apagara la realidad, y cuando los abrió de nuevo, Hunter seguía allí. Demasiado relajado en la silla, piernas abiertas ocupando demasiado espacio, como si el aula hubiera sido construida a su alrededor. Una sudadera oscura del equipo caía

sobre su cuerpo con esa naturalidad irritante de quien nunca parece apretado, nunca parece fuera de lugar, nunca parece en duda. El cabello castaño estaba levemente despeinado, como si se hubiera pasado la mano por él y hubiera decidido que eso era suficiente para el día. El celular brillaba en su mano, y su rostro no tenía ni un rastro de la tensión que Scarlett cargaba desde que se había despertado.

El contraste era casi ofensivo.

Empezó a caminar hacia el fondo, cada paso una sentencia. Sentía las miradas acompañándola, algunas curiosas, otras indiferentes, algunas ya volviendo a la clase. El profesor retomó la explicación, pero Scarlett apenas oía. Todo lo que conseguía oír era el sonido de su propia sangre, insistente, y el susurro de las páginas cuando ajustaba los libros en los brazos.

Cuando llegó a la última fila, Hunter ni levantó la cabeza. Siguió trasteando con el celular, el pulgar deslizándose como si el asunto más importante del mundo estuviera allí. A su lado, dos amigos, atletas también, por el físico y por la manera de ocupar el espacio, intercambiaban comentarios bajos, conteniendo la risa en momentos equivocados.

Scarlett tragó saliva y se metió en la silla vacía, intentando hacer el menor ruido posible. La silla chirrió. Claro que chirrió. Sintió el rostro calentarse de nuevo y abrió el cuaderno rápido, como si eso justificara su existencia en ese lugar.

Concentración. Solo concentración.

Pero la concentración tenía un perfume.

No era demasiado fuerte, ni dulce. Era masculino de una manera limpia, mezclado con el olor de la tela de la sudadera recién lavada y algo más difícil de identificar, quizá jabón, quizá champú. La proximidad inesperada hacía que el olor pareciera más real de lo que

debería, invadiendo el espacio de Scarlett sin pedir permiso. Se volvió demasiado consciente de su propio cuerpo de repente: de la bata arrugada, del cabello desordenado, del bolígrafo manchándole los dedos, del hecho de que probablemente olía a alcohol y laboratorio.

Hunter se inclinó un poco hacia un lado, murmurando algo al amigo, y su hombro casi rozó el de ella. No rozó, pero se acercó lo suficiente como para que Scarlett contuviera la respiración por instinto. Pasó una página del cuaderno con demasiada fuerza, el papel chasqueando.

El profesor hablaba de algún concepto que Scarlett necesitaba, de verdad, entender. La clase compartida exigía atención; los exámenes no esperaban a nadie. Empezó a escribir, intentando capturar lo máximo posible: términos, flechas, abreviaturas. Su letra se hizo aún más pequeña, más apretada, como si pudiera exprimir conocimiento en la página por la presión.

A su lado, Hunter soltó una risa baja.

— Tío, ¿viste eso? — susurró, y el amigo respondió algo que Scarlett no captó.

Intentó ignorarlo. Respiró hondo. Uno, dos, tres. Siguió escribiendo.

Hunter volvió a tocar el celular; la pantalla se encendió y se apagó, se encendió y se apagó. Una notificación vibró con un sonido mínimo, pero, en esa tensión, pareció alto. Murmuró algo más. El amigo soltó una risa ahogada. Scarlett sintió el bolígrafo presionar más fuerte el papel.

La parte interna de su mejilla estaba de nuevo entre los dientes. El sabor metálico, pequeño, apareció cuando se dio cuenta de que había mordido demasiado fuerte.

— Shh… — alguien en la fila de delante susurró, impaciente.

Hunter ni pareció oír. Siguió hablando bajo, como si la regla del silencio fuera para gente común. Scarlett intentó volver la atención al profesor, pero cada palabra de Hunter era un tirón en su concentración, una mano invisible tirando de su foco hacia lejos.

Subrayó una frase con tanta fuerza que casi rasgó el papel.

El profesor borró algo en la pizarra, la tiza haciendo ese ruido seco e irritante. Scarlett aprovechó el sonido para respirar de nuevo y anotar una definición más. A su lado, Hunter soltó otro comentario. El amigo respondió. La risa vino de nuevo, más controlada, pero aún ahí.

Scarlett sintió que su paciencia, siempre cuidadosamente apilada, organizada como los cuadernos, se deslizaba fuera de lugar.

Miró su propia página y se dio cuenta de que había perdido una línea entera de explicación. No porque no fuera capaz. Porque alguien a su lado pensaba que estar allí era opcional. Que la clase era un telón de fondo para su vida.

Su mano tembló un poco cuando ajustó el bolígrafo entre los dedos.

Respira. Solo respira.

Hunter inclinó el cuerpo de nuevo, ahora un poco más hacia atrás, demasiado relajado. Su rodilla se balanceaba levemente, golpeando contra la pata de la silla. El sonido repetitivo pinchaba el último nervio de Scarlett.

Giró lentamente el rostro hacia él, como si cada grado del movimiento exigiera una decisión consciente. Sus ojos encontraron primero el perfil: mandíbula marcada, la sombra mínima de una barba bien hecha o recién nacida, la boca levemente curvada como si él estuviera siempre a un paso de un chiste. Después, vio los ojos, aún no de frente, porque él seguía mirando el celular.

Scarlett habló bajo, pero con una firmeza que la sorprendió. Una firmeza que venía del cansancio, del retraso, de la vergüenza, de todo el laboratorio aún pegado a ella.

— ¿Puedes quedarte callado cinco minutos?

La frase cayó entre ellos como un objeto pesado, y, por un instante, pareció que hasta la luz fría del aula cambió.

Hunter se detuvo.

Su pulgar se congeló sobre la pantalla. Levantó el rostro despacio, como si no tuviera prisa por nada. Como si su tiempo fuera una moneda diferente. Y entonces, por primera vez, miró a Scarlett de verdad.

No fue una mirada rápida y superficial, de esas que barren a alguien y siguen adelante. Fue una mirada que se detuvo.

Sus ojos azules eran claros de una manera casi irritante, como vidrio bajo el sol, y allí, bajo la luz fluorescente, parecían aún más fríos, más definidos. Scarlett sintió una incomodidad extraña en el pecho, como si hubiera olvidado proteger una parte de sí y ahora estuviera expuesta. Mantuvo la barbilla erguida, porque retroceder sería admitir que le importaba aquello.

Hunter la observó durante dos, tres segundos que parecieron demasiado largos para una petición tan simple. Los amigos a su lado se quedaron en silencio por curiosidad, como si también estuvieran esperando lo que pasaría cuando alguien por fin le hablara a Hunter Jones como si él fuera… solo un tipo.

Scarlett sostuvo la mirada, aunque tuviera ganas de apartarla. No por timidez. Por… otra cosa. Una sensación que no quería nombrar, porque los nombres tenían poder, y ella ya tenía demasiado poder para administrar ese día.

Entonces Hunter sonrió de lado.

No fue una sonrisa abierta. Fue ese tipo de sonrisa que parecía un secreto, una provocación guardada en la comisura de la boca. Como si acabara de ganar algo sin ni siquiera tener que intentarlo.

Scarlett odió su propia reacción inmediata: una pequeña descarga de calor en el estómago, rápida e irritante, totalmente fuera de lugar.

Su sonrisa permaneció, divertida, como si la existencia de ella allí fuera lo más interesante que le había pasado en su mañana.

Scarlett se giró de vuelta al cuaderno con un movimiento brusco, como si eso borrara lo que acababa de pasar. El bolígrafo tocó el papel rápido, e intentó escribir la siguiente frase del profesor, pero las palabras parecían distantes, como si hubieran sido empujadas hacia atrás por aquella mirada.

A su lado, Hunter se quedó callado por un momento. Un momento pequeño, pero real. Scarlett logró anotar dos líneas enteras sin interferencia, y eso la dejó aún más irritada, porque significaba que él era capaz. Solo no elegía serlo.

No lo miró de nuevo. No quería darle la satisfacción. No quería darse a sí misma la oportunidad de notar cualquier detalle más allá de lo necesario.

La voz del profesor continuaba, firme, explicando, construyendo razonamientos. Scarlett se aferró a eso como a una tabla en un mar agitado. Subrayó términos. Hizo flechas. Escribió márgenes apretados de comentarios para revisar después.

Aun así, sintió, más de lo que vio, cuando el profesor lanzó una mirada hacia el fondo del aula. Una mirada irritada, lo bastante dura como para atravesar filas. Scarlett mantuvo los ojos en el cuaderno,

fingiendo que no era con ella. Fingiendo que no existía nada más que líneas y conceptos.

Pero, en un rincón de la percepción, ella sabía: Hunter había vuelto a mirarla. No constantemente. No de una manera obvia. Segundos ocasionales de atención que parecían innecesarios, como si estuviera intentando entender por qué aquella chica, bata arrugada, dedos manchados, cabello escapándose del moño, había sido la primera persona en mucho tiempo en pedirle que se callara.

Scarlett apretó el bolígrafo con más fuerza, tragó las ganas de morderse la mejilla de nuevo y siguió escribiendo, como si la presencia de él a su lado no hubiera cambiado nada.

Como si el universo no acabara de ponerla en el último lugar posible.

CAPÍTULO 4

Trabajo en pareja

Scarlett obligó al bolígrafo a volver a obedecerla.

El profesor seguía hablando sobre conceptos que, en condiciones normales, ella devoraría con la misma hambre con la que devoraba capítulos de libros en la víspera de un examen. Pero ahora las palabras llegaban como un zumbido distante, atravesando el ruido mucho más concreto de su propia sangre corriendo en los oídos.

Se subió las mangas de la sudadera gris hasta cubrirse un poco más las manos, un gesto automático de quien quería desaparecer. Luego, se sujetó algunos mechones castaño claros detrás de la oreja, solo para, dos segundos después, sentir que uno de ellos se escapaba de nuevo y le rozaba la mejilla, insistente como un recordatorio de que ella no tenía el control de nada en aquella fila del fondo.

A su lado, Hunter Jones parecía haber nacido dentro de aquella sala y haber firmado un contrato de propiedad. Desparramado en la silla, piernas abiertas ocupando demasiado espacio, hombro relajado, el móvil brillando tenue cerca del muslo mientras él tecleaba con una calma indecente. De vez en cuando, inclinaba la cabeza hacia uno de los amigos cercanos y murmuraba algo, lo suficiente para provocar risitas contenidas.

Scarlett mantuvo los ojos en el cuaderno.

Tachó una frase.

Reescribió.

Las letras salieron demasiado bonitas para alguien tan irritada.

Oyó, a su lado, un susurro casi perezoso, como si él estuviera comentando el tiempo:

— ¿Anotas hasta cuando él respira?

El bolígrafo de Scarlett se detuvo a mitad de la palabra, la punta hundiéndose un milímetro más en el papel. Ella respiró por la nariz, contando mentalmente. Uno. Dos. Tres.

Giró el rostro lo justo para que él entendiera que había conseguido llamar su atención, y eso, por sí solo, ya era un error.

— ¿Puedes… — dijo ella, bajito, con una precisión peligrosa — … prestar atención durante cinco minutos?

Hunter no se movió mucho. Solo levantó la mirada del móvil, como quien es interrumpido por algo demasiado curioso para ignorarlo. La sonrisa que apareció en la comisura de su boca fue pequeña, casi íntima, e irritantemente segura.

— Estoy prestando — respondió él, en voz baja. — En ti.

Scarlett sintió que su propio estómago se contraía de una manera idiota, traidora. Apretó el bolígrafo con más fuerza, como si pudiera aplastar aquella sensación con plástico y tinta.

— Entonces eres más incompetente de lo que pensé.

La sonrisa de él se abrió un poco, y soltó una risa muda, solo aire, como si aquello fuera la mejor parte del día.

El profesor continuó, ajeno —o fingiendo serlo—, caminando de un lado a otro cerca de la pizarra. La sala entera tenía ese sonido típico de una clase grande: páginas pasando, teclas golpeando, sillas

crujiendo, algún que otro carraspeo. Todo eso debería haber sido más alto que Hunter Jones.

Pero no lo era.

Hunter inclinó la cabeza hacia ella, y Scarlett sintió su olor de nuevo: una mezcla limpia de jabón y tela lavada, con algo más cálido debajo, probablemente de él mismo. La cercanía tenía el tipo de efecto que ella odiaba admitir: dejaba el cuerpo más alerta de lo que la mente quería.

— ¿Siempre eres así? — preguntó, como si estuviera realmente interesado. — Tensa, seria, lista para regañar a cualquiera que…

— ¿Que molesta a los demás? — completó Scarlett, sin apartar los ojos del cuaderno. — Sí. Siempre.

— Debe de ser agotador.

Ella pasó la página con un chasquido seco.

— Agotador es tener que compartir el aire con gente que cree que la vida es un gran recreo.

Hunter hizo un sonido bajo, como si aprobara.

— ¿Y tú crees que yo creo eso?

Scarlett por fin lo miró de frente. Sus ojos azules eran un absurdo demasiado cercano. Claros, vívidos, como si la sala entera hubiera perdido un poco de saturación solo para destacar aquella mirada. Odió darse cuenta de cada detalle: las pestañas, la sombra discreta de cansancio bajo uno de los ojos, la forma en que él parecía perfectamente cómodo siendo observado.

— Creo que no te importa esta materia — respondió ella. — Y yo necesito que me importe.

Él apoyó el antebrazo en la mesa, como si la conversación fuera el único asunto digno de presencia física.

— Me importan cosas — dijo. — Solo que esto no me importa.

— Claro — murmuró Scarlett, volviendo al papel. — No lo necesitas. Tú tienes… — se obligó a no mirar hacia la sudadera del equipo, pero la palabra se le escapó con veneno — …el equipo.

Hunter soltó una risa corta.

— Ah, entonces es eso.

— ¿Eso qué?

— Tú crees que mi vida es solo… — giró el móvil una vez en la mano, como si fuera un juguete — correr detrás de una pelota.

Scarlett no pudo impedir la frase. Le salió como un reflejo, como defensa.

— Tal vez sea más fácil "vivir fuera de los libros" cuando todo lo que haces es correr detrás de una pelota.

Su bolígrafo volvió a escribir antes de que el cerebro pudiera evaluar el daño.

El silencio a su lado duró solo un segundo. Un segundo suficiente para que Scarlett sintiera que había tocado algo. No una herida profunda, ella no creía que fuera posible herir a alguien como Hunter Jones, pero un nervio, una línea invisible. Siguió tomando apuntes de todos modos, como si su propia letra pudiera protegerla de las consecuencias.

Entonces Hunter se movió.

No mucho. Solo lo suficiente para que su presencia invadiera un poco más el espacio de ella. Scarlett sintió el desplazamiento del

aire, el calor discreto de su cuerpo demasiado cerca, y levantó la mirada por impulso.

Ahora él la miraba directamente. Sin sonrisa. Sin pereza. Con una expresión que parecía provocación y ofensa en la misma medida, como si ella por fin hubiera dejado de ser un objeto curioso y se hubiera convertido en un desafío.

— ¿Tienes alguna idea de lo que estás diciendo? — preguntó, y su voz salió baja, pero firme.

Scarlett tragó saliva. No quería retroceder. Retroceder significaba admitir que él tenía poder sobre ella. Y ella no regalaba ese tipo de cosas a nadie.

— Tengo idea de lo que veo — respondió, manteniendo la barbilla en alto. — Y lo que veo es a alguien que no necesita esforzarse aquí porque ya tiene demasiada atención en cualquier lugar.

La comisura de su boca tembló, como si una sonrisa amenazara con volver. Pero no volvió. Sus ojos siguieron clavados en ella, el tiempo suficiente para que Scarlett se volviera demasiado consciente de su propia respiración.

— Hablas como si el esfuerzo fuera solo… estudiar — dijo, y había algo casi peligroso en la calma. — Como si lo demás fuera un juego.

Scarlett abrió la boca para replicar, pero antes de que saliera una palabra, una sombra se proyectó sobre la fila del fondo.

El profesor dejó de hablar.

El bolígrafo de Scarlett se congeló sobre el papel. Sintió el cambio en la sala como si alguien hubiera bajado el volumen de todo. Las sillas quedaron en silencio, las teclas se detuvieron, hasta los susurros murieron.

El profesor, un hombre de mediana edad con gafas que siempre parecían a punto de resbalarle por la nariz, miraba exactamente a los dos. Su mirada no era solo irritada. Era el tipo de paciencia que había llegado al final y estaba a punto de transformarse en una lección pública.

Hunter se recostó en la silla, como si fuera a ver un espectáculo. Scarlett, en cambio, sintió el calor subirle por el cuello, la cara ardiendo en anticipación.

— Ya que ustedes dos parecen mucho más interesados en discutir el uno con el otro que en prestar atención… — dijo el profesor lentamente.

Una risa baja recorrió la sala, demasiado contenida para ser una falta de respeto directa, pero lo bastante alta como para que Scarlett sintiera cada pedacito de ella. Se quedó inmóvil, deseando poder subirse la capucha de la sudadera y desaparecer.

Hunter apoyó el codo en la mesa y la mano en la barbilla, mirando al profesor con una expresión casi divertida, como si aquello fuera una consecuencia natural del universo, no de su comportamiento.

— …vamos a aprovechar esa energía — continuó el profesor — para algo que vale nota. Y, por cierto, una nota bastante relevante.

Scarlett contuvo la respiración. Hunter levantó ligeramente las cejas, como si aquello por fin fuera un estímulo digno.

El profesor caminó de vuelta al frente, tomó un mando y pasó una diapositiva. Scarlett vio, en la pantalla, un título simple sobre un trabajo final. Intentó centrarse en el contenido, aferrarse a la normalidad académica como si fuera un salvavidas.

— El proyecto final de esta asignatura — explicó — será una presentación sobre recuperación física y presión emocional en atletas universitarios. Quiero que piensen en cómo el cuerpo

responde al esfuerzo, cómo la mente responde a la expectativa, y cómo eso se traduce en el rendimiento y en el riesgo.

Scarlett anotó "presión emocional" con demasiada fuerza, el trazo más oscuro que el resto. Eso, al menos, tenía sentido. Ella sabía lo que era la presión, aunque en otro formato. El profesor continuó:

— La presentación será dentro de un mes. Aquí, en esta sala. Y valdrá una parte significativa de la nota final.

Un murmullo inquieto se extendió. Scarlett sintió el pecho apretarse, esa ansiedad conocida que siempre venía cuando una nueva responsabilidad le caía encima. No importaba cuántas ya existieran. Siempre cabía una más, como si su vida fuera un archivo sin límite.

El profesor respiró hondo, volvió la mirada hacia el fondo de la sala. De nuevo hacia ella. De nuevo hacia Hunter. Y, entonces, tomó una decisión con el placer contenido de quien cree estar resolviendo un problema.

— Y como ustedes dos claramente ya han establecido una dinámica… — dijo, haciendo una pausa a propósito. — Hunter Jones y Scarlett Olsen Bennett.

El nombre de Hunter provocó un movimiento automático en la mitad de la sala. Cabezas se giraron. Miradas curiosas. Un susurro atravesó dos filas como una chispa.

Cuando el nombre de Scarlett vino a continuación, el efecto fue diferente. Era como si la gente estuviera intentando localizar en el mapa una calle que nunca había sido importante antes. Alguna que otra mirada confusa. Un susurro que decía, sin decir: ¿quién?

Scarlett sintió que el estómago se le desplomaba.

— Van a hacerlo juntos — concluyó el profesor, con firmeza.

El aire desapareció de los pulmones de Scarlett. Parpadeó, como si hubiera oído mal. A su lado, Hunter soltó una sonrisa corta, casi perezosa, como quien acaba de ganar una entrada para una diversión inesperada.

Scarlett giró el rostro hacia el profesor, la cara aún caliente, pero ahora por indignación. La vergüenza se convirtió en combustible.

— Profesor, eso no tiene ningún sentido — empezó, con la voz baja, pero tensa. — Yo hago medicina. Él…

Miró a Hunter solo un instante, como si el cerebro se negara a asociar "proyecto final" con "Hunter Jones".

— Él solo juega al fútbol americano.

Algunas personas contuvieron risas. Scarlett oyó el sonido ahogado de alguien atragantándose con su propio aire. Su corazón latió más fuerte, no por el profesor, sino por el hecho de haber dicho aquello en voz alta. Demasiado tarde.

Hunter giró el rostro hacia ella despacio. Su sonrisa estaba ahí, sí, pero ahora tenía dientes. Ofendido y divertido, una combinación peligrosa. No parecía acostumbrado a ser menospreciado, y aun así… parecía disfrutar de la pelea.

— Sí, princesa — dijo, lo bastante alto para que el profesor y quien quisiera oírlo lo escucharan — porque aparentemente ganar una beca deportiva y sobrevivir a la presión del equipo exige cero inteligencia.

El apodo golpeó a Scarlett como un toque indebido. Princesa. Odió la facilidad con la que él le ponía una palabra encima, como si tuviera derecho a eso. Como si ella fuera un personaje pequeño en su mundo grande.

Cruzó los brazos, intentando parecer menos afectada de lo que estaba.

— Al menos yo me tomo los estudios en serio — devolvió, con frialdad. — Y no trato un aula como una grada.

Hunter se inclinó un poco hacia ella, y Scarlett sintió que el cuerpo entero reaccionaba antes que la mente. Se quedó demasiado cerca, y el espacio entre los dos pareció disminuir como si alguien hubiera tirado de una cuerda invisible.

— Tal vez sobrevivirías mejor a la universidad — murmuró, ahora bajo, solo para ella — si aprendieras a relajarte durante cinco minutos.

El tono no era exactamente cruel. Era provocación con un tipo extraño de… interés. Como si él estuviera intentando entender por qué ella era así, y le pareciera casi fascinante. El problema era que el cerebro de Scarlett captó ese matiz —y su cuerpo también.

Apretó el bolígrafo entre los dedos hasta sentir el borde de plástico marcarle la piel. No era dolor, era enfoque. Ancla.

— Yo me relajo cuando quiero — siseó. — Y no va a ser porque un quarterback crea que tiene autoridad para enseñarme a respirar.

El profesor golpeó levemente el rotulador contra la mesa delantera, un sonido seco que cortó la tensión como unas tijeras.

— Basta — dijo, con la voz cargada de cansancio. — Precisamente por ser completamente diferentes, ustedes dos van a trabajar juntos. Punto final.

Scarlett abrió la boca, lista para insistir, porque era su nota, su tiempo, su carrera, pero el profesor continuó antes de que ella pudiera articular la siguiente protesta.

— Y antes de que alguien me pida cambiar de pareja — añadió, mirándola directamente como si ya previera el intento —, no. El objetivo es exactamente ese. Aprender a trabajar con perspectivas diferentes.

Scarlett sintió la frustración subir, caliente y rápida. No quería parecer dramática delante de toda aquella sala. No quería ser "la chica que se peleó con el quarterback". Pero la injusticia de aquel emparejamiento parecía absurda, como si el mundo hubiera decidido hacer una broma con el único aspecto de su vida que ella controlaba: el esfuerzo.

— Él va a dejarlo todo en mis manos — dijo Scarlett, y esta vez no pudo impedir el tono. No era solo queja. Era miedo disfrazado de crítica. — Esto se va a convertir en mi trabajo y en su nota.

Hunter soltó un sonido bajo, como una risa sin humor.

— O tal vez — devolvió, inclinándose de nuevo con un brillo en los ojos — necesites aprender a trabajar con personas reales. Y no solo con libros.

Un nuevo murmullo atravesó la sala, esta vez más interesado, como si los compañeros estuvieran viendo un partido paralelo que nadie sabía que ocurriría ese semestre. Scarlett sintió las miradas como pequeños dedos pinchándole la nuca.

Tragó saliva y se tocó las puntas onduladas del cabello, un gesto nervioso que odiaba no poder controlar. Los mechones se le escapaban hacia la barbilla, tocándole la comisura de la boca, y los empujó de vuelta con impaciencia. Quería que el cuerpo dejara de revelar todo lo que intentaba esconder.

Hunter, en cambio, parecía cada vez más cómodo. Apoyado en la silla, demasiado amplio, como si la mesa fuera pequeña para él. Sus ojos azules seguían clavados en Scarlett el tiempo suficiente para incomodarla, no solo irritarla. Consciente. Como si, en medio de la

pelea, él estuviera registrando detalles que ella no quería ofrecerle a nadie.

El profesor cerró el rotulador con un chasquido y señaló la pantalla.

— Tienen un mes. Quiero bibliografía, quiero ejemplos, quiero coherencia. Y quiero que la pareja funcione. Si no funciona, la nota lo refleja. ¿Entendido?

Un coro disperso de "sí" recorrió la sala. Scarlett asintió también, porque era lo que se hacía cuando no había elección. Lo que ella quería era levantarse e irse. Lo que podía era quedarse, respirando corto, intentando no mirar a Hunter de nuevo.

Pero él la miró como si no tuviera el mismo objetivo.

— Va a ser divertido — murmuró, solo para ella, y la palabra "divertido" en su boca sonó como una amenaza.

Scarlett giró el rostro, enfocándose en la pizarra, en la diapositiva, en cualquier cosa que no fuera el hecho de que ahora estaba atada a Hunter Jones durante un mes entero, y que toda la sala acababa de presenciar el comienzo del problema.

El timbre de la universidad sonó alto por los pasillos, un sonido estridente y liberador que atravesó las paredes como una orden. La gente empezó a moverse, sillas arrastrándose, mochilas abriéndose, conversaciones estallando de nuevo como si alguien hubiera apretado el botón de volver a la vida.

El profesor suspiró, cansado, e hizo un gesto de despedida con la mano.

— La clase ha terminado. Están libres.

Hunter se levantó inmediatamente. Por un segundo, Scarlett pensó que mantendría la misma postura relajada, pero había un hilo de

irritación en la forma en que tiró de la mochila, echándosela a la espalda con demasiada fuerza para alguien a quien no le importaba nada. Como si, a pesar de las bromas, algo de lo que ella dijo se le hubiera quedado atrapado bajo la piel.

Salió de la fila sin mirar atrás, abriéndose paso entre las sillas con la facilidad de quien siempre tenía espacio. Pasó por la puerta y desapareció en el pasillo, tragado por voces y pasos.

Scarlett se quedó sentada unos segundos más, el cuaderno abierto, el bolígrafo inmóvil, como si el cuerpo necesitara tiempo para entender la nueva realidad.

Cuando por fin se levantó, los dedos aún estaban rígidos al cerrar la mochila. Miró hacia la puerta por donde Hunter había salido, el corazón latiendo a un ritmo que no combinaba con "trabajo en pareja".

Respiró hondo, se ajustó las mangas de la sudadera y apretó las correas de la mochila como si fuera una armadura.

Hunter Jones sería solo un problema irritante más en su vida.

Repitió eso mentalmente mientras caminaba hacia fuera del aula.

Como si repetir fuera suficiente para hacerlo verdad.

CAPÍTULO 5

Mi pesadilla comenzó

Scarlett subió las escaleras del dormitorio femenino como quien intentaba atravesar un pasillo de hospital en horario de visita: rápida, silenciosa, con el corazón latiendo más alto de lo que la situación merecía. El edificio olía a desinfectante barato y perfume dulce, una mezcla típica de final de tarde universitario, y el sonido distante de risas y puertas golpeando parecía una provocación.

Cuando empujó la puerta de la habitación, lo primero que la golpeó fue la luz cálida de la lámpara de Chloe, amarilla, confortable, casi doméstica, contrastando con el gris que aún llevaba por dentro desde el aula. La habitación era demasiado pequeña para dos personas y, aun así, siempre se las arreglaba para parecer más grande por culpa del desorden: mantas arrugadas, libros apilados en torres torcidas, una blusa colgada en la silla como si estuviera demasiado cansada para caer al suelo, productos para el cabello y maquillaje alineados solo hasta la mitad sobre el escritorio.

Una música baja se escapaba del portátil de Chloe, algo pop con un ritmo perezoso, el tipo de sonido que llenaba espacios sin pedir atención. Era reconfortante. Irritantemente reconfortante, porque Scarlett quería estar en modo guerra.

Cruzó la habitación en dos pasos y arrojó la mochila encima de su propia cama. El impacto hizo que la colcha se hundiera y un cuaderno casi se deslizara al suelo. La fuerza fue mayor de lo que pretendía, y el sonido seco pareció resonar en el ambiente pequeño.

Scarlett soltó un suspiro pesado, el tipo de suspiro que salía del fondo del pecho, como si intentara expulsar de una vez todo lo que estaba atascado desde la clase, y se pasó la mano por el cabello castaño claro. El moño improvisado que se había hecho a toda prisa de camino de vuelta ya había dejado de ser un moño hacía tiempo; algunos mechones ondulados se escapaban cerca del rostro, y los cabellos parecían más ásperos por la tensión que por otra cosa.

Como siempre, fue directo a las puntas del cabello, enrollándolas entre los dedos, estrujándolas, tirando suavemente. Un hábito automático. Una advertencia. Si alguien prestara suficiente atención, y casi nadie lo hacía, sabría que eso significaba: no te metas conmigo.

Chloe, sin embargo, prestaba atención.

Sentada con las piernas cruzadas en su propia cama, usando una sudadera rosa claro y un short que parecía más pijama que ropa, veía alguna cosa aleatoria con el portátil apoyado en los muslos. Tenía el cabello recogido en una coleta alta, impecable de un modo que Scarlett no entendía cómo alguien conseguía sin esfuerzo. Chloe giró el rostro en el instante en que Scarlett entró, y sus ojos se entrecerraron con una lectura demasiado rápida para ser casual.

Cerró el portátil despacio, como si estuviera pausando no solo un video, sino un juicio.

— Vaya — dijo, con una sonrisa que ya nacía riéndose. — Llegaste con cara de querer matar a alguien.

Scarlett hizo un sonido que podría ser un “hum” o un gruñido contenido. Se quitó la sudadera gris, esa que vivía usando como armadura, y la arrojó sobre la silla. La tela se deslizó y quedó colgando en un ángulo torcido, como si hasta ella se hubiera rendido al cansancio.

Caminó hasta el escritorio, dejó las llaves y el estuche, y se quedó parada por un segundo, respirando. La habitación parecía segura, un acuario de rutina donde nada del mundo de afuera entraba sin permiso. Aun así, la imagen de unos ojos azules insistía en proyectarse en las paredes.

Chloe ya había bajado de su propia cama incluso antes de que Scarlett se diera la vuelta. Cruzó la habitación con la energía de quien no sabe vivir sin una buena historia, abrió la pequeña cocina compartida del dormitorio y hurgó en la encimera como si estuviera a punto de salvar una vida.

— Te estaba esperando — anunció, victoriosa, como si fuera un plan genial y no solo la consecuencia lógica de dos universitarias hambrientas. — Yakisoba. Y fui una persona responsable y también agarré refresco.

El sonido de las cajitas siendo sacadas, el chasquido de la tapa del refresco y el olor a salsa de soja y jengibre invadiendo la habitación fueron el primer golpe real a la rabia de Scarlett. La comida era un lenguaje que su cuerpo entendía mejor que el drama.

Chloe volvió con dos cajas de yakisoba y dos refrescos, equilibrándolo todo con una facilidad irritante. Puso una de las cajas en la mano de Scarlett como si estuviera ofreciendo un remedio.

— Siéntate — ordenó, sin dar espacio para discusión.

Scarlett se sentó en el borde de la cama, aún demasiado rígida, como si estuviera lista para levantarse en cualquier momento y huir de vuelta a algún lugar donde nadie dijera su nombre.

Chloe, completamente sin ceremonia, se subió a la cama de Scarlett sin pedir permiso. Se acostó de lado, apoyando la cabeza en una almohada, como si ese fuera su lugar desde siempre. La intimidad que Chloe tenía con cualquier espacio era una habilidad social que Scarlett jamás dominaría.

— Ahora suéltalo — dijo Chloe, abriendo su propia cajita y agarrando los palillos. Sus ojos brillaban. — ¿Quién te irritó?

Scarlett miró la tapa de cartón como si tuviera respuestas. Puso el refresco al lado, abrió la cajita y empezó a comer sin sentir mucho el sabor, solo para ocupar la boca y no morderse la lengua.

— Fue esa clase compartida — soltó, por fin, con una indignación que pareció renovarse en el instante en que habló. — Llegué tarde. El aula estaba llena. Y, claro, el único lugar libre...

— No — interrumpió Chloe, ya riéndose antes de que la amiga terminara. — No me digas.

Scarlett apuntó los palillos hacia ella, como si eso fuera un arma.

— Al lado de él.

Chloe abrió los ojos, pero se contuvo por medio segundo. Scarlett continuó, porque era imposible parar cuando el tren ya se había descarrilado.

— No se callaba. Se la pasaba hablando, tocando el celular, haciendo bromitas con los amigos. Como si el profesor fuera decoración. Yo solo quería... — respiró hondo, frustrada incluso con su propia incapacidad de explicar. — Yo solo quería seguir la clase.

Chloe masticaba despacio, observando como si estuviera viendo un reality show en vivo.

— ¿Y entonces te peleaste con él? — preguntó, casi esperanzada, como quien anima una escena.

Scarlett tragó una risa involuntaria de nerviosismo y odio mezclados.

— Le pedí que se callara cinco minutos.

— Le pediste — repitió Chloe, saboreando las palabras. — Tú, Scarlett Olsen Bennett, le pediste a alguien que se callara.

— No hagas de esto un evento histórico — gruñó Scarlett, pero se le calentó la cara solo de recordar el momento en que Hunter por fin la miró. No una mirada de reojo. Una mirada entera, lenta, como si estuviera evaluando algo raro.

Volvió a jugar con las puntas del cabello, apretando los mechones entre los dedos.

— Y él... él se quedó mirándome — continuó Scarlett, irritada con el detalle. — Como si yo hubiera dicho lo más gracioso del mundo. Con esa sonrisa idiota. Como si nada fuera serio.

Chloe soltó un "hum" largo, que no ayudaba en nada.

— ¿Y el profesor? — preguntó, ya previendo desastre.

Scarlett soltó una risa sin humor. Tomó un pedazo de brócoli como si eso fuera un sacrificio.

— El profesor interrumpió la clase. Toda el aula nos miró. Y entonces anunció un trabajo final. En pareja.

Chloe se quedó congelada con los palillos en el aire.

Scarlett continuó, como si estuviera leyendo su propia sentencia.

— Y nos puso a él y a mí juntos.

Chloe parpadeó, una vez. Dos. Como si el cerebro estuviera procesando y se negara a aceptar.

— Espera — dijo, subiendo un poco la voz. — ¿Puso a ti y... a quién?

Scarlett pinchó un fideo y miró a la nada, como si la pared pudiera absorber la humillación.

— Hunter Jones.

Fue como decir el nombre de un fantasma y encender las luces al mismo tiempo.

Chloe hizo un sonido atragantado, una mezcla de risa y shock, y casi tiró su propia cajita. El yakisoba se balanceó peligrosamente en su mano.

— ¿Te pusieron en pareja con HUNTER JONES? — susurró-gritó, como si la habitación pudiera estar intervenida.

Scarlett puso los ojos en blanco con una calma que no sentía.

— Esto debería considerarse acoso psicológico — respondió, seca, y dio otro bocado al fideo como si estuviera masticando su propia revuelta.

Chloe se echó a reír de inmediato, la risa fácil que Scarlett envidiaba sin admitirlo.

— Amiga... — Chloe intentó hablar, pero se reía demasiado. — No lo puedo creer. No puedo creer que el universo te haya puesto en el camino del quarterback más insoportable y más famoso de este campus.

Scarlett hizo una mueca.

— No es solo famoso. Es... es irritante. Arrogante. Engreído. Se cree intocable. Toda la clase fue él montando su show y yo intentando no explotar.

— ¿Y el profesor los puso juntos por qué? — preguntó Chloe, ahora más interesada que divertida. — O sea... ¿cuál fue la justificación?

Scarlett apuntó los palillos al aire, como si estuviera describiendo una escena criminal.

— Porque estaba estorbando. Yo no podía seguir nada. Y entonces el profesor nos vio discutiendo y decidió que la solución era... castigarnos en grupo. Trabajo en pareja. Un mes. Presentación con nota.

Chloe puso una expresión de quien estaba a punto de aplaudir el caos.

— Esto es maravilloso.

— Chloe.

— No, no, escucha — Chloe levantó la mano, aún sonriendo. — Es horrible para ti, claro. Pero desde el punto de vista de alguien a quien le gusta ver drama de lejos... es maravilloso.

Scarlett empujó suavemente el hombro de Chloe con el antebrazo, sin fuerza de verdad.

— Voy a morir — murmuró Scarlett, mirando su propia cajita. — Te juro que voy a morir antes de esa presentación. Y lo peor es que todavía tuvo el descaro de llamarme princesa. Princesa.

Chloe arqueó las cejas.

— ¿Te llamó princesa?

— Sí — respondió Scarlett, la palabra saliendo como veneno. — Como si yo fuera... no sé, mimada. Yo solo quiero estudiar en paz.

Chloe se recostó en la almohada y suspiró teatralmente, como si estuviera a punto de dar un discurso sobre una celebridad.

— Vale, pero... ¿tienes idea de quién es Hunter Jones aquí? — preguntó, y su tono cambió a ese de "¿vives debajo de una piedra?" que Scarlett ya conocía.

Scarlett frunció el ceño.

— Sé que juega fútbol americano. Y que todo el mundo grita cuando pasa. Fin.

Chloe soltó una risita incrédula.

— "Todo el mundo grita" es una forma muy educada de decir que la mitad de la universidad está obsesionada con él. Scarlett... los partidos se llenan por su culpa. LLENOS. O sea, gente a la que ni le gusta el deporte va solo para ver a Hunter jugar.

Scarlett masticó despacio, mirando a Chloe como si eso fuera una lengua extranjera.

— ¿Por qué?

Chloe apuntó los palillos como si estuviera enumerando hechos en un tribunal.

— Porque es el quarterback estrella. Porque hace touchdown como si fuera respirar. Porque aparece en las pantallas gigantes y todo el mundo se vuelve loco. Porque hay video de él entrenando circulando en las redes de la universidad como si fuera un tráiler de película.

Scarlett se atragantó con una risa corta, más de incredulidad que de humor.

— ¿Video de él entrenando?

— ¡Sí! — dijo Chloe, indignada con la inocencia de Scarlett. — Y no es solo eso. Hay rumor de fiesta todas las semanas. Siempre hay alguien diciendo que lo vio salir con alguna chica diferente. O dos. O... — hizo una pausa dramática, abriendo los ojos. — Tres, dependiendo del día.

Scarlett puso una cara de asco inmediato.

— Qué asco.

Chloe se encogió de hombros, riéndose.

— No estoy diciendo que yo lo considere un ejemplo de buen comportamiento. Estoy diciendo que tiene... una reputación absurda. Dentro del campus, fuera del campus. Las fraternidades prácticamente hacen fila para que aparezca. Las chicas...

Chloe interrumpió su propia frase, pensando en cómo decirlo de la manera más impactante.

— Las chicas lo persiguen, Scarlett. Tipo persecución real. Como si fuera el último hombre de la Tierra y el resto fueran figurantes.

Scarlett sintió una incomodidad extraña con eso, un malestar que no combinaba con la rabia que quería sentir. Pinchó un pedazo de zanahoria y habló con demasiada firmeza:

— No lo entiendo. Es solo un chico.

Chloe inclinó la cabeza, estudiando a Scarlett con una sonrisa lenta.

— Dices eso porque realmente no lo ves — dijo, y luego agitó la mano, como si el siguiente punto fuera demasiado obvio. — Amiga... pero es ridículamente guapo.

Scarlett miró a Chloe, sin paciencia, como si hubiera cometido un crimen contra la humanidad.

— Chloe.

— ¿Qué? ¿Estoy mintiendo? — Chloe se incorporó un poco, apoyando el codo en el colchón de Scarlett, animada de nuevo. — ¿Cómo alguien consigue prestar atención en una clase sentándose al lado de ese hombre? Parece literalmente un dios griego universitario. O sea, ni se esfuerza. Él solo... existe. Y ya está. Y entonces toda el aula se queda medio tonta.

Scarlett puso los ojos en blanco tan fuerte que casi dolió. Intentó concentrarse en el sabor del fideo, en el calor de la comida, en la música baja de fondo. Cualquier cosa que no fuera el recuerdo involuntario de unos ojos azules mirando los suyos como si Scarlett fuera un problema interesante.

— Es arrogante — dijo Scarlett, como si eso resolviera el asunto. — Ocupa demasiado espacio. Habla demasiado alto. Y cree que puede hacer lo que quiera porque todo el mundo lo deja.

Chloe masticó, pensativa.

— Ok, sí. Eso es verdad.

— Y me provocó toda la clase — continuó Scarlett, volviendo la indignación con fuerza. — Como si fuera gracioso que yo intentara estudiar. Como si yo fuera... no sé, un chiste.

Chloe observó a Scarlett por un segundo, y esa mirada tenía algo de cariño y curiosidad, como si viera cosas entre líneas que Scarlett ni sabía que estaba mostrando.

— ¿Te provocó específicamente a ti? — preguntó Chloe, demasiado ligera.

— ¡Sí! — respondió Scarlett demasiado rápido. — Y no quiero eso. Yo quería cualquier pareja en esa aula. Cualquiera. Menos él.

Chloe soltó una risita y negó con la cabeza, divertida.

— Estás demasiado irritada para alguien a quien "no le importa".

— Me importa mi nota — replicó Scarlett, apuntando los palillos como si fueran un bisturí. — Y mi cordura. Él es el tipo de persona que convierte todo en un desastre.

Chloe levantó las manos, rendida, aún sonriendo.

— Está bien. Está bien. Entendí.

Scarlett soltó un sonido de acuerdo y por fin sintió que los hombros cedían un poco. La habitación, con su desorden familiar y olor a comida, parecía cerrar las puertas al mundo de afuera. Por unos minutos, Scarlett consiguió imaginar que eso, ella y Chloe, dos cajitas de yakisoba, música baja, era todo lo que existía.

Comió más despacio, por primera vez sintiendo el sabor. El fideo estaba caliente, la salsa ligeramente dulce. La rabia se volvió cansancio. Y el cansancio tenía el peso de toda una vida de presión acumulada.

Chloe, a su lado, decía algunas cosas más sobre el campus, sobre cómo era imposible pasar una semana sin oír el nombre de Hunter en algún lugar, sobre chicas comentando sus fotos en eventos del equipo, sobre una cuenta de fans no oficial que republicaba cualquier video en el que apareciera por más de dos segundos. Scarlett solo escuchaba a medias, asintiendo a veces, concentrada en no pensar en la clase. En no pensar en su sonrisa. En no pensar en el hecho de que, por algún motivo, él la había mirado como si Scarlett fuera un desafío.

El tiempo en el dormitorio se volvió suave.

Hasta que el celular vibró encima de la cama.

El sonido fue pequeño, un temblor corto contra la tela, pero el efecto en Scarlett fue inmediato. Estiró la mano sin interés, esperando una notificación de la facultad, un correo automático, cualquier cosa aburrida y previsible.

En cuanto la pantalla se encendió, su cuerpo se puso rígido.

Mensaje de un número desconocido.

Scarlett frunció el ceño y abrió, el pulgar dudando como si ya supiera que iba a odiar lo que venía a continuación.

"Tenemos que quedar para hacer el trabajo.
— Hunter"

El mundo pareció inclinarse unos grados.

Scarlett miró la pantalla durante largos segundos, sintiendo formarse un nerviosismo irritante en el estómago, una mezcla de rabia, sorpresa y algo que se negaba a nombrar. Como si, de repente, la pareja ya no fuera una idea abstracta dicha por un profesor irritado; era real. Tenía un número. Tenía un mensaje. Tenía su nombre ahí, en blanco y negro, como una firma.

Soltó un resoplido cansado, corto, involuntario, y apretó el celular con demasiada fuerza.

Chloe se dio cuenta al instante. Inclinó el cuerpo hacia Scarlett, con los ojos afilados.

— ¿Qué fue ahora?

Scarlett no respondió de inmediato. Siguió mirando el mensaje como si pudiera hacerlo desaparecer por pura antipatía. La habitación, que un minuto antes parecía segura, ahora parecía demasiado pequeña para contener esa presencia invisible.

Por fin levantó la mirada hacia Chloe, exhausta, dramática sin querer serlo.

— Mi pesadilla acaba de empezar.

Scarlett apretó los labios. El pecho subió y bajó en un suspiro corto. Intentó fingir que era solo un aparato vibrando, un pedazo de plástico haciendo ruido. Pero el estómago dio ese apretón específico que no combinaba con nada de lo que estaba estudiando.

El celular vibró otra vez, más largo, insistente.

— ¿En serio? — murmuró para nadie, sin levantar los ojos del cuaderno.

En la cama de al lado, Chloe estaba acostada boca abajo, el portátil abierto con alguna serie corriendo en volumen bajo. El brillo de la pantalla iluminaba su rostro en destellos rápidos, alternando entre interés y aburrimiento. Levantó la cabeza despacio, ya sonriendo como quien huele un chisme en el aire.

— No me digas… — canturreó Chloe. — Déjame adivinar. ¿Nuestro querido quarterback está necesitado?

Scarlett marcó otra línea en el texto con demasiada fuerza, como si el papel tuviera la culpa. El celular vibró de nuevo.

— No está necesitado — respondió Scarlett, seca. — Solo es… inconveniente.

— Ajá. Inconveniente con nombre, apellido y ojos azules. — Chloe se giró en la cama para mirar a Scarlett, apoyando la barbilla en la mano. — ¿Vas a responder o vas a fingir que te moriste?

— Tengo cosas que hacer. — Scarlett señaló con el bolígrafo el caos de hojas. — A diferencia de él, yo estudio.

— Él también estudia. Solo lo hace de un modo… más ruidoso. — Chloe entrecerró los ojos al oír la vibración otra vez. — Está pareciendo esas notificaciones de alerta de huracán.

Scarlett agarró el celular sin ganas y puso la pantalla boca abajo, como si eso lo resolviera. Se quedó dos segundos en silencio, intentando recuperar el foco. El bolígrafo volvió al papel.

El celular vibró bajo su palma, insistente, como un corazón fuera de ritmo.

Scarlett cerró los ojos. Su paciencia era una cosa que ya nacía pequeña y se terminaba antes de la mitad del día.

— Hunter Jones cree que el mundo gira en su cronómetro — refunfuñó.

Chloe sonrió con una satisfacción casi maliciosa.

— Sí, y hoy su cronómetro está girando en ti. — Se estiró y, en un movimiento demasiado rápido para que Scarlett lo impidiera, le arrancó el celular de la mano.

— ¡Chloe! — Scarlett intentó alcanzar, pero ya era tarde. Chloe retrocedió en su propia cama, sosteniendo el aparato en alto como un trofeo.

— No, no, no. Ahora necesito ver. — Desbloqueó la pantalla con la facilidad de quien sabía la contraseña porque Scarlett había desistido de ocultarle cualquier cosa en la primera semana de convivencia. — Vamos a ver… mensajes del dios griego universitario para la chica que finge que él no existe.

— Yo no finjo — protestó Scarlett, pero la voz le salió más baja de lo normal. — Yo solo… no tengo tiempo.

Chloe hizo un "ahn" largo, dramático, mientras leía.

— Primero: "Tenemos que empezar este trabajo." — Levantó los ojos hacia Scarlett como si acabara de narrar una carta de amor. — Romántico. Profundo. Casi un poema.

— Dios mío, Chloe, devuélvemelo — pidió Scarlett, estirando la mano.

Chloe apartó el celular y continuó, con un placer obvio.

— Segundo: "¿Piensas ignorarme hasta la presentación?" — Sonrió enorme. — Mira eso. Tiene sentimientos. Es sensible. Es… rechazado.

— Está siendo ridículo — dijo Scarlett, pasándose la mano por la cara. — Como si yo tuviera la obligación de responder a la hora que él quiere.

Chloe se rió, un sonido leve que llenó la habitación de una energía diferente, como si el aire se hubiera vuelto menos pesado solo porque alguien se estaba divirtiendo.

— Amiga… — Chloe negó con la cabeza. — ¿Te das cuenta de que este hombre nunca tuvo que insistir por la atención de nadie en la vida? Y ahora está aquí, haciendo vibrar tu celular como si fuera un desfibrilador.

— No está insistiendo por atención. Solo quiere hacer el trabajo porque probablemente alguien le mandó hacerlo — replicó Scarlett, pero aun así se le calentó la cara.

Chloe entrecerró los ojos, analizando a la amiga con esa precisión cruel de quien sabe dónde pinchar.

— ¿Por qué estás sonrojada?

— No estoy sonrojada. — Scarlett agarró el cuaderno y fingió buscar algo entre las hojas, evitando la mirada de Chloe. — Hace calor aquí.

— Sí, claro. — Chloe apoyó el celular en su propio pecho como si fuera una novela. — Y yo soy Taylor Swift.

Scarlett se inclinó para recuperar el celular, pero Chloe levantó aún más el brazo, riéndose.

— Está bien, basta. — Scarlett intentó parecer más irritada de lo que realmente estaba. — Chloe, cállate y devuélveme mi celular. No

estoy obligada a lidiar con… con él… ahora.

Chloe miró la pantalla otra vez e hizo una mueca pensativa.

— Sabes que cuanto más lo ignoras, más va a mandar mensajes, ¿no? Acaban de convertirse en una dinámica clásica: él persigue, tú huyes.

— No estoy huyendo. — Scarlett tiró del elástico del moño, apretándolo un poco, como si sujetarse el cabello fuera también sujetar las emociones. — Solo estoy ocupada.

El celular vibró una vez más en la mano de Chloe, como si Hunter oyera la conversación por telepatía.

Chloe abrió los ojos con teatralidad y leyó el mensaje nuevo en voz alta, con una entonación casi solemne:

— "Scarlett." — Hizo una pausa. — Solo eso. El hombre no tiene miedo de ser directo.

Scarlett tragó saliva. La simple visión de su propio nombre en la boca de otra persona… en la pantalla… causó una incomodidad que no tenía cómo justificar.

— Basta — dijo, más firme. — Dámelo. Voy a responder y terminar de una vez con esta… tortura.

Chloe le entregó el celular despacio, con una sonrisa que decía yo gané.

— Eso. Sé adulta. — Señaló la pantalla como si estuviera guiando una cirugía. — Solo no vayas a escribir una tesis.

Scarlett apretó el aparato entre los dedos. El contacto frío del vidrio contra la piel parecía demasiado real. Abrió la conversación. Tres

mensajes cortos. Pocas palabras. Todas con una certeza irritante de que Scarlett estaría disponible porque él lo decidió.

Respiró hondo, una, dos, tres veces, intentando convertir aquello en tarea. Como un correo que había que responder. Como un formulario obligatorio. Como una cosa sin emoción.

Sus dedos se quedaron suspendidos sobre el teclado.

— ¿Qué vas a escribir? — preguntó Chloe, demasiado entusiasmada.

— Déjame ver — respondió Scarlett sin apartar los ojos de la pantalla.

Tecleó despacio, eligiendo las palabras con la frialdad de quien armaba una receta clínica:

"Podemos encontrarnos para empezar el trabajo. ¿Cuándo puedes?"

Scarlett releyó, le pareció demasiado cordial, borró podemos y lo cambió por algo más objetivo. Releyó otra vez, borró otra palabra. Al final, envió:

"Tenemos que quedar. ¿Cuándo puedes?"

En cuanto el mensaje salió, sintió una punzada de arrepentimiento, como si acabara de abrir una puerta que prefería mantener cerrada con llave.

Chloe se inclinó por encima de su hombro, intentando ver.

— Fría. Quirúrgica. Perfecta. — Chloe chasqueó la lengua. — Tecleas como si estuvieras dando el alta a un paciente.

Scarlett le lanzó una mirada rápida.

— Tecleo como alguien que quiere terminar una obligación.

El indicador de "escribiendo…" apareció casi de inmediato. Scarlett se quedó inmóvil. Odiaba que él fuera rápido. Odiaba aún más que, por algún motivo, eso le mantuviera los nervios despiertos.

Chloe se sentó en su propia cama con la expectativa de quien mira un final de temporada.

— Va a responder en tres, dos, uno…

La respuesta llegó.

Scarlett leyó en silencio, pero su cuerpo reaccionó como si hubiera recibido un toque en el hombro.

"Después de las clases. Biblioteca central. Dentro de dos días."

Objetivo. Casi irritantemente sensato.

Scarlett parpadeó, desconfiada, como si esperara una trampa escondida en las palabras.

Tecleó:

"Ok."

Chloe soltó un sonido de indignación.

— ¿Ok? ¿Solo eso? ¿Vas a responder ok al hombre más comentado de este campus?

— Sí — respondió Scarlett, enviando. — Porque soy una persona normal.

— Eres la persona menos normal que conozco cuando el tema es un hombre guapo — replicó Chloe.

Scarlett abrió la boca para responder, pero el celular vibró de nuevo, como si Hunter hubiera sentido la presencia de Chloe y decidido

empeorarlo.

Leyó el último mensaje y su cara cambió en el acto: una mezcla de indignación y ese shock irritante de algo que parece divertido contra la propia voluntad.

"No llegues tarde, princesa, pues tengo partido."

— ¿Princesa? — repitió Scarlett, la palabra saliendo en un susurro venenoso.

Chloe estalló en una carcajada y se dejó caer hacia atrás en la cama como si la hubiera golpeado un balón de fútbol americano imaginario.

— ¡TE LLAMÓ PRINCESA! — gritó bajo Chloe, ahogando la risa en la almohada. — Amiga, esto es el inicio del fin.

— Esto es el inicio de mi colapso nervioso — respondió Scarlett, tecleando con demasiada fuerza en la pantalla.

Quería escribir algo horrible. Algo que doliera. Algo que lo pusiera en su lugar. El tipo de respuesta que haría que Hunter Jones entendiera que ella no era una de las chicas que se reían con cualquier migaja de atención.

Pero tampoco quería iniciar una guerra textual que durara toda la madrugada.

Scarlett borró tres respuestas diferentes antes de elegir la más corta posible:

"Yo no llego tarde."

Envió.

El silencio que vino después fue extraño, como si la habitación se hubiera detenido para oír si el mundo volvería a la normalidad. La

serie en el portátil de Chloe seguía, pero ahora parecía distante. La ciudad afuera seguía viva, pero Scarlett estaba atrapada en su propia irritación.

Chloe se giró de lado, apoyando la cabeza en la mano, aún con una sonrisa perezosa.

— Princesa… — repitió, saboreando la palabra. — Él no llama a nadie princesa. Él llama a las chicas… no sé. "Guapa". "Nena". "Ven aquí".

— Chloe. — Scarlett apretó la almohada contra el regazo. — No me importa.

Chloe levantó una ceja.

— Claro que no. — Señaló el celular en la mano de Scarlett. — Por eso estás agarrando eso como si fuera una granada.

Scarlett soltó el aparato en la cama, como si el vidrio pudiera quemar. Agarró el bolígrafo otra vez, intentando retomar el control del universo a través de una lista de temas. Pero las palabras en el cuaderno perdieron nitidez por unos segundos, porque su mente insistía en volver a la pantalla: princesa. La facilidad con que él había elegido ese apodo. La confianza implícita. La provocación.

Apretó la punta del bolígrafo con fuerza.

— Odio a ese chico — dijo Scarlett, como si estuviera registrando un diagnóstico.

Chloe se rió más bajo ahora, como quien ya había entendido algo que Scarlett aún se negaba a ver.

— Lo odias porque él te ve. Y eso te irrita más que el hecho de que sea un idiota.

Scarlett levantó los ojos despacio.

— Él no me ve. — La voz salió firme, pero había una nota de inseguridad que intentó ocultar con una mirada dura. — Solo quiere terminar el trabajo sin suspender.

Chloe hizo un gesto de rendición, pero la sonrisa continuó.

— Está bien, doctora. — Señaló el cuaderno. — Ve a salvar la medicina. Yo me voy a quedar aquí… esperando el próximo capítulo de esta tragedia romántica.

— No es romántica — corrigió Scarlett automáticamente.

— Todavía.

Scarlett le tiró una bolita de papel a Chloe, que esquivó riéndose. Por unos minutos, Scarlett logró volver a las notas, como si la irritación fuera combustible. Subrayó, organizó, reescribió conceptos en letras pequeñas y alineadas. Intentó convencerse de que todo lo que sentía era rabia y cansancio. Nada más.

Pero de vez en cuando, su mirada se desviaba hacia el celular, como si esperara otra vibración. Como si una parte de ella, contra su voluntad, se hubiera quedado… alerta.

No vibró más.

La falta del sonido dejó un vacío irritante en la habitación, como cuando la lluvia se detiene y aún escuchas su eco en la cabeza.

Chloe ya había vuelto a la serie, distraída. Scarlett miró sus propias notas una vez más y respiró hondo, intentando anclarse en lo que era seguro: exámenes, guardias, rutinas. El mundo que entendía. El mundo en el que nada inesperado ocurría.

Pero ahora había una fecha. Un lugar. Una mesa probable. Y Hunter Jones sentado del otro lado.

Scarlett apretó el bolígrafo entre los dedos, como si eso pudiera impedir que algo cambiara.

— Dentro de dos días — murmuró, tan bajo que parecía más para sí misma que para la habitación.

Chloe, sin apartar los ojos de la pantalla, respondió como si lo hubiera oído de todos modos:

— Buena suerte, princesa.

Scarlett giró el rostro, lista para protestar, pero Chloe solo se rió otra vez, y el sonido resonó suave en la penumbra. Scarlett sintió el pecho apretarse con una mezcla de indignación y nerviosismo, y lo odió aún más porque no sabía separar una cosa de la otra.

Volvió a escribir, forzando a las palabras a alinearse, a la mente a obedecer. Pero, por debajo del sonido del bolígrafo sobre el papel, existía otra cuenta regresiva ocurriendo. Invisible. Terca.

Dos días.

CAPÍTULO 6

Biblioteca Central

Dos días fueron suficientes para que el campus cambiara de color, hojas más amarillentas en las aceras, viento más frío atravesando las alamedas, y, aun así, para Scarlett Olsen Bennett, el tiempo parecía siempre el mismo: una secuencia interminable de pasillos, relojes y cansancio guardado en el fondo del pecho.

En el hospital universitario, el fin del turno no llegaba como un alivio; llegaba como una línea de meta que se movía mientras ella corría. El pasillo principal de la clínica médica estaba abarrotado, y la luz blanca de las lámparas hacía que la piel de todo el mundo pareciera un poco más pálida, un poco más agotada. El olor a antiséptico se mezclaba con el de café viejo que venía de algún vaso olvidado en el mostrador de enfermería. Los monitores pitaban en ritmos diferentes, como si compitieran por la atención de quien ya no tenía atención de sobra.

Scarlett caminaba rápido, la bata blanca golpeándole los muslos, la credencial oscilando de un lado a otro. El cabello castaño claro estaba recogido en un moño alto tan apretado que tiraba levemente de la piel de la frente. Había marcas discretas de bolígrafo en el lateral del pulgar; ella no recordaba cuándo había escrito tanto en su propia mano, pero eso parecía parte del uniforme.

— Scarlett, ¿puedes checar la presión en la cama siete? — pidió una residente, voz ronca de quien ya había hablado demasiado aquella semana.

— Claro — respondió ella, y la palabra salió limpia a pesar del cuerpo pesado.

La cama siete era un señor con ojos cansados y una mano que temblaba levemente al sujetar la sábana. La pulsera de identificación apretaba la muñeca flaca. Scarlett sacó el tensiómetro, envolvió su brazo con cuidado, ajustando el velcro sin apretar demasiado.

— Va a apretar un poco, ¿sí? — dijo, con aquella calma que ella usaba sin darse cuenta; como si cada frase pudiera ser una pequeña ancla en un mar de miedo ajeno.

— ¿Tú eres… estudiante? — preguntó él, la voz fallando al final.

Scarlett sonrió de lado, una sonrisa pequeña, casi reservada para no ocupar demasiado espacio.

— Soy. Pero te prometo que sé lo que estoy haciendo.

Él soltó una risa baja que se convirtió en tos, y ella esperó, mano firme en su brazo hasta que la oleada pasó. Cuando el monitor pitó más alto al lado, Scarlett extendió el brazo automáticamente, ajustando el sensor con un toque rápido y preciso. Después de eso, revisó la carpeta, hizo una anotación corta y preguntó si le dolía, si podía respirar bien, si había comido algo.

Era un tipo de cuidado que no llamaba la atención; era el tipo de cuidado que pasaba desapercibido para quien tenía prisa. Pero el señor la miró como si la hubiera visto.

— Gracias — murmuró él, como si aquello fuera demasiado grande para el pasillo abarrotado.

Scarlett asintió, tragándose el peso de aquella palabra junto con el cansancio.

Volvió al flujo del hospital como quien vuelve a la corriente. Pasó por un grupo de internos corriendo con carpetas en el pecho, por un médico más viejo discutiendo exámenes con la voz baja y cortante, por una enfermera que se reía de algo sin gracia solo para no llorar. Las ruedas de una camilla chirriaban al doblar la esquina. En algún lugar, un bebé lloró, un sonido agudo que atravesó el pasillo y desapareció como todo allí: rápido, urgente, inevitable.

Scarlett entró en una de las habitaciones para ajustar un suero y encontró a una paciente joven, ojos rojos, intentando disimular el temblor en las manos.

— Yo… yo tengo miedo a las agujas — confesó la chica, en un hilo de voz.

Scarlett inclinó un poco la cabeza, el gesto suave.

— Está bien. Mucha gente tiene. — Sacó una silla y se sentó a su lado, alineando la altura para quedar al mismo nivel. — ¿Quieres contarme algo aleatorio mientras lo hago? Tipo… tu película favorita. O cualquier cosa. Prometo que no juzgo.

La chica parpadeó, sorprendida, y la tensión en el rostro disminuyó un milímetro. — Me gustan… las comedias románticas.

— Genial. — Scarlett ajustó el material con movimientos prácticos, pero sin prisa. — Me das una lista después. Yo estoy necesitando algo ligero.

Cuando terminó, la paciente respiró hondo como si hubiera atravesado un túnel.

— Fuiste… amable — dijo, y parecía casi confundida con eso.

Scarlett solo guardó los materiales y sonrió de nuevo, pequeña.

— Es solo… mi trabajo. — La frase salió automática, como si ella no tuviera derecho a llamar cualidad a aquello que era suyo.

El reloj del pasillo marcó el fin del turno y nadie celebró. Aun así, algo cambió en el aire, como si el hospital reconociera el cambio de turno con un suspiro.

Scarlett estaba doblando una última hoja en el puesto de enfermería cuando oyó su nombre dicho con firmeza, sin urgencia.

— Srta. Olsen Bennett.

Levantó la mirada y encontró a la profesora Carter — una de las médicas más respetadas del hospital universitario, cabellos grises recogidos con rigor, bata impecable, postura que parecía no doblarse ni ante el cansancio. Sus ojos, sin embargo, eran menos duros de lo que la reputación sugería.

— Doctora Carter — respondió Scarlett de inmediato, enderezando la espalda como si el propio cuerpo recordara que aún era evaluado.

La profesora se acercó lo suficiente para que la conversación no se volviera espectáculo en el pasillo. Alrededor, residentes pasaban, carritos de medicación iban y venían, y el sonido constante del hospital parecía un fondo inevitable.

— Te observé hoy — dijo la profesora, directa. — Y yo no suelo detener a alumnos por amabilidad.

Scarlett sintió el estómago apretarse, una reacción automática que ella asociaba a errores. Contuvo la respiración por un segundo.

— Yo… ¿hice algo mal?

Los labios de la profesora se curvaron en una casi sonrisa, breve.

— Al contrario. Tienes una sensibilidad rara con los pacientes. Y una presencia calmada incluso bajo presión. Eso… no se enseña bien en el aula.

Por un instante, Scarlett no supo dónde poner las manos. Se quedaron atrapadas en el bloc de notas, dedos apretando papel como si necesitaran algo sólido para no delatar la incomodidad.

— Gracias, doctora — dijo ella, bajando un poco la mirada. La garganta le raspó con las ganas de negar, de minimizar, de decir que era solo suerte. Pero no pudo. — Yo voy a… seguir intentando.

— Sigue — respondió la profesora, simple. Entonces, con un gesto corto, siguió su camino por el pasillo como si solo hubiera revisado un detalle del día.

Scarlett se quedó inmóvil por un segundo, el ruido del hospital girando a su alrededor. El elogio no calentaba; presionaba. Como si el reconocimiento fuera una responsabilidad nueva que ella no había pedido.

Cuando por fin se movió, las piernas parecían más pesadas que antes. Aun así, cumplió el ritual: fue a los vestuarios de mujeres, atravesando una puerta que amortiguaba parte del caos del pasillo. El ambiente allí era más silencioso, casi íntimo. El olor fuerte a antiséptico daba lugar al de jabón y tela húmeda. Algunas estudiantes hablaban bajo cerca de los lavabos; risas cansadas, conversaciones sobre comida, sobre sueño, sobre un examen.

Scarlett abrió su casillero con un clic metálico. La bata colgaba como una segunda piel, y se la quitó despacio, como si estuviera quitándose también la versión de sí misma que aguantaba todo sin quejarse.

Debajo, aparecía una blusa blanca delicada de encaje ligero, discreta, pero femenina de un modo que ella no solía notar. Las mangas eran sueltas en los brazos. Los jeans oscuros ajustados y las

zapatillas blancas gastadas delataban la verdad: podía estar vestida de futura médica, pero aún era solo una estudiante intentando sobrevivir.

Se pasó las manos por el frente de la blusa, alisando la tela como quien intenta ordenar la propia cabeza. El espejo delante reflejó sus ojeras leves, el moño alto, los pequeños mechones testarudos que se escapaban incluso sujeto con fuerza.

Scarlett apoyó las dos manos en el borde del lavabo y soltó la pinza de una vez. El cabello cayó sobre los hombros en ondas suaves, levemente despeinadas, y la sensación de alivio en el cuero cabelludo casi le arrancó un suspiro.

Respiró hondo una vez. Luego otra. La tercera vino con un temblor discreto, como si el cuerpo recordara que estaba cansado solo ahora que nadie estaba mirando.

— Puedes soportar a ese chico idiota — murmuró a su propio reflejo, la voz demasiado baja para que cualquier otra persona oyera. — Ya soportaste cosas peores.

Las palabras quedaron en el aire por un segundo. Scarlett apretó los labios, como si aquello fuera una orden. Convertir a Hunter Jones en "solo un problema más" era necesario. El peligro no era que él estorbara el trabajo. El peligro era que ella sintiera cualquier cosa además de irritación. Cualquier cosa que desordenara la vida cuidadosamente alineada que venía construyendo para no derrumbarse.

Guardó la bata, cerró el casillero y salió.

Afuera, el final de la tarde estaba empezando a dorar el campus. El cielo tenía ese color entre miel y cobre, y los árboles soltaban hojas que giraban en el viento como pequeños recados del otoño. Los estudiantes se esparcían por el césped, algunos acostados, otros con laptops en el regazo, otros jugando a la pelota con risas altas.

Grupos conversaban cerca de las escalinatas, mochilas abiertas, voces mezclándose con el sonido distante de música que venía de algún lugar.

Scarlett atravesó todo como quien tiene un destino fijo y la cabeza llena. La mochila pesaba en el hombro. El celular vibraba con notificaciones que no revisó. El cuerpo pedía cama, ducha, silencio. Pero estaba la biblioteca. Estaba la reunión. Estaba Hunter.

El estómago protestó de un modo casi ofensivo, y Scarlett se dio cuenta de que aún no había almorzado. La idea de entrar en la biblioteca con hambre y con el humor demasiado afilado parecía una receta para el desastre.

Se desvió hacia la cafetería del campus.

El lugar estaba cálido y lleno de olores reconfortantes: café fresco, pan tostándose, azúcar quemándose en algún postre. El sonido de las conversaciones subía y bajaba como olas. Scarlett entró aspirando el aire como si quisiera beberlo, calor, familiaridad, algo que no le exigiera perfección.

Del otro lado del mostrador, Mary levantó la mirada y abrió una sonrisa inmediata, de esas que no tenían nada de universitario y todo de hogar.

Mary era una señora de unos sesenta, cabellos grises recogidos en un moño simple, delantal impecable a pesar del movimiento. Tenía ojos amables, y su voz siempre parecía mecer a los estudiantes como si fueran todos, por unos segundos, hijos prestados.

— ¿Lo de siempre hoy, querida? — preguntó, sin necesitar mirar ninguna lista.

El pecho de Scarlett se aflojó en un lugar que ni sabía que estaba apretado. Y, por primera vez desde que había salido del hospital, una sonrisa cansada apareció de verdad en su rostro.

— Sí, por favor — respondió.

Mary ya se movía, ágil, como si su cuerpo supiera exactamente dónde estaba cada cosa. — Un chai latte helado y sándwich de pavo con queso extra saliendo con esmero para mi futura doctora favorita.

Scarlett soltó una risa baja, demasiado pequeña para llamar la atención, pero real.

— Gracias, Mary.

— Nada de "gracias" con esa cara de quien no duerme desde hace una semana — replicó Mary, señalándola con el dedo con teatralidad. — Come. Y bebe eso. No puedes salvar el mundo deshidratada.

Scarlett pagó y se quedó observando a Mary preparar todo con un cuidado que parecía exagerado para un sándwich común. Cuando recibió el pedido, el vaso helado sudándole en la mano y el envoltorio caliente del sándwich, sintió una gratitud simple que dolía un poco.

— Buena suerte con… lo que sea que estés enfrentando hoy — dijo Mary, entregándole el paquete como quien entrega también un poco de valentía.

Scarlett apretó el envoltorio entre los dedos.

— Gracias. De verdad.

Salió de la cafetería con la bebida en una mano y el sándwich en la otra, caminando hacia la biblioteca. El viento movió las puntas del cabello suelto, desordenando las ondas del modo que siempre pasaba cuando por fin dejaba de intentar controlarlo todo. Le dio un mordisco al sándwich aún caminando, masticando distraída, como si la comida fuera una excusa para ocupar la boca y no dejar que los pensamientos se escaparan.

Porque, mientras el campus se ponía bonito bajo la luz dorada, el nombre de Hunter Jones seguía feo en su cabeza.

"Solo el trabajo", se recordó. "Solo una obligación."

Cuando llegó a la Biblioteca Central, las puertas de vidrio reflejaron un pedazo del cielo y su figura, una chica delgada, mochila demasiado grande, blusa blanca de encaje, ojos cansados. Scarlett empujó la puerta y fue tragada por el aire acondicionado frío y por el silencio reverente de los libros.

La biblioteca tenía un olor propio: papel antiguo, alfombra limpia, madera encerada. Había pasos amortiguados, páginas pasando, el clic distante de teclados. Ese era el tipo de lugar en el que Scarlett conseguía respirar. Era el tipo de lugar que no le exigía sonrisa, conversación, presencia social.

Esperaba encontrar exactamente lo que había imaginado desde el mensaje de él: Hunter atrasado. Hunter burlón. Hunter con las manos vacías y una sonrisa llena de excusas.

Pero, al girar entre las estanterías y buscar una mesa apartada, se detuvo como si hubiera chocado contra una pared invisible.

Hunter Jones ya estaba allí.

Sentado en una mesa más al fondo, lejos del movimiento, rodeado de libros abiertos, portátil encendido, hojas garabateadas y un marcador fluorescente sin tapa. Llevaba una sudadera oscura de la universidad, las mangas dobladas hasta los antebrazos fuertes, y el cabello castaño estaba como siempre, levemente despeinado, pero la expresión no era la misma que Scarlett había visto en el aula.

Estaba concentrado.

Silencioso.

Los ojos azules recorrían una página con una seriedad que parecía casi… equivocada en él. Como si alguien hubiera cambiado al personaje sin avisar.

Scarlett sintió una incomodidad subirle por la nuca, como si la sorpresa fuera una irritación nueva.

Se acercó, cada paso haciendo menos ruido del que debería. Hunter levantó la mirada en el último segundo, como si la hubiera sentido antes de verla. La comisura de su boca se elevó, perezosa, pero los ojos siguieron atentos.

— Llegas tarde — susurró él, porque allí hasta la provocación necesitaba respetar el volumen del lugar.

— Estaba trabajando en un hospital de verdad — respondió ella en el mismo tono, seca, dejando la mochila en la silla frente a él. — Deberías intentarlo algún día.

Hunter inclinó la cabeza, como si estuviera evaluando algo que no era exactamente una respuesta. Empujó uno de los libros hacia el centro de la mesa, haciendo espacio.

Scarlett sacó sus propios materiales con la precisión de siempre: apuntes alineados, cuadernos, resaltadores de colores diferentes. Apiló dos libros al lado, acomodó el estuche, colocó el chai latte sobre una servilleta para que no sudara sobre la madera. Un pequeño ritual de control.

Cuando levantó la mirada, se dio cuenta de que él había traído más cosas de lo que esperaba. No era un único cuaderno arrugado. Eran apuntes. Un libro con post-its. Un archivo abierto en el portátil con temas ya organizados.

Scarlett frunció el ceño antes de poder evitarlo.

Hunter siguió su expresión y sonrió con una ironía satisfecha.

— Mira nada más… yo también sé usar libros.

Scarlett puso los ojos en blanco tan automáticamente que casi dolió.

— Guau. ¿Quieres que llame a la prensa?

Él soltó una risa baja — una sola, corta — y eso sorprendió a Scarlett más que la mesa llena de material. Porque no era la risa alta de quien está rodeado de amigos. Era… contenida. Casi solo para que ella la oyera.

Sintió unas ganas ridículas de reír también. Las ganas vinieron como un reflejo. Y lo odió, de inmediato, como odiaba cualquier cosa que la traicionara por dentro.

— Vamos con esto de una vez — dijo ella, sacando una hoja. — ¿Qué parte hiciste?

Hunter señaló con el bolígrafo el portátil.

— Organicé la estructura del trabajo. Introducción, contexto, impacto psicológico, recuperación física… esas cosas. — Hizo una pausa y la miró. — Pareces aún más irritada hoy.

— Estoy cansada — respondió Scarlett, simple. — Y tú estás hablando demasiado.

Él apoyó el codo en la mesa e inclinó el rostro, divertido. — ¿Medicina obliga a los estudiantes a vivir permanentemente estresados? Tipo… ¿es una materia obligatoria?

Scarlett apretó el bolígrafo entre los dedos, el sonido del plástico crujiendo casi audible.

— No. Pero algunas personas eligen estudiar en la universidad en vez de ser cargadas por la fama del equipo.

Los ojos de él brillaron, como si la respuesta hubiera sido un regalo.

— Cargado es lo que tú haces con esos libros — devolvió él, mirando la pila a su lado. — ¿Estás segura de que no vas a desarrollar escoliosis antes de los veintiuno?

— Estoy segura de que tú vas a desarrollar falta de criterio antes del próximo entrenamiento — replicó Scarlett, y vio crecer la sonrisa de él, contenida, porque allí todo necesitaba ser contenido.

Incluso cuando Hunter estaba trabajando de verdad, parecía incapaz de dejar de provocar. Era como si ese fuera su lenguaje. Y, por algún motivo irritante, Scarlett se daba cuenta de que el provocador no parecía aburrido. Parecía… presente.

Ella empezó a explicar uno de los temas, señalando en el papel, trazando conexiones entre estrés, rendimiento y los efectos en la recuperación física. Su tono se volvía más firme cuando hablaba de contenido; las palabras salían al ritmo en el que confiaba, ese ritmo en el que no necesitaba pensar si estaba siendo vista.

Hunter seguía con la mirada. Y, cuando ella esperaba que la interrumpiera con alguna broma, él hizo una pregunta.

Una buena pregunta.

— Vale, pero entonces… si la presión psicológica aumenta el riesgo de lesión por una caída de atención, ¿eso sería más común en períodos de partido decisivo? — preguntó, el ceño fruncido. — Tipo, ¿final de temporada?

Scarlett parpadeó, sorprendida, y odió sentir aquella punzada de… respeto involuntario.

— Sí — respondió, recomponiendo la irritación como si fuera una chaqueta que se ponía rápido. — Y también en atletas que no tienen apoyo fuera del deporte. Familia, terapia, equipo…

Hunter asintió despacio, el bolígrafo girando entre los dedos.

Prestaba atención cuando quería.

Y eso era un problema, porque Scarlett prefería al Hunter superficial que podía despreciar sin esfuerzo.

Mientras ella se inclinaba sobre la mesa para anotar una referencia, algunos mechones del cabello castaño claro cayeron cerca del rostro, balanceándose con el movimiento. Scarlett ni lo notó; estaba concentrada, subrayando una frase, el dedo índice sujetando la hoja para que no se deslizara.

Hunter, en cambio, pareció notarlo.

Su mirada se quedó atrapada por un instante en esos mechones, en las puntas onduladas que se movían suavemente cada vez que ella respiraba. Fue un segundo más de lo necesario. Un segundo demasiado silencioso para ser solo distracción.

Scarlett siguió hablando, sin darse cuenta, y Hunter desvió la mirada de repente hacia el portátil, como si lo hubieran pillado haciendo algo mal.

El silencio entre ellos no se volvió cómodo. Se volvió… cargado de algo pequeño e incómodo que Scarlett no nombró, porque nombrarlo sería admitir que existía.

— ¿Por qué me estás mirando? — preguntó ella, más brusca de lo que pretendía, levantando el rostro.

Hunter parpadeó, como si volviera al mundo. Entonces apareció la sonrisa de lado, el escudo habitual.

— ¿Yo? — susurró, ofendido de mentira. — Princesa, estoy intentando sobrevivir a tu clase particular sin morirme de aburrimiento.

— Entonces renuncia — respondió Scarlett, volviendo a escribir con demasiada fuerza. — Va a ser un favor para la humanidad.

— No puedo. — Se recostó en la silla y cruzó los brazos. — Si renuncio, me vas a extrañar. Y no podemos correr ese riesgo.

Scarlett levantó los ojos despacio, la expresión prometiendo homicidio académico.

Hunter sostuvo la mirada, divertido, y por un instante la biblioteca pareció demasiado pequeña para los dos.

El tiempo pasó en bloques: un tramo de lectura, una discusión baja, una provocación, una anotación. En cierto momento, Scarlett se dio cuenta de que había terminado el sándwich sin recordar haber comido. El chai latte estaba por la mitad. El cansancio del turno aún estaba en ella, pero la mente se mantenía despierta, estimulada por la irritación constante que él causaba.

Cuando el reloj marcó la hora del cierre parcial de una de las alas de la biblioteca, algunas personas empezaron a guardar materiales. El sonido de mochilas cerrándose y sillas arrastrándose levemente llenó el aire.

Scarlett apiló las hojas con rapidez, empezando a guardar todo como si tuviera miedo de quedarse allí un minuto más. Sus manos estaban un poco temblorosas de agotamiento; lo disimuló apretando el lomo de un libro con fuerza.

Hunter empezó a guardar sus cosas casi al mismo tiempo. Y, sin decir nada, alcanzó algunos libros esparcidos por el centro de la mesa para ayudar a organizar. El gesto fue tan natural que a Scarlett le tomó un segundo extrañarlo.

— Yo puedo guardar mis cosas — avisó ella, automática.

— Lo sé — respondió él, ya empujando uno de los libros hacia su lado. — Pero tú estás en modo huracán.

Scarlett soltó un sonido irritado, metiendo cuadernos en la mochila deprisa. En la prisa, uno de los libros fue a parar a la pila equivocada — Hunter lo sostuvo junto con los suyos sin darse cuenta. Scarlett, demasiado ocupada intentando cerrar el cierre que insistía en trabarse, tampoco notó el cambio.

— Hablamos — dijo Hunter, colgándose la mochila al hombro. — Para adelantar el resto.

— Ajá — respondió Scarlett, sin mirar, ya de pie.

Y entonces, como si el universo necesitara subrayar la escena, levantó el rostro en el exacto momento en que Hunter aún la estaba mirando.

No era la mirada burlona del aula. No era la mirada distraída del campus. Era una mirada silenciosa, clavada en ella por demasiado tiempo, como si él estuviera intentando encajar a Scarlett en un lugar que antes no existía en su cabeza.

Scarlett sintió el pecho apretarse con una incomodidad súbita, extraña, como si hubiera perdido el aire por un segundo.

Hunter parpadeó primero — y desvió la mirada casi al mismo tiempo que ella. Un movimiento demasiado sincronizado para ser coincidencia.

Scarlett apretó la correa de la mochila y se puso la máscara de irritación en el rostro como quien cierra una puerta.

— Adiós — dijo, seca, y salió antes de que el silencio ganara voz.

Hunter se quedó un segundo más, recostado en la silla, mirando su propia mesa ahora vacía como si ella aún estuviera allí. Se pasó la

mano por el cabello, un gesto rápido, y entonces agarró lo que creía que era el último libro suyo, metiéndolo en la mochila sin mirar la tapa.

Cuando salió de la biblioteca en dirección opuesta a la de ella, intentó ignorar la curiosidad que empezaba a crecerle en el pecho, pequeña, insistente, ridículamente viva.

Y Scarlett, afuera, caminó por el campus con el cielo dorado ya oscureciendo, sintiendo el viento golpear las ondas del cabello y repitiéndose a sí misma, como una oración irritada, que Hunter Jones era solo un problema.

Pero los problemas no solían mirar de esa manera.

CAPÍTULO 7

Su Mundo

Scarlett empujó la puerta del dormitorio con el hombro, equilibrando la mochila y un puñado de papeles que insistían en escaparse entre sus dedos cansados. El pasillo olía a desinfectante barato y a algún perfume dulce que recordaba a fiesta, un contraste cruel con el sabor a café viejo que todavía parecía pegado a su lengua desde el hospital universitario.

Cuando entró en la habitación, el silencio llegó como una manta. Chloe no estaba. Ninguna música sonando de fondo, ningún comentario alto sobre algún chisme del campus, ninguna risa repentina cortando el aire. Solo el zumbido bajo del aire acondicionado antiguo y la luz dorada del final de la tarde atravesando las persianas torcidas de la ventana.

Scarlett dejó la mochila sobre la cama con un suspiro que salió más grande de lo que pretendía. La cama cedió, crujiendo, y la sensación de por fin estar sola hizo que sus hombros se aflojaran un poco, solo un poco. Se pasó la mano por el cabello, tirando de las puntas aún sujetas en un moño apretado del día, y sintió que el cuero cabelludo protestaba.

—Dos horas. Solo dos horas sin nadie —murmuró, más para la habitación que para sí misma, como si el espacio vacío pudiera prometer algo.

Caminó hasta el escritorio, donde las pilas habituales de libros y cuadernos parecían esperar como pacientes en la fila: pediatría,

farmacología, apuntes de guardia, un post-it arrugado con horarios. El examen de pediatría en tres días brillaba en su mente como un letrero luminoso imposible de ignorar.

Antes de eso, ducha. Era casi una necesidad fisiológica, no un lujo. Dejó la toalla colgada en el respaldo de la silla y fue al baño compartido con el kit de higiene, esquivando un par de chanclas en el pasillo y una risa distante que venía de alguna habitación vecina.

El vapor lo invadió rápido. Cuando el agua caliente por fin cayó sobre sus hombros, Scarlett cerró los ojos y se quedó inmóvil por unos segundos, dejando que el sonido de la ducha amortiguara el mundo. La tensión acumulada del día, los pasillos del hospital, las miradas apresuradas, las anotaciones hechas de pie, el peso de la bata, empezó a escurrirse junto con la espuma.

Su piel se puso rosada, y deslizó las manos por el cuello, intentando deshacer un nudo que parecía vivir allí desde el comienzo del semestre. Respiró hondo. El aire olía a jabón y humedad, y por un instante parecía posible fingir que la vida era solo eso: agua caliente, silencio y la oportunidad de empezar de nuevo.

Pero su mente no obedecía.

Pediatría: hitos del desarrollo, dosis pediátricas, señales de alarma en fiebre. Lo enumeró mentalmente como si estuviera repasando una lista de verificación. Luego, sin pedir permiso, el rostro de Hunter Jones se metió en medio de la lista, como una interferencia irritante en una pantalla que debería estar limpia.

La forma en que estaba sentado en la biblioteca, demasiado serio para alguien con su fama. La concentración absurda detrás de aquella sudadera oscura. La voz provocadora diciendo que también sabía usar libros.

Scarlett apretó los ojos, como si pudiera expulsar el recuerdo a la fuerza.

—No —susurró, con el agua golpeándole la cara. —Él no es relevante.

Era ridículo. Había pasado el día entero intentando ser adulta, profesional, enfocada. Había sostenido manos de pacientes, anotado síntomas, respondido preguntas. Y aun así, parte del cerebro parecía empeñada en repetir el brillo de unos ojos azules y una sonrisa ladeada como si eso fuera una cuestión clínica importante.

Inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que el agua corriera por el cabello, y buscó algún tipo de orden dentro de ella.

Él es solo un problema temporal. Un trabajo en pareja. Una molestia con un ego gigante. Eso es.

Scarlett respiró una vez más, más lentamente, y se obligó a volver a la realidad: el olor del champú, el azulejo frío bajo los pies, su propio cuerpo cansado pidiendo descanso.

Cuando salió de la ducha, la habitación parecía aún más silenciosa, como si la hubieran desenchufado de todo el campus. Se secó el cabello con la toalla hasta que las puntas quedaron apenas húmedas y se puso algo sencillo, shorts vaqueros claros y una blusa azul holgada, suave, que dejaba los hombros parcialmente al descubierto. Elección práctica, pensó, ignorando el hecho de que Chloe siempre decía que ella se escondía demasiado.

Se recogió el cabello en un moño flojo, dejando que algunos mechones ondulados se escaparan cerca del rostro. Los mechones insistían en tocarle la mejilla, y ella los empujó hacia atrás con un gesto automático, ya sintiendo la ansiedad volver a su lugar habitual en el pecho: una opresión constante, como si siempre estuviera a dos pasos de llegar tarde a algo.

Se sentó en el escritorio y sacó los materiales de pediatría con disciplina. Rotuladores alineados, cuaderno abierto, bolígrafo negro en la mano. La luz dorada de la tarde entraba por la ventana y

dibujaba franjas cálidas sobre la madera de la mesa, sobre el papel, sobre sus manos.

El mundo, por un segundo, quedó exactamente como lo necesitaba: quieto, organizado, predecible.

Hasta que dejó de estarlo.

Scarlett abrió la mochila para sacar el libro principal, aquel con las anotaciones más importantes, páginas llenas de garabatos, dibujos de esquemas, flechas y observaciones que había escrito como si la vida dependiera de eso. Sus dedos tocaron apuntes sueltos, un estuche, una botella de agua casi vacía… y nada.

Frunció el ceño, hurgando con más prisa, apartando hojas como si pudieran estar escondiendo el libro por maldad. Nada.

Scarlett se quedó congelada por un instante, el bolígrafo aún en la mano, la respiración contenida.

—No…

Inclinó la cabeza, como si el cambio de ángulo pudiera revelar el objeto desaparecido. Abrió más la mochila, metió el brazo hasta el fondo, sintiendo la tela rozarle la piel. Sacó todo y lo puso encima de la cama: papeles, cuadernos más pequeños, una carpeta de plástico. Aun así, nada.

El corazón le latió más rápido, un ritmo que conocía bien, el preludio del pánico intentando disfrazarse de irritación.

—No, no, no, no… —Scarlett habló sola, la voz baja, urgente, como si tuviera miedo de que la habitación la oyera y decidiera empeorar las cosas.

Se levantó y empezó a buscar como si estuviera en el hospital buscando un expediente perdido. Debajo de la cama: solo polvo y

un calcetín de Chloe. En el cajón del escritorio: post-its y un cargador. Encima del armario: nada más que una caja vacía de cereal y un bolso viejo.

Scarlett abrió el armario aun así, empujando perchas, mirando como si el libro pudiera haber decidido entrar allí por su cuenta. Nada.

El nerviosismo creció, subiéndole por la garganta con sabor metálico.

¿Hospital universitario? Tal vez lo había dejado en el vestuario. ¿Aula? No, recordaba haberlo metido en la mochila. ¿Cafetería? Mary lo habría guardado, probablemente, pero…

Y entonces la imagen llegó con una claridad irritante: la mesa de la biblioteca. Libros esparcidos. Hunter recogiendo algunos para ayudar a ordenar. La prisa. La forma en que salieron en direcciones opuestas.

Scarlett cerró los ojos con fuerza, como si quisiera borrar su propio cerebro.

—Claro —susurró, exhausta. —Claro que fue eso.

Cogió el móvil del escritorio con dedos tensos y buscó su contacto. Hunter Jones. El nombre parecía demasiado grande en la pantalla, como si ocupara más espacio del que debía.

Llamó.

Sonó. Sonó de nuevo. Sonó demasiado tiempo, y cada tono parecía una burla.

Scarlett empezó a caminar de un lado a otro en la habitación, pasando por la cama, por la ventana, volviendo al escritorio. Los mechones húmedos se le pegaban a la nuca. La blusa azul parecía de repente demasiado ligera, como si no la protegiera de la incomodidad.

Nada. Buzón de voz. O apagado. O simplemente ignorando, porque eso era lo que él hacía con el mundo cuando quería.

Cortó la llamada con el dedo temblando de rabia.

—No puede ser una broma.

Lo peor no era ni siquiera que él hubiera cogido su libro por error. Lo peor era la sensación de necesitarlo, de depender de Hunter Jones para recuperar las anotaciones que podían definir la nota de un examen que ella no podía fallar.

Scarlett apoyó la espalda en la pared por un segundo, respirando hondo, intentando impedir que el pánico se convirtiera en algo mayor. El silencio de la habitación parecía burlarse. El reloj del pasillo, distante, parecía demasiado alto.

Dos minutos después, el móvil sonó.

Scarlett contestó tan rápido que casi se le resbaló el aparato de la mano.

—¿Hola?

Del otro lado, su voz llegó levemente jadeante, con un ruido fuerte de fondo, silbatos cortando el aire, gritos de jugadores, algo golpeando con fuerza el suelo, como balón u hombro contra hombro. Era un mundo entero ocurriendo del otro lado.

—Tranquila, princesa. Estaba en medio del entrenamiento.

Scarlett cerró los ojos, apretándose el puente de la nariz con los dedos libres.

—Yo no soy tu princesa.

Él rió bajo, y aun por teléfono ella pudo imaginar la sonrisa de lado. El ruido de fondo aumentó por un instante, como si alguien hubiera

gritado una jugada cerca de él.

—El entrenador acaba de mandarme al banco y vi tu llamada perdida.

Un silbato más agudo cortó la frase, y Hunter pareció alejarse un poco del tumulto.

—¿Me echas de menos?

Scarlett sintió una punzada de irritación, y, por debajo de ella, algo más incómodo: la conciencia súbita de que su voz era bonita de una manera que no ayudaba en nada.

Tragó saliva y decidió ir directo al grano antes de que su propio cerebro traicionara su concentración.

—¿Por casualidad te quedaste con mi libro?

—¿Tu libro? Yo no tengo tu libro.

El tono salió fácil, casi despreocupado, como si realmente creyera eso. Scarlett apretó el móvil contra la oreja con más fuerza.

—Aquel de tapa negra, con mis apuntes de pediatría. Estábamos en la biblioteca, había un montón de libros encima de la mesa. Yo… —respiró hondo, intentando mantener la voz estable. —Lo necesito. El examen es en tres días.

Hubo un silencio corto del otro lado, solo llenado por el sonido distante del entrenamiento. Entonces Hunter soltó:

—Espera.

Scarlett oyó el roce de una cremallera, algo siendo movido con prisa, como si hubiera tirado de la mochila deportiva del suelo. El ruido de botellas chocando, tela, papel. Un jugador gritó algo al fondo, y

Hunter respondió un "ya voy" amortiguado, sin quitar el teléfono de la línea.

Ella se quedó parada en medio de la habitación, observando la luz dorada en la pared, como si el cuerpo estuviera en pausa mientras la vida decidía si iba a perjudicarla o no.

—Vale… —Hunter soltó un sonido entre risa y sorpresa. —Sí… realmente está aquí conmigo.

Scarlett cerró los ojos otra vez, pero ahora de puro cansancio.

—Genial. Entonces puedes traerlo aquí después del entrenamiento?

Él hizo un sonido de quien estaba sonriendo.

—Princesa, el entrenamiento todavía va a durar unas dos horas.

Scarlett soltó un resoplido que salió casi como un gemido de frustración.

—Está bien. Entonces voy ahí.

Del otro lado, la pausa fue mínima, lo suficiente para que ella oyera un silbato y una risa distante.

—¿Vienes aquí? —preguntó Hunter, la diversión escurriéndose por la voz. —Mira nada más… es casi romántico.

—No empieces, Hunter.

—Estoy bromeando. —Rió otra vez, y su risa pareció mezclarse con el caos de fondo. —Ven. Te lo doy cuando pueda.

Scarlett colgó antes de que él pudiera decir algo más. Se quedó mirando la pantalla oscura por un segundo, su reflejo allí: ojos cansados, el cabello recogido de cualquier manera, hombros tensos incluso después de la ducha.

«No puedo creer que voy a hacer esto», pensó, ya moviéndose.

Metió los materiales de vuelta en la mochila, ahora demasiado ligera, como si le faltara un órgano. Cogió una chaqueta fina por precaución y se calzó las zapatillas sin atarlas a la perfección, por la prisa. Cuando salió del dormitorio, el pasillo ya tenía más movimiento, voces, risas, puertas golpeando.

Fuera, el campus estaba entrando en la noche. Las luces de los edificios se encendían una a una, creando manchas cálidas entre los árboles. El viento estaba fresco y traía el olor de hierba y asfalto, y el sonido distante del centro deportivo parecía llamar la atención incluso desde lejos, como si el lugar tuviera su propio pulso.

Scarlett cruzó el campus con pasos decididos, pero por dentro se sentía como si estuviera caminando hacia territorio enemigo. Estudiantes caminaban en grupos, algunos con mochilas, otros con ropa de entrenamiento, algunos riendo demasiado alto. Pasó junto a una bicicleta abandonada cerca de un banco y esquivó a una pareja parada en medio del camino como si el mundo fuera solo de ellos.

El centro deportivo apareció al final de la alameda como una estructura demasiado grande, demasiado iluminada, demasiado viva. Scarlett desaceleró un poco cuando oyó los sonidos más claros: silbatos cortando el aire, gritos coordinados, el impacto rítmico de pasos en el campo.

Entró y, de inmediato, sintió el cambio, como atravesar una puerta invisible hacia un universo paralelo.

El olor a hierba mojada y sudor llegó fuerte. El aire parecía más caliente allí dentro, cargado de energía y presión. Jugadores enormes corrían por el campo en líneas y formaciones, cuerpos chocando con fuerza, risas e insultos amistosos mezclándose con las órdenes de los entrenadores. Un entrenador gritó algo tan alto que Scarlett sintió la vibración en el pecho.

Las gradas estaban parcialmente ocupadas. Algunas chicas sentadas juntas, móvil en mano, observando como si aquello fuera un espectáculo particular. Música sonaba baja en los altavoces, algo con un ritmo constante que combinaba con el ritmo del entrenamiento.

Scarlett apretó su propia mochila contra el cuerpo por instinto, como si fuera un escudo. Se sentía pequeña en ese espacio. No pequeña físicamente, pequeña socialmente, como si estuviera sin credencial en un hospital y alguien fuera a echarla en cualquier momento.

Encontró una silla más apartada, cerca del campo, y se sentó intentando no llamar la atención. Cruzó las piernas, puso la mochila en el regazo y mantuvo la postura recta, como si eso pudiera hacerla parte del escenario.

Pero las miradas llegaron de todos modos.

Lo percibió primero como un escalofrío en la nuca. Después, vio por el rabillo del ojo a dos chicas en las gradas inclinando la cabeza hacia ella y susurrando. Una de ellas señaló discretamente, no a Scarlett, sino como si usara a Scarlett para señalar otra cosa: su presencia allí significaba algo. O a alguien.

Scarlett apretó los dedos alrededor de la correa de la mochila. La incomodidad subió en oleadas, y por un instante entendió, con una claridad amarga, el tamaño de la sombra de Hunter Jones en ese campus.

Todo el mundo lo conoce.

Nadie la conoce a ella.

Y, aun así, allí estaba, sentada en su mundo, esperando como si fuera normal.

Scarlett levantó los ojos hacia el campo y lo encontró sin querer.

Hunter no parecía el mismo chico desparramado en la silla de la biblioteca. Allí, él era otra cosa. Su cuerpo se movía con una confianza que no parecía ensayada, era natural, como si el campo fuera extensión de su propio cuerpo. Gritaba jugadas, gesticulaba, y los demás respondían automáticamente. La atención iba hacia él como metal atraído por un imán.

Corrió unos pasos hacia atrás, lanzó el balón con una precisión que hizo que algunos jugadores gritaran aprobación. El sudor brillaba en sus brazos y en su cuello, y hasta desde lejos Scarlett percibió la postura dominante, la forma en que ocupaba espacio sin pedir disculpas.

Se sorprendió observándolo por demasiados segundos.

Cuando Hunter por fin giró el rostro hacia el lateral del campo, sus ojos encontraron a Scarlett como si ya supiera exactamente dónde estaría. La sonrisa que apareció fue inmediata, y antes de que ella pudiera encogerse, él gritó lo bastante alto para que parte del entrenamiento lo oyera:

—¡Eh, princesa! ¿De verdad necesitaste echarme de menos?

Algunos jugadores rieron. Uno de ellos repitió "princesa" como eco, y otro le dio un empujón en el hombro a Hunter, como si aquello fuera el mejor chiste del día. Scarlett sintió que se le calentaba la cara, pero mantuvo la mirada firme, negándose a darle el placer de verla avergonzada.

Solo levantó una ceja, seria, como si dijera eres ridículo sin abrir la boca.

Hunter se acercó durante una pausa, viniendo hacia ella con pasos despreocupados. Su sudadera estaba atada a la cintura ahora, y llevaba una camiseta ajustada que marcaba su cuerpo atlético de una manera que Scarlett odió notar. El cabello castaño estaba

desordenado, húmedo de sudor, y él parecía más vivo allí que en cualquier aula.

Cogió la mochila deportiva y sacó el libro de tapa negra con la misma naturalidad con la que alguien entrega una botella de agua. Se lo tendió.

—Toma. Tu tesoro perdido.

Scarlett lo agarró rápido, apretando el libro contra el pecho como si de verdad fuera un tesoro. La gratitud llegó, pero se mezcló con la incomodidad de las miradas alrededor. Mantuvo la voz corta, controlada.

—Gracias.

Hunter inclinó la cabeza, como si estudiara su expresión por un segundo. Su sonrisa disminuía y aumentaba, siempre al límite entre la provocación y… algo menos definido.

Antes de que él dijera cualquier otra cosa, un compañero de equipo se acercó corriendo, también sudado, con energía fácil en el cuerpo, del tipo que parecía iluminar el lugar sin esfuerzo. Se detuvo al lado de Hunter y miró a Scarlett con curiosidad sincera.

—¿Así que esta es la chica que consiguió sobrevivir a Hunter?

Hunter puso los ojos en blanco, teatral, como si estuviera cansado de su propia fama. Scarlett, a pesar de todo, soltó una risita pequeña, rápida, involuntaria, casi como un estornudo. En cuanto se dio cuenta, intentó tragársela, pero ya era tarde. El sonido existió.

El chico sonrió más, satisfecho por haberle sacado eso.

—Mason Carter —se presentó, simple, e hizo un gesto con la cabeza. —Encantado.

—Scarlett —respondió ella, sujetando el libro con más fuerza, como si pudiera recordarle quién era en ese lugar.

Mason miró a Hunter con un aire de "¿ves?" antes de decir:

—El entrenador dijo que entramos en el próximo tiempo.

Hunter asintió, su cuerpo ya cambiando al modo juego, como si tuviera un interruptor interno. Mason volvió a saludar a Scarlett y salió corriendo de vuelta al campo, dejando tras de sí el sonido de pasos rápidos y gritos de entrenamiento.

Hunter volvió a mirar a Scarlett. Su cercanía allí, tan cerca, tan física, hizo que Scarlett percibiera de nuevo el contraste entre su mundo y el de él. En el suyo, silencio y luces frías. En el de él, silbatos y músculos y gente gritando su nombre como si fuera natural.

—¿Quieres quedarte y ver el entrenamiento? —preguntó, como si fuera una oferta casual, como si ella no estuviera claramente fuera de lugar.

Scarlett enderezó los hombros. Recuperó la postura seria como quien se pone una armadura.

—Tengo cosas más importantes que hacer. Como estudiar e intentar meter algo útil en mi cabeza.

Hunter sonrió de lado, los ojos azules brillando de diversión.

—Está bien, princesita.

Scarlett puso los ojos en blanco con fuerza, levantándose de la silla antes de que la cara delatara cualquier cosa. Apretó el libro contra el pecho y ajustó la mochila en el hombro. Por un segundo, sintió todas las miradas de las gradas como luces sobre la piel.

Se giró para irse, pasos firmes, sin mirar atrás, porque mirar atrás sería admitir que aquello importaba.

Aun así, lo sintió. El peso de su mirada siguiendo cada movimiento, por segundos demasiado largos, hasta que el sonido del entrenamiento volvió a tragárselo todo.

Cuando Scarlett cruzó la salida del centro deportivo, el aire nocturno del campus la recibió más frío, más quieto, y el libro de pediatría apretado contra el pecho parecía latir al mismo ritmo que su corazón irritado.

CAPÍTULO 8

El Aventón bajo la Lluvia

Habían pasado algunos días desde la visita humillante, y ridículamente ruidosa, al centro deportivo. Scarlett aún podía recordar el olor a césped y sudor, los silbatos cortando el aire y, peor, la voz de Hunter resonando demasiado alto como si el mundo entero necesitara saber que ella existía. Desde entonces, la vida había vuelto a lo que ella entendía como normal: una secuencia de obligaciones apiladas con la delicadeza de un derrumbe.

Por la mañana, café frío olvidado en el escritorio del dormitorio, una película oscura en la superficie que denunciaba cuántas veces había prometido beberlo y cuántas veces había sido arrastrada lejos por algún párrafo urgente. La taza se quedaba allí como una testigo silenciosa mientras ella pasaba páginas y más páginas, marcando líneas con resaltador hasta que la punta quedaba torcida.

Por la noche, libros esparcidos por la cama como si el colchón fuera una extensión de la mesa: pediatría abierta, cuaderno de apuntes con letras apresuradas, hojas sueltas con esquemas que solo tenían sentido para ella. A veces, Scarlett se despertaba con un pedazo de papel pegado en el antebrazo, la mejilla marcada por el pliegue de alguna página dura. Bastaba mirarse en el espejo del baño compartido para ver el precio: ojeras leves, escondidas con un corrector aplicado demasiado deprisa, y ese brillo cansado en los ojos que no combinaba con la edad.

Y estaban los pasillos del hospital universitario, el sonido constante de pasos rápidos, rueditas de camillas, voces bajas y urgentes. El

olor a antiséptico que parecía pegarse al fondo de la garganta. Un monitor pitando en algún lugar. Scarlett caminaba por ellos como si el cuerpo supiera el camino por sí solo, bata arrugada, cabello recogido con fuerza, manos que nunca dejaban de hacer algo: anotar, limpiar, examinar, sostener, orientar.

Aun así, cuando el examen difícil de pediatría por fin había terminado, una especie de alivio pequeño, casi tímido, se había instalado en su pecho. No era felicidad, la felicidad parecía un lujo, pero era suficiente para que respirara sin sentir que estaba conteniendo el aire desde el comienzo del semestre.

El sábado llegó como un permiso inesperado.

Por primera vez en varios días, Scarlett logró salir del campus para resolver cosas personales. El centro de la ciudad estaba vivo al comienzo de la tarde, con una ligereza que ella casi había olvidado que existía: vitrinas iluminadas, música baja escapándose de las tiendas, personas caminando sin prisa con bolsas y vasos helados en las manos. El clima cálido empezaba a anunciar el verano con ese sol indeciso que aún dejaba una brisa más fresca entre las calles.

Scarlett caminaba con pasos calculados, mochila ligera en la espalda, sin el peso de un libro de anatomía amenazando con deformarle la columna, y una lista mental de lo que necesitaba comprar. Su bata vieja ya había pasado la línea de lo aceptable: puños deshilachándose, una mancha terca cerca del bolsillo que ningún jabón había vencido, la tela perdiendo el color de tanto lavarse. Necesitaba una nueva, aunque eso significara gastar más de lo que quería.

En la tienda, el blanco de las batas parecía brillar bajo las luces. Scarlett tomó una de su talla y fue al probador con la concentración de quien está a punto de elegir una herramienta de trabajo, no una prenda. Se cambió la blusa, se puso la bata y abrochó los botones despacio, observando cómo caía en los hombros. La tela era más

firme que la antigua, más consistente, y el tacto parecía limpio de un modo casi reconfortante.

Pasó los dedos por el bolsillo, probando la profundidad como si ya estuviera imaginando bolígrafos, libretitas, un estetoscopio. En el espejo, con la bata nueva, Scarlett parecía… más adulta. Más cerca de la médica que ella insistía en ser, incluso cuando aún se sentía una estudiante tropezando con su propio cansancio.

El precio, sin embargo, la devolvió al suelo.

Scarlett mordió discretamente la parte interna de la mejilla, la mirada fija en la etiqueta. Respiró hondo. Hizo cuentas rápidas en la cabeza, apiló gastos del mes, recordó lo poco que sobraba después de la universidad y de las necesidades básicas. Aun así, pensó en la bata vieja, en la vergüenza silenciosa de parecer descuidada en un ambiente donde nadie tenía derecho a estar descuidado.

Asintió para sí misma, se quitó la bata y la dobló con cuidado antes de llevarla a la caja.

En la misma promoción, terminó mirando, solo mirando, se dijo a sí misma, un perchero de blusas ligeras. Telas simples, colores claros, el tipo de prenda que Chloe diría que "la dejaba con cara de persona". Scarlett tomó dos blusas casi sin darse cuenta. Una era de un azul suave, la otra de un tono claro que parecía combinar con cualquier cosa. También tomó un short de mezclilla claro, no muy corto, más cómodo que bonito. Nada llamativo. Nada extravagante.

Cuando se dio cuenta, tenía más cosas en el brazo de lo que había planeado.

— ¿De verdad vas a hacer esto? — murmuró a su propio reflejo cuando pasó cerca de un espejo grande de la tienda.

Chloe apareció en su mente como si estuviera allí, brazos cruzados, cara de juicio juguetón. "Tienes que dejar de andar por el campus

pareciendo eternamente lista para una guardia, Scarlett.”

Scarlett suspiró. Pagó. Y sintió la culpa familiar apretar durante unos segundos, esa sensación de que gastar en sí misma era un tipo de irresponsabilidad, hasta recordar que no se acordaba de la última vez que había comprado cualquier cosa que no fuera material de estudio o comida rápida para sobrevivir.

Con las bolsas en las manos, caminó por el centro comercial sin prisa. Las luces internas, el aire acondicionado, el murmullo constante de personas… todo parecía una pausa del mundo real. Se detuvo en una pequeña cafetería y pidió un jugo de naranja helado. Mientras esperaba, apoyó la frente levemente en su propio hombro, soltando el peso de las compras y del cuerpo por un segundo.

El celular vibró en su mano.

“Mamá” aparecía en la pantalla.

La sonrisa que apareció en el rostro de Scarlett fue pequeña, pero tan genuina que ella misma sintió la diferencia. Contestó de inmediato.

— Hola, mamá.

Del otro lado, la voz familiar llegó cálida, como si atravesara la distancia y le pusiera una manta sobre los hombros.

— Hola, mi amor. ¿Todo bien? Estaba pensando en ti.

Scarlett tomó el vaso de jugo cuando llamaron el número del pedido y se apartó un poco de la fila para no estorbar. El hielo tintineó cuando levantó el vaso.

— Sí. Cansado, pero… todo bien. — Dio un trago largo, el sabor cítrico despertando algo dentro de ella. — Terminé el examen de pediatría.

— ¡Ay, gracias a Dios! — Su madre se rio con alivio, como si hubiera sido ella quien hizo el examen. — Yo sabía que lo ibas a lograr.

Scarlett inclinó el cuerpo, apoyando el hombro en una columna del centro comercial. La tensión en los hombros disminuyó un poco solo de oír esa certeza tan simple.

— No veo la hora de que lleguen las vacaciones para poder visitarlos.

— Nosotros también, mi amor. — Su madre habló con esa alegría que siempre venía mezclada con la nostalgia. — Voy a buscar a Ethan a la escuela ahora. Hoy tuvo una actividad extra. Está contando los días para que aparezcas.

Scarlett sonrió más, imaginando a su hermano entrando al coche con la mochila más grande que él, hablando demasiado rápido sobre alguna tontería enorme como si fuera el asunto más importante del mundo.

— Está creciendo muy rápido.

— Está enorme. — Respondió su madre, y Scarlett casi pudo oír el ruido de llave y puerta al fondo. — Y está insoportable, para variar. Igual que tú eras.

— Yo era un ángel. — dijo Scarlett, y su propia voz salió más ligera que en los últimos días.

— Sí, claro. — respondió su madre, claramente sonriendo. — ¿Y Chloe? ¿Cómo está tu amiga?

Scarlett dio otro trago del jugo, observando a una familia pasar con bolsas y risas. Eso dolió y reconfortó al mismo tiempo, una normalidad que parecía ocurrir siempre con los demás.

— Está bien. Su rutina también está pesada.

Miró una de sus propias bolsas, como si fuera a encontrar allí una respuesta para el siguiente comentario.

— Pero hoy salió a almorzar con un compañero de la universidad.

Hubo una pausa pequeña, y Scarlett supo exactamente lo que vendría incluso antes de que su madre hablara.

— Mira a Chloe consiguiendo novio antes que tú.

Scarlett puso los ojos en blanco, pero no logró contener la sonrisa.

— Mamá.

— ¿Qué? — Su madre fingió inocencia, pero la voz estaba cargada de provocación cariñosa. — Solo lo digo. Vives estudiando, mi amor. ¿Cuándo es que vas a vivir un poquito?

Scarlett apretó el vaso con los dedos fríos, el hielo ya derritiéndose. Miró el suelo brillante del centro comercial, como si estuviera buscando allí la manera correcta de responder sin abrir una puerta que siempre mantenía cerrada con llave.

— Estoy viviendo. A mi manera.

Del otro lado, su madre suspiró, pero no insistió. Scarlett se lo agradeció mentalmente.

— Lo sé. — dijo su madre, más suave. — Yo solo… no veo la hora de las vacaciones de ustedes dos para que vengan a visitarnos. Tu abuela preguntó por ti ayer, y yo le dije que te estás volviendo una doctora famosa y no tienes tiempo para nosotros.

Scarlett se rio bajo, sintiendo una nostalgia cálida apretarle el pecho.

— Dile que todavía no me volví famosa. Pero la llamo mañana.

— Le va a encantar. — respondió su madre. — Está bien, mi amor. Voy a manejar ahora. Te amo.

La frase fue simple, cotidiana, pero Scarlett sintió como si alguien hubiera colocado un buen peso en el lugar correcto dentro de ella.

— Yo también los amo.

Cuando la llamada terminó, Scarlett se quedó unos segundos mirando su propia pantalla apagada. Guardó el celular con cuidado, como si estuviera guardando ese pedazo de casa junto con él.

Solo cuando salió del centro comercial, las bolsas balanceándose en los brazos, se dio cuenta de que el mundo había cambiado.

El cielo estaba oscuro y pesado, como si alguien hubiera corrido una cortina sobre la ciudad. El viento frío llegó de repente, cortante, erizándole la piel descubierta de los brazos. Scarlett levantó el rostro y vio las nubes cerradas. Antes incluso de procesarlo, una gota gruesa cayó en el dorso de la mano. Luego otra. Y entonces, como si alguien lo hubiera decidido de una vez, la lluvia se desplomó.

— Maldición… — susurró, apretando las bolsas contra el cuerpo.

Scarlett corrió de vuelta a la entrada principal del centro comercial, esquivando a otras personas que hacían lo mismo, todas amontonándose bajo la marquesina. El sonido de la lluvia era demasiado alto, una cortina ruidosa golpeando el concreto y los coches. La calle quedó espejada en minutos, los faros reflejándose en charcos que crecían deprisa.

Scarlett se apoyó en la pared, intentando proteger las bolsas con el propio cuerpo. El cabello empezó a humedecerse en las puntas. Sacó el celular, los dedos ya nerviosos, y abrió la aplicación para pedir un coche.

El primer intento: buscando conductor… buscando… nada.

Actualizó. Nada.

Una vez más.

"Ningún conductor disponible".

Scarlett frunció el ceño, el corazón empezando a latir más rápido por irritación que por miedo. El viento empujaba la lluvia hacia dentro de la marquesina en oleadas, mojando los pies de quienes estaban más cerca del borde. Una mujer a su lado maldijo en voz baja. Alguien se rio sin humor. Un trueno gruñó a lo lejos, como si la ciudad también se quejara.

Scarlett lo intentó de nuevo. Y de nuevo. Y de nuevo.

Las bolsas empezaron a pesarle en los brazos.

Miró la calle: coches pasando rápido, agua levantándose en abanicos, personas corriendo con bolsas de plástico en la cabeza. Pensó en mil posibilidades y ninguna parecía real en ese momento.

¿Autobús? Ni siquiera sabía qué línea pasaba por allí bien, y la parada más cercana estaba del otro lado de la calle empapada. ¿Caminar hasta algún lugar? Con tantas bolsas y la lluvia cayendo casi horizontal. ¿Esperar a que la lluvia disminuyera? El cielo no parecía con ganas de disminuir nada.

Scarlett apretó los labios, sintiendo la frustración subirle por la garganta. La misma frustración que sentía cuando un paciente empeoraba sin aviso, cuando un profesor exigía una respuesta imposible, cuando el mundo recordaba que ella no controlaba nada de verdad.

— Vamos… solo acepta el viaje. — murmuró a la pantalla, como si la aplicación pudiera conmoverse.

Actualizó. Nada.

Un trueno estalló más cerca. Scarlett dio un paso atrás por reflejo, el pecho apretándose. Odiaba las tormentas. No por trauma; por impotencia. El ruido hacía que todo pareciera fuera de lugar.

Fue en ese momento cuando un coche negro apareció despacio, desacelerando cerca de la acera, como si hubiera sido recortado del caos con demasiada calma. El brillo de la carrocería mojada reflejó las luces del centro comercial. El vehículo se detuvo lo suficientemente cerca como para que el sonido del motor le llegara por debajo del ruido de la lluvia.

Scarlett miró sin interés al principio, hasta que la ventanilla del conductor bajó lentamente.

Y entonces los ojos azules se encontraron con los de ella.

Hunter Jones estaba en el asiento del conductor como si aquella tormenta no fuera nada. Sudadera gris oscuro, gorra negra hacia atrás, el cabello castaño asomando desordenado bajo la visera. Su rostro estaba seco, protegido por el techo del coche, pero el aire alrededor parecía cargado del mismo olor a lluvia y asfalto.

Apoyó el brazo en la ventanilla abierta, demasiado casual, y miró a Scarlett como si la hubiera encontrado en la cafetería del campus y no en medio de una tormenta.

— ¿Vas a seguir ahí parada o aceptas un aventón?

Scarlett se quedó inmóvil por un segundo que pareció demasiado largo. La primera reacción fue absurda: la sensación de que eso no podía estar pasando. Como si el universo estuviera bromeando con ella otra vez.

Lo miró a él. Luego a la calle. Luego a la aplicación en la pantalla del celular aún insistiendo en no funcionar. Luego volvió la mirada a Hunter, que la observaba con una paciencia divertida.

Scarlett sintió la resistencia subir automáticamente, algo terco y orgulloso. Lo último que quería era deberle cualquier cosa a Hunter Jones. Lo último que quería era subir a su coche como una chica sin opción.

Pero la lluvia martillando el mundo le recordaba que ella, de hecho, no tenía opción.

Hunter arqueó una ceja, la comisura de la boca tirando de una sonrisa corta.

— Relájate, princesa. No voy a secuestrarte.

El apodo hizo que su sangre se calentara de irritación. Scarlett puso los ojos en blanco con fuerza.

— Te crees muy gracioso, ¿no?

— Soy muy gracioso. — respondió, como si fuera un hecho científico.

Scarlett respiró hondo. Abrió la puerta del pasajero con cuidado para no empapar el asiento y se metió dentro, equilibrando las bolsas en el regazo con la dignidad herida. El ruido de la lluvia quedó amortiguado al instante, como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo.

El coche estaba caliente. La calefacción esparcía un calor confortable que contrastaba con el frío húmedo que se le pegaba a la piel. Había una música baja sonando, algo tranquilo, nada del ritmo agresivo que ella asociaba con fiestas universitarias. El olor también era distinto de lo que esperaba: coche limpio, cuero discreto, y el perfume masculino de Hunter, amaderado y demasiado familiar ahora que ella estaba tan cerca.

Scarlett acomodó las bolsas en el regazo, intentando organizar su propia respiración. Su sudadera estaba levemente húmeda en los

hombros. Sintió una gota deslizarse por la nuca y contuvo un escalofrío.

Hunter subió la ventanilla con un toque, las gotas corriendo en líneas rápidas por la superficie. Puso la marcha sin prisa, una mano en el volante, la otra apoyada en la palanca de cambios como si conducir fuera tan natural como respirar.

Durante los primeros minutos, el silencio se instaló de un modo incómodo. Scarlett giró el rostro hacia la ventana, observando la ciudad escurrirse en borrones: faros distorsionados, personas corriendo, charcos explotando bajo neumáticos. El sonido del limpiaparabrisas marcaba un ritmo constante. Evitaba mirar a Hunter porque mirar significaba admitir la cercanía.

Aun así, percibió por el rabillo del ojo que él la miraba rápido a veces, como si comprobara si ella aún estaba allí, entera, sin estar intentando huir por la puerta.

— Entonces… — Hunter rompió el silencio con una voz más baja de lo que ella estaba acostumbrada a oírle. — ¿Qué estabas haciendo en el centro comercial?

Scarlett mantuvo la mirada en la ventana un instante antes de responder, seca por reflejo.

— Comprando cosas que realmente necesito.

Hunter hizo un sonido bajo de asentimiento, pero sus ojos cayeron sobre el montón de bolsas en su regazo.

— Por la cantidad de bolsas, parecía misión de guerra.

Scarlett apretó los labios para no reaccionar. La frase era tonta. Pero había algo en la manera en que lo dijo, sin maldad, sin esa provocación agresiva que ella conocía, que la tomó desprevenida.

Intentó contenerse, pero una sonrisa pequeña se le escapó antes de que lograra impedirlo. No fue el tipo de sonrisa que usaba para ser educada. Fue rápida, involuntaria, casi un reflejo.

Hunter lo vio. Claro que lo vio.

Su mirada cambió por medio segundo, como si algo hubiera encajado en un lugar que él no esperaba. La sonrisa de lado apareció, más suave de lo normal.

— Ahí. — dijo, como si señalara un detalle raro. — Sabes hacer eso.

Scarlett sintió que el rostro se le calentaba de irritación y vergüenza mezcladas. La sonrisa murió rápido.

— No empieces.

— Yo no empecé nada. — respondió Hunter, pero su voz tenía una diversión tranquila.

El silencio volvió, pero ahora no era tan duro. La lluvia seguía golpeando el vidrio, y la música baja llenaba el espacio entre ellos sin exigir conversación.

Scarlett miró sus propias manos sosteniendo las asas de las bolsas. Los dedos estaban levemente rojos por el peso. Soltó una de las asas para masajearse la palma y sintió el calor del coche finalmente penetrarle en los huesos.

Sin querer, se fijó en las manos de Hunter en el volante. Grandes, firmes, una vena discreta subiendo por el dorso. Las mangas de la sudadera estaban subidas un poco, dejando el antebrazo al descubierto. Conducía sin prisa, sin exhibicionismo, como alguien que simplemente… sabía lo que estaba haciendo.

Y eso no encajaba con la imagen de Hunter Jones que ella llevaba: el chico ruidoso rodeado de gente, el quarterback que parecía estar

siempre sobre un escenario.

Solo allí, él era otra cosa. Más callado. Más… real.

— ¿Qué compraste? — preguntó él después de unos minutos, como si la curiosidad se le hubiera escapado antes de que la filtrara.

Scarlett soltó el aire por la nariz, sin paciencia para entrar en detalles, pero extrañamente menos defensiva.

— Una bata nueva.

Hunter le lanzó una mirada rápida, luego volvió a mirar la calle.

— ¿Bata? — repitió, como si probara la palabra. — ¿La tuya vieja estaba… mal?

Scarlett se encogió de hombros, pero la verdad era que estaba pésima.

— Se estaba deshaciendo.

— Tiene sentido. — dijo Hunter, y la frase salió con un peso que ella no esperaba. No era juicio. Sonaba casi como reconocimiento de cuánto usaba eso.

Scarlett se quedó en silencio, observando el limpiaparabrisas cortar la lluvia. Afuera, la ciudad parecía toda mojada y nerviosa. Dentro del coche, había una burbuja cálida y extraña donde ella se sentía, contra su propia voluntad, segura.

— ¿Y las otras bolsas? — preguntó Hunter, con la voz más ligera. — ¿Bata y… el resto de la misión de guerra?

Scarlett apretó una de las bolsas como si fuera un escudo.

— Ropa.

— Ropa. — repitió él, y ella casi pudo oír la sonrisa. — Guau. La doctora también es humana.

— Yo nunca dije que no lo fuera. — replicó Scarlett, pero la respuesta salió sin veneno, más automática que irritada.

Hunter soltó una risa baja, una risa de verdad, no esa risita provocadora. Scarlett giró el rostro hacia él por un segundo, sorprendida, y encontró su perfil relajado, los ojos atentos en la calle, la boca aún cargando el resto de la risa.

Desvió la mirada demasiado rápido. El corazón dio un salto irritante, como si lo hubieran pillado mirando algo prohibido.

— ¿Estás feliz ahora? — preguntó ella, sarcástica, señalando con la cabeza la tormenta afuera. — Siempre pareces una persona a la que le gusta el caos.

Hunter se rio de nuevo, esta vez más alto, y Scarlett percibió el sonido vibrar en el espacio pequeño del coche.

— Me gusta el control, en realidad. — dijo, y la frase salió simple, como si no fuera nada del otro mundo.

Scarlett entrecerró los ojos, desconfiada.

— ¿Tú? ¿Control?

— Sí. — respondió Hunter, y su mirada se encontró con la de ella por un instante rápido, demasiado intenso para ser casual. — Solo me ves cuando estoy rodeado de gente.

La respuesta quedó en el aire por un segundo. Scarlett no supo qué hacer con eso. Giró el rostro hacia la ventana de nuevo, la garganta extrañamente seca. La lluvia seguía cayendo, y la ciudad parecía lejos.

El camino hasta el campus no fue largo, pero se sintió distinto de lo que cualquier aventón debería ser. Scarlett notó detalles que nunca se había permitido notar: la manera en que Hunter bajaba la velocidad antes de una curva, cómo mantenía una distancia segura de los coches, cómo la música baja no era agresiva, era casi melancólica, en realidad. Y, más que nada, cómo parecía prestar atención cuando ella hablaba, aunque ella respondiera con dos palabras y un muro entero levantado entre los dos.

Cuando por fin aparecieron las luces familiares de la universidad, Scarlett sintió un alivio que vino mezclado con una punzada extraña, como si salir del coche fuera a romper esa burbuja silenciosa en la que había olvidado por unos minutos que necesitaba odiarlo.

La lluvia aún caía fuerte cuando Hunter entró en el campus y condujo hasta cerca del dormitorio femenino. Detuvo el coche cerca de la acera, donde las luces del edificio se reflejaban en el agua acumulada. El limpiaparabrisas continuaba su movimiento constante, como un metrónomo.

Scarlett sostuvo las bolsas, preparándose para el impacto frío de afuera. Tragó saliva, intentando encontrar la forma más neutra de terminar aquello.

— Gracias por el aventón. — La voz salió demasiado baja, casi tímida, y odió que hubiera sonado así.

Hunter giró el rostro hacia ella. Los ojos azules estaban claros incluso en la luz gris de la lluvia.

— De nada. — respondió, simple, y por un segundo pareció que iba a quedarse ahí.

Scarlett ya tenía la mano en la manija cuando la voz de él llegó de nuevo, tranquila e irritantemente honesta:

— Eres menos aterradora cuando te ríes.

Scarlett se congeló con la mano en la puerta. Giró el rostro despacio, indignada, y encontró su sonrisa de lado, pero había algo distinto allí, como si él mismo se hubiera sorprendido de decir eso.

— Yo no soy aterradora. — replicó ella, pero la frase perdió fuerza cuando percibió su propio tono.

Hunter alzó una ceja, como si estuviera evaluando la mentira.

— Ajá.

Scarlett sintió que una sonrisa amenazaba con aparecer, y eso la dejó aún más irritada. Empujó la puerta, y el aire frío entró como una bofetada. La lluvia parecía aún más fuerte ahora que estaba a punto de enfrentarla.

— Adiós, Hunter.

— Adiós, princesa.

Scarlett salió corriendo, encogiendo los hombros, intentando proteger las bolsas con el cuerpo. El agua le empapó de inmediato el cabello en las puntas, y algunos mechones castaño claros se soltaron y se le pegaron a la cara. Subió los pocos escalones del dormitorio casi resbalándose, el corazón latiendo rápido, no por el esfuerzo, se dio cuenta, sino por algo que no quería nombrar.

Cuando alcanzó la puerta y entró en el vestíbulo, se sacudió discretamente la lluvia de la sudadera y respiró hondo, como si se estuviera quitando una carga invisible.

Afuera, a través del vidrio, el coche negro aún estaba detenido.

Hunter permanecía en el asiento del conductor, mirando en dirección al edificio. Scarlett no vio su rostro con claridad por el agua en el vidrio y la distancia, pero percibió la inmovilidad, la manera en que no parecía tener prisa por irse.

No se quedó para descubrir por qué.

Subió las escaleras con pasos rápidos, las bolsas golpeándole la pierna, y solo cuando dobló el pasillo y desapareció por completo del campo de visión de la entrada fue que Hunter finalmente quitó el pie del freno.

Afuera, la lluvia seguía cayendo como si quisiera borrar la ciudad. Y, por algún motivo que no supo explicar, Hunter Jones se quedó con la extraña sensación de que acababa de ver algo que no quería dejar de ver.

CAPÍTULO 9

Te Ves Menos Aterradora Cuando Te Ríes

La lluvia aún insistía en golpear suavemente la ventana del dormitorio, como dedos impacientes pidiendo entrar. Del lado de adentro, la habitación era una isla tibia: luz baja de la lámpara de Chloe, olor dulce a jabón mezclado con café viejo en algún vaso olvidado y el sonido distante de risas en el pasillo, amortiguadas por la puerta y por la noche húmeda.

Scarlett cerró la puerta con el pie, equilibrando las bolsas que todavía tenían salpicaduras en el asa. El corazón de ella ya se había desacelerado desde el estacionamiento del dormitorio, pero no lo suficiente como para que ella lograra fingir que no había pasado nada. Dejó las bolsas al lado de la cama y se agachó para quitarse las zapatillas, los dedos tirando de los cordones con una prisa irritada.

Chloe estaba sentada en su propia cama, con una sudadera ancha y el cabello recogido en un moño alto improvisado con una pinza. El portátil abierto iluminaba la mitad de su rostro, pero ella ni miraba la pantalla. Los ojos estaban fijos en Scarlett con una atención casi indecente, como si Scarlett fuera una actualización en vivo de los chismes del campus.

— Entonces él… te vio en el centro comercial. Bajo la lluvia. Y paró el coche. — Chloe repitió, como si necesitara oír la secuencia de nuevo para creerla.

Scarlett se sacó la segunda zapatilla y la arrojó al lado de la primera, como si la violencia silenciosa del gesto pudiera tirar el tema al suelo.

— Fue solo un aventón. — La voz salió demasiado firme, demasiado entrenada. La misma que ella usaba con pacientes ansiosos y profesores exigentes. — Solo eso.

Chloe inclinó la cabeza, la expresión ya transformándose en esa teatralidad que Scarlett conocía bien. Se llevó una mano al pecho, dedos abiertos como si acabara de recibir una flecha.

— "Te ves menos aterradora cuando te ríes." — Chloe recitó, exagerando la voz grave como si fuera una imitación barata de película. — Amiga… NO puedo creer que Hunter Jones te dijera eso.

Scarlett se enderezó despacio, todavía agachada, y lanzó una mirada de advertencia que solía funcionar con niños testarudos. Con Chloe, era solo combustible.

— No empieces.

Chloe abrió una sonrisa tan grande que parecía a punto de partirle la cara.

— Yo no empiezo. Yo solo voy a… enloquecer. Porque eso no es una frase cualquiera. — Se inclinó hacia adelante, los ojos brillando. — Eso es… eso es coqueteo, Scarlett. C-o-q-u-e-t-e-o. El quarterback más popular del campus te encontró… menos aterradora.

— Él no "me encontró" nada. — Scarlett agarró las bolsas y las metió debajo de su propia cama con un movimiento rápido, como si escondiera pruebas de un crimen. — Él solo… dijo eso. Para provocar. Él provoca a todo el mundo.

Chloe hizo una mueca de quien no estaba comprando ni la mitad de la historia.

— Él provoca a todo el mundo, sí. Pero no se detiene a darle un aventón a todo el mundo bajo la lluvia. Sobre todo en el centro de la ciudad. Levantó un dedo, como si estuviera conduciendo un juicio. — Y no se queda fijándose en si todo el mundo es "aterrador" o no.

Scarlett resopló, agarrando una camiseta limpia del cajón. La tela suave entre los dedos le trajo un poco de cordura. Caminó hasta el escritorio, se quitó la sudadera mojada del hombro y la tiró en la silla, donde ya había una pila desorganizada de ropa que ella juraba que organizaría "mañana".

— Estás dramatizando.

— Yo no dramatizo. Yo interpreto la realidad de forma más… cinematográfica. — Chloe señaló el cabello de Scarlett. — Ve a ducharte. Tienes cara de quien estuvo cinco segundos bajo la lluvia y tomó una decisión moralmente equivocada.

Scarlett sintió que la cara se le calentaba y odió eso. Odió aún más el hecho de que la frase tuviera sentido. Agarró la goma elástica de la muñeca y se recogió el cabello castaño claro en un moño flojo, sin mucha paciencia. Algunos mechones se escaparon y cayeron cerca del rostro como siempre, traicionando el esfuerzo de ella por parecer… en control.

— Solo estoy cansada, Chloe.

— Vale. Y también te pusiste roja cuando repetí la frase. — Chloe se acostó de lado, apoyando la barbilla en la mano, satisfechísima.

Scarlett giró el rostro, mirando la ventana. Afuera, el campus parecía un cuadro oscuro: luces amarillas distantes, reflejos en el asfalto mojado, árboles balanceándose despacio bajo la brisa fría. El sonido de la lluvia parecía más íntimo ahí dentro. Más cercano. Como si el mundo entero se hubiera encogido en esa habitación.

— No me puse roja. — Mintió, automática.

Chloe se rió, un sonido bajo y afectuoso, y señaló las bolsas que Scarlett acababa de esconder.

— ¿Y entonces? ¿Compraste la bata nueva? Enséñala.

Scarlett sacó una de las bolsas con cuidado, sacó el plástico doblado y dejó que el blanco impecable de la bata apareciera bajo la luz de la lámpara. Era simple, como a ella le gustaba. Algo funcional, limpio, casi un escudo.

— Bonita. — Chloe aprobó. — Vas a quedar aún más con cara de futura médica… y aún menos con cara de alguien que sale a vivir.

Scarlett levantó la mirada, lista para replicar, pero Chloe ya había cambiado el foco, como siempre. Hizo un gesto amplio en dirección a Scarlett, desde el cabello recogido hasta las ojeras leves, la forma en que ella se movía con cuidado dentro de su propio cuerpo.

— Pareces una protagonista triste de película indie y me niego a aceptar eso. — Chloe entrecerró los ojos. — Ahora cuéntame: ¿cómo fue el aventón, sin saltarte nada?

— Ya lo conté todo.

— No. Contaste el guion. Yo quiero la escena. — Chloe casi ronroneó. — El coche. El olor. La música. La tensión. Él mirándote. Tú fingiendo que no te importa. Vamos.

Scarlett abrió la boca para negarse, pero el problema era que, cuando ella tiraba del recuerdo, venía todo junto: el calor del aire acondicionado en el rostro helado, el sonido de las gotas en el vidrio, la forma en que Hunter parecía… menos ruidoso. Menos del mundo de él. El tipo de silencio que dejaba demasiado espacio para pensar.

Se odió un poco por recordarlo con tanta nitidez.

— Chloe… — advirtió Scarlett, ya perdiendo la batalla.

— Ah, listo. — Chloe señaló como si hubiera pillado a Scarlett in fraganti. — Tienes esa cara. La cara de quien odió, pero… no odió tanto.

Scarlett sintió que su propia defensa fallaba por una rendija diminuta. Y, antes de que lograra cerrarla de nuevo, soltó un sonido pequeño, casi una risa, más de incredulidad que de humor.

Chloe abrió los ojos, triunfante.

— ¡SE RIÓ! — susurró, como si estuvieran en una biblioteca.

— No exageres.

— Te reíste. — Chloe se sentó más recta, entusiasmada. — ¿Qué pasó? ¿Dijo alguna cosa idiota?

Scarlett agarró una blusa de algodón y un short cómodo. Entró en el baño compartido del dormitorio, pero dejó la puerta entreabierta, no porque quisiera compañía, sino porque Chloe tenía un don sobrenatural de seguir conversando incluso con una pared de por medio.

— Él solo… hizo una broma sobre las bolsas. — respondió Scarlett, ya quitándose la blusa y cambiándola por una camiseta vieja. — Dijo que parecía misión de guerra.

— Y tú te reíste. — canturreó Chloe del otro lado.

Scarlett se metió un mechón rebelde detrás de la oreja, mirando su propio reflejo en el espejo del baño. La luz fría ahí dentro hacía que todo se viera más realista de lo que ella quería. Parecía exhausta. Y, peor, parecía… afectada.

— Fue una sonrisa. Solo. — enfatizó, como si pudiera reducir el tamaño del recuerdo. — Un reflejo.

— Los reflejos son peligrosos. — respondió Chloe, demasiado filosófica para alguien que acababa de enloquecer por una frase.

Scarlett salió del baño ya con ropa cómoda, tirando de las mangas para calentarse los brazos. La habitación había vuelto a parecer un lugar seguro. Familiar. La cama con la manta desordenada. El escritorio de Chloe con maquillaje mezclado con apuntes. El de ella con pilas de libros y resaltadores. Vasos vacíos cerca del zócalo como pequeñas pruebas de supervivencia.

Chloe, aún sentada en la cama, abrió los brazos como si fuera a recibir un premio.

— Vale. Ahora que ya me alimenté emocionalmente de tu caos… — inclinó la cabeza con una sonrisa maliciosa — Ya mi cita del almuerzo…

Scarlett se aferró al cambio de tema como quien se agarra a una barandilla.

— Sí. Eso. — señaló a Chloe con alivio exagerado. — Cuéntame. ¿Cómo fue con el… James?

Chloe abrió una sonrisa animada y se tiró boca abajo en la cama, las piernas dobladas hacia arriba en el aire, los pies balanceándose.

— James Walker. Periodismo. Sonrisa bonita, charla rápida, ¿sabes? Ese tipo de chico que parece que nació con una cámara imaginaria siguiéndolo. — Chloe suspiró dramática. — Al principio, todo estaba perfecto. Restaurante mono, lucecitas, pasta deliciosa. Él fue gracioso, inteligente… elogió mi vestido. Yo pensé: "Ok, Chloe, tal vez el universo decidió darte un hombre funcional."

Scarlett apoyó la espalda en su propia cama, cruzando las piernas, ya sonriendo con anticipación. Chloe siempre contaba historias como si estuviera narrando un episodio entero de una serie.

— Y entonces… — Chloe levantó un dedo, y su sonrisa se volvió una advertencia. — Y entonces empezó a hablar casualmente de las exnovias.

Scarlett soltó una risa baja incluso antes de que Chloe terminara. Era imposible que eso saliera bien.

Chloe se aclaró la garganta e imitó una voz masculina engreída, con la barbilla levantada y una mirada distante de artista incomprendido.

— "Porque mis ex estaban completamente locas."

Scarlett se mordió el labio para contener la risa, pero falló. El sonido se escapó, más alto de lo que pretendía, y se llevó la mano al rostro por puro cansancio.

— Y yo pensé: — continuó Chloe, ahora narrando como si estuviera dentro de su propia cabeza — "Ok, una ex. Puede pasar." — giró el rostro como si estuviera mirando una ventana imaginaria. — Y entonces habló de la segunda ex. Aparentemente loca también.

Scarlett ya se estaba riendo de verdad, los hombros relajándose por primera vez desde… hacía días.

— Y entonces habló de la tercera. — Chloe levantó tres dedos. — Loca.

Scarlett abrió los ojos, ya previendo el desastre.

— Y entonces habló de la cuarta. — Chloe levantó cuatro dedos justo delante del rostro. — ¿Y adivina?

— No. — susurró Scarlett, ya riéndose.

— "Loca." — Chloe dejó caer la palabra como una sentencia.

Scarlett se llevó la mano a la boca, los ojos brillando de diversión genuina.

— ¿Cuatro? — repitió, incrédula.

Chloe señaló de inmediato su propia sien, con la seriedad de un médico anunciando un diagnóstico.

— En ese mismo momento mi red flag pitó. — hizo un sonido de alarma con la boca, ridículo y perfecto. — Amiga, si TODAS tus ex están locas… tal vez el problema seas tú.

Scarlett se dobló, riéndose, la risa saliendo caliente y descontrolada, el tipo de risa que dolía un poco en la barriga y aliviaba algo atascado en el pecho. Intentó hablar y no pudo.

Chloe se incorporó un poco, apoyando los codos en el colchón, los ojos brillando de indignación teatral.

— Y todavía tuvo el descaro de decir que "la mujer es complicada".

— Chloe… — logró decir Scarlett entre risas. — Por el amor de Dios.

— Me terminé la pasta y me fui. — anunció Chloe, con la dignidad de quien se había salvado la vida.

Scarlett abrió los ojos, riéndose más fuerte.

— ¿Dejaste al hombre plantado en el restaurante?

Chloe cruzó los brazos, orgullosa, y levantó la barbilla.

— Lo dejé. Mi salud mental va primero.

Scarlett se rió tanto que tuvo que acostarse de lado en la cama, tirando de la almohada hacia el rostro por unos segundos, como si quisiera esconderse de su propio sonido. La lluvia afuera continuaba, pero parecía más distante. La habitación parecía más pequeña, más cálida. Más… de ellas.

Chloe se rió junto, ese tipo de risa que venía con cariño detrás, incluso cuando era exagerada.

Cuando por fin volvió el silencio — un silencio suave, cómodo — Chloe rodó boca arriba y estiró el brazo para agarrar uno de sus propios libros, que estaba abierto al lado del portátil.

— Vale. — suspiró, ahora más práctica. — Reírme contigo es genial, pero todavía necesito repasar la mitad de estas materias si no quiero morirme en el examen. — Chloe señaló el libro hacia Scarlett. — Y tú… puedes descansar. Mañana tienes guardia temprano.

El recordatorio golpeó a Scarlett como una mano ligera en el hombro. Mañana. El hospital. Pasillos fríos. Gente necesitando. Sintió el cansancio acumulado reorganizarse dentro de ella, pesado y familiar.

— Lo sé. — murmuró Scarlett.

Se dejó caer boca arriba en la cama, los brazos abiertos, mirando al techo como si pudiera ofrecer una respuesta sobre cómo había acabado en ese punto: riéndose por la historia de la cita de Chloe y… recordando la voz de Hunter diciendo que ella se veía menos aterradora cuando se reía.

La habitación alrededor era un caos vivido: libros apilados en una torre inestable, resaltadores sin tapa, notas dobladas, tazas vacías con restos de café frío, ropa tirada sobre la silla, una mochila abierta en el suelo como una boca hambrienta. Y, aun así, en medio de ese desorden, existía una especie de orden emocional.

Hogar, se dio cuenta Scarlett, no necesitaba ser silencioso y perfecto. A veces, hogar era solo un lugar donde alguien se reía contigo sin pedir demasiadas explicaciones.

Chloe pasó una página, el sonido seco del papel llenando la habitación por unos segundos.

— Buenas noches, futura doctora. — dijo Chloe, ya con la voz más baja, concentrada.

— Buenas noches. — respondió Scarlett, y cerró los ojos por un instante.

Pero su mente no se apagó de inmediato. Todavía sentía, casi en la piel, el calor del coche de Hunter. La música baja. El olor limpio y masculino que no era alcohol ni fiesta, solo él, solo. Y la forma en que él se había reído, de verdad, cuando ella respondió algo sarcástico.

Scarlett abrió los ojos, irritada con su propia cabeza.

Giró el rostro hacia la ventana. La lluvia débil dibujaba caminos en el vidrio, distorsionando las luces del campus en manchas doradas. Por un segundo, se preguntó, sin querer, si Hunter se había detenido en algún lugar antes de volver al dormitorio. Si había pensado en ella después. Si esa frase había sido solo otra provocación o… algo que él realmente notó.

Scarlett se subió la manta hasta la barbilla como si pudiera cubrir los pensamientos también.

— No. — se susurró a sí misma, tan bajo que ni Chloe oyó. — No.

Porque pensar en eso era peligroso. Era darle espacio a un chico que nunca debería caber en su rutina.

Y, aun así, cuando por fin se quedó dormida, el último sonido que recordó no fue el de la lluvia.

Fue su propia risa, y el recuerdo irritante de que, por unos minutos, se había sentido ligera.

CAPÍTULO 10

Biblioteca al Aire Libre

Scarlett Olsen Bennett salió del hospital universitario con ese tipo de cansancio que no era solo físico, era una presión apretando detrás de los ojos, una lista infinita de tareas dando vueltas en bucle en la cabeza. El sol de comienzos de la tarde parecía demasiado brillante para quien pasó toda la mañana bajo luces frías, oyendo monitores, pasos apresurados y voces contenidas. Cruzó el corredor exterior del edificio de la clínica, respiró el aire de afuera como si necesitara recordarle al cuerpo que todavía existía un mundo más allá de paredes blancas, y apretó los libros contra el pecho.

Eran demasiados libros. Apuntes, cuaderno, una carpeta fina de hojas del trabajo, y el portátil, que ella cargaba como si fuera una extensión de la columna vertebral. El peso le tiraba del hombro, pero Scarlett ni siquiera cambió de brazo, estaba demasiado ocupada organizando mentalmente lo que aún necesitaba hacer ese día: revisar un caso para la clase de la mañana siguiente, responder un mensaje de su madre que había visto y dejado para después, lavar el uniforme del hospital antes de que la tela guardara olor a antiséptico… y, claro, adelantar el trabajo con el chico que parecía existir solo para poner a prueba su paciencia.

Llevaba unos pantalones blancos de tela ligera que se movían con los pasos y una blusa azul clara de mangas cortas, demasiado delicada para el caos del hospital, pero era lo que se había puesto en el intervalo entre una ducha rápida y la carrera hacia otro turno. La piel clara del antebrazo aún llevaba la marca de un guante tirado

con prisa. El moño flojo en lo alto de la cabeza ya empezaba a ceder; algunos mechones castaño claros, ondulados, se escapaban cerca del rostro y se pegaban a la sien por el calor y el estrés.

Scarlett cruzó el césped principal del campus como solía hacerlo: rápido, mirando más hacia delante que hacia los lados, esquivando grupos, bicicletas, risas que parecían venir de una vida paralela. El viento fresco ayudaba un poco; movía las hojas de los árboles grandes y levantaba el olor a café que venía de la cafetería cercana al edificio central. Por unos segundos, se permitió sentir el aire entrando en los pulmones sin prisa… hasta que el estómago le recordó por su cuenta que estaba a punto de encontrarse con Hunter Jones.

A lo lejos, cerca de la gran escalinata del edificio central, él estaba parado como si hubiera nacido para ocupar ese espacio. No necesitaba llamar la atención, ella iba hacia él, incluso sin querer. Hunter sostenía el móvil en una mano y leía algo con la ceja levemente fruncida, concentrado de una manera casi irritante en alguien como él. La ropa deportiva negra de la universidad se le pegaba al cuerpo en puntos estratégicos por el sudor del entrenamiento de la mañana; las mangas estaban dobladas hasta la mitad del antebrazo, exhibiendo músculos y venas discretas. El cabello castaño estaba despeinado y aún húmedo, como si se hubiera pasado la mano por él sin ninguna paciencia después de una ducha rápida.

Scarlett disminuyó un poco el paso. No porque quisiera, sino porque el cuerpo tenía la manía idiota de percibir cosas antes de que la mente lo autorizara. Él levantó los ojos del móvil en el instante en que ella entró en su campo de visión, como si hubiera sentido su presencia. Y siguió su aproximación sin disimular.

Sus ojos azules no eran amables. Eran claros, directos, peligrosamente atentos, el tipo de mirada que hacía que Scarlett

quisiera encogerse y, al mismo tiempo, querer mantener la columna recta por puro orgullo.

Hunter guardó el móvil en el bolsillo con un movimiento perezoso y, antes de que ella pudiera simplemente pasar de largo fingiendo que él no existía, habló primero, con la voz cargada de provocación fácil.

— ¿Siempre andas cargando media biblioteca o hoy decidiste exagerar?

Scarlett alzó los ojos, ya con el revés de la respuesta listo. Era como un reflejo: él pinchaba, ella devolvía. El problema era que, con él, eso nunca parecía solo un intercambio de pullas. Parecía un juego que ninguno de los dos había aceptado jugar, pero que los dos seguían de todos modos.

— Algunas personas realmente estudian en la universidad —replicó, ajustando los libros en el brazo para que no se le cayera nada. La carpeta se resbaló un poco y ella la sujetó con el codo, en una coreografía de supervivencia académica.

Hunter sonrió de lado, esa sonrisa corta que parecía saber demasiadas cosas. Miró la pila en sus brazos, luego volvió los ojos al rostro de Scarlett, como si fuera a evaluar la sinceridad de lo que decía.

— Sí. Se nota.

Scarlett sintió una pequeña incomodidad en el pecho, y odió aún más el hecho de no saber nombrarla. Cansancio. Irritación. La manera en que él parecía… cerca. Como si su presencia ocupara la misma parte del aire que ella intentaba respirar.

— ¿Vamos? —preguntó, intentando mantener la voz neutra, práctica. Trabajo. Solo eso.

— Ve tú delante, doctora —dijo él, y el apodo vino con una ironía que, por algún motivo, no sonó como burla completa. Casi parecía… respeto, pero Scarlett se negó a darle ese crédito.

Empezaron a subir juntos por la escalinata y siguieron por el camino que llevaba a la biblioteca central. El campus estaba bonito ese día. Los árboles se mecían despacio, hojas temblando en el borde de las ramas; el cielo parcialmente nublado dejaba la luz suave, sin esa agresividad del sol abierto. Había estudiantes repartidos por el césped, algunos leyendo, otros simplemente tumbados, riendo alto, viviendo una libertad que Scarlett no recordaba la última vez que se había permitido a sí misma.

Mantuvo los pasos firmes, intentando no volverse demasiado consciente del ritmo a su lado, el cuerpo grande de Hunter caminando como si el mundo cediera el paso, incluso cuando no lo cedía. Él caminaba con una confianza perezosa, manos libres, como si no cargara ningún peso además de su propio cuerpo. Scarlett lo cargaba todo.

— ¿Viniste directo del hospital? —preguntó él, y no había provocación en esa frase. Era casi… observación.

Scarlett no sabía qué hacer con una pregunta normal viniendo de él. La respuesta salió corta, defensiva.

— Vine.

Hunter soltó un sonido bajo, medio risa, medio sorpresa.

— ¿Eres incansable o solo no sabes parar?

— Yo sé parar —respondió demasiado rápido. Y, al percibir la prisa, añadió con un tono más firme: — Yo solo… no puedo.

Hunter la miró por un instante, como si esa frase hubiera abierto una rendija. Scarlett apretó los libros con más fuerza, recordándose

a sí misma que las rendijas eran peligrosas.

Cuando llegaron cerca de la entrada de la biblioteca, Hunter giró el rostro, barriendo el área como quien busca alternativa. Y vio las mesas externas del edificio central, una pequeña "biblioteca al aire libre" improvisada: mesas de madera bajo árboles grandes que daban una sombra cómoda, bancos ocupados por alumnos con portátiles, cuadernos y vasos de café. Era un lugar que mezclaba silencio con vida, como si estudiar no tuviera que ser sinónimo de encerrarse en un cubículo.

Hunter señaló discretamente con la barbilla, sin necesidad de estirar el brazo.

— ¿Quieres estudiar allí hoy?

Scarlett casi dijo que no por impulso. Dentro de la biblioteca habría: silencio absoluto, aire acondicionado, paredes que ayudaban a mantener el corazón en orden. Allí fuera había viento, gente pasando, distracciones, y Hunter a plena luz del día, sin la protección de una mesa grande y distancia calculada.

Pero el aire fresco le tocó el rostro, y Scarlett recordó que había pasado toda la mañana respirando antiséptico. Recordó que su cuerpo estaba atrapado entre lugares cerrados desde hacía demasiado tiempo. Y recordó que, por más irritante que fuera admitirlo, también estaba cansada de sentirse apretada por dentro.

— Puede ser —dijo, como si hubiera sido una decisión indiferente.

Hunter solo asintió, pero la comisura de su boca se elevó, satisfecho por haber conseguido un "sí" sin pelea.

Eligieron una mesa bajo un árbol grande, donde la sombra hacía un dibujo irregular en la madera. Scarlett colocó los libros con cuidado, alineando los bordes automáticamente, y abrió la carpeta del trabajo. Hunter tiró la mochila al suelo al lado del banco y sacó un

cuaderno más arrugado que el de ella, además de algunas hojas con temas. Parecía más preparado de lo que ella esperaba, y Scarlett odió el impulso de sorpresa, como si hubiera creado una versión tonta de él dentro de su propia cabeza solo para justificar el desprecio.

— Bien —dijo ella, ya abriendo sus notas y separando rotuladores como si estuviera entrando en modo quirúrgico. — Vamos a dividir. Yo me quedo con la parte teórica y tú…

— Yo me quedo con la parte práctica, sí —completó Hunter, como si fuera obvio. — Relájate, princesa. Sé leer.

Scarlett levantó la mirada despacio, sin prisa, dejando claro el tamaño del juicio silencioso.

— No me llames así.

— ¿Por qué? —preguntó, y su sonrisa apareció de nuevo, rápida y peligrosa. — Te ves preciosa cuando te irritas.

Scarlett sintió que el rostro se le calentaba de inmediato. Su cuerpo reaccionó antes de que el cerebro tuviera tiempo de convertir la frase en una broma ofensiva. Bajó los ojos a los papeles, fingiendo que estaba buscando algo.

— Concéntrate —cortó. — Tenemos menos de un mes. Y no pienso pasarme este mes entero… lidiando contigo.

Hunter soltó una risa baja, pero agarró el bolígrafo y empezó a escribir. Y, por unos minutos, el sonido principal fue solo el raspar de los bolígrafos en el papel, el viento moviendo las hojas de los árboles y las voces distantes de estudiantes pasando por el camino.

Scarlett se sumergió en las notas como si aquello fuera un refugio. Rodeó temas, anotó referencias, acercó un libro enorme, lo abrió en una página marcada y empezó a organizar la estructura del trabajo

con una eficiencia casi automática. Cuando pensaba, mordía discretamente la tapa del bolígrafo, un hábito que ya no percibía.

Al otro lado de la mesa, Hunter escribía con el cuerpo inclinado hacia delante, antebrazos apoyados en la madera. Y fue ahí cuando Scarlett empezó a notar, contra su voluntad, detalles demasiado físicos.

La camiseta deportiva aún ligeramente húmeda se le pegaba a los hombros anchos cuando movía el brazo. Su cuello, esa línea firme que iba de la mandíbula al hombro, parecía siempre tenso, como si el cuerpo estuviera programado para estar listo. El cabello despeinado le caía un poco en la frente y, de vez en cuando, se lo empujaba hacia atrás con el dorso de la mano, dejando que una gota de sudor o agua, Scarlett no sabía, le corriera por la sien.

Intentó enfocarse en lo que estaba leyendo. Lo intentó, de verdad. Pero su mirada insistía en volver: a los antebrazos fuertes, a la mano grande sosteniendo el bolígrafo, a la manera en que ocupaba espacio sin pedirle disculpas al mundo.

"Dios mío", pensó, irritada consigo misma. "Concéntrate."

Como si pudiera castigar su propia distracción, Scarlett ajustó la postura, acercó el cuaderno y empezó a escribir aún más rápido, llenando la página con letras pequeñas y precisas. Ella era buena en eso. Era en eso donde controlaba.

Hunter, por un tiempo, no dijo nada. Y esa ausencia de ruido provocador en él dejó el ambiente… extraño. Cómodo y peligroso en la misma medida. Scarlett no sabía qué era peor: cuando hablaba demasiado o cuando se callaba como si pudiera, de alguna forma, observar el mundo con cuidado.

— Tú no paras nunca, ¿verdad? —murmuró en algún momento.

Scarlett no levantó los ojos de inmediato. Solo siguió escribiendo, como si no lo hubiera oído.

— ¿Hm? —respondió, demasiado tarde, intentando parecer casual.

Hunter apoyó la espalda en el banco por un segundo, estirando los dedos como quien alivia tensión. Sus ojos se posaron en los libros, en la pila, en las notas con marcas de colores.

— Tú estás siempre cansada —dijo. No como crítica. Como constatación. — Y aun así… sigues.

Scarlett sintió un pinchazo en el pecho que no era exactamente dolor. Era la incomodidad de ser vista. De verdad.

— Tengo que seguir —respondió, y esta vez lo miró, solo para no parecer débil. — No es una opción.

Hunter sostuvo la mirada por un segundo y luego la bajó, como si no quisiera parecer demasiado curioso. Volvió a escribir, pero el silencio después de eso pareció diferente, más denso.

Pasaron algunos minutos más. Scarlett explicaba una parte del fundamento teórico, señalando referencias, y Hunter hacía preguntas cortas, objetivas. Preguntas buenas. Y eso irritaba a Scarlett, porque rompía la narrativa cómoda de que él era solo un atleta arrogante.

— Vale, entonces podemos ligar esto con la parte de presión emocional y recuperación —dijo Hunter, garabateando un esquema. — Y traer el impacto en el rendimiento… sin que parezca una charla motivacional.

Scarlett parpadeó, sorpresa involuntaria.

— Exactamente —asintió, y odió el tono genuino en su propia voz. — Eso. Es eso lo que estoy intentando decir.

Él levantó una comisura de la boca, como si hubiera ganado un punto en su juego invisible.

— Yo entiendo rápido cuando quiero, princesa.

Scarlett soltó el aire por la nariz, impaciente.

— Tú no aprendes.

— Sí aprendo —replicó, y su mirada se clavó en la de ella por un segundo. — Eres tú la que no le gusta admitirlo.

Ella volvió al cuaderno, pero su corazón hizo una cosa estúpida: se aceleró. Y Scarlett fingió que no lo notó.

Cuando el viento aumentó un poco, algunas hojas de sus notas amenazaron con volar. Scarlett puso la palma sobre el papel para sujetarlo, y Hunter, sin decir nada, empujó un libro suyo para que hiciera de peso. El gesto fue simple, casi automático. Y, aun así, el estómago de Scarlett se le apretó como si hubiera recibido algo que no sabía aceptar: cuidado.

Fue Hunter quien rompió el silencio de nuevo, después de otro largo intervalo de trabajo real.

— ¿Por qué medicina? —preguntó, casualmente, como si estuviera preguntando solo para llenar el aire. Pero sus ojos estaban demasiado atentos para que fuera solo eso.

Scarlett siguió escribiendo unos segundos, terminando una frase, intentando ganar tiempo. El sonido del campus alrededor pareció quedar más distante. Sintió que la garganta se le cerraba un poco incluso antes de formar la respuesta.

Cuando levantó el bolígrafo, se dio cuenta de que había apretado demasiado, dejando una marca roja en el lateral del dedo. Soltó despacio.

— Yo… —empezó Scarlett, y odió la vacilación. Odió entregar fragilidad a alguien como él. Podía mentir, inventar una respuesta genérica sobre vocación y gusto por la ciencia, y eso cerraría el asunto. Sería más seguro.

Pero Hunter no desvió la mirada. Solo esperó. Sin broma, sin prisa. Como si, por primera vez, no estuviera intentando ganar.

Scarlett tragó saliva.

— Mi hermana era más pequeña —dijo, la voz más baja de lo normal. — Se enfermó cuando éramos niños. Leucemia.

Hunter no movió un músculo. Pero su mirada cambió. No se volvió piadosa: se volvió quieta. Respetuosa, como si supiera que cualquier reacción exagerada sería una invasión.

Scarlett continuó, mirando el cuaderno como si las líneas del papel fueran un lugar seguro para dejar caer las palabras.

— Pasé mucho tiempo en hospital —murmuró. — Mucho tiempo viendo médicos, enfermeras… las cosas que hacían, y las cosas que no conseguían hacer. Yo era pequeña, entonces… creo que necesitaba creer que alguien allí tenía control. Que alguien sabía lo que estaba haciendo.

El viento movió los mechones sueltos de su cabello, y uno de ellos le rozó la mejilla. Scarlett no levantó la mano para acomodarlo. Se quedó quieta, respirando despacio, intentando mantener el tono firme.

— Después de que ella murió, yo… —se detuvo medio segundo, la palabra atrapada en la garganta como una piedra. — Yo solo sabía que no quería ser la persona que se queda mirando y esperando. Quería estar del lado de adentro.

Silencio.

Hunter apoyó los codos en la mesa, pero no se inclinó demasiado. Solo se quedó ahí, presente.

Scarlett soltó un aire corto, como si la confesión le hubiera quitado espacio del pecho.

— Creo que voy a especializarme en pediatría… u oncología — completó, casi en un susurro.

Cuando por fin levantó los ojos, encontró a Hunter mirándola como si estuviera viendo a alguien diferente. No a la chica irritada del fondo del aula, no a la "princesa" armada con libros. Una persona entera. Y eso la incomodó de una manera nueva.

Él parpadeó despacio, como si estuviera eligiendo las palabras con cuidado.

— Eso es bonito —dijo Hunter, bajo.

Scarlett sintió el elogio golpearla como si fuera algo indebido. No era el tipo de cosa que recibía. No de esa manera. No de él.

— No es… bonito —replicó, pero la voz le salió sin fuerza de pelea. Salió como defensa. — Es solo… es lo que hago.

Hunter asintió, como si aceptara la forma en que ella quería encuadrar aquello, pero sus ojos siguieron firmes en ella por un segundo más de lo que debían. Scarlett volvió a mirar el papel, incómoda con la propia garganta apretada.

Para recuperar el control, se aferró a lo que sabía: provocar. Llevar el asunto a un lugar menos peligroso.

— ¿Y tú? —preguntó Scarlett, alzando una ceja y poniendo un tono de sarcasmo suficiente para esconder cualquier temblor. — ¿Cuál es la gran meta del quarterback superestrella?

Hunter se recostó en el banco y apoyó el brazo en el respaldo, relajado otra vez, como si agradeciera la oportunidad de volver al territorio conocido.

— NFL —respondió sin dudar.

Scarlett soltó una risita corta, más por lo absurdo de la certeza que por encontrarlo gracioso.

— No esperaba menos de alguien con un ego de ese tamaño.

Esta vez, Hunter se rió de verdad. Una risa que no parecía ensayada para los amigos, ni alta para llamar la atención. Fue un sonido fácil, que le salió del pecho, y por un instante Scarlett se sintió extrañamente… satisfecha. Lo que solo hizo que se odiara un poco.

— Mi ego es proporcional a mi talento —devolvió, divertido.

— Claro —dijo ella, volviendo a organizar las hojas. — Debe ser eso.

Scarlett puso un clip en algunas páginas, intentando ignorar la manera en que su risa aún parecía resonar en su oído. Entonces, como quien lanza una piedra para ver reaccionar el agua, comentó sin mirar directamente:

— Oí decir que juegas mucho.

Hunter alzó la ceja, teatralmente ofendido e interesado al mismo tiempo.

— ¿Oíste decir? —repitió. — ¿De quién? ¿De las chicas que gritan mi nombre en el campus?

Scarlett hizo una mueca, sin paciencia.

— Qué asco.

Hunter se inclinó un poco hacia delante, acercando el cuerpo a la mesa. No era una aproximación agresiva: era curiosa. Sus ojos azules se fijaron en el rostro de ella con una intensidad que hizo que Scarlett se arrepintiera de haber sacado el tema.

— ¿Nunca has visto un partido mío? —preguntó, y había algo en esa pregunta que sonó menos como vanidad y más como… sorpresa genuina. Como si no estuviera acostumbrado a alguien que no lo observara.

Scarlett negó con la cabeza, concentrada en doblar una punta de hoja que estaba torcida.

— En mi tiempo libre normalmente estoy estudiando… o de guardia… o estudiando después de la guardia —dijo. Y se encogió de hombros, como si fuera obvio. — A veces sobra tiempo para la cafetería.

Hunter se quedó en silencio unos segundos. Scarlett sintió el peso de su mirada, pero no levantó el rostro de inmediato. El viento trajo de nuevo el olor a café. A lo lejos, alguien rió alto. Cerca de ellos, una pareja de estudiantes pasó cargando un cartel de algún evento deportivo.

Cuando Scarlett miró, Hunter aún estaba observando. No como quien juzga. Como quien intenta encajar algo nuevo en su propia cabeza.

— ¿De verdad vives así? —preguntó, más bajo ahora. — Tipo… ¿siempre corriendo?

Scarlett sintió que la pregunta tocaba un lugar demasiado peligroso. Respondió de la manera que sabía: con una versión reducida de la verdad.

— Sí.

Hunter soltó un aire, como si quisiera decir algo y desistiera. Volvió al cuaderno, garabateando más ideas, pero de vez en cuando sus ojos subían hacia ella, como si a su cerebro le costara volver a tratar a Scarlett como solo "la chica irritada".

Del lado de Scarlett, la irritación venía de otro lugar: ella seguía notando cosas en él que no encajaban con el personaje que había creado.

Era más inteligente de lo que aparentaba. Más rápido. Más atento. Hacía conexiones, pensaba en la estructura del trabajo, no intentaba empujarlo todo hacia ella. Y cuando prestaba atención, prestaba atención de verdad. Eso era… injusto. Porque hacía mucho más difícil odiarlo con la facilidad que ella quería.

Scarlett explicó una parte más técnica, usando términos que normalmente harían que gente de fuera de la medicina abriera los ojos. Hunter siguió, hizo dos preguntas que mostraron que estaba entendiendo, y anotó como si aquello importara. Scarlett sintió un impulso extraño, una puntita de orgullo, e inmediatamente lo sofocó.

— Vale, entonces ponemos esto aquí —dijo Scarlett, señalando en el cuaderno, mientras escribía una observación en la esquina de la página. Estaba concentrada, la frente levemente fruncida, y un mechón de cabello, suelto del moño, se deslizó hacia delante y cayó sobre la mesa, cerca del papel.

No se dio cuenta de inmediato. Estaba hablando, explicando, dibujando un pequeño esquema para simplificar.

Hunter, distraído, extendió la mano.

El gesto no parecía pensado. No parecía planeado para provocar. Era casi como si su mano se hubiera movido sola, atraída por el hilo ondulado que el viento empujaba hacia el centro de la mesa.

Sus dedos sujetaron el mechón de cabello con delicadeza, su pulgar y su índice, como si probaran la textura. Como si fuera lo más natural del mundo sostener un pedazo de ella.

Scarlett dejó de hablar a mitad de la frase.

El silencio cayó como si alguien hubiera quitado el sonido del campus por un segundo. Aún había voces distantes, pasos, hojas moviéndose, pero su mesa se volvió un universo cerrado.

Ella miró primero su mano. Grande. Caliente. Sosteniendo un hilo de su cabello como si aquello fuera importante. Como si hubiera olvidado que había una persona al otro lado, con límites, con miedo, con un cuerpo que no estaba acostumbrado a ser tocado.

Entonces, muy despacio, Scarlett levantó los ojos.

Hunter ya la estaba mirando.

Sus ojos azules estaban fijos en el rostro de ella, y había algo allí que Scarlett no supo leer. No era burla. No era victoria. Era… un tipo de fascinación que le hacía contraerse el estómago, como si el cuerpo reconociera el peligro antes que la mente.

Hunter pareció darse cuenta solo en ese momento de lo que estaba haciendo. Su mirada parpadeó, como si volviera en sí. Pero no soltó el mechón de inmediato.

El viento sopló de nuevo, leve, haciendo que la punta del cabello se moviera entre sus dedos. Y Scarlett sintió que el corazón se le aceleraba con una fuerza absurda, desproporcionada para un gesto tan pequeño. El pecho se le apretó como si hubiera olvidado el ritmo normal.

No sabía si estaba enfadada, avergonzada o con algo peor: una curiosidad que ardía por debajo de la piel.

Scarlett bajó los ojos primero, como si mirarlo fuera exponerse demasiado. Con movimientos cuidadosos, tiró despacio del mechón de vuelta. No arrancó, no hizo escena. Solo recuperó lo que era suyo. Y cuando los dedos de él por fin cedieron, fue como si una corriente eléctrica invisible se hubiera roto.

Empezó a guardar los libros demasiado rápido, apilando hojas sin alinear, metiendo bolígrafos en el estuche sin cerrar la cremallera. El control que siempre tenía parecía escurrirse entre los dedos.

— Bueno… —dijo Scarlett, levantándose con una prisa que no encajaba con el resto de la tarde. La silla rozó levemente el suelo. — Tengo que irme.

Hunter se quedó sentado. Solo asintió, lento, observándola como si supiera que había cruzado alguna línea —aunque sin entender bien cuál. Su mano, la que había sostenido su cabello, se quedó quieta por un segundo en el aire antes de volver a su propio cuaderno.

— Vale —respondió, y su voz salió diferente. Más baja. Menos juguetona.

Scarlett se colgó la mochila al hombro y apretó la correa con fuerza. Por un instante, sintió ganas de decir algo, quejarse, acusar, preguntar "¿por qué hiciste eso?". Pero ninguna de esas frases parecía suficiente. Y la verdad era peor: le daba miedo la respuesta.

Se alejó de la mesa sin mirar atrás de inmediato. Cada paso parecía demasiado consciente del cuerpo, del viento en el rostro, del corazón latiendo alto. Cuando por fin llegó cerca del camino principal, Scarlett se permitió una mirada rápida por encima del hombro.

Hunter aún estaba allí, parado junto al banco, los ojos fijos en ella.

No era la mirada del quarterback en medio de la multitud. Era una mirada quieta, fija, como si algo extraño se hubiera instalado en su pecho y él no supiera qué hacer con eso.

Scarlett giró el rostro demasiado rápido, como si la atraparan haciendo algo prohibido. Y siguió caminando, sin disminuir el paso, intentando convencerse de que la sensación en el estómago era solo nerviosismo. Solo irritación. Solo el cansancio acumulado del hospital.

Pero, incluso con todo el campus alrededor, el aire parecía cargado de un único detalle: el toque leve de sus dedos en un mechón de su cabello, demasiado pequeño para importar, demasiado intenso para olvidar.

CAPÍTULO 11

El Tipo de Medicina

Scarlett se despertó sin abrir de verdad los ojos.

La habitación aún estaba en una penumbra azulada, y la luz de la mañana entraba en franjas finas por la cortina mal cerrada, cortando el aire con líneas doradas que parecían polvo iluminado. El sonido del dormitorio femenino ya empezaba a existir alrededor —una puerta cerrándose de golpe a lo lejos, la ducha de alguien encendiéndose con prisa, pasos apresurados en el pasillo— pero, por unos segundos, todo aquello quedó distante.

Se quedó acostada mirando al techo, inmóvil, como si pudiera negociar con su propio cerebro para no tirar del hilo del recuerdo.

Inútil.

La escena de la tarde anterior llegó entera, irritantemente nítida, como un flash que ella no había pedido.

La mesa afuera de la biblioteca. El viento suave. El papel raspando bajo la pluma. Hunter al otro lado, demasiado callado para alguien que parecía tener una opinión sobre todo. Y, de repente, la mano de él atravesando el espacio entre ellos con una naturalidad que no tenía sentido —dedos fuertes, distraídos, como si aquello fuera inevitable— sujetando un mechón del cabello de ella entre los dedos.

El toque había sido leve. Casi nada. Casi una cosa sin importancia.

Casi.

Scarlett cerró los ojos con fuerza y se pasó la mano por la cara, como si pudiera borrar la imagen frotándose la piel.

— Dios mío… —murmuró para nadie, la voz ronca de sueño y frustración.

Lo peor no era el gesto en sí. Lo peor era lo que el gesto había hecho dentro de ella: un chasquido pequeño, un calor rápido, una sensación de estar siendo notada por un segundo que pareció demasiado largo. Y entonces los ojos de él —ese azul ridículo e indecente— clavados en ella como si él se hubiera olvidado de todo el resto del campus.

Scarlett se giró de lado, tirando de la manta hasta la barbilla, como si eso fuera protección contra el recuerdo.

"Fue solo un toque."

Intentó decirse eso mentalmente del modo en que se decía las cosas difíciles a sí misma en el hospital: con objetividad, sin drama, sin espacio para la emoción. Una frase corta, casi clínica.

Solo que la sensación no obedecía.

Porque el problema —y ella lo sabía con una claridad que la irritaba — era que casi ningún hombre la había tocado de ese modo antes.

No porque fuera completamente invisible. No porque nadie nunca lo hubiera intentado.

Sino porque Scarlett había hecho de su propia vida una secuencia de puertas cerradas.

Había aprendido a llenar cada rendija de tiempo con algo que no fuera gente: facultad, hospital, libros, exámenes, guardias, informes,

tareas que daban la ilusión cómoda de control. Las responsabilidades eran fáciles. Las responsabilidades no le pedían nada de ella más allá del esfuerzo. No exigían valentía emocional. No exigían exposición.

Mientras otras chicas en la universidad salían el jueves como si fuera ley, salían con naturalidad, se enamoraban en fiestas y lloraban por tipos que no valían la pena, Scarlett solo… seguía.

Estudiaba.

Trabajaba.

Planeaba.

Actuaba como si "después" fuera un lugar garantizado donde podría vivir todo lo que se estaba saltando ahora.

Y, sí, aún era virgen.

No por miedo a su propio cuerpo. No por moralismo. No por inseguridad respecto al deseo.

Sino porque nunca había dejado que nadie se acercara lo suficiente como para que eso fuera posible. Nunca había permitido que la mano de alguien pasara de la superficie de su mundo y encontrara algo real ahí dentro.

Hunter Jones —con su sonrisa ladeada, la arrogancia fácil y los ojos que parecían prestar atención incluso cuando fingía que no— era la última persona de todo el campus a la que ella pretendía abrirle cualquier tipo de espacio.

Scarlett respiró hondo, contando mentalmente como contaba para calmar a un paciente antes de una punción: uno, dos, tres.

En la cama de al lado, Chloe se movió, soltando un gruñido incomprensible y enterrando la cara en la almohada. Scarlett miró de reojo a la amiga y sintió un pequeño alivio por que aún estuviera durmiendo. No necesitaba una sesión de interrogatorio a las siete de la mañana sobre "el toque del quarterback".

Empujó la manta, se sentó en la cama y se pasó los dedos por su propio cabello, intentando domar las ondas desordenadas sin éxito. Las puntas aún llevaban un poco del olor del champú barato del dormitorio. Sus manos se quedaron quietas por un segundo, y el recuerdo de los dedos de Hunter sujetando aquel mechón volvió como un reflejo.

Scarlett soltó el aire despacio, como si eso expulsara también el pensamiento.

— Basta. —la palabra salió baja, decidida.

Se levantó antes de poder pensar demasiado.

El suelo frío la despertó del todo. Scarlett cruzó la habitación pisando entre un montón de ropa de Chloe y sus propios libros apilados en el escritorio como pequeños monumentos a su falta de vida social. Cogió la toalla, el neceser y salió hacia el baño compartido del pasillo.

El dormitorio ya estaba en modo "supervivencia". Puertas abriéndose y cerrándose, alguien quejándose de que no había papel de cocina, el olor de desodorante en aerosol mezclándose con el de café que venía de alguna habitación. En el baño, el espejo empañado delataba a alguien que acababa de salir de la ducha. Scarlett entró en un cubículo libre y cerró con llave la puerta, apoyando la frente en la madera por un segundo.

Encendió la ducha y esperó a que el agua se calentara, oyendo el ruido creciente, el vapor subiendo. Cuando entró, el agua caliente le cayó en los hombros e hizo que sus músculos cedieran un poco.

Aun así, el cuerpo relajado no convenció a la mente.

Hunter aún estaba allí, atravesando el vapor como una sombra irritante. La forma en que él la había mirado. La pausa antes de soltar el mechón. El silencio que se los había tragado a los dos por unos segundos.

Scarlett apretó los ojos, lavándose el cabello con más fuerza de la que necesitaba.

"Estás cansada. Solo eso."

Se repitió eso como una receta: cansancio + cercanía = reacción exagerada. Simple. Lógico. Controlable.

Cuando salió del baño, se secó rápido, se sujetó la mitad del cabello hacia atrás con una goma, dejando el resto suelto en ondas que insistían en caerle en la cara. Se puso unos vaqueros claros, una camiseta blanca básica y se echó encima la sudadera gris —el tipo de ropa que la hacía sentirse protegida, casi borrada. Aún hacía frío temprano, y ella prefería el peso de la tela sobre los brazos.

De vuelta en la habitación, Chloe por fin abrió un ojo.

— Estás saliendo demasiado temprano —murmuró, la voz amortiguada en la almohada. — Eso va contra los derechos humanos.

Scarlett se colgó la mochila al hombro e intentó sonreír sin ganas.

— Clase y hospital. Los derechos humanos fueron revocados en el momento en que firmé la matrícula.

Chloe soltó un sonido que podría ser una risa o un llanto y se dio la vuelta hacia el otro lado.

— Si me muero, borra mi historial del navegador.

— Dramática —respondió Scarlett, pero la palabra salió con cariño.

Salió del dormitorio y dejó que el ruido del pasillo se tragara el resto de sus propias emociones.

El campus estaba húmedo por la lluvia de la noche anterior. El suelo reflejaba pedazos del cielo pálido entre los árboles, y las hojas aún goteaban cuando soplaba el viento. Scarlett caminó rápido, apretando la mochila contra el cuerpo, esquivando grupos de estudiantes con vasos de café y conversación demasiado alta para esa hora.

Las horas empezaron a pasar con la violencia tranquila de la rutina.

La clase teórica de clínica médica llegó como un tsunami de diapositivas, términos técnicos y razonamientos que exigían concentración total. Scarlett se sentó en la tercera fila, cuaderno abierto, bolígrafo en la mano, e hizo lo que siempre hacía: transformó el mundo entero en materia.

Allí, al menos, Hunter Jones no existía.

O existía solo como un ruido distante del otro lado del campus, en el mundo de césped y gradas.

Pero cuando el profesor anunció el seminario en grupo, el estómago de Scarlett se le encogió.

Sabía el contenido. Lo sabía de verdad. Había repasado la noche anterior hasta que le ardieron los ojos. Aun así, la idea de ponerse de pie frente a la clase siempre le activaba una especie de alarma antigua; no era miedo a equivocarse, era miedo a ser vista.

Cuando llegó su turno, Scarlett sintió la palma de las manos humedecerse levemente. Sujetó el papel con firmeza y se colocó delante del grupo. Por un segundo corto, la sala pareció demasiado grande; demasiadas caras; demasiada atención.

Respiró y empezó.

Y entonces ocurrió lo que siempre ocurría cuando Scarlett entraba en modo académico: el nerviosismo se desvaneció.

Su voz se afirmó. El razonamiento vino en línea recta. Explicó el caso clínico, justificó decisiones, respondió preguntas con claridad. Los ojos de los compañeros siguieron, algunos tomando notas, otros por fin prestando atención. Hasta los más dispersos se quedaron callados cuando ella señaló un detalle y se ataron las piezas del diagnóstico.

Cuando terminó, el profesor asintió con aprobación, y alguien al fondo soltó un "bien" casi sin querer.

Scarlett volvió a su lugar con el corazón aún acelerado, pero no de miedo. De descarga.

Después de la clase, sintió ese cansancio mental específico de quien fue presionada durante horas. No era solo fatiga; era como si su mente hubiera corrido una maratón usando tacones altos.

Entre una cosa y otra, el hospital universitario se tragó el resto del día con pasillos que olían a antiséptico, historiales, pacientes, profesores exigentes. Scarlett se movió por aquel ambiente con la competencia automática de quien pertenece allí más que en cualquier fiesta del campus.

Cuando por fin tuvo un descanso, el cuerpo entero pidió café.

Fue hacia la cafetería de la universidad, empujada por el olor que se escapaba al pasillo: café recién hecho, pan calentado, azúcar quemándose en alguna máquina de capuchino. El lugar estaba lleno. Bandejas, mochilas en el suelo, mesas ocupadas por grupos que reían alto como si no tuvieran ningún examen esperándolos.

Scarlett localizó a Chloe en una mesa cercana, ya comiendo algo y trasteando con el móvil con la velocidad de quien vivía en múltiples conversaciones al mismo tiempo.

Chloe levantó la mirada y señaló hacia el mostrador con la barbilla, sin siquiera levantarse.

— Pide lo tuyo y ven a comer conmigo.

Scarlett se puso en la fila, sujetando la mochila delante del cuerpo, observando el panel de pedidos. El ruido de la cafetería era un zumbido constante: voces superpuestas, risas, cubiertos chocando, la máquina de espresso silbando como un animal irritado.

Estaba mirando el menú cuando alguien se detuvo a su lado, demasiado cerca para ser coincidencia.

— Scarlett Olsen, ¿no?

Giró la cabeza y encontró una sonrisa que no tenía nada de burlona.

El chico era alto, alto de un modo que obligaba a Scarlett a levantar un poco la mirada, delgado, pero con hombros firmes, como quien corría o entrenaba por salud, no por fama. Cabello castaño claro despeinado sin ningún propósito, ojos castaños claros que parecían amables. Había algo en él que recordaba al hospital: limpio, calmado, fiable.

Reconoció el rostro vagamente de las clases, de ese grupo de gente que siempre llegaba con la bata en el brazo y ojeras parecidas a las de ella.

— Sí… —respondió Scarlett, dudando un segundo. — Tú eres… Daniel, ¿verdad?

La sonrisa de él se abrió un poco más, satisfecho de que ella supiera.

— Daniel Foster. Estuve en el seminario hoy. ¿Qué te pareció?

Scarlett parpadeó, sorprendida de que él hubiera venido a hablar con ella. Normalmente, la gente no sacaba conversación de ese modo, directo, interesado, como si ella fuera… una opción real de interacción, y no solo la chica callada que pasaba por los pasillos.

— Ah… fue intenso —dijo, eligiendo la sinceridad. — Siempre me pongo nerviosa antes de presentar, pero después… se hace más fácil.

— Lo hiciste muy bien —dijo Daniel, y no parecía una amabilidad automática. — La parte en la que explicaste la conducta… se notaba que lo dominas de verdad.

Scarlett sintió un calor leve subirle por el pecho, casi incómodo.

— Gracias.

Daniel inclinó la cabeza, interesado de verdad.

— ¿En qué residencia piensas? ¿Clínica? ¿Pediatría? Vi que citaste unas cosas muy específicas.

Scarlett respondió, y la conversación ocurrió con una naturalidad inesperada. Daniel hacía preguntas como quien realmente escuchaba las respuestas. No interrumpía. No intentaba convertirlo todo en broma. Mantenía contacto visual sin ser invasivo, como si su mirada fuera un lugar seguro, no un foco.

Al otro lado de la cafetería, Chloe observaba la escena con la expresión de quien acababa de encontrar un reality show en vivo. Apoyó la barbilla en la mano y arqueó las cejas, sugiriendo con la mirada: “Sigue.”

Scarlett intentó ignorar a la amiga.

Fue en ese momento cuando la puerta de la cafetería se abrió de nuevo, dejando entrar una corriente de aire frío y un murmullo de reconocimiento automático.

Hunter Jones entró como si la cafetería fuera una extensión del campo.

Llevaba ropa deportiva negra de la universidad, mochila colgada de un solo hombro, el cabello aún húmedo, como si acabara de ducharse. Había un olor a jabón y a algo masculino que no venía del ambiente; Scarlett lo sintió incluso antes de mirar, como si el cuerpo reconociera la presencia.

Hunter se detuvo un segundo en medio del lugar, barriendo el ambiente con la mirada.

Y encontró a Scarlett.

La conversación de ella con Daniel continuó, pero por dentro algo dio un salto irritante, como si el corazón hubiera tropezado.

Scarlett fingió naturalidad con una competencia que había entrenado toda la vida. Siguió respondiéndole a Daniel, jugueteó con la goma del cabello, miró el menú como si nada hubiera cambiado.

Pero lo sintió.

Sintió a Hunter mirando.

Él pasó por el mostrador, hizo el pedido rápido, se apoyó de lado mientras esperaba a que la dependienta envolviera el bocadillo. Durante esos minutos, su mirada volvió hacia ella más veces de las que tendría sentido. No era una mirada descarada, pero era insistente. Como si algo en su pecho estuviera pinchando y él aún no le hubiera puesto nombre.

Scarlett vio de reojo el modo en que su mandíbula se tensó por un segundo al notar la bata colgada en la bolsa de Daniel. Como si esa información, "medicina", fuera una etiqueta que colocaba a Daniel en un territorio específico.

Daniel no lo notó. O fingió no notarlo.

— ¿Tú también estás en el hospital hoy? —preguntó, mientras la fila avanzaba.

— Más tarde —respondió Scarlett. — Ahora solo necesito comer algo antes de… existir otra vez.

Daniel se rió, genuinamente.

— Lo entiendo. Yo sobrevivo a base de café y pánico.

Llamaron el nombre de Scarlett en el mostrador, y ella agarró la oportunidad como quien agarra una tabla en medio del mar.

— Fue bueno hablar contigo —dijo, y la voz le salió educada, pero firme, cerrando.

Señaló discretamente hacia Chloe en la mesa.

— Mi amiga me está esperando.

Daniel sonrió, sin insistir más de lo necesario.

— Hasta la próxima clase entonces.

— Hasta.

Scarlett cogió el sándwich y la bebida y caminó hacia la mesa de Chloe con una sensación extraña de estar siendo seguida por ojos, incluso sin mirar hacia atrás.

En cuanto se sentó, Chloe se inclinó inmediatamente por encima de la mesa, los ojos brillando con malicia.

— Amiga… ese chico está buenísimo.

Scarlett dio un sorbo al refresco solo para tener algo que hacer con la boca.

— Es solo un chico de medicina.

Chloe arqueó una ceja, como si eso fuera lo más absurdo que Scarlett hubiera dicho en la vida.

— ¿Y?

Scarlett se encogió de hombros, intentando ser casual. Sentía la nuca caliente, como si supiera, incluso sin mirar, que Hunter aún estaba cerca.

— Se llama Daniel.

Chloe se llevó la mano al pecho, teatral.

— Daniel es un pecado.

Scarlett soltó una risa corta, involuntaria, y odió lo fácil que pareció… casi normal.

Chloe masticó otro bocado y entonces bajó el tono, como quien cuenta un secreto.

— Hablando de pecado… ¿viste que Hunter entró aquí a buscar un bocadillo y se quedó mirándote?

La pregunta golpeó a Scarlett como un toque en el nervio expuesto.

— ¿Se quedó? —preguntó demasiado rápido, e intentó arreglarlo en el mismo segundo, cogiendo el refresco con una casualidad falsa. —

Ni lo vi.

Chloe hizo una mueca divertida, como si Scarlett acabara de contar la mentira más obvia del mundo.

— Ajá.

Scarlett se metió un trozo del sándwich en la boca para no responder, sintiendo el estómago hacer algo raro. No era hambre. No era exactamente nerviosismo. Era… conciencia.

Cuando terminaron de comer, Scarlett se levantó, ajustándose la mochila al hombro.

— Tengo clase de pediatría ahora.

Chloe levantó el vaso en una especie de brindis irónico.

— Buena suerte, superviviente.

— Gracias —respondió Scarlett con una risa cansada y se fue antes de que la amiga pudiera decir cualquier otra cosa.

La clase de pediatría terminó al final de la tarde, y el cielo ya empezaba a tomar ese tono de fin de día que dejaba el campus demasiado bonito para alguien que solo quería volver al dormitorio y apagarse. Scarlett cruzó el césped con el móvil en la mano, escribiéndole a Chloe mientras esquivaba a estudiantes sentados en la hierba.

"Estoy tan cansada que la cena de hoy va a ser lasaña de microondas."

Sonrió sola al enviar, más por agotamiento que por humor.

— ¿Te estás riendo sola?

La voz surgió a su lado, y Scarlett levantó la cabeza con un pequeño sobresalto.

Daniel caminaba a su lado, el mismo paso tranquilo, la misma expresión abierta. Señaló con la barbilla hacia el móvil de ella, curioso.

Scarlett le mostró la pantalla sin pensarlo demasiado.

— Solo le dije a mi amiga que mi cena hoy va a ser una lasaña de microondas porque estoy demasiado cansada para existir.

Daniel se rió con una facilidad que no parecía ensayada.

— Eso es… honestidad médica. Lo respeto.

Scarlett sintió que la comisura de la boca se le levantaba de nuevo. Caminaron unos metros conversando ligero, sobre la clase, sobre un profesor que hablaba demasiado rápido, sobre cómo la universidad parecía exigir que todo el mundo fuera una máquina.

Fue entonces cuando, al fondo del campus, un grupo más grande empezó a cruzar la acera: jugadores del equipo de fútbol americano saliendo del auditorio deportivo después de una reunión.

Scarlett ni siquiera necesitó buscar para saber dónde estaba Hunter.

Lo vio primero por el movimiento alrededor: la forma en que la gente abría paso, cómo algunas miradas se giraban automáticamente, cómo surgían risas más altas.

Hunter apareció entre los compañeros, sudadera oscura, postura relajada que ocupaba espacio. Venía diciendo algo a alguien a su lado, pero se calló a mitad de la frase cuando vio a Scarlett.

No solo vio.

Vio a Scarlett riéndose al lado de Daniel.

Algo en su rostro cambió, mínimo, pero real. Ese tipo de alteración que alguien entrenado para observar pacientes percibiría: la tensión breve en la mandíbula, la mirada endureciéndose un grado, el paso desacelerando sin que pareciera decidirlo.

Scarlett sintió su presencia incluso antes de que se acercara de verdad, como si el aire se volviera más denso.

Daniel aún decía algo cuando su propio móvil sonó. Miró la pantalla, soltó un pequeño suspiro.

— Tengo que irme.

Volvió a mirar a Scarlett, la sonrisa educada permaneciendo.

— Hasta la próxima clase.

— Hasta —respondió Scarlett, y vio a Daniel alejarse, guardándose el móvil en el bolsillo.

Diez segundos después, el espacio a su lado pareció ser tomado por una sombra familiar.

Hunter alcanzó a Scarlett con pasos largos, encajándose en su caminata como si eso fuera natural, lo que, obviamente, no lo era.

Su energía estaba diferente.

Más cerrada. Más afilada. Menos bromista de lo habitual.

Scarlett miró de reojo e intentó entender sin preguntar. Hunter caminó a su lado unos segundos en silencio, las manos metidas en el bolsillo de la sudadera, la mirada fija al frente. Parecía irritado por algo, pero no con ella del modo de siempre.

Era… otro tipo de irritación.

Entonces habló, demasiado casual para engañar a alguien.

— Entonces, ¿ese tipo de la cafetería ahora te está siguiendo?

Scarlett levantó los ojos de inmediato. El tono tenía algo extraño. Un hilo de posesión que no combinaba con la libertad descarada que él transmitía en cualquier otro contexto.

Frunció el ceño, siguiendo caminando.

— ¿Daniel?

Se encogió de hombros, como si eso no fuera nada.

— Solo tenemos algunas clases juntos.

Hunter soltó apenas un sonido corto.

— Hm.

No la miró directamente. Y eso, por algún motivo, incomodó a Scarlett más que la mirada insistente en la cafetería.

Observó su perfil unos segundos: la línea de la mandíbula, el cabello castaño desordenado, la forma en que parecía más grande que el camino. Luego habló despacio, como quien prueba un diagnóstico.

— Estás raro hoy.

Hunter metió las manos más hondo en el bolsillo y no desaceleró.

— Estoy normal.

Scarlett soltó una risa sin humor, corta.

— No lo estás.

Se quedó en silencio dos segundos, dos segundos largos, tensos, y entonces lanzó una mirada rápida hacia ella, como si no quisiera que ella viera demasiado.

— Tal vez tu novio de medicina me esté irritando.

Scarlett casi perdió el paso.

El corazón dio un tirón, y giró la cara hacia él con una sorpresa tan honesta que sería imposible disimular.

— Él no es mi novio.

Silencio.

Hunter mantuvo los ojos al frente, pero la palabra salió baja, firme, como si se le hubiera escapado antes de poder contenerla.

— Todavía.

El aire entre los dos cambió.

Fue como cuando un monitor cambia el ritmo de un paciente: de repente, todo se vuelve atento, peligroso, imposible de ignorar.

Scarlett apretó el móvil entre los dedos, sintiendo su propio pulso latir demasiado alto. Miró el perfil de Hunter caminando a su lado y se dio cuenta de lo que nunca había visto antes: parecía haber dicho eso y, solo después, haber entendido el peso.

Sus hombros siguieron relajados por fuera, pero la mandíbula se tensó por dentro.

Scarlett no supo qué responder. No porque no tuviera palabras; tenía un vocabulario entero para cualquier cosa académica, sino porque no tenía experiencia en lidiar con un quarterback famoso demostrando… fuera lo que fuera aquello.

¿Celos?

¿Posesión?

¿Interés?

Odió cómo la idea le calentó algo por dentro. Lo odió porque era idiota, porque era peligroso, porque no tenía tiempo para eso.

Y, aun así, siguió allí, caminando a su lado en silencio por unos segundos que parecían arrastrarse.

Cuando llegaron a la división de los caminos del campus, un lado llevando a los dormitorios y el otro al centro deportivo, Hunter por fin desaceleró. Scarlett también se detuvo, como si su cuerpo hubiera entendido que aquella conversación necesitaba un punto final.

El viento del final de la tarde sopló frío, levantando algunos mechones sueltos de su cabello y haciendo que la sudadera golpeara levemente contra las piernas. Los dos se miraron durante demasiado tiempo para ser casual.

Hunter forzó una sonrisa ladeada, como si intentara aliviar algo que él mismo había creado.

— Ve, doctora.

La voz salió más baja, menos provocadora. Casi… cuidadosa.

Scarlett tragó en seco.

— Buena suerte en el entrenamiento.

Hunter asintió lentamente, como si cualquier respuesta mayor fuera peligrosa. Luego se dio la vuelta y empezó a alejarse en dirección al centro deportivo, manos en los bolsillos, pasos firmes, ese modo confiado de siempre, solo que ahora parecía haber un peso diferente colgando de él. Algo más íntimo, más difícil de nombrar.

Scarlett se quedó parada mirando unos segundos, siguiendo la sudadera oscura de él alejándose entre los otros estudiantes.

Cuando por fin volvió a caminar hacia el dormitorio, sintió que su propia boca hacía algo que la irritó en el mismo instante.

Una sonrisa.

Pequeña. Sola. Sin motivo aparente.

Por primera vez desde que conoció a Hunter Jones… Scarlett Olsen Bennett estaba sonriendo sin querer.

CAPÍTULO 12

Su mano en la mía

El auditorio de medicina se estaba vaciando como un pulmón después de una inspiración demasiado larga.

Las últimas preguntas del seminario aún resonaban en las paredes mientras los alumnos guardaban portátiles, arrastraban mochilas pesadas por el pasillo estrecho entre las filas y doblaban hojas llenas de anotaciones apresuradas. Un profesor en la esquina hablaba con otro en voz baja, gesticulando con un bolígrafo como si aún estuviera defendiendo un diagnóstico. La pantalla del proyector ya estaba oscura, pero el brillo blanco de ella seguía marcado en la visión de Scarlett como un recuerdo irritante.

Ella guardó su propia tableta demasiado despacio, como si cada movimiento exigiera un tipo específico de energía que el cuerpo ya había gastado.

Scarlett había pasado toda la mañana de pie, presentando y debatiendo casos clínicos, respondiendo preguntas que venían de todos lados, encajando conductas y justificaciones con la precisión que la facultad esperaba y que ella se exigía a sí misma con crueldad. Ahora, la adrenalina se había evaporado y había dejado solo el peso, ese cansancio mental que no se resuelve con estiramientos ni con café, porque no estaba en los músculos. Estaba detrás de los ojos.

Se subió más la correa de la mochila en el hombro, sintiendo el cuero rozar la clavícula, e inspiró hondo. El aire del auditorio tenía

ese olor de aire acondicionado viejo mezclado con papel y desinfectante barato. Afuera, en el pasillo, la universidad seguía viva, pero Scarlett atravesaba todo como si estuviera dentro de un acuario.

—¿Scarlett? —alguien llamó, y ella giró el rostro.

Una compañera de clase levantó la mano en un saludo rápido, la sonrisa cansada de quien también había sobrevivido a la mañana. Scarlett devolvió el gesto, una sonrisa pequeña, automática, sin espacio para conversación. El celular vibraba en el bolsillo con recordatorios, y ella no necesitaba mirar para saber lo que venía después: guardia por la noche. Hospital universitario. Más horas. Más responsabilidad.

Bajó las escaleras del edificio de medicina con pasos medidos, como si el cuerpo hubiera olvidado la diferencia entre caminar y simplemente seguir existiendo. Afuera, el cielo estaba cerrado, un gris que apagaba los colores del campus. El viento frío empujó algunos mechones sueltos del moño desordenado e hizo que la piel de su rostro se erizara.

Scarlett abrazó los libros contra el pecho por reflejo, no solo para sujetarlos, sino como si pudiera sujetarse a sí misma también.

No había tiempo de volver al dormitorio. No había tiempo de fingir descanso. Pero aún existía una hora. Una hora que podía robarle al mundo antes de que el hospital se llevara el resto del día. Y, para Scarlett, robar una hora significaba casi siempre lo mismo: biblioteca.

Cruzó el campus en dirección al edificio de piedra clara, los escalones anchos mojados por una llovizna que aún no había decidido si se convertía en lluvia de verdad. Pasó por grupos de alumnos riendo demasiado alto, por alguien hablando por teléfono con la voz demasiado animada, por una pareja apoyada en un árbol como si el tiempo fuera una cosa maleable.

Scarlett no sabía cómo la gente conseguía tener espacio para eso.

Cuando empujó la puerta pesada de la biblioteca central, el sonido del mundo disminuyó como si alguien hubiera cerrado un vidrio entre ella y el resto de la universidad.

El aire allí dentro era más cálido, olía a papel antiguo y café. Los pasos resonaban suaves en el suelo, amortiguados por alfombras y silencio. Las grandes ventanas dejaban entrar una luz pálida, difusa, que volvía todo medio cinematográfico y, al mismo tiempo, demasiado íntimo para alguien que pasaba la vida escondiéndose.

Scarlett eligió una mesa apartada, cerca de una estantería alta que daba sombra, y dejó los libros con cuidado. El café que había comprado más temprano estaba en un vaso de papel arrugado, ya casi frío; dio un sorbo aun así, sintiendo la bebida tibia y amarga bajar como una promesa débil de enfoque.

Vaqueros oscuros. Sudadera gris ancha de la universidad, con las mangas un poco demasiado largas cubriendo parte de las manos. El cabello castaño claro recogido en un moño rápido y descuidado, sujeto por horquillas que siempre parecían a punto de rendirse. Algunos mechones ondulados se escapaban cerca del rostro y le hacían cosquillas en la mejilla cuando bajaba la cabeza. Scarlett ni lo notó. Estaba demasiado ocupada intentando encontrar el punto exacto del libro donde había dejado de ser humana y se había convertido apenas en una máquina de memorizar conductas.

Abrió el portátil, extendió las anotaciones del seminario y empezó a repasar como si estuviera intentando limpiar un desorden mental antes de que se convirtiera en desesperación. Los dedos sujetaban el bolígrafo con fuerza. La mandíbula le dolía de lo tensa que estaba, y solo lo notaba cuando se relajaba medio segundo y el alivio parecía casi indecente.

El tiempo pasó de la manera en que solo pasa en la biblioteca: en silencio.

De vez en cuando, el sonido de la lluvia se hacía un poco más fuerte contra las ventanas, como una mano impaciente tamborileando en el vidrio. Alguien más entraba y pronto desaparecía entre las estanterías. Se pasaba una página. Se arrastraba una silla. Y, en el intervalo entre un párrafo y otro, Scarlett recordaba respirar.

Cuando se dio cuenta, ya había llenado un espacio entero del cuaderno con flechas y puntos, y el café se había vuelto casi agua. Llevó el vaso a los labios aun así, hizo una mueca y lo dejó a un lado con un suspiro.

Fue entonces cuando percibió el movimiento del otro lado.

No era ruido, era sensación. Ese instinto de quien pasa la vida intentando no ser notada y, por eso mismo, aprende a notarlo todo.

Scarlett levantó los ojos por encima del portátil y vio a Hunter Jones caminando entre las estanterías.

No caminaba como alguien que pidiera permiso. Atravesaba el espacio como si el espacio cediera. Sudadera negra de la universidad, mochila colgada de un solo hombro, gorra oscura hacia atrás. El cabello castaño se veía desordenado bajo la gorra y, incluso de lejos, sus ojos azules parecían encontrar los de ella como si tuvieran algún tipo de mapa interno.

Scarlett sintió el estómago apretarse por puro hábito, irritación, alerta, cualquier cosa que pudiera llamar lógica.

Hunter se detuvo junto a la mesa como si ya supiera exactamente dónde estaría ella, y sacó la silla frente a ella con la naturalidad de quien había hecho eso toda la vida. La silla arañó el suelo solo un poco, el sonido demasiado pequeño para la forma en que le partió la concentración en dos.

—¿Tú por aquí? —Scarlett alzó una ceja, la voz baja para no romper la regla tácita de la biblioteca, pero con ese toque de incredulidad

que no conseguía esconder con él.

Hunter se sentó, apoyó los antebrazos en la mesa e inclinó el cuerpo hacia delante como si la distancia entre ellos fuera un error que necesitaba ser corregido.

—Alguien tiene que adelantar ese trabajo, ¿no? —respondió, y la comisura de la boca se levantó en una casi sonrisa.

Scarlett miró la mochila de él por un segundo. Ningún libro a la vista. Ninguna carpeta. Nada que pareciera remotamente "adelantar trabajo".

Cerró uno de los libros despacio, como si estuviera comprando tiempo para no decir lo que pensaba. Porque lo que pensaba era peligroso: que él no había ido allí por el trabajo. Que había ido por ella.

—Perdón si está todo medio a las carreras —dijo Scarlett, más seca de lo que pretendía, pero la culpa atravesó la frase aun así. Odiaba tener que justificarse. Odiaba aún más que, con él, apareciera la ganas.

Hunter se encogió de hombros, los ojos fijos en ella con una atención que no combinaba con su fama.

—Para mí también lo está. —Golpeó la punta del dedo en la mesa, una vez, como si marcara el ritmo. Entonces añadió, mirándola directo: —Después adelantamos eso.

Después.

La palabra quedó colgando en el aire como una confesión disfrazada: ahora, no. Ahora, él estaba allí solo para quedarse.

Scarlett debería haber vuelto al portátil. Debería haber señalado el reloj y recordar la guardia. Debería haber hecho cualquier cosa que

mantuviera a Hunter Jones en su lugar natural: distante. Irritante. Fuera de su burbuja.

Pero solo se quedó mirando un segundo más, intentando entender por qué había elegido justamente su mesa en una biblioteca vacía.

—¿Estás… sin tu ejército? —preguntó antes de pensar, y la provocación salió débil, casi perezosa, como si el cansancio le hubiera robado hasta la pelea.

Hunter soltó un sonido bajo, entre risa y suspiro.

—Hoy me escapé. —Apoyó la espalda en la silla y miró alrededor como si el silencio fuera un lugar al que no solía entrar. —Entrenador, reportero, patrocinador, gente queriendo un pedazo de mí. —La última palabra salió con una ironía que, extrañamente, no parecía divertida.

Scarlett parpadeó, sorprendida por el tono. Hunter habló como si estuviera cansado de ser… Hunter.

Abrió la boca para responder, pero él continuó, como si estuviera aprovechando el hecho de que allí nadie los interrumpiría.

—Tengo partido mañana.

Scarlett levantó los ojos del libro cerrado.

—¿Ah, sí?

Hunter apoyó el brazo en la silla, el cuerpo ocupando espacio con una facilidad irritante. Pero su mirada estaba diferente —menos espectáculo, más verdad.

—Deberías ir a verlo.

Scarlett soltó una risa casi inaudible, sin humor.

—Tengo guardia.

—Tú siempre tienes guardia —respondió, y ahora sí había una sonrisa de lado, pequeña, como si hubiera guardado esa frase solo para ella.

Scarlett sintió que las comisuras de la boca amenazaban con levantarse. Lo odió. Escondió la sonrisa bajando los ojos a las anotaciones, fingiendo buscar algo importante.

—Y tú siempre tienes partido —devolvió, en un murmullo.

—Touché, doctora.

El silencio que vino después no fue incómodo. Fue… nuevo. Como si ellos estuvieran, por primera vez, en el mismo lugar emocional. No en lados opuestos de un aula. No en guerra. Solo dos estudiantes exhaustos sentados en una mesa, con la lluvia afuera y una hora robada del mundo.

Hunter inclinó la cabeza, estudiándola como si estuviera intentando ver más allá de la sudadera y las ojeras.

—¿Cómo fue el seminario? —preguntó.

Scarlett soltó el aire por la boca, demasiado cansada para inventar una respuesta bonita.

—Largo. —Se pasó la mano por la frente, apartando un mechón suelto. —Me quedé debatiendo caso clínico por… no sé. Horas. —La voz falló un poco en la última palabra, más por el desgaste que por la emoción.

—Pareces que corriste una maratón sin salir del sitio —comentó Hunter, sin burla.

Scarlett lo miró por un segundo. La sinceridad desconcertó más que una provocación.

—Y tú pareces que… —se detuvo, porque lo primero que le vino a la cabeza fue "pareces humano hoy", y eso era ridículo.

Hunter alzó una ceja, esperando.

—¿Que parezco qué?

Scarlett se encogió de hombros, esquivando:

—Que viniste aquí por algún motivo además de irritarme.

Los ojos azules de él se quedaron en los de ella con un enfoque silencioso.

—Tal vez me cansé de irritarte —dijo Hunter, y la frase no sonó como una promesa ni como una amenaza. Sonó como si estuviera probando algo en la boca. Como si tampoco supiera lo que estaba haciendo.

Scarlett sintió que el corazón daba un paso en falso. Desvió la mirada hacia la ventana, donde la lluvia ahora corría en líneas más gruesas, como si el cielo hubiera renunciado a la delicadeza.

—No tienes pinta de cansarte fácil —murmuró.

Hunter soltó una risa breve.

—Tú tampoco.

Ella volvió al tema seguro: presión. Trabajo. Cosas que eran verdad y, por eso, menos peligrosas que esa forma nueva de mirarse el uno al otro.

—Hablaste de patrocinador… —se arriesgó Scarlett, aún mirando la mesa. —¿Es tan malo así?

Hunter se pasó la mano por la nuca, los dedos desapareciendo bajo la gorra por un segundo.

—Es ruidoso —respondió. —Todo el mundo cree que sabe lo que tienes que hacer. Cómo tienes que jugar. Lo que tienes que decir. Con quién tienes que ser visto. —Soltó el aire despacio. —Parece que siempre estoy representando a alguien.

Scarlett frunció el ceño, un malestar familiar encajando en lo que él decía.

—Medicina es un poco así también —admitió, y la confesión salió antes de que pudiera filtrarla. —Siempre estás… siendo observada. Evaluada. —Apretó el bolígrafo entre los dedos. —Y si te equivocas, no es solo una nota. No es solo tu ego.

Hunter se quedó callado, y por primera vez Scarlett tuvo la certeza de que él estaba escuchando. De verdad. Sin esperar su turno para hablar.

—¿Tienes miedo? —preguntó, en un tono bajo, como si la palabra fuera demasiado personal para decirla en voz alta.

Scarlett tragó saliva. La lluvia tamborileó más fuerte en el vidrio, como si el cielo incentivara la honestidad.

—Todo el tiempo —respondió. —Tengo miedo de… no ser lo bastante buena. De creer que sé y, en el momento, no saber. —Rió sin humor. —Miedo de ser la persona equivocada en el momento equivocado para alguien.

La mirada de Hunter se suavizó, y eso fue extraño. Porque Scarlett estaba acostumbrada a la mirada de él provocando, invadiendo, jugando. No a… comprensión.

—Pensé que tú no tenías miedo de nada —dijo él.

Scarlett alzó una ceja, casi ofendida.

—¿Yo? —Se señaló el pecho. —Yo vivo con miedo, Hunter.

Él parpadeó, como si su nombre en la boca de ella fuera un toque también.

—Yo también —admitió, y la palabra cayó entre ellos con un peso sordo. —De no llegar adonde quiero. —Su mandíbula se tensó por un segundo, como si fuera demasiado difícil decirlo. —Todo el mundo ya decidió que voy a la NFL. Como si fuera… inevitable. ¿Y si fracaso? —Soltó el aire, y por un instante la máscara de quarterback perfecto se resquebrajó. —No sé hacer nada más de la manera en que sé hacer esto.

Scarlett sintió una ola de algo que no quiso nombrar. Porque nombrar sería permitir. Y permitir sería demasiado peligroso.

—Tú haces otras cosas —dijo, más firme, como si estuviera prescribiendo una realidad. —Tú… —se detuvo, buscando ejemplos, y se dio cuenta de que no tenía. No porque él no los tuviera, sino porque ella nunca se había detenido a pensar en él más allá del atleta.

Hunter observó la vacilación de ella y sonrió de lado, pero ahora la sonrisa no era un ataque.

—Sé leer, princesa —murmuró, y el apodo salió suave, casi cariñoso por accidente.

Scarlett puso los ojos en blanco por reflejo, pero la respuesta no tenía veneno.

—Qué milagro.

—Y yo… —continuó Hunter, y la voz bajó un poco. —Yo también tengo miedo de equivocarme. Solo que, en mi caso, equivocarme se

vuelve repetición en pantalla gigante.

Scarlett soltó una risita pequeña, involuntaria. Hunter acompañó con una sonrisa corta, y, por un segundo, fue fácil estar allí.

El silencio que vino después no exigió que ninguno de los dos se defendiera. Solo existió.

De ese silencio surgieron, sin prisa, historias.

Scarlett contó, casi sin darse cuenta, sobre noches en la sala con su madre, las dos compartiendo una manta y viendo películas viejas cuando faltaba dinero para cualquier otra cosa. Contó sobre ayudar a su padre en el consultorio cuando era pequeña, sosteniendo esos vasitos desechables con una seriedad ridícula, como si estuviera salvando vidas. Contó sobre Ethan desordenando toda la casa y aun así logrando ser perdonado con una sonrisa, porque era imposible estar enfadado mucho tiempo con él.

Hunter escuchó todo como si cada detalle fuera importante.

Entonces, cuando fue su turno, habló de viajes interminables por culpa del fútbol, autobuses oliendo a bebida energética y desodorante, hoteles iguales en ciudades diferentes. Habló del padre ausente como quien menciona una cosa antigua que aún duele cuando se toca, y no elaboró mucho, pero no hizo falta. Habló de la presión de ser "el mejor" desde temprano, como si el mundo le hubiera puesto un cartel en la espalda y ahora él cargara con eso todo el tiempo.

La lluvia afuera se intensificó de una vez. Un trueno rodó a lo lejos, haciendo que las ventanas vibraran levemente. La luz pálida se volvió más oscura, como si el cielo hubiera bajado el brillo.

Scarlett miró la ventana y luego a Hunter, y la intimidad de ese momento la tomó desprevenida. Estaban demasiado solos. Demasiado cerca. Demasiado cómodos.

—Va a empezar a inundarse ahí fuera —comentó, solo para decir algo.

—¿Ahora tienes miedo de la lluvia? —provocó Hunter, pero la provocación fue suave.

—Tengo miedo de llegar tarde a la guardia por culpa de la lluvia —corrigió Scarlett, y los dos rieron bajo, como si la frase resumiera todo lo que ella era.

Otro trueno, más cercano, le vibró en el pecho por dentro.

Y entonces la biblioteca se apagó.

No fue un oscurecer gradual. Fue un corte seco, como si alguien hubiera desenchufado el mundo.

Scarlett se sobresaltó involuntariamente, el cuerpo reaccionando antes que la mente, y la silla chirrió cuando se movió, los dedos buscando cualquier cosa sólida en la oscuridad repentina. El corazón se le disparó, un latido demasiado alto para un lugar tan silencioso.

Antes de que pudiera decir cualquier cosa, una mano encontró la suya.

La mano de Hunter.

El contacto fue inmediato, puro reflejo. Sus dedos envolvieron los de ella con firmeza, cálidos, como si él estuviera diciendo sin palabras: está todo bien. Estoy aquí.

Scarlett se quedó congelada.

En la oscuridad, sintió más de lo que vio. La leve aspereza de su palma, probablemente de entrenamiento y cinta y balón. El tamaño de su mano cubriendo la de ella como si fuera natural. La presión

constante, protectora, sin aplastar. Era demasiado simple y, por eso, devastador.

El silencio alrededor se volvió absoluto. Ningún alumno hablando. Ninguna silla. Solo la lluvia martillando el vidrio y la respiración de ella, que de repente parecía demasiado alta.

—¿Scarlett? —la voz de Hunter salió baja, cerca. Demasiado cerca. —¿Estás bien?

Ella abrió la boca, pero la respuesta tardó un segundo en existir.

—Sí —consiguió decir, aunque no estuviera segura de qué significaba "sí" en ese momento.

Las luces volvieron unos segundos después con un chasquido suave, como si la biblioteca respirara de nuevo.

Y entonces ocurrió la peor parte: siguieron exactamente igual.

Las manos aún unidas sobre la mesa, como si el mundo no se hubiera reiniciado. Como si ninguno de los dos recordara cómo soltar.

Scarlett bajó los ojos despacio.

Vio los dedos de él entrelazados con los de ella, firmes, sin prisa. La mano de Hunter parecía absurda allí, contrastando con la de ella, más grande, más fuerte, como una promesa que ella no había pedido.

Volvió a levantar la mirada y encontró los ojos azules de él fijos en los de ella.

No había sonrisa. No había provocación. Solo algo demasiado intenso para caber en palabras.

El pecho de Scarlett se apretó. No como miedo. Como reconocimiento. Como si alguna parte de ella, una parte que siempre mantuvo encerrada, acabara de despertarse y ahora estuviera mirando a Hunter como si él fuera una amenaza real.

Porque lo era.

Hunter pareció respirar hondo, como si también estuviera intentando entender. Sus ojos recorrieron el rostro de ella en un movimiento lento, y Scarlett odió cuánto eso hizo que su cuerpo se volviera consciente de sí mismo. Del calor en las mejillas. Del pulso latiendo en la garganta. De la fragilidad que parecía expuesta solo por el hecho de que él estuviera sosteniéndole la mano.

Hunter sintió el pecho apretarse de una manera que no combinaba con nada que conociera. No era adrenalina de partido. No era deseo vacío. Era… otra cosa. Una necesidad silenciosa y absurda de quedarse allí, de no soltar, de mantener a Scarlett en ese espacio íntimo entre la tormenta y el silencio.

Nunca se había enamorado de nadie.

Nunca había sentido la necesidad de mirar a una chica de esa manera, como si el mundo entero se hubiera vuelto secundario. Nunca había sentido un silencio pesar, cargar, prometer.

Fue él quien rompió primero.

Como si hubiera percibido que, si no rompía, algo dentro de él se rompería de verdad.

Hunter soltó despacio la mano de ella, los dedos deslizándose de los de ella con una lentitud casi cruel. La falta del contacto fue inmediata, un frío repentino en la piel de Scarlett, como si alguien hubiera quitado una manta sin aviso.

Se levantó demasiado rápido, la silla casi golpeando detrás de él. Se pasó la mano por la nuca, el gesto de quien busca control donde no existe, y miró hacia un lado, a cualquier lugar que no fuera Scarlett.

—Tengo partido mañana —dijo Hunter de nuevo, como si la frase fuera un ancla. Como si repetir eso pudiera devolverlo a terreno conocido.

Se colgó la mochila del hombro, ajustó la correa con una fuerza innecesaria.

—Mejor me voy a descansar.

Scarlett se quedó sentada, aún con la mano abierta sobre la mesa medio segundo, como si el cuerpo estuviera retrasado con respecto a la mente. Cerró los dedos despacio, sintiendo el eco de su contacto como un recuerdo en la piel.

—Sí —respondió, y la voz le salió demasiado baja. Casi un susurro.

Hunter la miró una vez más.

Su mirada se demoró lo suficiente para decir todo lo que no dijo. Lo suficiente para que Scarlett sintiera una punzada estúpida, una ausencia, incluso antes de que él se moviera.

Entonces se dio la vuelta y caminó hacia fuera de la biblioteca, las manos metidas en la mochila como si pudiera esconder en ellas lo que estaba sintiendo.

Scarlett siguió su silueta hasta que la puerta se cerró.

Y, cuando el silencio volvió a la normalidad, se dio cuenta, con rabia de sí misma y con una falta que no tenía ningún sentido, de que lo echaba de menos.

Incluso antes de que desapareciera de verdad.

Miró sus propios libros, las anotaciones, el reloj que ahora parecía correr demasiado rápido hacia la guardia. Intentó volver al enfoque. Intentó forzar la mente a entrar en el modo de siempre.

Pero la mano le hormigueaba.

Y su nombre parecía atrapado en el fondo de la garganta como un secreto.

CAPÍTULO 13

Él me estaba buscando

Scarlett empujó la puerta del dormitorio femenino con la cadera, como si hasta el metal hubiera decidido resistirse aquel día. La mochila colgaba de un solo hombro, demasiado pesada para una mañana que todavía ni siquiera había terminado bien. La sudadera gris ancha, el uniforme no oficial de quien vivía entre pasillos de hospital y bibliotecas, escondía parte de la ropa del turno por debajo. La tela tenía ese olor mezclado de jabón barato y antiséptico que parecía habérsele pegado de un modo definitivo.

El moño flojo en lo alto de la cabeza no era exactamente un moño; era un intento de orden a punto de derrumbarse. Algunos mechones castaño claros, ondulados, se escapaban y se pegaban a la frente con la humedad de la ducha apresurada que ella apenas recordaba haber tomado. Las ojeras hacían sombra bajo los ojos, y el rostro, normalmente suave, tenía esa expresión de quien pasó horas mirando monitores y tratando de no equivocarse en nada que importaba.

Arrastró los pies hasta el medio del cuarto y soltó un suspiro que salió más como una fuga de aire que como un sonido consciente.

Entonces el olor a café le dio como una advertencia, fuerte, recién hecho, caliente lo suficiente como para prometer vida.

Chloe Parker estaba en la pequeña cocina improvisada del cuarto, inclinada sobre la cafetera como si estuviera haciendo un ritual. Llevaba unos shorts cómodos y una camiseta vieja de la universidad,

y se sujetaba el pelo con… un lápiz. Un lápiz amarillo, metido en el moño alto de un modo tan absurdo que solo podía ser Chloe.

Giró el rostro en el momento en que Scarlett entró, los ojos brillando con esa energía irritante de gente que, por algún motivo, todavía conseguía existir antes del mediodía.

— Tienes cara de quien vio el espíritu de la medicina moderna — dijo Chloe, señalando una silla como si estuviera mandando a una paciente a sentarse para tomarle la presión.

Scarlett intentó responder algo, pero lo que salió fue un sonido bajo e indescifrable. Dejó caer la mochila cerca de la cama con un golpe sordo, como si la gravedad estuviera especialmente interesada en sus pertenencias, y prácticamente se dejó caer en la silla indicada.

El cuerpo encajó en el asiento con alivio inmediato. Sus hombros, tensos desde el inicio del turno, cedieron un centímetro. Solo uno. Lo suficiente para que no doliera tanto respirar.

Chloe ni preguntó. Agarró una taza, la taza de Scarlett, con una grieta antigua cerca del asa, y la llenó con café oscuro. La puso delante de ella como si estuviera entregando un medicamento de urgencia.

— Toma. Antes de que te desmayes y yo tenga que llamar a alguien de la enfermería.

Scarlett rodeó la taza con las dos manos. El calor subió por las palmas como un choque lento y bueno. Llevó el primer sorbo a la boca y cerró los ojos por dos segundos, como si aquel líquido amargo estuviera, literalmente, cosiendo las partes de ella que se habían quedado atrás en el hospital.

El silencio del cuarto, roto solo por el burbujeo final de la cafetera y el sonido distante de pasos en el pasillo, pareció amable. Pequeño. Seguro. Lo opuesto al hospital.

Chloe se apoyó en el mostrador, cruzó los brazos y observó a Scarlett beber como quien ve a alguien volver del mundo de los muertos.

— ¿Dormiste algo? — preguntó, en un tono que intentaba ser casual, pero venía con esa preocupación práctica que Chloe escondía detrás de las bromas.

Scarlett abrió un ojo, luego el otro, e hizo una expresión que respondió mejor que cualquier frase.

— Yo… cabeceé. — La palabra salió como una concesión. — Entre un caso y otro.

— Perfecto — murmuró Chloe. — El sueño americano: pagar una fortuna para estudiar y ganar la oportunidad de dormir de pie.

Scarlett soltó un sonido que podría ser una risa, si tuviera energía suficiente para reír de verdad. En vez de eso, apoyó la frente por un instante en el borde de la taza, respirando el vapor caliente. El café olía a casa. Aunque "casa" fuera un dormitorio estrecho con dos camas, una alfombra dudosa y una cocina en la que apenas cabía una cafetera.

Chloe se separó del mostrador y empezó a buscar algo en una bolsa sobre la mesa, probablemente algún pan, alguna fruta, algún intento de fingir que tenían una vida normal.

— Por cierto… — dijo Chloe, como quien recuerda un detalle pequeño. Demasiado pequeño para ser verdad. — Hoy es el partido de Hunter.

Scarlett abrió los ojos en el acto. El café se detuvo a mitad de camino. Levantó el rostro, mirando a su amiga como si Chloe acabara de anunciar que necesitaban hacer una cirugía de emergencia allí mismo, con un tenedor y una linterna.

— Ni empieces.

— Yo no empecé — respondió Chloe, con una inocencia completamente falsa. — Solo informé. Una ciudadana consciente del calendario deportivo de nuestra institución.

Scarlett soltó un bufido corto y volvió a beber, como si el café pudiera borrar la frase anterior.

— Amiga — continuó Chloe, ya sonriendo—, NECESITAS ver a ese hombre jugar al menos una vez.

— Chloe… — Scarlett se recostó en la silla, dejando la nuca apoyada en el respaldo, los ojos cerrándose otra vez. — Acabo de salir de un turno.

— Y yo acabo de ver que volviste del turno viva — replicó Chloe, cruzándose de brazos dramáticamente. — Milagro. Aguantas.

Scarlett abrió los ojos, mirando al techo como si estuviera pidiendo paciencia a una entidad superior.

— No.

Chloe le señaló con el dedo, como un profesor que acaba de pillar a un alumno copiando.

— Hubo días en que hiciste dos, tres turnos seguidos. Hubo días en que volviste tan cansada que yo pensé que te ibas a dormir en la ducha. — Hizo una pausa, dramática, como siempre. — Aguantas un partido post-turno.

Scarlett sintió que las comisuras de la boca amenazaban con subir. Chloe tenía un talento irritante para ser insoportablemente lógica cuando quería.

— Eres insoportable — dijo Scarlett, con la voz ronca de cansancio.

Chloe sonrió, victoriosa, como si acabara de marcar un punto en una competencia invisible.

— Pero tengo razón.

Agarró su propia taza y la levantó como un brindis.

— Entonces, ¿vamos?

Scarlett soltó una risa baja, esa risa que venía más del agotamiento que del humor.

— No.

Chloe abrió la boca para insistir, ya lista para convertir aquello en un discurso de graduación, pero Scarlett levantó un dedo, pidiendo un segundo. Se quedó inmóvil por un instante, la mirada bajando al café, como si allí en el fondo oscuro hubiera una respuesta simple para todo.

— Además… pasó una cosa ayer.

Chloe se congeló. Su mano se detuvo en el aire a mitad del movimiento. El lápiz en el pelo parecía, de repente, aún más ridículo, porque sus ojos se habían puesto demasiado serios para combinar con eso.

— ¿Qué?

Dejó la taza en la mesa con prisa y prácticamente atravesó el cuarto. En dos segundos, estaba en la cama de Scarlett, subiendo de rodillas como si fuera una niña a punto de oír un secreto prohibido.

— Suéltalo AHORA.

Scarlett puso los ojos en blanco, pero el pecho le dio un apretón extraño, no de dolor, no exactamente. Era un recuerdo que todavía

tenía textura, como si su piel hubiera guardado un pedazo de lo que pasó.

Intentó actuar normal. Lo intentó. Movió distraídamente la taza, girando el asa entre los dedos, buscando algún apoyo en ese gesto pequeño.

— Él apareció en la biblioteca ayer — empezó Scarlett, la voz más baja de lo que pretendía — mientras yo estaba repasando materia.

El rostro de Chloe se abrió en una sonrisa gigantesca. No una sonrisa. Un resplandor.

— Lo sabía.

— No empieces con "lo sabía" — se quejó Scarlett, ya cansada solo de imaginar lo que venía después.

Pero Chloe solo hizo un gesto con la mano, mandándola a continuar, como si estuviera viendo una telenovela y el capítulo hubiera terminado en el mejor momento.

Scarlett respiró hondo.

— Y entonces empezó una lluvia fuerte… y se fue la luz.

Chloe se llevó la mano a la boca inmediatamente. Los ojos se le quedaron enormes, brillando con esa hambre de detalles.

Scarlett apretó la taza con más fuerza. El calor quemó un poco, pero no la soltó.

— Y me asusté cuando se apagó — dijo, intentando mantener el tono neutro, como si estuviera relatando un procedimiento clínico. — Fue… de la nada.

Chloe ni parpadeaba.

Scarlett desvió la mirada, mirando el lado de la cama, el suelo, cualquier cosa que no fuera la expresión de su amiga a punto de explotar.

— Y él me agarró la mano.

La frase salió más baja. Más íntima. Casi como si Scarlett estuviera confesando un crimen.

Chloe se quedó completamente inmóvil por un segundo. Un segundo entero de silencio. Después, su cuerpo reaccionó como si alguien hubiera apretado un botón.

— No.

Scarlett levantó las cejas.

— Sí.

Chloe hizo una secuencia de expresiones que no deberían caber en el rostro de una sola persona: shock, alegría, incredulidad, y una especie de satisfacción personal que Scarlett no quería entender.

— Dios mío — susurró Chloe, como si estuviera en una iglesia. — Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Scarlett se apresuró, como si hablar rápido disminuyera la importancia de lo que estaba diciendo.

— Fue un reflejo.

— Reflejo nada — disparó Chloe, ya desquiciándose. — Podía haber salido corriendo. Podía haber gritado. Podía haber hecho cualquier cosa. Te agarró la mano.

Scarlett señaló con la taza, irritada.

— ¡Porque se apagó! Cualquiera agarraría la mano de alguien si…

Chloe inclinó el cuerpo, los ojos muy abiertos.

— ¿Y DESPUÉS?

Scarlett respiró hondo. La imagen vino entera, cruel, nítida: la oscuridad súbita, el susto arrancándole el aire, el toque firme y caliente envolviendo sus dedos, la sensación absurda de seguridad en algo tan simple. Y entonces la luz volviendo— y él todavía allí, demasiado cerca, mirando como si el mundo entero se hubiera vuelto pequeño.

Tragó saliva.

— Después volvió la luz — dijo, despacio.

Sus ojos se escaparon por un instante, recordando la forma en que el aire había cambiado. Del silencio pesado. De la manera en que ella había percibido, con una claridad incómoda, la fuerza de la mano de él en la suya.

— Y nos quedamos mirándonos como dos idiotas.

Chloe agarró una almohada y la apretó contra el pecho como si necesitara soporte físico para no desmayarse.

— Dios. Mío.

Scarlett se apresuró, queriendo cortar aquello, reducir, volver a lo normal.

— Y entonces él soltó mi mano y se fue porque hoy tenía partido.

Se instaló un silencio corto. El cuarto pareció más quieto de lo que debería. Chloe parpadeó, una vez. Dos. Como si estuviera reorganizando todas las piezas de un rompecabezas.

Entonces le señaló con el dedo a Scarlett con una convicción absurda.

— Amiga… él está por ti.

Scarlett soltó una risa sin humor, echando el peso del cuerpo hacia atrás en la silla.

— No está por mí.

Chloe se rió, corta y certera, como quien sabe una verdad obvia.

— Ya.

Cruzó los brazos, la barbilla levantada, con un aire de especialista que era insultante.

— Yo sé cuándo un hombre está enamorado.

Scarlett arqueó la ceja lentamente, bebiendo otro sorbo de café como si necesitara prepararse para el absurdo.

— ¿Ahora te volviste especialista?

Chloe señaló dramáticamente hacia ella, sin dudar.

— Tú es que no tienes experiencia.

El rostro de Scarlett se calentó en un reflejo automático, de irritación y algo peor, una exposición incómoda, como si Chloe hubiera corrido una cortina y hubiera dejado entrar demasiada luz.

Sin pensar, agarró la almohada más cercana y la lanzó en dirección a su amiga.

Chloe gritó y se tiró hacia un lado, riéndose. La almohada le dio suavemente en el hombro y cayó en la cama.

— Idiota — murmuró Scarlett, pero ahora su boca traicionó una sonrisa pequeña, cansada, inevitable.

Chloe se sentó otra vez, acomodándose el lápiz en el pelo, la sonrisa afilada volviendo a su lugar.

— Entonces. — Chasqueó los dedos como si estuviera abriendo un orden del día de reunión. — Vas conmigo al partido.

Scarlett soltó un suspiro tan largo que parecía quitarle años de vida.

— No tiene ningún sentido que yo vaya.

— Sí lo tiene.

— Estoy cansada.

Chloe le señaló, como si Scarlett acabara de decir algo demasiado obvio.

— Tú vives cansada.

Scarlett levantó las manos, rendida a su propio argumento.

— Exactamente.

Chloe no se movió ni un centímetro. Su insistencia era una fuerza física en el cuarto. Se quedó allí, mirando a Scarlett con esa expresión de quien solo se va cuando consigue lo que quiere.

Scarlett intentó discutir dos veces más. Lo intentó. Pero Chloe tenía una paciencia infinita para debates inútiles y una energía que Scarlett simplemente no poseía después de una mañana entera en el hospital.

Al final, Scarlett cerró los ojos y soltó el último suspiro de derrota.

— Está bien. — Abrió los ojos despacio, mirando a Chloe con la mezcla exacta de rencor y cariño que definía su amistad. — Voy. Pero solo porque necesito que dejes de hablar.

Chloe abrió una sonrisa tan grande que parecía iluminar el cuarto sin ayuda alguna de la electricidad.

— Me amas.

— Te tolero — corrigió Scarlett, pero no consiguió esconder la risa baja que se le escapó junto con el cansancio.

Chloe se levantó de la cama de un salto, como si ya estuviera lista para un evento de gala.

— Entonces te tomas ese café, comes algo y salimos más tarde. Yo elijo tu ropa. — Señaló a Scarlett antes de que protestara. — No discutas. Vas a quedar linda y mínimamente presentable. Es un partido. Hay reglas sociales.

Scarlett se hundió más en la silla, mirando la taza como si pudiera esconderse dentro de ella.

— Te odio.

— Mentira — canturreó Chloe, yendo al armario y empezando a sacar ropa como si estuviera montando un vestuario. — Y me vas a agradecer cuando Hunter te vea en la grada y tenga un colapso emocional en el campo.

Scarlett soltó una risa incrédula, negando con la cabeza.

— Estás enferma.

— Soy visionaria — corrigió Chloe, sin girar el rostro. — Hay diferencia.

El tiempo pasó en un enredo de pequeñas cosas: Scarlett tomando más café; Chloe empujándole algo de comida hacia ella como si estuviera alimentando a un pajarito exhausto; Scarlett intentando acostarse "solo quince minutos" y despertando con Chloe metiéndole

mano al pelo; un cambio rápido de ropa que Scarlett no tuvo energía para discutir.

Cuando se dieron cuenta, el sol ya había cambiado de posición en el cielo, y el campus parecía respirar distinto; el sábado de partido tenía un tipo específico de electricidad, como si la universidad entera se estuviera preparando para gritar.

Scarlett caminó al lado de Chloe rumbo al estadio como quien va a una cita médica obligatoria. Mantenía las manos en los bolsillos del abrigo, sintiendo el viento frío golpearle las piernas. El cuerpo todavía cargaba el turno: un peso en los huesos, un cansancio que dejaba el mundo levemente fuera de foco.

A medida que se acercaban, el ruido fue creciendo, primero como un zumbido distante, luego como una ola real. Voces, risas, música alta. El olor a comida, a césped, a gente. Luces encendiéndose incluso antes de que el cielo se oscureciera del todo.

Scarlett entró en el estadio y sintió el impacto como si hubiera atravesado una puerta hacia otra realidad.

Era demasiado grande. Demasiado vivo. La grada parecía pulsar. Estudiantes pintados, banderas, gritos sincronizados que le erizaban la piel sin querer. La música en los altavoces vibraba en el pecho, y las luces fuertes hacían que todo tuviera cara de espectáculo.

Scarlett se detuvo un segundo, instintivamente, y apretó la correa del bolso como si necesitara un ancla.

— Respira — dijo Chloe cerca de su oído, divirtiéndose con el shock. — Tienes cara de quien acaba de entrar en un zoológico.

— Me siento en un zoológico — respondió Scarlett, sin apartar los ojos de la multitud.

Chloe la tiró del brazo, guiándola hasta los asientos. Cuando se sentaron, Scarlett se quedó rígida un instante, como si estuviera invadiendo un territorio que no era suyo. Sentía que cada persona allí pertenecía a eso, menos ella.

El partido todavía ni siquiera había empezado bien y ya había una expectativa en el aire que era casi palpable.

Entonces, un movimiento en el campo llamó la atención de la grada como si fuera un solo cuerpo. El sonido cambió. La energía cambió.

El equipo entró.

Scarlett reconoció a Hunter incluso antes de registrar el resto. Fue automático, como si su cerebro hubiera decidido, contra toda lógica, que él era prioridad visual.

Pero por un segundo no lo reconoció.

No al chico de la biblioteca. No al tipo de la sudadera, sentado en silencio con libros esparcidos. No al muchacho irritante que la llamaba princesa con una sonrisa provocadora.

Allí, en el campo, Hunter parecía otra cosa.

Dominante.

Intenso.

Como si el lugar hubiera sido construido alrededor de él.

El uniforme marcaba el cuerpo atlético, y el casco bajo el brazo lo hacía parecer aún más grande. Los jugadores le daban palmadas en la espalda, los entrenadores le hablaban de un modo directo, como si su voz solo tuviera sentido cuando iba dirigida a Hunter Jones. Y las gradas… las gradas gritaban.

Chicas gritaron su nombre con una naturalidad absurda, como si lo conocieran personalmente. Gritos agudos, risas, manos saludando. Scarlett sintió una incomodidad extraña; no era celos, se dijo a sí misma inmediatamente, era solo… la constatación del tamaño de ese mundo. Del tamaño de él dentro de ese mundo.

Chloe se inclinó, animada.

— Míralo — dijo, como si estuviera hablando de una celebridad. — Dios mío, te lo dije.

Scarlett no respondió. No porque no tuviera qué decir, sino porque, por algún motivo irritante, la garganta parecía demasiado ocupada sosteniendo el propio corazón en su sitio.

El partido empezó. Y Hunter empezó concentrado, como si todo alrededor, el ruido, las luces, la gente, fuera solo escenario. Se movía con una precisión que Scarlett, incluso sin entender todas las reglas, conseguía percibir. Era como ver a alguien en su elemento. Como ver a alguien haciendo exactamente aquello para lo que fue moldeado.

En varios momentos, la grada estallaba. Scarlett se vio, más de una vez, inclinándose hacia adelante sin darse cuenta, siguiendo la jugada con una atención que no sabía que tenía para el deporte. Tal vez no fuera el deporte. Tal vez fuera… él.

En algún punto del partido, entre una pausa y otra, Hunter se quitó el casco y se pasó la mano por el pelo ya húmedo de sudor. Parecía respirar con calma, escuchando a alguien del equipo hablar, pero entonces… sus ojos se levantaron.

Fue un movimiento rápido. Casi distraído.

Recorrió la grada con la mirada como si estuviera buscando algo.

Scarlett sintió que el estómago se le apretaba de un modo idiota. Intentó decirse que era solo coincidencia. Debía estar buscando a alguien del equipo. A alguien de la familia. A cualquier persona que tuviera sentido.

Pero su mirada siguió barriendo.

Hasta detenerse.

Hasta encontrar.

Scarlett.

El instante en que los ojos azules de Hunter se clavaron en los de ella en medio de miles de personas fue tan claro que pareció silencioso. El ruido alrededor existía, pero se volvió distante, como si alguien hubiera puesto vidrio entre ella y el resto del mundo.

Hunter se quedó un segundo más de lo que debía mirando.

Dos, tal vez.

Y en ese intervalo mínimo, ridículamente mínimo, algo en su rostro cambió. Una ruptura casi imperceptible en la concentración. Como si hubiera confirmado una información demasiado importante.

Un jugador del equipo lo llamó por su nombre, dándole una palmada en el hombro, tirando de su atención hacia la siguiente jugada. Hunter parpadeó, el cuerpo volviendo al automático, pero la mirada… la mirada todavía parecía atrapada en ella por un resto.

Scarlett se quedó inmóvil, el corazón latiendo en un lugar equivocado del cuerpo. No consiguió apartar la mirada lo bastante rápido. No consiguió fingir que no lo había visto.

Porque lo había visto.

Él la estaba buscando.

Y la sensación que nació en su pecho en ese momento no tuvo nada que ver con cansancio, o café, o turno. Era algo caliente y aterrador, algo que ella no sabía nombrar sin perder el control.

Scarlett tragó saliva, intentando respirar a un ritmo normal, pero el aire parecía demasiado fino.

A su lado, Chloe soltó un gritito satisfecho, sin darse cuenta del terremoto silencioso dentro de Scarlett.

Scarlett no dijo nada. Solo se quedó allí, mirando el campo con los ojos un poco más abiertos que antes, como si el estadio entero se hubiera reducido al tamaño exacto de esa mirada encontrada, y del miedo extraño de que le gustara lo que significaba.

CAPÍTULO 14

El Aventón del Quarterback

El silbato final todavía parecía vibrar en el aire cuando el estadio empezó a deshacerse en olas humanas. La grada, antes un bloque compacto de gritos y colores, se volvía un río de gente bajando escalón por escalón, chocando hombro con hombro, cantando el nombre de la universidad como si aquello fuera una religión. El olor a palomitas viejas y pretzel se mezclaba con el sudor colectivo, con el césped mojado allá abajo, con el metal caliente de las barandas.

Scarlett siguió sentada unos segundos más, el cuerpo todavía tenso como si estuviera esperando una jugada más. Las manos estaban cerradas sobre la rodilla, dedos apretando la tela de la sudadera, y solo se dio cuenta de cuánto había contenido la respiración cuando soltó un aire largo, casi tembloroso.

Al lado de ella, Chloe parecía alimentada por una batería infinita.

— Amiga. — Chloe le dio un codazo en el brazo, ojos brillando. — ¿Viste esa última jugada?

Scarlett parpadeó, como si necesitara recordar dónde estaba. La imagen venía entera, cruelmente nítida: Hunter retrocediendo, la mirada barriendo el campo, y entonces… ese momento en que él había levantado la cabeza y buscado algo fuera del césped. Buscado a alguien.

A ella.

— Vi. — respondió Scarlett, y su propia voz salió más baja de lo que pretendía.

Chloe no notó la diferencia; o fingió no notarla. Ya se estaba levantando, tirando de Scarlett por la muñeca hacia el flujo que empezaba a bajar.

— Te juro que si no lo hubiera visto con mis propios ojos, no lo creía. Eso fue cine. ¡CINE! — Chloe gesticulaba como si estuviera narrando un crimen. — ¡Su defensa ni sabía qué hacer!

Scarlett bajó los escalones con cuidado, esquivando vasos aplastados y restos de comida, intentando no perderse en aquella masa. A cada paso, el ruido se reacomodaba: un grupo cantando cerca de la salida, alguien riendo demasiado alto, el eco metálico de pasos en el concreto.

Seguía sintiendo la mirada de él como una cosa física, como si su piel todavía estuviera caliente en el lugar exacto donde había sido alcanzada por esos ojos azules en medio de la multitud. Era ridículo, lo sabía. Era solo una mirada. Un segundo.

Pero Scarlett nunca había sido buena fingiendo que ciertas cosas no importaban cuando importaban.

— ¿Me estás escuchando? — preguntó Chloe, riéndose, al notar el silencio.

— Sí. — mintió Scarlett, y añadió rápido, para parecer normal: — Fue… impresionante.

Chloe abrió una sonrisa de satisfacción, como si hubiera ganado una apuesta.

— ¿Lo fue, no? — inclinó el rostro, maliciosa. — ¿Y entonces? ¿Qué le pareció a la doctora ver a su quarterbackcito en acción?

— Él no es mío. — devolvió Scarlett automática, pero la frase salió con un retraso mínimo, y eso la irritó.

Chloe se rió, como si ese retraso hubiera sido un regalo.

— Claro, claro. Es de toda la universidad, inclusive.

Scarlett apretó la correa del bolso contra el cuerpo y siguió adelante, intentando no prestar atención a las personas que pasaban empujando, intentando no imaginar cuántas de ellas iban a alguna fiesta. El campus, esa noche, parecía más vivo de lo que ella conocía. Como si existiera un mundo paralelo que solo se abría en los días de partido.

Y Hunter Jones era el centro de ese mundo.

Cuando llegaron al lateral de la grada, donde un pasillo separaba los sectores y daba una vista parcial del campo, Scarlett se vio obligada a disminuir el paso. La reja allí dejaba ver a los jugadores dispersos, algunos todavía en el césped, otros cerca de la línea lateral. Luces fuertes se reflejaban en el casco de alguien, y destellos de celulares salpicaban el borde del campo.

Chloe seguía hablando, sobre una intercepción, sobre el entrenador, sobre el tipo de la defensa que "casi se murió", cuando Scarlett sintió primero, antes de ver.

Una alteración en el espacio, como si el aire hubiera cambiado de densidad.

Giró el rostro por instinto.

Hunter venía en dirección a ellas, saliendo del área del campo con algunos jugadores al fondo. No corría; tampoco parecía cansado del modo en que Scarlett conocía el cansancio. Su cuerpo cargaba el esfuerzo con naturalidad, como si aquello fuera apenas el lugar donde él respiraba mejor. La camiseta negra del uniforme se pegaba

levemente al torso, oscurecida de sudor en algunos puntos. El cabello castaño estaba húmedo, desordenado como si manos y cascos hubieran pasado por allí decenas de veces. Sostenía una botella de agua en la mano, los antebrazos expuestos, venas y músculos evidentes bajo la luz.

Scarlett odió, con una puntualidad casi violenta, la forma en que se le apretó el estómago.

Intentó recomponerse mientras él se acercaba. Intentó recordar todas las razones por las que Hunter Jones era un problema: arrogante, engreído, un mundo entero de chicas y ruido y fama que no combinaba con ella. Un chico que entraba en las salas como si perteneciera, mientras ella siempre entraba pidiendo disculpas con el cuerpo.

Aun así, no consiguió apartar la mirada a tiempo.

Hunter se detuvo frente a las dos con la respiración todavía un poco más rápida, gotitas pequeñas brillando en la sien. Tomó un trago de agua, sin prisa, como si supiera exactamente el efecto que el silencio causaba.

Entonces apareció la sonrisa de lado, esa que Scarlett ya había aprendido a odiar porque siempre parecía decir que él sabía más que ella.

— Entonces viniste a verme… — dijo Hunter, mirando directo a Scarlett, como si Chloe fuera solo parte del escenario. Se inclinó un poco, lo suficiente para invadir una franja íntima que ella no había invitado. — Y entonces yo juego bien.

Scarlett sintió que el rostro amenazaba con calentarse. Podría haber puesto los ojos en blanco, podría haber mordido una respuesta grosera y echársela en cara. Era lo que hacía. Era lo seguro.

Pero algo en ella, tal vez el eco del estadio todavía en los oídos, tal vez el hecho de haberlo visto buscarla, soltó una risa baja antes de que pudiera impedirlo.

— Hasta que juegas bien. — dijo Scarlett, y se dio cuenta demasiado tarde del tamaño del elogio.

La sonrisa de Hunter se abrió con satisfacción inmediata. No era esa presunción vacía; era como si acabara de ganar una medalla que nadie más en el campus podía darle.

— "Hasta que". — repitió, saboreándolo. — Voy a enmarcar eso.

Scarlett abrió la boca para replicar, pero Chloe hizo un sonido animado, como si estuviera en una entrevista con una celebridad.

— Ay, Dios mío, sí existe en vivo. — Chloe dio medio paso adelante, sin ninguna vergüenza. — Scarlett, presenta bien.

Scarlett apretó la mandíbula, pero señaló, obedeciendo a lo obvio, intentando mantener la postura neutra.

— Esta es Chloe. Mi amiga. Compartimos el cuarto del dormitorio.

Hunter extendió la mano hacia Chloe con un gesto que podría haber sido educado si no fuera, al mismo tiempo, demasiado confiado. Como si supiera que la mayoría de la gente cruzaría todo el campus solo para estrecharle la mano.

— Hunter. — dijo, simple.

Chloe le estrechó la mano con una sonrisa demasiado grande, sin disimular la diversión.

— Ah, entonces tú eres el famoso Hunter. — soltó, y sus ojos corrieron hacia Scarlett con maldad controlada.

— Chloe. — cortó Scarlett, el tono una advertencia.

Como si Chloe respetara advertencias.

— Ella habla MUCHO de ti. — completó Chloe, dulce como veneno.

Scarlett abrió los ojos, sintiendo que el propio cuerpo se le trababa en un tipo de indignación caliente.

— Te voy a matar. — dijo, sin conseguir mantener la compostura.

Hunter soltó una risa que pareció atravesarle la piel. No era la risa performática que hacía con los amigos; era algo corto, real, que le dejaba el rostro diferente por un segundo.

— ¿Habla, eh? — preguntó, todavía mirando a Scarlett, como si esa información fuera la mejor parte del partido.

Scarlett alzó el mentón, intentando recuperar el control.

— Se lo está inventando.

Chloe se encogió de hombros, demasiado inocente para ser verdad.

— Yo solo estoy diciendo hechos.

Antes de que Scarlett encontrara una respuesta digna, una gota fría le dio en la punta de la nariz. Luego otra, en la mejilla. El aire, que hasta entonces estaba solo húmedo, cambió con rapidez. Una llovizna fina empezó a caer, primero discreta, después insistente, picoteando las luces como si las lámparas parpadearan.

Las personas alrededor reaccionaron en cadena. Aparecieron capuchas. Los gritos animados se volvieron quejas. Los grupos aceleraron hacia las salidas, y el pasillo quedó más apretado.

Hunter alzó el rostro hacia el cielo por un instante, como si calculara algo, y luego volvió la mirada hacia las dos.

— Bueno… yo voy a volver al campus ahora. — se señaló a sí mismo, al uniforme pegado. — Solo voy allí a cambiarme antes.

Scarlett asintió con un gesto rápido, demasiado aliviada por tener una excusa para respirar lejos de él, e irritada consigo misma por sentir cualquier cosa parecida a alivio o ansiedad.

Hunter miró de nuevo a las dos, esta vez incluyendo a Chloe en el foco, como si estuviera haciendo un esfuerzo.

— Pero díganme… ¿qué les pareció el partido?

Chloe prácticamente saltó.

— Me pareció que ibas a explotar el estadio con esa última jugada. — disparó, entusiasmada, señalando en dirección al campo como si estuviera reviviendo la escena. — En serio, grité tanto que tengo la garganta destruida. Y mira que yo estoy entrenada, ¿eh?

Hunter se rió, los ojos entornándose levemente, divertidos. Parecía cómodo allí, incluso con la lluvia y la multitud, como si ese fuera su hábitat natural.

Scarlett, en cambio, sentía cada gota como una alerta. La blusa se le pegaba un poco al hombro, el aire más frío pasando por la piel expuesta. Se subió las mangas de la sudadera, intentando ignorar el hecho de que Hunter todavía estaba demasiado cerca, demasiado guapo, y ahora… demasiado victorioso.

Chloe siguió hablando, y Scarlett intentaba acompañar con frases cortas, "sí", "fue", "es", como si eso bastara para mantener el mundo entero en su lugar. Pero sus ojos se le escapaban hacia las manos de Hunter, grandes, seguras, sosteniendo la botella, y hacia su garganta cuando tragaba agua.

"Normal", se ordenó. "Actúa normal."

La llovizna aumentó, el sonido ahora más claro en las rejas, en el concreto, en la ropa de la gente. Una chica pasó corriendo con un cartel empapándose, riéndose como si fuera parte de la fiesta. Alguien chocó con el hombro de Scarlett, y ella casi perdió el equilibrio; Hunter estiró la mano de inmediato, pero se detuvo a mitad del movimiento, como si lo hubiera pensado dos veces antes de tocarla. El gesto quedó en el aire por un segundo y luego se recogió.

Eso fue peor que si la hubiera tocado. Porque Scarlett se dio cuenta.

Hunter pareció aclararse la garganta, apartando la mirada por un instante, como si también se hubiera dado cuenta de que casi hizo algo demasiado impulsivo. Entonces habló con una casualidad ensayada:

— ¿Quieren un aventón?

Scarlett abrió la boca en ese mismo momento, el reflejo de negar viniendo listo, automático, como todo lo que implicaba depender de alguien.

— No hace falta, yo—

— ¿La llevarías a ella? — interrumpió Chloe, demasiado rápida, mirando a Hunter como si estuviera cerrando un acuerdo comercial.

Scarlett giró el rostro hacia su amiga, incrédula, la lluvia poniéndose más gruesa en las puntas del cabello.

— Chloe…

Chloe siguió como si Scarlett no estuviera allí, o como si lo estuviera haciendo justamente porque Scarlett estaba.

— Porque quedé de salir con un chico hoy. — señaló discretamente a Scarlett, y el gesto fue la traición más clara que Scarlett ya vio. — Y

ella iba a volver sola.

Chloe miró al cielo, haciendo un teatro de preocupación que sería convincente para cualquiera menos para Scarlett.

— Hasta me preocupo.

Scarlett miró a Chloe como si intentara atravesarle el alma solo con la mirada. La amiga le devolvió una sonrisa pequeña, victoriosa, que decía sin palabras: "Sé lo que estoy haciendo."

Scarlett odió.

Cuando volvió la mirada hacia Hunter, él estaba conteniendo las ganas de reír. Tenía la boca apretada en un esfuerzo obvio, y los ojos tenían esa chispa irritante de diversión.

Él entendió. Perfectamente.

Hunter inclinó la cabeza, como si aceptara la situación con una satisfacción silenciosa.

— Claro. — dijo, y entonces miró directamente a Scarlett, sin darle espacio para escapar. — Yo la llevo, sí.

El pasillo alrededor pareció estrecharse. La lluvia ganó intensidad, ahora golpeando el concreto con fuerza suficiente para salpicar en las piernas. Scarlett sintió que la ropa empezaba a pesar, las bolsas que Chloe había traído quedándose húmedas, el viento empujando el agua de lado.

Quería discutir. Quería decir que no hacía falta, que ella podía pedir un coche, que podía tomar el autobús del campus, que podía… cualquier cosa que no fuera quedarse sola con Hunter Jones en un coche.

Pero la aplicación de viajes había fallado la última vez; y el cielo, ahora, parecía repetir el guion con maldad.

Scarlett soltó un suspiro que salió como rendición. Un sonido pequeño, pero que le dolió en el orgullo.

— Está bien. — dijo, y la palabra pareció resbalar como una derrota.

Chloe abrió una sonrisa tan grande que Scarlett quiso ahogarla allí mismo en el pasillo del estadio.

— Beso, amiga. — Chloe tiró de Scarlett para darle un beso rápido en la mejilla, el rostro de ella frío de lluvia.

Entonces se inclinó y habló bajito, cerca del oído de Scarlett, con un tono que parecía conspiratorio y alegre:

— Después me lo agradeces.

Scarlett cerró los ojos por un segundo, contando hasta tres, intentando no explotar. Cuando los abrió, Hunter estaba observando la escena con una expresión que alternaba entre diversión y algo más quieto, difícil de nombrar. Como si le gustara demasiado ver a Scarlett fuera de control.

— Eres imposible. — murmuró Scarlett, pero no dijo si era para Chloe o para Hunter. Tal vez fuera para el universo.

Chloe ya se estaba alejando, corriendo hacia la salida del estadio con los hombros encogidos y el cabello empezando a encresparse. Saludó desde lejos, como si fuera a una cita casual y no estuviera dejando a su mejor amiga en un campo minado emocional.

Hunter volvió a mirar a Scarlett, el rostro más serio por un segundo, como si confirmara que ella realmente no iba a huir.

— Vuelvo en cinco minutos. — dijo.

Scarlett asintió, pequeña, abrazándose, intentando no demostrar que esos “cinco minutos” parecían demasiado largos.

Entonces Hunter se dio la vuelta y desapareció en el flujo que llevaba a los vestuarios, el uniforme negro mezclándose con otros cuerpos, con otros atletas, con otros sonidos. Incluso yéndose, parecía ocupar espacio.

Scarlett se quedó donde estaba, cerca de una de las columnas, mirando a la gente pasar corriendo, el concreto poniéndose más oscuro bajo la lluvia. Sintió una gota resbalarle desde la sien hasta el cuello y se estremeció entera.

El estadio todavía gritaba al fondo, pero ese pasillo parecía un lugar separado del mundo. Un intervalo.

Podría haber seguido a Chloe. Podría haber inventado cualquier excusa e irse sola, mojada, orgullosa, segura. Podría haber elegido la dificultad familiar en vez de la cercanía desconocida.

Pero no se movió.

Porque, por primera vez desde que había entrado a ese partido por insistencia, Scarlett percibió con claridad incómoda: no era solo el ruido del estadio lo que la había afectado.

Era él.

Y ahora, con Hunter Jones a cinco minutos de volver, estaba nerviosa de una manera que no combinaba con la chica que siempre supo exactamente qué hacer para mantenerse protegida.

Scarlett se apretó más la sudadera en los brazos y miró la cortina de lluvia que caía más allá de las rejas, como si pudiera encontrar una respuesta allí.

Pero todo lo que encontró fue su propia respiración, demasiado rápida, y la certeza irritante de que quedarse a solas con él no parecía solo un problema.

Parecía peligroso.

CAPÍTULO 15

Casi Un Beso

La salida lateral del estadio era un corredor de hormigón entre el brillo agresivo de los reflectores y la oscuridad del estacionamiento. La multitud ya había empezado a dispersarse, pero el sonido de la hinchada aún vibraba a lo lejos, como un recuerdo demasiado alto para un cuerpo cansado.

Scarlett Olsen Bennett se quedó allí, medio escondida bajo la marquesina, con la mochila apretada contra el pecho y los brazos cruzados como si pudiera calentarse por dentro. La llovizna fina que antes parecía inofensiva ahora se espesaba, arrastrada por el viento, y salpicaba el suelo formando pequeños charcos que temblaban con cada gota.

Debería haberse ido con Chloe.

Debería haber dicho que no, haber insistido en volver caminando, haber pedido prestado un paraguas, cualquier cosa que no implicara esperar a Hunter Jones. Ese pensamiento iba y venía, insistente, como una alarma que ella intentaba apagar y fallaba.

Porque lo peor no era la lluvia. Ni el estadio. Ni el hecho de estar sola, en un lugar donde todo el mundo parecía conocer su nombre y nadie sabía el de ella.

Lo peor era que ella estaba… esperando.

Esperando de verdad.

Scarlett se apretó los brazos con más fuerza, sintiendo la tela de la sudadera húmeda en las mangas. Un mechón de cabello, ya medio suelto, se le pegó al lado del rostro. Lo apartó con la punta de los dedos y, cuando bajó la mano, se dio cuenta de que la piel estaba fría.

Su cuerpo, por otro lado, parecía no haber recibido el aviso. Dentro del pecho, el corazón le latía a un ritmo idiota, como si estuviera a punto de presentar un caso clínico difícil —y no solo aceptar que la llevaran.

Miró el camino que llevaba a los vestuarios. La gente pasaba con prisa, riendo alto, corriendo hacia los coches. Algunas chicas con chaqueta del equipo gritaban el nombre de jugadores a lo lejos; las risas estallaban y morían en la lluvia.

Scarlett intentó inspirar despacio.

Un minuto. Fueron cinco. Pareció más.

Cuando la puerta al lado por fin se abrió, ella alzó el rostro en el mismo impulso en que una corriente de aire helado invadió el corredor.

Hunter apareció primero como una silueta, luego como presencia, demasiado grande para aquel espacio estrecho. Y Scarlett, sin querer, contuvo la respiración.

Ya no llevaba el uniforme. La camiseta blanca sencilla se le pegaba al cuerpo como si aún guardara el calor del partido, marcando hombros anchos, brazos fuertes, el pecho definido que parecía existir por pura insolencia. Los vaqueros oscuros le quedaban bajos en la cintura, y su postura tenía ese relajamiento peligroso de quien nunca necesitó pedir permiso para ocupar un lugar.

El cabello castaño, todavía húmedo de una ducha rápida, le caía desordenado sobre la frente; algunas gotas resbalaban de las puntas

y desaparecían en la tela de la camiseta. Parecía más joven sin el casco, más… humano, y eso debería hacer que todo fuera menos extraño.

Pero hizo lo contrario.

Scarlett sintió que su propio cuerpo reaccionaba antes que la mente.

Una tensión caliente le atravesó el vientre, subió por el pecho, se le atascó en la garganta. Desvió la mirada de inmediato, como si la pillaran cometiendo un error. El reflejo fue tan rápido que la irritó, consigo misma. Como si fuera una adolescente tonta. Como si no tuviera autocontrol.

— Estás aquí de verdad —dijo Hunter, acercándose más.

Su voz salió distinta. Menos alta. Menos exhibida. Como si el estadio se hubiera quedado afuera y, allí, entre hormigón y lluvia, solo quedara aquello que él no conseguía fingir tan bien.

Scarlett mantuvo los ojos fijos en un charco en el suelo. Sintió el agua salpicarle las zapatillas.

— Dije que iba a esperar —respondió ella, y la frase salió lo bastante firme como para engañar a cualquiera… menos a ella misma.

Hunter no provocó. No la llamó princesa. No soltó un "¿me extrañas?" para hacer que ella pusiera los ojos en blanco.

Solo hizo un gesto corto con la cabeza, como si registrara aquello, como si fuera importante. Luego pasó junto a ella y siguió hacia el estacionamiento.

Scarlett tuvo que caminar detrás, y el simple hecho de seguir su paso la hizo consciente de detalles ridículos: la forma en que sus hombros se movían bajo la camiseta; el agua que le resbalaba por la

nuca; la pequeña distancia entre ellos que el corredor estrecho obligaba.

Odiaba el silencio. El silencio daba espacio para sentir.

Cuando llegaron al coche negro, Hunter lo destrabó y le abrió la puerta del pasajero. La lluvia ya se había intensificado del todo, golpeando la carrocería con un sonido insistente.

— Entra antes de que esta lluvia empeore —dijo él.

Scarlett dudó medio segundo, no porque no quisiera entrar, sino porque, en ese instante, entrar parecía cruzar una línea invisible. Un lugar demasiado pequeño para dos personas que venían acumulando cosas no dichas desde hacía semanas.

Entró.

El aire caliente de la calefacción la golpeó como un abrazo inesperado. El vidrio estaba empañado en los bordes, y la cabina olía a cuero limpio, lluvia y a su perfume, un olor amaderado que se quedaba en la garganta. Scarlett acomodó la mochila en el regazo, como si necesitara algo entre ellos.

Hunter entró justo después, cerrando la puerta con un golpe sordo que aisló el mundo. Afuera, el estadio seguía vivo; allí dentro, todo se hizo más pequeño. Más silencioso.

El silencio se apoderó con una facilidad aterradora.

Hunter encendió el coche, y los limpiaparabrisas empezaron a barrer el parabrisas con un ritmo hipnótico. Ajustó el retrovisor con un toque rápido, luego la mano fue al volante, firme, como si eso fuera lo único que tenía claro cómo controlar.

Scarlett miró sus propias manos, apretando la correa de la mochila. Las uñas estaban cortas, limpias. Manos de quien lavaba y

desinfectaba cosas todo el tiempo. Manos de quien sabía dónde poner los dedos cuando alguien necesitaba ayuda, pero no sabía qué hacer cuando alguien se acercaba demasiado.

La música en la radio sonaba baja, casi solo de fondo. No reconoció la canción. Parecía algo tranquilo, melancólico, y la elección no combinaba con la imagen que ella tenía de él.

Hunter metió la marcha y salió despacio del estacionamiento.

El campus, visto por la ventana, parecía otra universidad bajo la lluvia: los árboles se doblaban con el viento; las luces de las farolas se alargaban en el asfalto mojado; pocos estudiantes cruzaban las aceras corriendo, escondiendo el rostro en las mangas.

Scarlett se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración otra vez y la soltó despacio, intentando parecer normal.

— Tú… —empezó ella, porque necesitaba decir algo, cualquier cosa que no fuera el silencio.

Hunter giró el rostro un centímetro, solo lo suficiente para mostrar que estaba escuchando.

— ¿Qué? —preguntó, sin provocación. Solo curiosidad baja.

Scarlett tragó saliva.

"Me estabas buscando." "Me miraste en medio de un estadio." "¿Por qué estás diferente?"

Eligió lo más seguro y lo más vacío.

— Jugaste bien —dijo, y se odió por eso, porque sonó como un elogio que él recibía mil veces.

Pero Hunter no sonrió como si hubiera ganado. No hizo una broma. Solo asintió despacio, con los ojos en la calle.

— Gracias por haber ido —respondió.

Scarlett giró el rostro hacia la ventana en ese mismo instante, como si el vidrio pudiera esconder el calor que le subió por la cara. Podía jurar que el elogio había sido más difícil para él que para ella. O tal vez fuera solo la manera en que lo dijo, como si no estuviera hablando con una de las chicas que gritaban su nombre.

Como si estuviera hablando con… Scarlett.

Ella apretó la tela de la mochila con los dedos.

— Chloe me arrastró —mintió, porque era el tipo de cosa que ella siempre hacía: quitarle su propio peso a las cosas.

Hunter soltó un sonido bajo que podía haber sido una risa corta, o solo aire saliendo.

— Claro. Chloe.

Scarlett quiso mirarlo, pero no lo hizo.

El coche siguió por el campus casi vacío. El sonido de los limpiaparabrisas, la lluvia, la música baja. Y su presencia al lado, demasiado grande para ignorarla.

Hunter conducía con una mano en el volante, la otra descansando cerca de la palanca de cambios, en la consola entre los dos. Era una posición casual, pero el espacio pequeño la transformaba en cercanía. Scarlett mantenía las piernas juntas, el cuerpo ligeramente inclinado hacia la puerta, como si pudiera crear distancia por fuerza de voluntad.

No podía dejar de notar cosas. El contorno de su mandíbula cuando pasaban las luces de la farola. La forma en que se mordía el interior de la mejilla por un segundo, concentrado en la calle mojada. La

marca de una vena en el antebrazo cuando ajustó la mano en el volante.

Scarlett intentó concentrarse en cualquier otra cosa. En pediatría. En protocolos. En exámenes. En Sophie. En cualquier cosa que no fuera el hecho de que su perfume parecía llenar el aire.

Pero su mente la traicionaba.

Cuando Hunter cambió de marcha, su mano se movió en la consola, y los dedos quedaron peligrosamente cerca de los de ella. La distancia era ridícula. Milímetros. Nada.

Aun así, Scarlett contuvo la respiración.

Odiaba su propio cuerpo por eso. Lo odiaba aún más cuando se dio cuenta de que Hunter lo notó.

No miró directamente; fue peor. Fue como si lo hubiera sentido. Su postura cambió casi imperceptiblemente, un microsegundo de tensión en el hombro, como si él también hubiera percibido cuánto aquel casi rozarse era… demasiado grande.

Pero no apartó la mano.

Solo la mantuvo allí, quieta, como si dijera sin palabras: lo sé. Yo también lo sé.

El silencio dejó de ser incómodo y se convirtió en otra cosa. Algo cargado. Una habitación vacía con una lámpara demasiado encendida.

Scarlett sintió el pulso latirle en la garganta. Tomó aire despacio, con cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera romper lo que fuera que se estuviera construyendo allí, o explotar.

— ¿Tienes frío? —preguntó Hunter de repente, bajo, y la pregunta fue tan común que pareció absurda en medio de aquella tensión.

Scarlett parpadeó, volviendo al presente.

— No —respondió demasiado rápido. — Quiero decir… un poco.

Hunter tocó un botón del panel y el aire caliente aumentó. El gesto fue simple, automático. Aun así, Scarlett sintió como si él la hubiera tocado.

— Estás temblando —dijo él.

— No estoy —replicó ella, orgullosa e irritada, porque era mentira.

Hunter no discutió. Solo miró la carretera. Pero su boca hizo un movimiento mínimo, como si estuviera conteniendo una provocación.

— Vale —dijo, y fue lo más parecido a un acuerdo que ella le había oído.

La palabra pareció más íntima de lo que debería.

El dormitorio femenino apareció al final de la calle interna, un bloque iluminado con ventanas amarillentas que parecían prometer seguridad. Scarlett sintió alivio y frustración al mismo tiempo. Alivio por salir de aquel espacio pequeño. Frustración por… ¿por qué, exactamente? Ni siquiera quería estar allí.

Hunter estacionó despacio cerca de la entrada, donde la marquesina protegía un tramo de la acera. El coche se quedó parado, el motor aún encendido, y por unos segundos ninguno de los dos se movió.

La lluvia seguía golpeando el techo. La música en la radio continuaba baja, como si no supiera que estaba interrumpiendo algo importante.

Scarlett acomodó la mochila en el regazo con prisa. Era el instinto. Recuperar el control. Hacer que el cuerpo obedeciera.

— Gracias por traerme —dijo.

La voz le salió más baja de lo que pretendía. Casi como si el coche le hubiera robado volumen.

Hunter no respondió de inmediato. Ella sintió su mirada, pesada, como una mano invisible en la nuca. Scarlett alcanzó el tirador de la puerta demasiado rápido, como si huir fuera la única decisión sensata que había tomado en días.

Empujó la puerta, y la lluvia entró con el aire frío, salpicando la alfombrilla del coche.

— Scarlett.

Su nombre, en su voz, le apretó el pecho de una manera estúpida. No había "princesa". No había broma. Era solo el nombre.

Antes de que pudiera bajar por completo, Hunter le sujetó el brazo. Suave. Un toque que no era un tirón, no era fuerza. Era una petición.

Sus dedos se cerraron alrededor del antebrazo de ella por encima de la sudadera, y el calor atravesó la tela como si no existiera nada entre ellos.

Scarlett se quedó helada.

Giró el rostro despacio, como si cualquier movimiento demasiado rápido fuera peligroso. Sus ojos se encontraron, y de repente el coche pareció aún más pequeño. El aire pareció más caliente. El mundo de afuera, la lluvia, el dormitorio, todo se volvió un escenario distante.

Hunter estaba cerca. Demasiado cerca.

Ella pudo ver las gotas atrapadas en sus pestañas. La piel ligeramente enrojecida por el esfuerzo del partido. La forma en que su respiración no estaba del todo normal, como si él también estuviera intentando convencerse de que era solo que la llevaba.

Su mirada bajó.

Scarlett lo sintió antes de entender. Su enfoque fue hacia la boca de ella. Hacia el labio inferior, que ella mordió en un reflejo nervioso e inmediatamente se odió por haberlo hecho.

El toque en su brazo no apretó. Pero tampoco soltó.

El tiempo se desaceleró como en un sobresalto.

Scarlett no recordaba a nadie mirándola de esa manera. No recordaba a nadie estar tan cerca sin intentar llenar el espacio con conversación. No recordaba un silencio tan lleno.

Sintió el corazón acelerarse con fuerza, casi desesperante. Sintió la garganta secarse. Sintió el cuerpo entero dividirse en dos: una parte queriendo retroceder, encerrarse en el cuarto, estudiar hasta olvidar su propio nombre; otra parte queriendo quedarse allí, exactamente allí, para descubrir cómo era no huir.

Hunter inclinó el rostro un poco. Solo un poco. Lo suficiente para dejar claro el camino.

La distancia entre ellos pareció desaparecer, como si no fuera nada, como si bastara un movimiento de dos centímetros para cambiarlo todo.

Scarlett vio, con pánico calmado, las pequeñas gotas de lluvia brillando en los mechones sueltos de su cabello, reflejadas en su

mirada. Vio su pecho subir en una inspiración lenta, como si estuviera conteniendo su propio impulso.

Por un segundo demasiado largo, pareció que él iba a besarla.

Y tal vez realmente lo fuera.

El pensamiento no vino con alegría. Vino con miedo. Un miedo crudo, antiguo, que no tenía que ver con Hunter, tenía que ver con perder el control. Con abrir una puerta que ella mantuvo cerrada durante años.

Scarlett entró en pánico emocional antes de conseguir descubrir lo que quería de verdad.

Retiró el brazo despacio, sin arrancarlo, solo escapando del toque como quien evita quemarse. El gesto fue pequeño, pero Hunter lo sintió. Su mano se abrió en ese mismo instante, como si hubiera prometido en silencio que no la sujetaría contra su voluntad.

Scarlett bajó del coche demasiado rápido, los pies resbalándole un poco en la acera mojada. La lluvia le golpeó el rostro, fría, y eso ayudó a despertar la parte racional.

— Buenas noches —dijo, apurada.

La voz le salió nerviosa, casi un susurro roto. No consiguió mirarlo directamente; lo máximo que hizo fue lanzar una mirada rápida al volante, a sus manos aún quietas allí, demasiado firmes.

Scarlett cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía. El sonido resonó en el coche y en su pecho.

Y entonces corrió.

Corrió bajo la lluvia como si estuviera huyendo de un incendio, subiendo los escalones de la entrada del dormitorio con la mochila

golpeándole la espalda. El agua le escurría por el cabello y por el rostro, pero apenas lo sintió; solo sintió su propio corazón, alto, delatándolo todo.

Cuando alcanzó la marquesina, miró hacia atrás por reflejo.

Hunter aún estaba allí. Inmóvil dentro del coche. La luz del panel iluminaba parte de su rostro, dejando el resto en sombra. No había puesto el intermitente. No había metido la marcha. No había hecho nada más que mirar la puerta del dormitorio como si, por un segundo, hubiera olvidado cómo se va uno.

Scarlett entró en el edificio sin entender por qué le dolía la garganta.

Afuera, la lluvia siguió cayendo.

Hunter permaneció parado.

Las manos aún firmes en el volante, como si necesitaran algo sólido para no temblar. Su respiración era pesada, pero no se movió. Observó la puerta del dormitorio por más tiempo del que tenía sentido, como si Scarlett pudiera reaparecer y decir: solo fue un susto, no quiero huir.

El agua se deslizaba por el parabrisas en caminos torcidos, deformando las luces del campus en líneas brillantes. Los limpiaparabrisas iban y venían, iban y venían, y aun así parecía que él no veía bien.

Porque no era la lluvia lo que empañaba.

Era ella.

Hunter parpadeó despacio, tragando en seco, intentando entender por qué la chica de medicina, la chica seria, irritada, invisible para el resto del campus, había conseguido dejarlo parado allí, como un idiota, con la boca aún recordando algo que ni siquiera pasó.

Se quedó un momento más. Solo uno más.

Como si, si esperaba lo suficiente, encontraría una explicación que valiera.

Pero lo único que llegó fue la misma sensación que venía acumulándose desde hacía días: pesada, íntima, peligrosa.

Y la certeza de que ya no sabía cómo sacar a Scarlett Olsen Bennett de la cabeza.

CAPÍTULO 16

La fiesta del equipo

El domingo amaneció con cara de normalidad, y Scarlett odió eso.

La luz gris entrando por las rendijas de la cortina del dormitorio parecía una afrenta. Como si el universo dijera: ¿ves? no pasó nada. Solo que el cuerpo de ella discrepaba. El recuerdo de la noche anterior volvía en olas pequeñas e insistentes, como la llovizna golpeando el parabrisas: el sonido bajo, el calor del coche, la mano de Hunter sujetándole el brazo a ella en el último segundo.

Intentó empezar el día de la manera en que siempre empezaba cuando quería borrar algo de la cabeza: rutina. Ducha rápida. Moño apresurado. Café demasiado fuerte. Bata por encima de cualquier blusa. Lista mental de tareas hasta que el cerebro se cansara de sentir.

Funcionó por unos diez minutos.

Porque entonces, en el pasillo del hospital universitario, alguien le rozó levemente el antebrazo para llamar su atención, una residente pidiendo paso, y Scarlett se congeló como si hubiera recibido una descarga.

El toque no tenía nada que ver con Hunter.

Pero su piel pareció recordar antes que su cabeza.

Respiró hondo, apretó los dedos alrededor de la carpeta y siguió caminando, repitiendo por dentro, como un mantra ridículo: No pasó. No pasó. No pasó.

En el sector de pediatría, un niño lloró y ella se inclinó con delicadeza, hablando bajo, ofreciendo una sonrisa pequeña que era parte de ella de verdad. Mientras contaba los segundos entre una respiración y otra del monitor, mientras le explicaba a la madre cómo sostener el inhalador, mientras anotaba signos vitales, Scarlett casi consiguió olvidarse.

Casi.

Porque en el reflejo del vidrio de una sala, se vio por un instante, el moño ya aflojándose, la marca de las ojeras que ni el corrector había escondido, y la imagen tiró de otra: el rostro de Hunter, tan cerca que ella había sentido su aliento.

La manera en que sus ojos azules habían bajado… hacia la boca de ella.

Scarlett dejó que el bolígrafo se detuviera a mitad de la palabra y tragó saliva.

— ¿Hola? — preguntó una enfermera, extrañando la pausa.

Scarlett parpadeó, volviendo al papel como si nada hubiera pasado.

— Perdón. Solo… pensando.

Pensando era una palabra cómoda. Segura. Casi científica.

Lo que no dijo fue: ¿por qué hizo eso?

Y, peor aún: ¿por qué quise que lo hiciera?

El turno pareció durar una semana. Cuando por fin se quitó la bata y salió de los vestuarios femeninos, el mundo de afuera tenía ese aire

de final de tarde cansado, con el cielo aclarando un poco y el campus volviendo a llenarse de gente. Scarlett cruzó el camino de regreso con pasos rápidos, la mochila pesada golpeándole la cadera, y la sensación irritante de estar viviendo dentro de su propio cuerpo con el volumen demasiado alto.

En el dormitorio, el olor a perfume dulce y crema hidratante la recibió incluso antes de que la puerta se cerrara.

Chloe estaba sentada en su propia cama con el portátil en el regazo, auriculares colgándole del cuello, un calcetín de cada color y una expresión que no combinaba con alguien que hubiera estudiado algo en la vida.

— Te demoraste — dijo Chloe, sin apartar los ojos de la pantalla. — ¿Sobreviviste o perdiste el alma en el hospital?

Scarlett dejó la mochila en el suelo y dejó que el cuerpo cayera en la cama como si fuera una cosa sin huesos.

— Mi alma está en doce cuotas.

Chloe se rió y por fin la miró.

— ¿Y? — la voz vino cargada de ese ¿y? que Chloe usaba cuando no quería saber del hospital. Quería saber de todo lo que Scarlett estaba intentando enterrar.

Scarlett agarró la almohada y la apretó contra la cara por dos segundos, como si amortiguara su propia memoria. No sirvió.

— Prácticamente me empujaste hacia él anoche — dijo, quitándose la almohada y mirando al techo como si el techo fuera culpable.

Chloe arqueó una ceja, falsa inocencia estampada en el rostro.

— ¿Hacia él quién?

Scarlett se sentó, tirando del elástico del pelo con demasiada fuerza. Algunos mechones castaño claros cayeron en ondas sueltas y se lo recogió todo de nuevo en un moño improvisado, como si eso resolviera cualquier cosa.

— No hagas eso, Chloe. Lo sabes.

— Ah. — Chloe se recostó contra la pared, sonrisa abierta. — ¿El quarterback?

— Hunter — corrigió Scarlett sin querer, e inmediatamente odió el hecho de haber dicho su nombre con tanta facilidad.

Chloe hizo un sonido satisfecho, como si hubiera anotado un punto.

— Continúa.

Scarlett se levantó y fue hasta la cómoda, sacando una camiseta ancha y un short cómodo. Le temblaban un poco las manos de cansancio, pero sabía que no era solo eso. Se quitó la sudadera, luego la blusa, el gesto automático y rápido de quien comparte cuarto y no tiene drama con eso, pero su mente estaba en otro lugar: la mano de Hunter en su brazo, firme, interrumpiendo la huida.

— Fingiste que tenías una cita solo para que yo aceptara que él me llevara — soltó Scarlett, metiéndose en el short con prisa y ajustándose la cintura como si apretar la tela fuera apretar toda la situación hasta que desapareciera.

Chloe cerró el portátil despacio, como si estuviera a punto de dar una declaración en un tribunal.

— Yo no fingí. Yo… improvisé.

Scarlett giró el rostro, incrédula.

— Eso es literalmente fingir.

— Eso es ayudar. — Chloe señaló con el dedo como una fiscal. — Ibas a volver sola, con lluvia, después de un partido lleno. Yo tengo corazón, ¿sabías?

— Lo que tienes es espíritu de telenovela mexicana.

Chloe se puso la mano en el pecho, ofendida por medio segundo, y luego sonrió más.

— Hice algo por ti, querida.

Scarlett soltó una risa sin humor y agarró un cojín de su propia cama. Lo lanzó con fuerza suficiente para ser un ataque simbólico, no un intento real de homicidio.

El cojín golpeó a Chloe en el hombro y cayó en su regazo.

— ¡Ay! — se quejó Chloe, pero se estaba riendo. — Violencia en el dormitorio femenino. Voy a denunciar.

— ¿Denunciar a quién? ¿A la directora? — refunfuñó Scarlett, sintiendo la cara caliente. — Chloe, fue… fue ridículo.

Chloe inclinó la cabeza.

— ¿Qué fue ridículo? ¿Que te llevara o el hecho de que ustedes casi —

— No. — cortó Scarlett, demasiado rápido, como si la palabra siguiente pudiera explotar. Se pasó la camiseta por la cabeza y metió los brazos, la tela cayéndole hasta la mitad de los muslos. — No lo digas.

Chloe apretó los labios, conteniendo una carcajada como si fuera secreto de Estado.

— Está bien, está bien. No lo digo.

Scarlett caminó hasta el pequeño espejo pegado al lateral del armario y se acomodó el moño, pero sus manos tardaron más de lo normal en el movimiento. Su reflejo parecía irritantemente… común. La misma chica de siempre. Solo que por dentro, todo estaba un poco fuera de lugar.

— No pasó nada — insistió Scarlett, más para sí que para Chloe. — Fue solo… un momento idiota.

Chloe cruzó las piernas en la cama.

— Los momentos idiotas normalmente no te dejan con esa cara.

Scarlett se giró hacia ella, lista para replicar, pero se detuvo. Porque Chloe tenía razón, y admitirlo en voz alta parecía peligroso.

Volvió a la cama y empezó a separar algunos papeles del hospital, como si tuviera una urgencia académica inventada.

— Yo solo… me puse nerviosa — dijo, bajito. — Porque él estaba… muy cerca.

Chloe suavizó un poco la expresión, un raro segundo en que su humor parecía hacerle espacio a algo real.

— Scarlett, él te sujetó del brazo. No fue una propuesta de matrimonio.

— Lo sé. — Scarlett cerró los ojos, frustrada. — Eso es lo que me irrita. Lo sé.

Porque ese era exactamente el punto: era demasiado pequeño para remover tanto. Demasiado pequeño para desordenarle el pecho de esa manera. Demasiado pequeño para que su mano hubiera recordado el toque en medio de un pasillo de hospital.

Chloe abrió la boca para decir otra cosa, probablemente algo como "te gusta", pero un golpe suave interrumpió el cuarto.

Toc toc.

Las dos se quedaron quietas por un segundo, como si el sonido hubiera cambiado la densidad del aire.

— ¿Estás esperando a alguien? — preguntó Scarlett, más por reflejo que por curiosidad.

Chloe negó con la cabeza, los ojos brillándole con un interés inmediato y peligroso.

Toc toc.

Scarlett se levantó, el corazón empezando a latir a un ritmo que no combinaba con una puerta llamando al final de la tarde.

— Debe de ser algo del… pasillo — murmuró, como si las palabras pudieran crear un motivo plausible.

Chloe solo observó, demasiado callada para alguien que era Chloe.

Scarlett cruzó el cuarto con pasos controlados y abrió la puerta.

El mundo pareció hacerse más pequeño.

Hunter Jones estaba parado afuera, apoyado levemente en la pared del pasillo como si ese lugar también le perteneciera. Vaqueros oscuros, sudadera negra, manos en los bolsillos por un segundo y luego una de ellas subiendo hasta la nuca, en un gesto que Scarlett reconoció del día en que él se había sentido incómodo en la biblioteca.

El cabello castaño estaba levemente despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él antes de venir. Los ojos azules se

encontraron con los de ella y no apartaron la mirada rápido como siempre. Se quedaron. Sostuvieron.

Scarlett sintió el estómago hundirse y subir al mismo tiempo.

Durante algunos segundos, ninguno de los dos dijo nada.

El silencio estaba lleno de cosas que no habían pasado y que, aun así, habían pasado.

Scarlett fue la primera en conseguir una palabra.

— Hunter.

Su voz salió demasiado baja, como si tuviera miedo de despertar algo.

Él parpadeó una vez, lento. Parecía discretamente nervioso, y eso era tan fuera de lo normal que casi desarmó a Scarlett más que cualquier sonrisa suya.

— Scarlett… — respondió él, y el nombre de ella en su boca sonó diferente allí, en el pasillo del dormitorio femenino. Menos provocación. Más… atención.

Respiró hondo, como si eligiera qué decir.

— Vine a preguntarte qué vas a hacer esta noche.

Scarlett frunció el ceño, aún sosteniendo el picaporte como si fuera un ancla.

— ¿Esta noche?

Hunter asintió levemente, la mirada fija en el rostro de ella, no en el cuerpo, no en la puerta detrás, no en nada más.

— El equipo va a hacer una fiesta después del partido.

Se le apretó el pecho por un motivo idiota. Fiesta. Gente. Su mundo. Música alta. Chicas. Luz baja. El tipo de ambiente donde Hunter Jones se volvía una entidad universitaria y Scarlett se volvía… nada.

Ya abrió la boca con la excusa lista, turno, estudio, cansancio, cualquier cosa, y empezó:

— Creo que no voy a poder—

— En realidad — surgió una voz detrás de ella, dulce y mortal.

Scarlett cerró los ojos por un segundo antes de girar la cabeza, ya sabiendo lo que encontraría.

Chloe estaba en la puerta, medio cuerpo asomando por detrás de Scarlett, sonrisa demasiado grande para la situación.

— Estábamos hablando JUSTO AHORA de lo bien que sería relajarnos un poco — dijo Chloe, con una naturalidad ofensiva.

Scarlett miró a su amiga como si hubiera sido traicionada en guerra.

— Chloe…

Chloe la ignoró por completo y miró a Hunter, como si fueran cómplices desde siempre.

— ¿A qué hora?

Hunter pareció contener las ganas de reírse de la expresión de Scarlett. La comisura de su boca amenazó con subir, pero se contuvo, como si no quisiera provocar una explosión allí mismo.

— A las ocho — respondió.

— Perfecto. Vamos — decretó Chloe, como si estuviera confirmando asistencia a una reunión de condominio.

— Chloe— — intentó Scarlett de nuevo, pero ya era demasiado tarde. Chloe ya se había adueñado de la escena y había envuelto la voluntad de Scarlett con un lazo.

Hunter miró a Scarlett otra vez, y la satisfacción discreta en su rostro no era arrogancia. Era alivio. Como si de verdad quisiera que ella estuviera allí.

— Entonces las veo más tarde — dijo, y la voz salió con una calma que, por alguna razón, puso a Scarlett aún más nerviosa.

Dio un paso atrás, como si se obligara a irse antes de quedarse demasiado tiempo en ese pasillo estrecho. Pero antes de girarse, sus ojos bajaron rápido, no hacia la boca de ella esta vez, y aun así Scarlett sintió como si él hubiera tocado algo invisible, y luego volvieron a los de ella.

— Ocho — repitió, más como confirmación para sí mismo.

Y entonces se fue por el pasillo, el sonido de sus pasos disminuyendo, dejando un rastro de perfume limpio y algo que parecía… electricidad.

Scarlett cerró la puerta demasiado despacio.

El silencio del cuarto pareció más alto que la fiesta a la que ella aún ni había ido.

Chloe cruzó los brazos, apoyada en la pared, con cara de quien había salvado un país.

— Algún día todavía me lo vas a agradecer — dijo.

Scarlett agarró otro cojín y lo lanzó sin aviso.

Chloe se defendió riendo, como si eso fuera un deporte.

— Está bien, está bien. — Chloe levantó las manos. — Pero vas a ir, sí. Y vas a estar preciosa. Y él va a perder la cabeza.

— Yo no quiero que él pierda la cabeza — respondió Scarlett en automático, y se arrepintió al segundo siguiente.

Chloe hizo un ruido de satisfacción, señalándola como si acabara de ganar otro punto.

— Ajá.

El tiempo corrió demasiado rápido después de eso.

CAPÍTULO 17

Bajo las Estrellas

El sonido de la música parecía haberse metido dentro del cráneo de Scarlett.

Bum-bum-bum. Risas. Gritos. Vasos chocando. Un coro desafinado cantando algo que ella no reconocía, pero que todo el mundo parecía saber.

Intentó quedarse unos minutos más, por Chloe, por una especie de promesa silenciosa que se había hecho a sí misma de que podía ser "normal" al menos una vez, pero el pecho empezó a apretarse de un modo extraño, como si el aire dentro de la casa fuera más denso de lo que debería.

Tal vez fuera el olor a bebida mezclado con perfume caro y sudor. Tal vez fueran los cuerpos rozándola sin pedir permiso. Tal vez fuera… él.

Scarlett se vio, sin querer, volviendo los ojos hacia la sala otra vez.

Hunter Jones estaba cerca de la cocina, rodeado de gente como si fuera el centro gravitacional de aquel universo. Y aun así, aun con alguien hablándole al oído, con una mano femenina deslizándose descaradamente por su brazo, sus ojos azules atravesaron la confusión y encontraron los de ella.

Fue rápido. Un segundo. Lo suficiente para hacer que el estómago de Scarlett se le hiciera un nudo.

Apartó la mirada. Fingió que necesitaba aire. Fingió que tenía control. Agarró su propio vaso, que apenas había tocado, y se movió por el lateral de la sala, esquivando hombros y risas, hasta encontrar la puerta trasera.

Cuando empujó y salió, el mundo cambió.

El aire frío de la madrugada le golpeó la cara como un buen choque. Silencio, o casi, todavía había la música amortiguada atravesando las paredes, pero aquí fuera se volvía solo un corazón distante, una vibración que no exigía nada.

El cielo estaba despejado.

Un negro profundo, salpicado de estrellas con una nitidez que Scarlett no veía desde… desde que era niña y todavía creía que algunas cosas duraban para siempre.

Respiró hondo. Una vez. Dos. Sintió que el pecho cedía un milímetro.

Al lado del porche, Chloe estaba exactamente en su hábitat: riendo alto, gesticulando, con dos personas, dos chicos, probablemente del equipo o de alguna fraternidad, inclinados hacia ella como si el mundo entero fuera más interesante cuando Chloe Parker abría la boca.

Scarlett no pudo evitar una sonrisa pequeña.

Chloe tenía ese don irritante de existir sin pedir disculpas.

Scarlett se alejó más, caminando por el lateral de la casa, donde la luz amarilla de las farolas empezaba a fallar y el césped del campus se volvía una sombra ondulante. El sonido de la gente conversando quedaba más distante, como si alguien estuviera bajando el volumen de la vida.

Se abrazó a sí misma. No tenía exactamente frío, era más un intento de sujetar lo que estaba suelto dentro de ella.

Desde dentro, una carcajada estalló. La música subió. Scarlett cerró los ojos por un segundo, intentando recordar por qué había aceptado estar allí.

Por qué había aceptado estar cerca de él.

La gravilla bajo sus zapatillas hizo un sonido bajo cuando dio unos pasos más, yendo en dirección al estacionamiento del campus, un área más vacía, iluminada por farolas altas, con coches esparcidos como islas silenciosas.

Entonces oyó otra cosa.

Pasos detrás.

Scarlett no necesitó darse la vuelta para saberlo. Su cuerpo lo reconoció primero; una alerta eléctrica subiéndole por la columna, una conciencia absurda del espacio siendo llenado.

Aun así, se giró despacio.

Hunter estaba a pocos metros de ella.

Sin el grupo. Sin las manos pegadas a él. Sin el ruido intentando tragarse su presencia.

En la luz tenue, parecía diferente del quarterback que aparecía en las pantallas gigantes los sábados, más real, más humano, y por eso mismo más peligroso. La sudadera oscura le caía en el cuerpo de un modo indecente, las mangas un poco subidas, revelando los antebrazos; el pelo aún medio húmedo, como si se hubiera lavado la cara o el sudor del partido, y esos ojos… esos ojos que nunca parecían cansarse de encontrar los de ella.

Scarlett sintió el corazón latir más fuerte por rabia contra su propio corazón.

—¿Estás huyendo de mí? —la voz de él llegó baja, casi casual, como si estuviera comentando sobre el clima.

—Estoy… respirando. —respondió ella, seca, a pesar de que su propia garganta se había apretado más de lo que debía. —Ahí dentro es… demasiado.

Hunter dio un paso más cerca, y el instinto de Scarlett fue retroceder, solo que no retrocedió. Se quedó donde estaba, firme, como si eso probara algo.

Él se detuvo a una distancia segura. Casi respetuosa.

—También es demasiado para mí a veces. —dijo él, y la forma en que lo dijo hizo que Scarlett frunciera el ceño, porque no esperaba honestidad allí.

Ella desvió la mirada al cielo como si las estrellas fueran más fáciles de mirar que su expresión.

—Menos mal que despejó. —su voz salió más ligera de lo que planeaba. Señaló hacia arriba con la barbilla, escapándosele una sonrisa discreta. —Se pueden ver las estrellas.

Hunter miró hacia arriba, y por un instante pareció… quieto. Como si realmente estuviera viendo, y no solo fingiendo para seguir cerca de ella.

—Sí. —soltó, despacio. —Se pueden ver.

El silencio que se instaló no era incómodo. Era cargado. Un tipo de silencio que tenía memoria, de la biblioteca oscureciendo, de su mano en la de ella, del casi beso en el coche, de la forma en que él

la había mirado desde el otro lado de la fiesta cuando aquella chica intentó tirarlo de él.

Scarlett apretó los dedos alrededor de su propio vaso vacío.

—Chloe está… divirtiéndose. —comentó, más para llenar el espacio que porque le importara.

—Chloe parece divertirse hasta en una fila de banco. —respondió Hunter, y una sombra de sonrisa cruzó su rostro.

Scarlett soltó un sonido que casi fue una risa.

Casi.

Hunter inclinó la cabeza hacia el estacionamiento.

—Ven. —dijo, como si fuera lo más natural del mundo. —Aquí está más tranquilo.

Scarlett dudó. Un segundo. Dos.

No porque no quisiera tranquilidad.

Porque la tranquilidad con Hunter Jones siempre parecía tener un precio.

Aun así, lo siguió.

Y lo peor fue darse cuenta de que él ajustó el paso al de ella sin hacer alarde. Sin provocar. Sin exhibirse. Solo acompañando.

El estacionamiento estaba casi vacío. Había algunos coches, pero la mayoría de la gente había venido a pie o había dejado los vehículos en áreas más alejadas. El viento hacía que los árboles del campus susurraran bajo, y la luz de las farolas dibujaba sombras largas en el asfalto.

Hunter se detuvo cerca de un coche negro que Scarlett reconoció de la vuelta en la lluvia.

Se apoyó en el capó como si fuera suyo. Porque lo era.

Scarlett se quedó quieta un instante, sin saber qué hacer con su propio cuerpo. Hunter se dio cuenta y dio un golpecito suave con la mano en el metal.

—Siéntate. —dijo, como si estuviera ofreciendo una silla, no una invitación a estar demasiado cerca.

Scarlett se subió al capó con cuidado, sintiendo el frío del metal atravesar la tela del vestido. Hunter se sentó a su lado, a una distancia que debería ser suficiente… pero su presencia llenaba demasiado espacio de todos modos.

El campus al fondo parecía otro planeta, con la casa de la fiesta brillando y palpitando a lo lejos, como si fuera una estrella particular, ruidosa, exagerada, distante.

Scarlett apoyó las manos a los lados del cuerpo, los dedos tocando el capó para anclarse en algo concreto.

Miró rápido el coche, quizá por necesitar un tema que no fuera la forma en que Hunter respiraba a su lado.

—Siempre tuve curiosidad. —soltó.

Hunter giró el rostro, atento.

—¿Sobre qué?

Scarlett señaló discretamente con la mirada, como si aquello fuera una pregunta tonta, inofensiva.

—¿Por qué tienes coche si vives en el campus?

Él rió bajo, un sonido que no tenía nada que ver con la risa alta que daba rodeado de los amigos.

—Mi familia vive en una ciudad cercana. —explicó, encogiéndose de hombros. —Es más fácil visitarlos.

Hunter dio un golpecito suave en el capó, como si le diera una palmadita a su propio perro.

Ella frunció el ceño, pero no insistió. No todavía.

Durante unos segundos, solo se quedaron allí, observando el cielo. Scarlett intentó recordar cómo era quedarse callada cerca de alguien sin sentir que necesitaba defenderse.

Hunter habló primero, y su voz llegó en una dirección diferente de la provocación de siempre.

—¿Estás bien? —preguntó.

Scarlett giró el rostro al instante, como si aquella pregunta fuera ofensiva. Como si mostrar preocupación fuera un tipo de invasión.

—Estoy genial. —mintió automáticamente.

Hunter no se rió. No se burló. Solo la miró como si supiera exactamente lo que ella estaba haciendo.

—No pareces genial. —dijo, simple.

Scarlett apretó la mandíbula. El viento levantó un mechón de su pelo y se lo echó a la cara. Ella lo empujó hacia atrás, irritada con su propio cuerpo por ser tan… delator.

—No deberías estar ahí dentro. —devolvió, intentando retomar el control. —Siendo… el rey de la fiesta.

Hunter soltó un suspiro por la nariz, casi una risa sin humor.

—No soy rey de nada, Scarlett.

El hecho de que dijera su nombre de ese modo —sin "princesa", sin ironía— hizo que algo se le apretara en el pecho.

—Todo el mundo ahí dentro cree que lo eres. —replicó, con los ojos volviendo a la casa a lo lejos. —Y parece que… te gusta.

Hunter se quedó en silencio demasiado tiempo.

Cuando Scarlett lo miró de nuevo, vio que él estaba mirando sus propias manos apoyadas en el capó, como si estuviera eligiendo las palabras con más cuidado del que ella imaginaba que tenía.

—Me gusta el juego. —dijo por fin, sin mirarla. —Lo que hago en el campo. El resto…

Entonces levantó los ojos hacia ella.

—El resto solo pasa. Y dejo que pase porque es más fácil que intentar impedirlo.

Scarlett tragó saliva. Conocía ese tipo de cansancio. No igual al de él, el de ella venía de guardias, exámenes y miedo a fallar. El de él venía de demasiada gente, demasiada expectativa, demasiadas manos.

Hunter inclinó el cuerpo un poco, lo suficiente para quedar más de frente a ella.

—¿Te enfadaste ahí dentro? —preguntó, la voz más baja, como si fuera un secreto.

Scarlett parpadeó.

—¿Enfadada? ¿Por qué?

Él sostuvo su mirada, y apareció una sonrisa pequeña, peligrosa.

—Por mí.

Scarlett soltó una risa corta, sin humor.

—Siempre me enfado contigo, Hunter.

—Lo sé. —respondió él, y la satisfacción en su voz era indecente. —Pero hoy parecía diferente.

Ella giró el rostro otra vez, porque no quería que él viera la verdad. Porque la verdad era ridícula. Era irracional. Era… demasiado íntima.

—Te lo estás creyendo demasiado. —intentó.

Hunter acercó el rostro solo un poco, como si quisiera oír mejor, o como si quisiera obligarla a quedarse allí.

—Estás preciosa hoy. —dijo, de repente.

Scarlett se congeló. El corazón dio un salto que pareció humillar cada célula de su cuerpo.

—No… —empezó, pero no había frase después del "no". No había argumento contra aquello. Solo había calor subiéndole por el cuello y unas ganas absurdas de encogerse.

Hunter pareció notar el pánico sutil que aquello causó. Su expresión se suavizó, como si hubiera entendido que los elogios, para Scarlett, no eran regalos, eran amenazas.

—¿Vas a fingir que no lo oíste? —preguntó, y ahora había un humor leve, casi amable.

Scarlett miró el cielo con fuerza, como si pudiera esconderse en las estrellas.

—Lo oí. —murmuró. —Y por eso voy a fingir.

Hunter rió bajo. Un sonido cálido en el aire frío.

Scarlett respiró hondo, intentando obligarse a recordar el motivo por el que necesitaba mantener distancia. Era simple, ¿no? Él era Hunter Jones. Quarterback. Popular. Experimentado. Y ella era… ella.

Abrió la boca para decir cualquier cosa sobre medicina, cualquier cosa segura, un camino conocido para volver a ser ella misma.

—Tengo un seminario la semana que viene sobre… —empezó, y se detuvo a mitad, porque se dio cuenta de que él estaba mirando su cara como si no fuera el contenido lo que importaba.

—¿Sobre qué? —preguntó Hunter, pero sus ojos no tenían curiosidad académica. Tenían otra cosa.

—Sobre… —intentó Scarlett de nuevo, y un mechón de pelo cayó, ligero, rozándole la mejilla.

Iba a apartarlo ella sola.

Pero Hunter se movió antes.

Despacio. Sin prisa. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si aquella madrugada les perteneciera a los dos.

Scarlett vio su mano subir por el rabillo del ojo, acercándose a su rostro. Todo su cuerpo se tensó, cada músculo apretándose como si estuviera a punto de recibir una descarga.

Hunter le tocó la cara con la punta de los dedos.

No fue un toque posesivo. No fue un gesto exhibido. Fue… cuidadoso. Un contacto leve en la mejilla, el pulgar rozando cerca de la sien, mientras apartaba el mechón ondulado y lo colocaba detrás de su oreja.

Como si ella fuera frágil.

Como si él supiera exactamente lo que estaba haciendo con ella.

Scarlett dejó de respirar.

El mundo se hizo más pequeño: el capó frío bajo sus piernas, el viento golpeándole el cuello, la respiración de Hunter tan cerca que parecía invadir el espacio entre sus costillas.

Hunter no retiró la mano de inmediato. La mantuvo allí un segundo más, como si estuviera memorizando.

Scarlett levantó los ojos y encontró los de él.

Los ojos de Hunter estaban diferentes. No tenían el brillo arrogante de quien está acostumbrado a ganar. Tenían un hambre quieta, concentrada, como si la presencia de ella fuera algo demasiado raro como para desperdiciarlo con bromas.

Scarlett sintió que todo su cuerpo respondía, un calor subiéndole por el estómago, un temblor pequeño en los dedos, unas ganas desesperadas de quedarse… y, al mismo tiempo, las mismas ganas de siempre de huir.

Recordó la fiesta.

Las chicas riendo en su hombro. Las manos tocándolo como si él fuera público.

Scarlett recordó lo que decía Chloe. Lo que decía toda la universidad. Los rumores. Los vídeos. Las historias que ella fingía no oír, pero oía.

El miedo llegó como un puñetazo.

Retiró la cara un poco hacia atrás, rompiendo el contacto sin poder evitar la aspereza del movimiento.

—¿Haces eso con todas? —la pregunta se escapó antes de que pudiera contenerla. Ácida. Cruda. Y, por debajo, algo mucho peor: vulnerabilidad.

Hunter frunció el ceño.

—¿El qué?

Scarlett apartó la mirada de inmediato, odiando el temblor en su propia voz, odiando el hecho de que acababa de delatarse.

—Andar jugando así. —replicó, cruzándose de brazos como si eso pudiera protegerle el corazón. —Tocando, mirando… como si…

Se tragó el resto, porque no quería decir "como si me importaras". No quería decir "como si yo fuera diferente".

Pero la frase salió de todos modos, de otra forma, más fea y más verdadera.

—Tienes a la mitad de esta universidad corriendo detrás de ti. —continuó Scarlett, y el aire le falló a mitad. El pecho le dolió. —No quiero ser solo una más.

El silencio que vino después fue lo bastante pesado como para aplastar.

Hunter se quedó inmóvil un segundo.

Su rostro perdió cualquier vestigio de humor. Los ojos azules se fijaron en los de ella con una intensidad desconcertante, como si aquella frase hubiera atravesado todo y alcanzado un lugar que nadie tocaba.

Scarlett casi se arrepintió en el acto. Casi pidió perdón por existir. Casi volvió corriendo a la casa para esconderse en el ruido, donde no necesitaba sentir nada.

Pero Hunter habló antes.

Se inclinó un poco, lo suficiente para que Scarlett sintiera su olor otra vez, limpio, masculino, con un resto de alcohol y noche.

—Tú nunca fuiste solo una más. —dijo, y su voz no tenía broma. Era firme. Baja. Verdadera de un modo que dejó a Scarlett mareada.

Ella abrió la boca, lista para discutir, lista para levantar murallas, lista para decir que él no podía decir eso porque no la conocía de verdad.

Pero Hunter no le dio tiempo.

La besó.

Fue rápido. Impulsivo, como si él también tuviera miedo de que, si pensaba demasiado, perdería el valor. El primer toque de su boca en la de ella fue cálido, decidido, y Scarlett sintió una descarga atravesarle todo el cuerpo.

Soltó un sonido bajo, casi un suspiro tragado, y sus manos se movieron sin permiso, buscando apoyo, encontraron la sudadera de él, apretando la tela, como si estuviera cayendo.

El beso tenía la prisa de todo lo que venía acumulándose desde la primera discusión en el aula, desde la mirada en la biblioteca, desde su mano sujetando un mechón de su pelo, desde la energía apagándose y encendiéndose y dejando a los dos demasiado expuestos.

Y entonces, después del impacto, Hunter desaceleró.

Como si se hubiera dado cuenta de que aquello no era una victoria. Era un descubrimiento.

La besó de nuevo, más lento, su boca moldeando la de ella con un cuidado sorprendente. Su pulgar tocó suavemente la mandíbula de

ella, como si estuviera sosteniendo el mundo en el lugar correcto.

Scarlett sintió desaparecer el universo.

No había fiesta. No había campus. No había Chloe. No había trabajo en pareja, ni examen, ni hospital, ni futuro.

Solo su boca. El calor. La presión suave. Su respiración mezclándose con la de ella. Su corazón latiendo tan fuerte que parecía querer escaparse por la garganta.

No sabía qué hacer con la lengua, con las manos, con el cuerpo. No sabía dónde poner su propia inseguridad. Y, aun así, respondió, instintiva, desesperadamente, como si aquel beso tirara de una parte de ella que ella nunca había permitido existir.

Hunter profundizó solo un poco, como si probara, como si pidiera permiso sin palabras.

Y fue ahí donde el pánico se apoderó.

El cerebro de Scarlett volvió con violencia. Con recuerdos, alertas, estadísticas imposibles. "Él es así." "Tú no lo eres." "Esto va a doler."

Se apartó demasiado rápido.

El movimiento fue brusco, casi como si hubiera tenido un susto físico. Sus ojos se abrieron de par en par. La respiración falló, uno, dos tirones cortos de aire que no llenaban los pulmones.

Hunter se detuvo en el mismo instante.

Su rostro cambió, como si hubiera recibido un golpe.

—Scarlett… —empezó, la voz ronca, confusa, y su nombre salió como si quisiera sujetarla en su sitio.

Ella bajó del capó rápido, casi resbalándose en el metal. El corazón parecía fuera de ritmo, latiéndole en el oído.

—Yo… —intentó. No pudo. Las palabras se le enredaron en la garganta como si fueran demasiado grandes para salir.

Hunter se quedó sentado, las manos apoyadas en el capó a los lados del cuerpo, el pecho subiendo y bajando más rápido. No se acercó. No la tocó. Solo miró, como si intentara entender qué se había roto.

Scarlett se pasó la mano por el pelo, un gesto inútil, desesperado. El sabor de él todavía estaba en su boca, y eso parecía lo más injusto del mundo.

—Perdón. —consiguió decir, bajo.

Hunter parpadeó, como si aquella palabra no tuviera sentido.

—¿Perdón por qué? —preguntó, pero su voz salió diferente, más dura en los bordes, como si estuviera sujetando algo para que no se escapara.

Scarlett no respondió. Porque no había forma de explicar que no estaba pidiendo perdón por el beso.

Estaba pidiendo perdón por ser ella.

Por no saber. Por no poder. Por querer y tener miedo al mismo tiempo.

Ella dio un paso atrás, luego otro. Sus ojos buscaron la casa a lo lejos: el ruido, las luces, el lugar donde podía esconderse.

—Necesito… —empezó, pero el resto murió.

Entonces se dio la vuelta.

Y corrió.

No una carrera larga, atlética, una huida corta y desesperada, el vestido golpeándole las piernas, las zapatillas haciendo ruido en la gravilla, el aire frío quemándole la garganta.

No miró hacia atrás.

Pero sintió, como si fuera una mano en medio de la espalda, el peso de su mirada acompañando cada paso.

Hunter permaneció en el estacionamiento, inmóvil, el cuerpo aún caliente, la mente aún intentando alcanzar lo que había pasado.

Se llevó la mano a la boca un segundo, como si pudiera borrar su sabor, como si pudiera deshacer la sensación.

No pudo.

Las estrellas arriba parecían indiferentes. El campus estaba demasiado quieto. La fiesta seguía distante, palpitando como si el mundo no hubiera cambiado.

Pero para Hunter, había cambiado.

Se quedó mirando el camino por donde Scarlett había desaparecido, el pecho desordenado, una presión extraña detrás de las costillas, una certeza formándose con la misma violencia que el beso: algo en él había cruzado un punto sin retorno.

Y por primera vez en la vida…

Hunter Jones se dio cuenta de que estaba jodido.

CAPÍTULO 18

No Huyas de Mí

Scarlett casi tropezó con su propia prisa cuando cruzó el porche de vuelta hacia el interior de la casa. La puerta se cerró demasiado suave para quien tenía el corazón queriendo reventarle las costillas, pero aun así el sonido le pareció alto en la cabeza. El pasillo estrecho de la fraternidad olía a alcohol, perfume caro y sudor, todo mezclado en una nube caliente que se pegaba a la piel.

Se metió las manos en el pelo, echando los mechones castaño claros hacia atrás como si pudiera arrancar de allí la sensación de la boca de él en la suya. La música seguía pulsando del lado de dentro, grave e insistente, como si el mundo no se hubiera detenido. Como si no acabara de pasar una cosa que… que ella no tenía nombre suficiente para ponerle.

Pasó por un grupo de chicas riendo cerca de la cocina, esquivó a un chico sosteniendo dos vasos, fingió que solo iba al baño. Cualquier cosa para no parecer lo que era: una chica en pánico.

El espejo del pasillo le devolvió su imagen por un segundo, ojos demasiado grandes, mejillas sonrojadas, boca… su boca parecía diferente. Scarlett giró el rostro, como si el reflejo fuera una prueba.

"Fue solo un beso", intentó decirse a sí misma. Solo que la palabra "solo" no conseguía existir allí. No después de la mano de él en su cara, de la manera en que Hunter había dicho, bajo, casi como si fuera una verdad antigua, que ella nunca fue solo una más.

Se apretó el propio antebrazo por debajo de la tela del vestido, buscando dolor para anclar el cuerpo. La piel estaba demasiado caliente.

En la sala principal, Chloe bailaba con alguien, riendo alto, completamente ajena al terremoto particular de Scarlett. Por un instante, Scarlett pensó en atravesar la multitud y agarrar a la amiga del brazo. Llevarla afuera. A algún lugar seguro. Decir: él me besó. Yo huí. No sé respirar.

Pero solo de imaginar las palabras en voz alta, el pánico subió de nuevo.

Se escapó por el lateral, no pidió permiso a nadie, se abrió paso entre hombros y vasos, y cuando por fin alcanzó la acera de afuera, el aire frío de la madrugada le golpeó la cara como una bofetada necesaria.

El campus parecía otra cosa de noche, silencioso, espaciado, casi vacío. Las luces de las farolas dibujaban sombras largas en los árboles. Al fondo, la fraternidad seguía soltando música y risas, como si fuera un corazón latiendo en otro ritmo, indiferente.

Scarlett empezó a caminar sin pensar, pasos cortos, rápidos. Las zapatillas golpeaban el cemento, marcando una urgencia. Sus manos temblaban cuando intentó coger el celular del bolso. La pantalla se encendió, mostrando notificaciones antiguas, mensajes de Chloe en algún grupo, un aviso del calendario académico. Nada que explicara aquel descontrol.

Llegó al dormitorio femenino demasiado jadeante para alguien que no había corrido de verdad. Subió las escaleras sin usar el ascensor, como si la velocidad pudiera deshacer el beso en el camino. En el pasillo del piso, todo estaba silencioso. Puertas cerradas. Un sonido distante de ducha. El olor a detergente y suavizante, el consuelo banal de siempre.

Cuando entró en la habitación, Scarlett cerró la puerta con llave por reflejo y apoyó la espalda en ella por un segundo, dejando salir el aire de los pulmones como si hubiera estado conteniendo la respiración desde el estacionamiento.

La habitación parecía demasiado pequeña para lo que sentía.

Se quitó las zapatillas, se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando sus propias manos en el regazo. Los dedos aún recordaban, ridículo, imposible, la firmeza del toque de él en su cara. La piel donde él había tocado parecía más sensible, como si tuviera una memoria física independiente de la voluntad.

Scarlett se llevó dos dedos a los labios y retrocedió, asustada por su propia audacia. Como si tocarse la boca fuera repetir.

Se levantó, fue hasta el lavabo de la habitación y bebió agua directamente del grifo. El agua estaba demasiado fría, y aun así no apagó el fuego que parecía atrapado por dentro. Apoyó las manos en la encimera, encarando su propio reflejo en el espejo pequeño encima del lavabo.

"Tienes que parar." La voz salió baja, fallida. "Necesitas dormir."

Pero su cuerpo no creía en órdenes.

Cuando Chloe entró, horas después, riendo bajo, quitándose el abrigo, oliendo a fiesta y libertad, Scarlett ya estaba en pijama, sentada en la cama con el vestido doblado encima de la silla y un libro abierto en el regazo sin haber leído una línea.

Chloe se detuvo en medio de la habitación y entrecerró los ojos, como si evaluara una escena del crimen.

— Estás blanca. — Su voz salió baja para no despertar a todo el pasillo. — ¿Qué pasó? Desapareciste.

Scarlett no consiguió responder en el primer intento. Cerró el libro despacio, como si el sonido de la tapa lo denunciara todo.

— Nada. Yo solo… me cansé.

Chloe se quitó el zapato con un gesto impaciente y se acercó, apoyando la mano en el cabecero de la cama de Scarlett.

— Scarlett. — Dijo el nombre como quien tira de un hilo. — El "nada" en ti siempre tiene cara de "algo gigante".

Scarlett abrió la boca, la cerró. Sintió el pecho apretarse con el recuerdo del estacionamiento — estrellas, silencio, el peso de la mirada de él antes del beso. Como si el mundo se hubiera inclinado entero hacia aquel momento.

— Él… — empezó, y se trabó. La garganta se le quedó seca. — Hunter me besó.

Chloe se quedó inmóvil por un segundo. Y entonces su rostro se abrió en un shock silencioso, la mano yendo automáticamente a la boca.

— DIOS. MÍO. — susurró Chloe, y la alegría llegó tan rápido que casi pareció indecente ante la desesperación de Scarlett. — ¿Y?

Scarlett desvió la mirada hacia la almohada, como si el algodón pudiera ofrecer respuestas.

— Y yo… salí corriendo.

Chloe parpadeó. Su diversión vaciló, recalibrando.

— ¿Saliste corriendo?

Scarlett asintió una vez, corta. Sintió las mejillas arder, vergüenza, rabia, confusión. Todo junto.

— Él… — la voz le tembló y lo odió. — Fue… demasiado.

Chloe bajó despacio la mano de la boca y se sentó en su propia cama con cuidado, como si el asunto fuera frágil.

— ¿Te forzó?

— No. — respondió Scarlett demasiado rápido, demasiado fuerte. — No. Fue… fue él. Y yo. Y… no sé. — Apretó los ojos por un instante, intentando contener la imagen de la boca de él, del calor, de la sensación de ser… vista. — No sé cómo lidiar con esto.

Chloe se quedó observando, la expresión cambiando de curiosidad a algo más serio, casi tierno. Scarlett lo odió aún más, porque la ternura parecía permiso para derrumbarse.

— Vale. — dijo Chloe por fin, con una calma forzada. — Vamos a respirar. ¿Estás respirando?

Scarlett soltó una risa corta, sin humor.

— Creo que no.

Chloe se levantó, cogió la botella de agua de su propia mesa y se la entregó a Scarlett.

— Bebe. Y cuéntame despacio. Solo… lo que puedas.

Scarlett dio un trago y el agua bajó como si tuviera que atravesar un nudo. Miró la botella por un segundo.

— Dijo una cosa. — habló bajo.

Chloe inclinó la cabeza, esperando.

— Él… él dijo que yo nunca fui solo una más.

El silencio que vino después fue pesado de una manera diferente. Chloe no bromeó. No se rió. Solo respiró hondo, como si por fin hubiera entendido que aquello no era sobre un beso. Era sobre lo que el beso despertó.

— Y eso te asustó.

Scarlett cerró los dedos en la botella con fuerza.

— Yo no… — empezó, y la voz falló. — Yo no tengo ese tipo de cosas en mi vida, Chloe. No sé dónde poner esto. Yo… tengo examen, guardia, informe, paciente, clase… y de repente está él. Y yo siento… — tragó saliva. — Siento demasiadas cosas.

Chloe se acercó y se sentó en su cama, en el mismo lugar de siempre, como si la cercanía fuera un remedio.

— No necesitas decidir nada hoy.

Scarlett soltó el aire, temblorosa.

— Yo huí.

— Entraste en pánico. — corrigió Chloe, suave. — No es lo mismo.

Pero Scarlett sabía que sí lo era. Porque pánico o huida, el resultado era el mismo: distancia. Seguridad. Control. Había sobrevivido años aferrándose a eso.

Chloe, quizá al darse cuenta de que Scarlett estaba cerca del límite, se levantó y empezó a cambiarse de ropa, haciendo el mínimo ruido, diciendo cosas aleatorias sobre la fiesta para aliviar la tensión, como si un tema banal pudiera coser la noche de vuelta a lo normal.

Scarlett estuvo de acuerdo con sonidos sin sentido, fingió que escuchaba. Cuando Chloe por fin apagó la luz y se metió bajo la

manta, la habitación se sumergió en una quietud que parecía enorme.

Y entonces vino lo peor.

Scarlett se acostó de lado, de espaldas a Chloe, y miró la oscuridad como si fuera una pantalla. Cada vez que parpadeaba, el beso volvía. La mano de él en su cara, los dedos firmes y cuidadosos al mismo tiempo. La manera en que el mundo desapareció cuando la boca de él tocó la suya. La sensación de ser arrastrada hacia algo caliente, desconocido, sin instrucciones.

Abrió los ojos. Los cerró. Los abrió de nuevo. El reloj del celular marcaba 3:12. Luego 3:47. Luego 4:05.

Chloe dormía profundamente, respirando con ese ritmo tranquilo de quien no tenía el universo a punto de derrumbarse.

Scarlett se dio la vuelta boca arriba. El techo tenía pequeñas imperfecciones en la pintura, que ella conocía de memoria. Ya había pasado noches allí memorizando grietas con la mente, estudiando en silencio, repitiendo nombres de medicamentos, dosis, protocolos. Cosas que tenían sentido. Cosas que obedecían reglas.

Hunter no obedecía ninguna regla.

Se le apretó el pecho, y por un segundo Scarlett sintió ganas de llorar, no de tristeza exactamente, sino de exceso. Era como si su cuerpo estuviera intentando desaguar algo que no cabía dentro.

Giró el rostro en la almohada e inspiró hondo, como si el olor a jabón pudiera borrar el perfume de él que, ridículamente, aún parecía atrapado en la memoria.

"Necesitas mantener distancia." La frase apareció clara. "Necesitas volver a lo normal."

Pero el recuerdo de la boca de él en la suya vino junto con otro, peor: la manera en que ella había querido quedarse. Por un segundo, antes de que el miedo lo arrancara todo.

Cuando el sol empezó a aclarar la ventana, Scarlett aún estaba despierta.

En los días siguientes, convirtió el pánico en rutina. El mismo mecanismo de siempre: mantenerse ocupada hasta que no quedara espacio para sentir.

Si Hunter mandaba mensaje, dejaba que la pantalla se encendiera y la apagaba sin responder.

Si veía a Hunter cruzando el césped con los amigos del equipo, cambiaba de camino, fingía que había recordado algo urgente, entraba en el edificio más cercano. Si oía su voz a lo lejos, su cuerpo reaccionaba antes que el cerebro, el corazón acelerándose, las manos helándose, y ella odiaba eso con todas sus fuerzas.

Inventó guardias. Inventó repaso. Inventó un profesor que pidió un informe extra. Inventó cualquier excusa que sonara racional.

Pero su celular no dejaba de vibrar.

Hunter:
"¿Dónde estás?"

Una hora después:

Hunter:
"Tenemos que terminar aquel trabajo."

Al día siguiente, más corto:

Hunter:
"¿Vas a seguir ignorándome?"

Scarlett miró el último mensaje con el estómago apretado. El nombre de él en la pantalla parecía una presencia. Un peso. Un llamado.

Escribió "estoy ocupada" y lo borró. Escribió "perdón" y lo borró. Al final, dejó el celular en la cama como si quemara.

Chloe lo observaba todo como quien acompaña un experimento social.

— Estás haciendo esto a propósito. — dijo Chloe una tarde, con Scarlett yendo de un lado a otro de la habitación con un bolígrafo en la mano, sin anotar nada. — Lo sabes, ¿no?

Scarlett se detuvo cerca de la ventana, apretando la tapa del bolígrafo entre los dientes por costumbre. La soltó rápido, como si la hubieran pillado.

— ¿Haciendo qué?

Chloe señaló el celular de Scarlett, tirado en la cama.

— Fingiendo que no está pasando nada. Él manda mensaje, tú lees, tú te descontrolas en silencio, y luego finges que es solo porque "hay muchas cosas que hacer".

Scarlett soltó un suspiro irritado y volvió a caminar, como si el movimiento pudiera contener el corazón.

— Chloe, yo de verdad tengo muchas cosas que hacer.

— Y también hay un quarterback obsesionado buscándote por el campus. — respondió Chloe, despiadada. — Dos hechos pueden existir al mismo tiempo.

Scarlett apretó los ojos, intentando no sonreír con la palabra "obsesionado" porque eso significaría admitir que alguna parte de

ella disfrutaba la idea.

— Él no está obsesionado.

— Sí lo está. — Chloe tiró el bolígrafo de Scarlett en la cama, interrumpiendo el ciclo de pasos. — ¿Te parece normal que Hunter Jones mande mensajes y se irrite porque no respondes? Ni siquiera sabe lo que es esperar. Ese hombre siempre lo tuvo todo. Y ahora te quiere a ti.

Scarlett cruzó los brazos, defensa automática.

— Él quiere… no sé. Besar. Divertirse. Hacer lo que siempre hace.

Chloe entrecerró los ojos.

— ¿De verdad crees eso?

El silencio duró un poco demasiado.

Scarlett desvió la mirada, mirando la pila de libros sobre la mesa, como si los lomos pudieran dar una sentencia.

— No sé lo que creo. — admitió por fin, tan bajo que casi no salió. — Solo sé que… no consigo pensar bien.

Chloe se recostó en su propia cama, cruzando los brazos con una expresión demasiado divertida para la gravedad del momento.

— Repíteme lo que acabas de decir.

Scarlett frunció el ceño.

— ¿Qué?

— "No consigo pensar bien." — repitió Chloe, imitando su voz. — Amiga. Esto es un infierno para ti porque tú vives de pensar bien.

Scarlett soltó una risa corta, sin alegría, y volvió a caminar.

— No sé qué me está pasando.

Chloe se quedó solo observando, como si estuviera viendo una obra cuyo final ya conocía.

Scarlett continuó, atropellando las palabras:

— Él me besó y ahora no consigo… no consigo estar en mi cuerpo de la manera normal. Estoy en el hospital y recuerdo cómo me miró. Estoy leyendo y recuerdo su boca. Estoy cruzando el campus y me quedo… — se pasó la mano por la cara, frustrada. — Me quedo esperando verlo. Y odio eso.

— Esto es un infierno. — concluyó, deteniéndose otra vez, jadeante como si hubiera corrido dentro de su propia habitación.

Chloe levantó la mano, pidiendo calma, pero sus ojos brillaban con una satisfacción cruel.

— Amiga… — empezó, y la voz salió casi dulce. — No estás solo atraída por él.

Scarlett ya abrió la boca, lista para cortar.

— No empieces.

Chloe cruzó los brazos, firme ahora.

— Estás enamorada.

El aire en la habitación cambió. No hubo música, no hubo trueno, no hubo nada cinematográfico. Solo la palabra cayendo en medio del espacio pequeño como un objeto demasiado pesado.

Scarlett se congeló. El cuerpo entero, como si alguien le hubiera apagado la energía por dentro. Se le cerró la garganta. Se le erizó la

piel.

Miró a Chloe, luego miró el celular en la cama, como si el nombre "Hunter" en la pantalla fuera la prueba.

"Enamorada" tenía sabor a riesgo. A pérdida de control. A ser rota por algo que no se estudia, no se calcula, no se domina.

Scarlett tragó saliva.

— No. — dijo, pero la palabra salió débil. Como si fuera más deseo que convicción.

Chloe no discutió. Solo levantó las cejas, en un "está bien" silencioso que dolió más que cualquier argumento.

Scarlett cogió el celular y, con las manos temblorosas, por fin abrió la conversación.

Mensajes. Secos. Directos. Hunter intentando no suplicar.

Y en medio de todo eso, una cosa que Scarlett no tenía valor de admitir: estaba aliviada de que él estuviera allí. De que no hubiera desaparecido. De que no hubiera tratado el beso como si no fuera nada.

Cerró la conversación demasiado rápido, el pecho apretándose como si se hubiera pillado en flagrante a sí misma.

Mientras Scarlett huía de lo que sentía, Hunter empezaba a percibir el otro lado del mismo abismo.

En los pasillos del campus, pasaba la vista por las personas sin querer, buscando una silueta demasiado pequeña cargando demasiados libros. La sudadera gris. El moño torcido. Los mechones escapándose. La expresión seria como escudo.

Y cada vez que no la encontraba, la irritación mordía como hambre.

Vio a Scarlett de lejos dos veces y, en las dos, ella se desvió. Entró en otro edificio. Bajó la cabeza. Desapareció.

Hunter no estaba acostumbrado a que lo evitaran. Ni a echar de menos. Y, sobre todo, no estaba acostumbrado a preguntarse si había estropeado algo que ni siquiera sabía que quería tanto.

En la tercera noche sin una respuesta decente, se le acabó la paciencia.

El campus estaba frío, con un viento leve corriendo entre los edificios. El cielo oscuro pesaba bajo, y la luz de las farolas lo dejaba todo con cara de madrugada incluso antes de que fuera demasiado tarde. Pocos estudiantes caminaban, encogidos, yendo de un edificio a otro. Era una hora en la que el mundo parecía pertenecer solo a quien no conseguía apagar la cabeza.

Hunter cruzó el césped con las manos en los bolsillos de la sudadera oscura, la mandíbula trabada. El pecho se le apretaba por una mezcla mala, irritación y algo peor, que no quería nombrar.

Subió las escaleras del dormitorio femenino sin dudar, como si su cuerpo ya hubiera decidido antes que la mente. El pasillo olía a limpieza y champú, muy diferente de cualquier lugar que frecuentaba con el equipo. Parecía… demasiado íntimo. Demasiado personal. Como si estuviera invadiendo un territorio que no era suyo.

Pero ella lo había invadido a él primero.

Hunter se detuvo delante de la puerta y se quedó un segundo mirando la madera, respirando hondo. El silencio allí era casi agresivo. Ningún sonido de música, ningún grito, ningún caos. Solo un mundo quieto donde Scarlett tenía sentido.

Llamó bajo.

toc toc

Del lado de dentro, Scarlett estaba sentada en la cama con shorts cómodos y una camiseta ancha de la universidad, el pelo recogido de cualquier manera, el rostro aún con esa marca de cansancio que dejaban las guardias. El cuaderno abierto en el regazo parecía más peso que estudio. Acababa de subrayar la misma frase tres veces sin darse cuenta.

El golpe interrumpió la habitación como una aguja.

Scarlett frunció el ceño de inmediato, el cuerpo entrando en alerta para no despertar a Chloe, que dormía profundamente en la cama de al lado, enrollada en la manta, exhausta.

Se levantó despacio, pies descalzos en el suelo frío, y fue hasta la puerta casi sin respirar. Cuando abrió, la visión de él en el pasillo hizo que todo dentro de ella se detuviera.

Hunter estaba allí como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar, y al mismo tiempo como si no perteneciera de ninguna manera. Sudadera oscura, manos en los bolsillos, el pelo castaño despeinado de una forma que nunca parecía descuidada. La luz tenue del pasillo dibujaba sombras en su rostro, dejando los ojos azules aún más intensos.

La mandíbula la tenía trabada, y eso asustó a Scarlett más que cualquier sonrisa.

Se quedó inmóvil, mano en el pomo, el corazón subiéndole a la garganta. Por reflejo, miró por encima del hombro a Chloe, asegurándose de que la amiga seguía durmiendo.

Entonces volvió los ojos hacia él y habló bajo, casi un susurro:

— Hunter… ¿qué estás haciendo aquí?

Pareció darse cuenta en ese instante del silencio de la habitación detrás de ella, de lo cercano de esa hora, del peligro de ser visto allí.

Su mirada pasó rápido por encima del hombro de ella y volvió a su rostro con una firmeza que hizo que Scarlett quisiera cerrar la puerta y, al mismo tiempo, abrir más.

Antes de que él dijera cualquier cosa, Scarlett se movió primero. Salió al pasillo con rapidez, como si su cuerpo supiera que no podía dejarlo entrar. No podía dejar que eso pasara con Chloe durmiendo a pocos pasos. No podía poner su confusión encima de la cama compartida.

Cerró la puerta despacio, con un cuidado casi doloroso para no hacer ruido.

Cuando se giró, los dos quedaron frente a frente en el pasillo vacío. Silencio. Luz tenue. El sonido distante de una lluvia fina golpeando alguna ventana al final del pasillo, casi imperceptible.

Scarlett cruzó los brazos, instinto de protección. Sintió las manos heladas, aunque el pecho estuviera caliente.

— No podías aparecer aquí así.

Hunter dio un paso lento hacia ella. No agresivo. Solo… decidido. El espacio entre ellos disminuyó, y el cuerpo de Scarlett respondió con un sobresalto irritante, como si estuviera recordando el estacionamiento antes de que ella pudiera impedirlo.

— No me estabas dando mucha elección.

El corazón se le aceleró, latiendo demasiado alto para un pasillo silencioso.

Hunter mantuvo la voz baja, seria, diferente del tono provocador que usaba con el mundo.

— ¿Terminaste?

Scarlett intentó sostener la postura. Intentó ser la Scarlett de siempre: organizada, racional, impenetrable.

— Estoy ocupada.

Pero la voz falló en la última sílaba, un temblor traicionero que Hunter captó al instante. Inclinó el rostro un poco, como si buscara ver detrás del escudo.

Hunter negó con la cabeza despacio.

— No.

Scarlett frunció el ceño, irritada por su certeza.

Hunter la miró directamente, sin desviar, como si fuera imposible mirar cualquier otra cosa.

— Estás huyendo de mí.

Scarlett desvió la mirada en ese mismo instante. El pasillo pareció de repente demasiado estrecho. La pared detrás de ella, demasiado cerca. El aire, demasiado pesado.

— No estoy huyendo.

Hunter soltó una risa sin humor, corta.

— Entonces ¿por qué desapareces cada vez que me ves?

Scarlett apretó los dedos contra sus propios brazos, las uñas presionando la piel por encima de la camiseta. Era un intento desesperado de mantenerse en el cuerpo. De no dejar que mandara el corazón.

Porque el problema no era responder. El problema era que cualquier respuesta verdadera iba a abrir una puerta que ella llevaba manteniendo cerrada con llave demasiado tiempo.

Hunter se acercó un poco más — aún había espacio, aún había elección, pero su presencia parecía llenarlo todo. Bajó la voz, y el sonido salió más sincero, más intenso, como si hubiera atravesado alguna capa de orgullo.

— No hagas eso.

Silencio corto. El sonido distante de la lluvia marcó el intervalo como un reloj.

Hunter respiró hondo, y cuando habló de nuevo, parecía menos irritado y más… vulnerable de lo que quería admitir.

— Deja de huir de mí.

Scarlett levantó los ojos despacio, encontrándose con los de él. Los ojos azules estaban clavados en ella con una fuerza que no era broma, no era juego, no era fama de campus.

Sintió el pecho apretarse de una manera dolorosa.

Porque, en el fondo, lo peor de todo no era que Hunter estuviera allí. No era el beso. No era la persecución.

Lo peor era darse cuenta, con la claridad cruel que solo el silencio traía, de que ya no sabía si estaba huyendo de él…

O de sí misma.

CAPÍTULO 19

El Pasillo del Dormitorio

Hunter Jones permaneció inmóvil a menos de un metro de ella, como si el estrecho pasillo del dormitorio femenino se hubiera encogido alrededor de los dos. La luz amarillenta de los plafones antiguos parpadeaba levemente, demasiado débil para ocultar la manera en que la lluvia afuera dejaba todo más silencioso, como si todo el campus estuviera conteniendo la respiración junto con ellos.

Scarlett Olsen Bennett se quedó con los brazos cruzados, las manos escondidas bajo sus propias mangas, un escudo improvisado. La sudadera que llevaba olía a jabón barato y a hospital, y aun así, en ese instante, parecía la única cosa entre ella y el desastre.

Del otro lado de la puerta de la habitación, Chloe dormía. Scarlett sentía eso con una claridad casi dolorosa: el mundo seguía normal a dos pasos de allí. Solo ella no.

Hunter no parecía haber venido a pelear. Pero tampoco parecía dispuesto a irse sin arrancarle la verdad que ella venía tragándose desde hacía días.

Se pasó la lengua por los labios, como si eligiera el tono exacto. Cuando habló, fue bajo, porque existían otras puertas, otras chicas, otras vidas detrás de paredes finas.

— ¿Vas a seguir fingiendo que ese beso no pasó?

La pregunta le pegó como una puerta cerrándose con demasiada fuerza.

Scarlett sintió que el aire se detenía en medio del pecho. El pasillo se volvió más estrecho, más caliente, y el sonido de la lluvia, antes distante, pareció más alto por contraste con el silencio que nació entre ellos.

Abrió la boca para responder.

No salió nada.

Un segundo se arrastró. Luego otro.

Hunter no sonrió. No provocó. Sus ojos azules estaban clavados en los de ella con una insistencia que no era arrogancia, era urgencia, una especie de cansancio concentrado. Como si él también estuviera sosteniéndose de un hilo.

Dio un paso despacio. La suela de la zapatilla rozó levemente el piso encerado del pasillo.

Scarlett no retrocedió, pero el cuerpo hizo ademán de huir aun así: hombros tensándose, mentón levantándose, la postura rígida de quien aprendió temprano a protegerse sola.

— Scarlett… —su voz salió aún más baja, casi ronca, como si hubiera pasado la noche entera pensando en ella. — Mírame.

Ella intentó no mirar.

Pero Hunter estaba demasiado cerca, demasiado real, y su valentía, que ya era poca, empezó a fallar de la manera más humillante posible: el corazón latiendo demasiado fuerte, la piel caliente, el recuerdo de ese beso volviendo entero, sin pedir permiso.

Scarlett levantó los ojos.

Error gigantesco.

Porque en esa luz débil, sus ojos parecían aún más intensos. Menos "quarterback" y más hombre. Menos escenario y más verdad. Y había algo allí, una paciencia peligrosa, una ternura que no combinaba con su fama, que la desarmó en el peor lugar y en el peor momento.

Tragó saliva. La garganta le dolió como si hubiera guardado demasiadas palabras durante demasiado tiempo.

— No sé qué está pasando conmigo. —La voz le salió pequeña, casi arrancada.

Hunter no respondió. No interrumpió. No intentó llenar el silencio con una broma.

Solo se quedó allí, quieto, dejando espacio.

Eso fue lo que más dolió: no pasó por encima de ella. Esperó.

Scarlett se apretó los propios brazos, como si pudiera sujetar el cuerpo en su lugar antes de que traicionara todo lo que ella intentaba esconder. Las uñas presionaron la tela de la sudadera. Un gesto automático, de ansiedad.

— Yo nunca fui ese tipo de chica. —Se le escapó una risa débil, demasiado nerviosa para ser graciosa. — Nunca fui a fiestas.

Desvió la mirada hacia la ventana al final del pasillo. Las gotas en el vidrio formaban senderos torcidos, como si también estuvieran intentando elegir un camino.

— Nunca me lié con nadie de la universidad. Nunca… —Scarlett se detuvo, la palabra muriendo antes de nacer entera. Los ojos le ardieron de rabia consigo misma, como si admitir cualquier cosa fuera perder.

Hunter se movió un poco. Casi nada. Solo lo suficiente para que ella percibiera que él todavía estaba escuchando, no solo con los oídos, sino con el cuerpo entero.

Scarlett bajó el rostro. El cabello, recogido de cualquier manera, tenía algunos mechones sueltos que rozaban la mejilla. Contuvo la respiración y dijo, como quien se corta la propia piel con una hoja rápida para doler menos:

— Nunca he estado con nadie antes.

El pasillo pareció congelarse.

No fue un silencio común. Fue un silencio que pesó. Que cambió el aire. Que cambió a Hunter.

Durante unos segundos, no reaccionó. Su rostro quedó inmóvil, los ojos fijos en ella, pero no con el hambre habitual que Scarlett imaginaba que existía en un tipo como él. Era otra cosa, sorpresa, sí, pero también una comprensión repentina, como si piezas sueltas por fin encajaran.

El pánico después del beso.

La manera en que ella se apartaba con cada toque.

El modo en que ella huía, de fiestas, de conversaciones, de él.

Hunter respiró hondo, despacio. Como si tuviera que recalibrar su propio instinto.

Y entonces, cuando por fin se movió, el cambio fue sutil y enorme al mismo tiempo.

Sus hombros se relajaron un poco.

La mandíbula, antes trabada, se aflojó.

Los ojos, aún intensos, se volvieron más suaves. Menos exigencia. Más cuidado.

Scarlett levantó la mirada solo lo suficiente para ver eso, y su reacción fue una mezcla absurda de alivio y miedo.

Alivio, porque no vio burla.

Miedo, porque vio… amabilidad.

La amabilidad la hacía bajar la guardia. Y bajar la guardia nunca fue seguro.

— No sé lo que estoy sintiendo. —Su voz tembló, irritada con su propia debilidad. — Y eso me asusta.

Por fin lo miró directo. Un desafío, casi. Como si dijera: "Vale. Ahora puedes irte, como todo el mundo."

Hunter sostuvo su mirada, sin prisa. Su silencio no era huida. Era elección.

Cuando habló, las palabras salieron simples, sin el brillo de las frases hechas que Scarlett esperaría de un chico popular. Fue tan directo que pareció demasiado verdadero para caber en ese pasillo.

— Entonces déjame descubrirlo contigo.

Scarlett sintió que el estómago se le hacía un nudo. No era una respuesta lógica. No era una promesa vacía. Era una invitación, y un riesgo.

Inspiró, pero el aire no le llenó bien.

Hunter se acercó lo suficiente para que ella sintiera su calor, mezclado con el olor leve de lluvia y perfume. No el olor agresivo de fiesta. Era más limpio. Casi íntimo.

Apoyó una mano en la pared a su lado.

No fue un movimiento de acorralar. Dejó espacio, su cuerpo inclinado, pero sin cerrar el camino; el brazo extendido, pero sin sujetar; la distancia pequeña, pero con una salida obvia si ella quisiera pasar.

La pared fría contrastó con el calor que subió por el cuerpo de Scarlett incluso sin que él la tocara.

— No te estoy pidiendo que lo sepas todo ahora. —Su voz bajó, y la vibración hizo que se le erizara la piel cerca del cuello. — Ni que dejes de sentir miedo.

Mantuvo los ojos en ella. Sin prisa, sin presión. Como si dijera "estoy aquí" sin necesitar usar esas palabras.

— Solo no huyas de mí.

Scarlett sintió que el pecho se le apretaba con tanta fuerza que pareció doler físicamente. Desvió el rostro por instinto, como si mirarlo fuera rendirse. Pero la verdad ya se le había escapado, y no se podía meter de vuelta.

Soltó una risa pequeña y temblorosa, más cerca de un sollozo contenido que de humor.

— Lo dices como si fuera simple.

Hunter respondió con una sonrisa corta. No esa sonrisa ladeada, provocadora, que ponía a Scarlett furiosa en el aula. Era una sonrisa cansada. Real. Una sonrisa que parecía admitir derrota incluso antes de pelear.

— Para mí tampoco lo está siendo.

El silencio volvió, pero no era el mismo silencio de antes. No tenía amenaza. Tenía una especie de acuerdo recién nacido, frágil, tembloroso, pero allí.

Scarlett notó cosas que evitaba notar cuando estaba enfadada con él: el cabello castaño desordenado como si se hubiera pasado la mano por él mil veces; la sombra leve de barba; la respiración demasiado controlada para alguien que decía estar "normal".

Y entonces notó la peor cosa de todas.

Confiaba en él.

No porque él hubiera demostrado algo grandioso. Sino porque, en ese pasillo, con la lluvia cayendo afuera y la mejor amiga durmiendo a dos pasos, Hunter Jones parecía… cuidadoso.

Scarlett no tenía entrenamiento para lidiar con el cuidado.

Tenía entrenamiento para lidiar con presión, con guardias, con gente difícil, con dolor. El cuidado hacía que el suelo desapareciera.

Hunter levantó la mano despacio.

No fue un gesto rápido. Fue deliberado, como si estuviera pidiendo permiso sin decir "¿puedo?". Como si cada centímetro fuera una prueba para ver si ella iba a retroceder.

Scarlett sintió que el cuerpo entero se preparaba para huir.

Pero no retrocedió.

Tal vez por cansancio. Tal vez por curiosidad. Tal vez porque, por primera vez, quería saber cómo era quedarse.

Sus dedos tocaron un mechón de su cabello, solo uno, suelto cerca del rostro. Lo sostuvo entre los dedos como si fuera algo frágil. Casi

como en la mesa exterior de la biblioteca, solo que ahora no había viento ni sol. Solo el pasillo antiguo y la respiración de los dos.

El toque fue demasiado leve para justificar la manera en que el cuerpo de Scarlett reaccionó. Un escalofrío le recorrió la nuca, bajando por la espalda. Su corazón latió más rápido, traidor.

Hunter inclinó el rostro. Despacio.

Scarlett se quedó rígida, y por un segundo creyó que aquello iba a convertirse en el mismo precipicio de la fiesta, boca con boca, urgencia, pérdida de control.

Pero no.

Le dejó un beso en la mejilla.

Leve.

Calmo.

Cariñoso de una manera casi insoportable.

Fue tan diferente de la desesperación del beso en el estacionamiento que la emoción golpeó más fuerte. Como si un gesto pequeño fuera capaz de abrir una grieta en un lugar que Scarlett mantenía sellado desde siempre.

Su mejilla ardió bajo los labios de él, y contuvo la respiración sin darse cuenta. Su mano aún sostenía el mechón de cabello por un segundo más de lo necesario, como si él también estuviera aprendiendo a controlarse.

Cuando se apartó, fue despacio, los ojos aún clavados en ella. Su rostro estaba lo bastante cerca para que Scarlett viera el cambio en la expresión, como si estuviera luchando contra las ganas de hacer más, pero eligiera no hacerlo.

Hunter soltó el mechón de cabello con cuidado, como quien devuelve algo que tomó prestado sin querer.

— Buenas noches, doctora. —La voz salió baja, casi suave.

Scarlett sintió que una sonrisa pequeña nacía sin permiso. Fue solo una comisura de la boca, breve, casi invisible, pero real. Bajó los ojos demasiado rápido, intentando ocultarlo, como si sonreír fuera delatar todo el juego.

Pero Hunter lo vio.

Lo supo porque oyó el mínimo sonido de su respiración cambiar, como si aquello también hubiera alcanzado un lugar dentro de él.

Retrocedió un paso. Luego otro. Las manos volvieron a los bolsillos de la sudadera, un gesto que parecía más autocontrol que comodidad.

Hunter giró el cuerpo para irse, caminando por el pasillo con pasos silenciosos, como si respetara el sueño de los demás, o como si tuviera miedo de cambiar de idea si se quedaba un segundo más.

Scarlett se quedó parada en el mismo lugar, los brazos aún cruzados, solo que ahora no parecían protección.

Parecían un intento desesperado de sujetarse el propio pecho en su sitio.

Escuchó el sonido distante de la lluvia, el zumbido débil de las luces, el eco de sus pasos disminuyendo hasta desaparecer en la curva del pasillo.

Y aun cuando Hunter desapareció por completo…

Scarlett todavía sentía la mejilla caliente donde él la besó.

Como si ese punto en la piel se hubiera convertido en un recordatorio físico de que ya no estaba sola en ese sentimiento desordenado.

Apoyó la espalda en la puerta de la habitación por un segundo, respirando despacio para no hacer ruido, para no despertar a Chloe, para no romper la burbuja frágil que se había formado allí afuera.

Su corazón latía demasiado rápido.

Y, con una claridad aterradora, Scarlett se dio cuenta de que no era solo a Hunter a quien venía evitando.

Era la posibilidad de que, con él, tal vez no existiera huida suficiente.

CAPÍTULO 20

Sosteniendo Mi Mano

La mañana siguiente a aquella conversación en el pasillo no trajo una definición.

Trajo otra cosa.

Scarlett se despertó con la misma rutina apretándole el pecho, la alarma demasiado temprano, el frío del suelo del dormitorio, el olor a pasta de dientes barata en el baño compartido, pero existía un detalle nuevo, incómodo y silenciosamente dulce: la sensación de que alguien, en algún lugar del campus, podría estar pensando en ella.

Intentó ignorarlo. Como siempre hacía cuando una emoción amenazaba con salirse del lugar correcto. Solo que su cuerpo no parecía dispuesto a cooperar. La mejilla aún recordaba el beso leve que Hunter había dejado allí, como si la piel hubiera guardado una marca invisible.

Scarlett cerró el armario con más fuerza de la que necesitaba y se puso la sudadera gris por encima de la cabeza, como si la tela y la rutina pudieran funcionar como escudo.

Chloe, aún acostada, giró el rostro hacia un lado con un ojo abierto.

— Tienes cara de quien fue atropellada por sentimientos. — la voz salió ronca de sueño, pero divertida.

Scarlett agarró la mochila, evitando mirar a su amiga.

— Tengo cara de quien va a ser atropellada por el cronograma de la universidad.

Chloe soltó un sonido que parecía una risa ahogada en la almohada.

— Ajá. ¿Y el cronograma se llama Hunter Jones?

— Chloe.

— Está bien, está bien. — Chloe levantó las dos manos en un gesto de rendición teatral. — Ve a salvar vidas. Y trata de no salvar al quarterback también, porque estoy deseando que sufra solo un poquito.

Scarlett salió sin responder, pero la comisura de la boca traicionó un movimiento mínimo.

En el pasillo, el aire olía a desinfectante y a café quemado que venía del final del piso. Bajó las escaleras con la cabeza ya en el seminario de la mañana, en el capítulo que necesitaba repasar, en la guardia que empezaría más tarde. Intentó aferrarse a lo que era seguro: listas. Tareas. La previsibilidad.

El celular vibró en el bolsillo de la sudadera incluso antes de que cruzara la puerta del edificio.

Fingió que no lo oyó durante tres segundos enteros.

Después, como si fuera solo un reflejo, sacó el aparato.

¿Ya sobreviviste a la guardia de ayer?

— Hunter

Scarlett se quedó parada en medio de la acera, con estudiantes pasando a su alrededor y hojas secas girando en el viento. El

mensaje era simple. No tenía broma. No tenía provocación. Solo… presencia.

El estómago se le apretó de un modo tan inesperado que contuvo la respiración. Y entonces, sin pedir permiso, apareció una sonrisa pequeña.

Miró a su alrededor, como si alguien pudiera haber visto aquello como una confesión.

Escribió despacio, borró, escribió de nuevo.

Sobreviví. Por poco.

¿No deberías estar durmiendo?

Apretó enviar antes de poder arrepentirse. El corazón dio un latido más fuerte, como si acabara de hacer algo prohibido.

Dos segundos después, aparecieron tres puntitos.

Dormí.

Me desperté.

Ahora estoy pensando en una chica de medicina que no sabe dejar de huir.

Scarlett sintió que se le calentaba la cara. Metió el celular en el bolsillo como si eso pudiera borrar la frase. Como si esconderse fuera lo mismo que no sentir.

Caminó más rápido hasta el edificio de medicina, el viento frío golpeándole la cara y la cabeza intentando volver a su sitio.

Pero la frase se quedó con ella durante toda la clase.

Se quedó cuando un profesor hizo una pregunta y ella respondió automáticamente, competente, como siempre. Se quedó cuando anotó un detalle de tratamiento y el lápiz falló por un segundo porque estaba pensando en otra cosa completamente diferente.

Se quedó sobre todo cuando el celular vibró de nuevo, cerca del final del seminario, y ella casi dejó caer el bolígrafo de nervios.

¿Comiste hoy?

Miró la pantalla como si fuera una acusación.

Scarlett se mordió discretamente la parte interna de la mejilla, un hábito antiguo de cuando intentaba controlar la ansiedad.

¿Esto es un interrogatorio?

Los puntitos aparecieron casi de inmediato.

Es cuidado.

Responde.

Podría mentir. Sería tan más fácil mantener las cosas en el mismo lugar de siempre. Solo que algo en ese "responde" no vino como una orden. Vino como alguien intentando sostener una puerta antes de que se cerrara otra vez.

Scarlett soltó el aire despacio.

Aún no.

Entonces te veo en la cafetería en 15 minutos.

Si no vienes, voy ahí a buscarte y armar un escándalo.

El susto hizo que Scarlett mirara hacia los lados, como si Hunter pudiera materializarse de la nada detrás de ella. Escribió rápido, el

corazón corriendo.

No vas a hacer eso.

Soy quarterback.

El escándalo es mi deporte favorito.

Scarlett sintió que se le escapaba una risa, pequeña, casi inaudible. El profesor seguía hablando, y el aula seguía existiendo, pero por un instante ella estaba en otro lugar: en aquel pasillo, en aquella cercanía, en aquella sensación de no tener que explicarse todo el tiempo.

Quince minutos después, intentó convencerse a sí misma de que iba a la cafetería porque necesitaba comer.

No porque quisiera ver a Hunter.

El lugar estaba ruidoso, como siempre, bandejas, sillas arrastrándose, el olor a café y fritura. Scarlett entró sujetando la correa de la mochila como si fuera un ancla. Buscó una mesa vacía, pero no la encontró de inmediato.

Entonces lo vio.

Hunter apoyado cerca del mostrador, aún con ropa de entrenamiento, camiseta oscura marcándole el cuerpo, una botella de agua en la mano. La gorra estaba hacia atrás y el cabello castaño se le escapaba desordenado. Parecía el mismo chico que dominaba todo el campus, pero cuando los ojos azules se encontraron con los de ella, su expresión cambió en un segundo.

Como si la cafetería se hubiera quedado demasiado pequeña.

Hunter levantó la ceja, apareciendo aquella media sonrisa.

— Viniste.

Scarlett se acercó, intentando mantener el rostro neutro.

— Necesitaba comer.

— Claro. — inclinó la cabeza, mirándola como si supiera exactamente lo que ella estaba intentando hacer. — Y yo soy un ejemplo de disciplina.

Ella soltó un sonido entre un suspiro y una risa.

— Eres insoportable.

— Te gusta.

Scarlett abrió la boca para responder, lista para replicar, pero Hunter ya le extendió una bolsa de papel en su dirección.

— Compré esto. Antes de que empezaras a decir que no lo necesitas.

Ella miró la bolsa como si fuera una prueba sorpresa.

— Hunter… yo no lo pedí.

— Lo sé. — dijo, simple. — Come.

Scarlett se quedó inmóvil por un segundo. La voluntad automática de rechazarlo golpeó fuerte — la necesidad de no deberle nada a nadie. Solo que la bolsa era pequeña, cotidiana. Un sándwich y un jugo. Nada que gritara "gran gesto". Era justamente eso lo que la derrumbaba: lo había hecho como si fuera normal cuidar.

La tomó, despacio.

— Gracias.

Hunter no hizo una broma. Solo asintió, como si eso fuera suficiente, y señaló con la cabeza hacia una mesa más apartada.

— Ven. Antes de que alguien la ocupe.

Se sentaron uno frente al otro. Scarlett abrió la bolsa y sintió el olor del pan aún tibio. El estómago le protestó de inmediato, traicionando lo acostumbrada que estaba a ignorar el hambre.

Hunter observó, su mirada yendo a las manos de ella, los dedos con marcas de bolígrafo, las uñas cortas, la forma cuidadosa en que ella desenvolvía el sándwich.

— Estás temblando.

Scarlett se congeló por un segundo y apretó los dedos alrededor de la servilleta.

— No estoy.

Hunter no discutió. Solo inclinó un poco el cuerpo, bajando la voz en medio del ruido de la cafetería.

— Estás cansada.

Scarlett le dio un mordisco al sándwich para no tener que responder. La comida hizo que pasara algo extraño: su cuerpo pareció recordar que era humano. Masticó despacio, intentando no emocionarse por un sándwich comprado por un chico al que juraba odiar.

Hunter tomó una papa frita de su propio plato y la empujó hacia ella sin pedir permiso.

— Comparte.

Scarlett alzó los ojos.

— No me conoces lo suficiente como para creer que yo comparto comida.

Él sonrió, genuino.

— Ah, yo estoy empezando a conocer.

La sonrisa de ella casi apareció. La escondió con otro mordisco.

La conversación no fue grande. No hubo confesión. No hubo promesa.

Hubo quince minutos.

Hunter preguntando cómo había sido el seminario, y Scarlett respondiendo con frases cortas, pero honestas. Scarlett quejándose del profesor más exigente, y Hunter soltando un comentario que la hizo reír de verdad, rápido, como un reflejo. Hunter mirando esa risa como si estuviera guardando el sonido.

Cuando la alarma en el celular de ella pitó, recordándole la próxima clase, Scarlett juntó los papeles y se levantó rápido.

— Necesito irme.

Hunter también se levantó, la silla arrastrándose en el suelo.

— Lo sé.

Scarlett se colgó la mochila al hombro y se giró para salir, pero se detuvo cuando sintió la mano de él tocarle el antebrazo. No la sujetó. Solo la rozó.

El toque fue leve, pero encendió algo en su piel como si fuera un choque.

Hunter bajó la voz, los ojos clavados en los de ella.

— Come el resto después, ¿sí?

Scarlett tragó en seco.

— Sí.

Él la soltó. La dejó ir. Y ese "dejar" era, de algún modo, más pesado que si hubiera insistido.

En los días siguientes, aquello se volvió una especie de rutina secreta.

Mensajes a media mañana.

¿Estás estudiando o entrando en pánico?

Respuestas cortas durante el descanso.

Las dos cosas.

Hunter mandando foto del plato horrible del comedor del centro deportivo con la leyenda:

Esto es un crimen. ¿Lo denuncias en tu hospital?

Scarlett escribiendo "eres dramático" y sonriendo sola antes de apretar enviar.

A veces él aparecía de la nada, apoyándose en el marco de la puerta de la biblioteca como si solo estuviera pasando. Siempre la misma excusa, la misma mirada insistente.

— Tenemos que terminar aquel trabajo.

Scarlett ya ni fingía irritación bien.

— Hunter, prácticamente ya lo terminamos.

Él se encogía de hombros, dejando la mochila en la silla a su lado, como si ese lugar hubiera estado reservado desde hacía meses.

— Se puede mejorar.

Y se quedaba.

No para mejorar el trabajo, Scarlett se dio cuenta con una claridad aterradora. Se quedaba para observarla subrayando frases, para oírla murmurar diagnósticos, para ver la forma en que se recogía el pelo cuando estaba nerviosa.

Él hacía preguntas. A veces pertinentes. A veces solo para sacar conversación.

— ¿Por qué muerdes la tapa del bolígrafo cuando estás pensando?

Scarlett se sacaba el bolígrafo de la boca en ese mismo momento, casi ofendida.

— Yo no muerdo.

Hunter señalaba con la barbilla, divertido.

— Estás mordiendo ahora.

Ella ponía los ojos en blanco, pero no conseguía evitar que la comisura de la boca se le levantara.

Otro día, un chico del curso de medicina, uno de los compañeros que Scarlett conocía de vista, de esos que vivían en grupo, se detuvo al lado de la mesa para preguntar sobre una materia. Nada del otro mundo. Una duda rápida, una conversación normal.

Scarlett explicó con la paciencia automática de quien ya se había enseñado eso a sí misma mil veces. Mientras hablaba, notó a Hunter demasiado callado a su lado. Su aire había cambiado. La postura relajada se volvió rígida.

El chico dio las gracias y se fue.

Scarlett volvió al libro.

Hunter aún estaba mirando hacia el pasillo por donde el chico había salido, la mandíbula tensa.

— ¿Qué pasa?

Hunter parpadeó, como si volviera al presente.

— Nada.

Scarlett esperó, sabiendo que él no era bueno en "nada".

Él señaló el cuaderno de ella, como si cambiara de tema a la fuerza.

— ¿Eso es pediatría?

— Sí.

— A ti… de verdad te gusta eso. — dijo, bajo, como si fuera un descubrimiento.

Scarlett se quedó unos segundos en silencio, el bolígrafo quieto sobre el papel.

— Me gusta. — respondió simplemente.

Hunter asintió despacio, y por un momento pareció más viejo que todos en el campus. Como si entendiera el peso detrás de esa palabra.

Después, cuando Scarlett agarró el celular para responder un mensaje de Chloe, Hunter preguntó demasiado casual:

— ¿Y Daniel?

Scarlett alzó los ojos, desconfiada.

— ¿Daniel qué?

Hunter movió su propio lápiz, como si fuera irrelevante.

— Ese tipo de medicina. — dijo, y su voz intentó sonar neutra, pero falló en la última sílaba.

Scarlett sintió una punzada de diversión que intentó esconder.

— Es mi compañero.

— Ajá.

— ¿Por qué preguntas?

Hunter por fin la miró.

— Estoy preguntando.

Scarlett inclinó la cabeza.

— ¿Estás celoso?

Hunter soltó una risa corta, incrédula, como si ella hubiera dicho algo absurdo.

— ¿Celoso? ¿Yo? — se recostó en la silla, recuperando la máscara. — Scarlett, yo soy el tipo al que le piden autógrafos en el baño del estadio.

— Eso no fue una respuesta.

Hunter apretó los labios por un segundo y abrió una sonrisa lenta, peligrosa.

— No estoy celoso. — dijo. — Solo que no me gusta ver a gente acercándose a lo que es mío.

El corazón de Scarlett tropezó dentro del pecho.

Cerró el libro con más fuerza de la necesaria.

— Yo no soy tuya.

La sonrisa de él disminuyó. La expresión se volvió seria a un nivel que Scarlett no esperaba.

— Lo sé. — respondió, bajo. — No te estoy metiendo en una caja, doctora. Yo solo… — se detuvo, como si buscara palabras que no sabía usar. — Me gusta tenerte cerca.

Scarlett se quedó inmóvil. La biblioteca pareció volverse más silenciosa, como si el universo hubiera notado la frase.

Hunter apartó la mirada primero, como si también lo hubiera golpeado lo que dijo.

— Vuelve al trabajo. — murmuró, forzando ligereza. — Antes de que haga alguna estupidez.

Scarlett volvió, pero sus manos ya no estaban tan firmes.

A medida que pasaban los días, el campus empezó a notarlo.

No fue un anuncio. No fue una foto. No fue nada oficial, porque ellos no eran oficiales.

Fue repetición.

Hunter Jones sentado al lado de Scarlett en la cafetería, como si ese lugar fuera suyo también.

Hunter apoyándose en la mesa de ella en la biblioteca, inclinando el cuerpo para oírla hablar y quedándose demasiado cerca para alguien que "solo estaba estudiando".

Hunter caminando a su lado por el césped principal, la mochila colgada de un solo hombro, los ojos siempre acompañando el ritmo de ella como si estuviera calibrando su propio paso al de ella.

Los susurros empezaron con cuidado. Como si la gente tuviera miedo de decirlo demasiado alto y romper algo.

En la fila del café, Scarlett oyó a dos chicas detrás de ella, susurrando como si fuera un chisme prohibido.

— ¿Es ella?

— ¿La chica de medicina?

Scarlett sintió que se le quemaba la cara. La voluntad inmediata fue desaparecer, encogerse, volverse invisible otra vez. Bajó la cabeza, fingiendo buscar algo en la mochila.

Pero Hunter, a su lado, se tensó. Su cuerpo cambió en un segundo, como si su presencia ocupara aún más espacio.

Scarlett no miró, pero lo sintió. Sintió la mirada de él atravesando a las dos chicas sin necesitar una palabra.

Cuando ellas pasaron, una de ellas aún lanzó una mirada rápida a Scarlett, de arriba abajo, curiosa, evaluando.

Scarlett tragó en seco.

Hunter se inclinó un poco, el tono lo bastante bajo para que solo ella lo oyera.

— ¿Estás bien?

Ella asintió demasiado rápido.

— Sí.

Hunter no sonrió. No provocó. Solo se quedó más cerca. Sin tocar. Pero cerca como si fuera una barrera silenciosa entre ella y el resto del mundo.

Fue así como Scarlett se dio cuenta de otra cosa: Hunter no la estaba exhibiendo.

Él no convertía los encuentros en espectáculo.

No existía publicación. No existía frase lo bastante alta como para llamar la atención. No existía beso en público para "marcar territorio".

Existía solo la manera en que él aparecía.

Y se quedaba.

Como si no tuviera prisa por convencer a nadie más que a ella.

Aquella tarde en particular, el cielo estaba dorado de una forma que hacía que el campus pareciera un escenario de película. Scarlett salió de la biblioteca con el peso familiar de la mochila y el peso diferente de las miradas.

Hunter salió a su lado, las manos en los bolsillos de la sudadera oscura. Acababan de repasar las últimas partes del trabajo, o, al menos, fingir que las repasaron mientras intercambiaban provocaciones leves y silencios que ya no dolían.

En cuanto pusieron el pie en la zona más concurrida del campus, Scarlett lo sintió. Era casi físico.

Gente pasando en grupos, riendo alto, y aun así la sensación de que el aire abría espacio a su alrededor. Como si la presencia de Hunter atrajera la atención por gravedad.

Algunos jugadores del equipo estaban cerca del césped, riendo y empujándose. Cuando vieron a Hunter, dos de ellos abrieron sonrisas provocativas.

Uno de ellos dijo algo que Scarlett no oyó, pero vio el gesto, un levantar de ceja, una mirada rápida hacia ella, como quien dice es ella misma.

Scarlett apretó la correa de la mochila. El estómago se le contrajo.

Odiaba que la vieran.

Hunter siguió caminando, pero su mirada barrió el ambiente con calma. No como quien busca pelea. Como quien lo registra todo.

Scarlett se dio cuenta de que estaba caminando ligeramente detrás de él sin notarlo. Como si inconscientemente quisiera usar el cuerpo de él como escudo.

Se obligó a alinear el paso.

— Hay mucha gente hoy. — dijo, intentando sonar casual, pero su propia voz delató un nerviosismo leve.

Hunter miró hacia adelante, pero respondió como si hubiera oído el detalle escondido, no la frase.

— Lo sé.

Una chica pasó junto a ellos y miró directo a Hunter, una sonrisa automática lista en la boca. Lanzó una mirada rápida a Scarlett, corta, afilada, y siguió, como si hubiera perdido un juego que no sabía que estaba jugando.

Scarlett sintió que se le apretaba el pecho, no por celos exactamente. Por inadecuación.

Ella no se parecía a ellas. No se movía como ellas. No sabía existir en ese tipo de atención.

Tragó en seco e intentó mantener la mirada en el camino, pero la sensación de ser observada empezó a subirle por la piel como fiebre.

— Yo… — empezó Scarlett, pero no terminó. Ni siquiera sabía qué iba a decir.

Hunter bajó un poco el ritmo, solo lo suficiente para caminar exactamente a su lado. Su mano salió del bolsillo despacio, como si cada movimiento fuera una pregunta silenciosa.

Scarlett lo vio primero con el rabillo del ojo. La mano de él bajando, relajada, los dedos grandes, la palma ligeramente hacia arriba.

No dijo nada.

No pidió.

Solo se acercó.

Lo bastante despacio para que ella retrocediera si quisiera.

El corazón de Scarlett se aceleró como si acabara de oír un trueno. Miró la mano de él por un segundo largo, la garganta cerrándose.

Todo su instinto antiguo gritó para protegerse. Para no darle al campus un motivo. Para no exponerse. Para no convertirse en tema.

Pero había otra cosa ahí ahora, más fuerte que el miedo: el recuerdo del pasillo. De la forma en que él esperó. De la forma en que no presionó. De la forma en que había dicho, con aquella sinceridad peligrosa, que no quería que ella huyera.

Scarlett dejó que la mochila se le resbalara un poco en el hombro, soltando la mano que apretaba la correa.

Sin hacer escena.

Sin mirar alrededor.

Solo… eligiendo.

Puso su propia mano en la de él.

Los dedos de Hunter se cerraron con una firmeza calmada, no como quien atrapa, sino como quien sostiene. Entrelazó los dedos con los de ella de manera natural, como si ya supiera exactamente el encaje.

Scarlett sintió la temperatura de él atravesarle la piel como una ola caliente. La palma de él era áspera de entrenamiento, y eso debería molestar. Pero no molestó.

La hizo respirar mejor.

Por un segundo, el campus entero pareció desaparecer, como si el toque creara un pequeño espacio seguro en medio de la multitud.

Hunter no la miró de inmediato. Siguió caminando, la cabeza erguida, el cuerpo relajado, como si aquello fuera lo más obvio del mundo.

Pero Scarlett notó el detalle que nadie más vería: el pulgar de él haciendo una caricia lenta en el dorso de la mano de ella, casi imperceptible, como si dijera está todo bien sin sonido.

Contuvo la respiración cuando oyó, detrás, un susurro más alto de lo que debería.

— Dios mío, es ella misma.

Scarlett sintió que se le calentaba la cara otra vez. Las ganas de soltarle la mano vinieron como un reflejo.

Pero Hunter apretó un poco más. Un recordatorio silencioso. Una elección repetida.

Ella levantó la barbilla, solo un poco. No porque se hubiera vuelto valiente de la nada, sino porque la mano de él estaba ahí, firme,

diciéndole al mundo lo que Scarlett no sabía decir en voz alta.

Uno de los jugadores del equipo silbó bajo cuando Hunter pasó. Otro se rió, provocativo.

— ¡Por fin, Jones!

Hunter ni siquiera giró la cara. Solo levantó la mano libre en un gesto perezoso, como quien manda callar sin necesitar palabras.

Scarlett lo miró, sorprendida por la naturalidad. Por la falta de vergüenza. Por la certeza tranquila.

Hunter por fin giró el rostro hacia ella. Los ojos azules se encontraron con los de ella en medio de aquel caos, y la sonrisa que apareció no era la de provocación.

Era pequeña. Casi íntima.

— ¿Mejor? — preguntó, bajo.

Scarlett tragó en seco, sintiendo el corazón latirle en el cuello.

— Mejor. — admitió, con la voz saliendo más débil de lo que le gustaría.

Hunter asintió como si eso fuera lo único que importaba. Y siguió caminando, sin prisa, sosteniéndole la mano como si no existiera nada más que demostrar.

Scarlett sintió un tirón en el pecho que no era miedo.

Era otra cosa.

Porque el toque de él en público no era solo toque. Era un anuncio silencioso, peligroso y demasiado bonito: Hunter Jones le estaba diciendo a todo el campus, sin decir una palabra, que la había elegido a ella.

Y, por primera vez, Scarlett no sintió ganas de desaparecer.

Le apretó los dedos de vuelta.

Como si dijera: yo también estoy aquí.

CAPÍTULO 21

Cuando la Luz se Apagó

Después de que dejaron de huir el uno del otro, el campus pareció cambiar de textura.

No se volvió más silencioso, la universidad nunca lo era, pero la presencia de Hunter Jones empezó a aparecer en los intervalos de la vida de Scarlett como si él hubiera aprendido a encajar. Sin invadir. Sin explotar. Solo… apareciendo.

Entre una clase y otra, en la fila de la cafetería, ella sentía una mirada incluso antes de levantar la cabeza. Cuando alzaba los ojos, allí estaba él, sudadera oscura, el pelo aún húmedo de la ducha después del entrenamiento, la mochila colgada de un solo hombro como si ese peso no fuera nada. Y la sonrisa venía pequeña, contenida, como si hubiera descubierto que no necesitaba gritar para ser notado.

— ¿Comiste hoy? — preguntaba, como si fuera un detalle banal, como si no fuera demasiado íntimo que a alguien le importara.

Scarlett casi siempre respondía con irritación de fachada.

— Sobreviví, eso cuenta.

Él soltaba una risa baja, rozaba su rodilla con la de ella suavemente mientras esperaban el pedido y, cuando la dependienta llamaba el nombre de ella, Hunter ya estaba extendiendo la mano para coger el

vaso como si fuera natural. Como si lo hubieran entrenado para compartir ese tipo de cosas.

A veces aparecía a la salida de los seminarios de medicina, donde el pasillo siempre olía a rotulador de pizarra y ansiedad. Scarlett salía con la cabeza doliéndole de tanto pensar, la bata doblada en el brazo, y encontraba a Hunter apoyado en una columna, trasteando con el móvil con una paciencia que ella nunca le había visto.

— ¿Cuánto tiempo llevas esperando? — preguntaba ella, apretando los libros contra el pecho.

— El tiempo suficiente para oír a tres personas discutir "diagnóstico diferencial" como si fuera final de campeonato — respondía, serio, y entonces lo rompía con una sonrisa. — Y el tiempo suficiente para estar seguro de que no vas a salir de aquí y olvidarte de respirar.

Scarlett ponía los ojos en blanco. Pero el pecho se le calentaba en un lugar peligroso.

Porque Hunter seguía siendo Hunter, el quarterback, el centro de las miradas, el tipo que todo el mundo conocía, solo que con ella había una versión diferente: una que aceptaba esperar fuera de una sala llena de futuros médicos, una que se tragaba su propio orgullo para caminar a su ritmo, una que no hacía bromas cuando veía el cansancio estampado en su cara.

Fue en el hospital universitario donde Scarlett entendió, de verdad, el esfuerzo.

Aquella semana parecía haber sido construida para romperla: guardias nocturnas, un examen programado demasiado temprano, un seminario que exigía una lectura que ella no tenía tiempo de hacer, pacientes que no dormían, monitores que pitaban sin misericordia. El hospital, de noche, era otra ciudad, una hecha de luces frías, pasos apresurados y voces susurradas. El olor a antiséptico se pegaba a la piel como una segunda ropa.

Aquella noche en específico, el reloj en la pared marcaba una hora que parecía inventada: demasiado tarde para ser noche, demasiado temprano para ser mañana. Scarlett estaba sentada en el mostrador de la enfermería con una pila de historiales delante, el portátil abierto y un café que ya había perdido cualquier voluntad de ayudar.

El moño flojo amenazaba con desmoronarse. Un mechón ondulado insistía en caerle en la cara, y ella lo empujaba hacia atrás con el dorso de la mano, dejando una mancha de tinta de bolígrafo en la piel clara. Los ojos le ardían, no de llorar, sino de cansancio puro, ese que seca por dentro.

Leía un historial, subrayaba una información, volvía a la página anterior como si el cerebro hubiera olvidado lo que acababa de ver. Su letra, generalmente firme, empezaba a salir ligeramente torcida en las anotaciones.

Una enfermera pasó con pasos ligeros, miró por encima de su hombro y murmuró con simpatía:

— ¿Todavía estás aquí, Scarlett?

— Por desgracia — respondió, e intentó sonreír. La sonrisa salió pequeña, demasiado cansada para ser convincente.

La enfermera rió bajito y siguió.

Scarlett volvió al historial, parpadeando despacio para apartar el peso de los párpados. El silencio del pasillo se rompía por un pitido distante, una puerta que se cerraba con cuidado, el chirrido de un carrito de metal empujado despacio.

Fue entonces cuando oyó pasos diferentes, más pesados, más firmes, como de alguien que no pertenecía del todo a aquella coreografía silenciosa del hospital.

Antes de que pudiera girarse, una voz conocida, demasiado baja para el tamaño del dueño, surgió detrás de ella:

— ¿Vives en este hospital?

El cuerpo de Scarlett reaccionó antes que la mente.

Se giró rápido, el bolígrafo casi cayéndosele de la mano. El corazón dio un salto que no combinaba con el cansancio.

Hunter estaba en la entrada de la enfermería como si aquel lugar no pudiera expulsarlo. Sudadera oscura, pantalón deportivo, el pelo revuelto de quien acaba de pasarse la mano por él sin éxito. Había una sombra de agotamiento en los ojos azules, pero también algo más cálido, más atento. Sostenía una bolsa de comida en una mano y dos vasos de café en la otra.

Por un segundo, Scarlett no pudo decir nada.

Todo el hospital pareció encogerse hasta caber solo en aquel detalle: Hunter Jones allí, en su mundo, cargando comida como si fuera la misión más obvia del planeta.

— ¿Qué tú… — la voz le falló, y se aclaró la garganta. — ¿Cómo entraste aquí?

Hunter alzó una ceja, como si la pregunta fuera graciosa.

— Tengo piernas. Y el suficiente encanto para convencer a recepción de que no era una amenaza. — Dio dos pasos hacia dentro, bajando aún más la voz al ver el cartel de silencio en la pared. — Y conozco a alguien que conoce a alguien. El fútbol americano tiene… beneficios sociales.

Scarlett parpadeó, intentando mantener la irritación.

— Esto es totalmente inapropiado.

— Lo sé. — Se acercó al mostrador y, con cuidado, dejó la bolsa al lado de su ordenador, sin tocar los historiales. Luego colocó los dos cafés al lado, alineados, como si intentara no estorbar. — Pero te olvidaste de responder a mi mensaje.

Giró la muñeca y miró el reloj como si fuera un delito repetido.

— Otra vez.

Scarlett sintió que se le calentaba la cara. Abrió la boca para defenderse, y la frase salió con un cansancio que dolió admitir:

— Estaba ocupada salvando vidas.

Hunter arqueó una ceja, la comisura de la boca elevándose.

— Y yo salvándote a ti de morirte de hambre.

Scarlett miró la bolsa como si fuera un insulto y un regalo al mismo tiempo.

— No iba a morirme.

— Estás temblando de cansancio — respondió, simple, como si estuviera señalando un hecho del historial. — Y te tomaste eso — señaló con la barbilla su café frío — cuando todavía existían dinosaurios.

Quiso decir "no es asunto tuyo". Quiso. La frase ya estaba lista en la lengua.

Pero lo que salió fue solo un suspiro.

Hunter arrastró la silla del otro extremo del mostrador y se sentó con un cuidado extraño para alguien de su tamaño. La sudadera se tensó en los hombros, su brazo rozó levemente el borde de la mesa, y se quedó allí como si su vida incluyera, sí, aquel mostrador de enfermería iluminado por luz fría.

— ¿Qué hay ahí? — preguntó Scarlett, intentando parecer indiferente.

— Comida de verdad. — Abrió la bolsa y sacó un envase, luego otro. — Le pregunté a Mary qué te gusta.

El corazón de Scarlett hizo un movimiento idiota dentro del pecho.

— ¿Le preguntaste a Mary?

— Ajá. — Empujó uno de los envases hacia ella. — Me amenazó si compraba cualquier cosa con sabor a cartón. Así que… sándwich de pavo con queso extra. Y una sopa. Porque dijo que vives olvidándote de que tu cuerpo también necesita funcionar, no solo tu cerebro.

Scarlett se quedó mirando la comida, y por un instante le entraron ganas de llorar de la nada, una ola rápida, ridícula, que se tragó deprisa.

Cogió el envase como si fuera solo un ítem más que resolver.

— Esto es… — buscó la palabra, odiando que "gracias" pareciera demasiado pequeña. — No hacía falta.

Hunter se encogió de hombros, pero su mirada se quedó clavada en la cara de ella demasiado tiempo.

— Lo sé. — Y entonces, como si necesitara dejarlo claro: — Quise hacerlo.

Scarlett apartó la mirada, abriendo el sándwich. El olor de comida caliente, de algo recién hecho, invadió la enfermería y pareció borrar el antiséptico por un segundo. Dio un mordisco casi sin darse cuenta de lo hambrienta que estaba.

Hunter la observó comer con una expresión que era casi… satisfecha. No como un tipo que ganó algo, sino como alguien que

respiró aliviado al ver a otra persona dejar de maltratarse durante cinco minutos.

— Me estás mirando — murmuró Scarlett, con la boca llena, lo que la hizo sonar menos amenazante de lo que pretendía.

— Estoy comprobando si eres real — respondió.

Ella frunció el ceño.

— ¿Cómo así?

Hunter apoyó el codo en la mesa, la mano demasiado cerca de la cara de ella, y bajó aún más la voz.

— Pareces que nunca te apagas. Pensé que quizá solo fueras… una proyección de bata y ojeras que aparece para atormentar a los alumnos de educación física.

Scarlett soltó una risa corta, sin querer. La risa salió ronca, cansada, pero fue una risa. Odió lo fácil que él le sacaba eso.

— Eres idiota.

— Soy funcional — corrigió. — Y persistente. — Hizo una pausa. — Termina eso. Luego vuelves a tus historiales.

Ella tragó, limpiándose la punta del dedo en una servilleta.

— ¿Te vas a ir?

Hunter parpadeó despacio, como si la pregunta lo hubiera alcanzado en el lugar correcto.

— ¿Quieres que me vaya?

Scarlett contuvo la respiración medio segundo, el corazón latiendo más rápido de lo que la lógica permitía.

— ¿No deberías estar durmiendo? Tienes entrenamiento.

— Lo sé. — Se inclinó para coger uno de los cafés y empujó el otro hacia ella. — Este es para ti. Y yo… yo solo quería verte. Un minuto.

La frase quedó en el aire, simple, pero pesada como una promesa.

Scarlett abrió la tapa del café y el olor caliente, dulce, subió y trajo una sensación casi doméstica dentro del hospital. Bebió un sorbo y cerró los ojos por instinto, como si el cuerpo dijera gracias antes de que ella pudiera impedirlo.

Cuando abrió los ojos, Hunter estaba mirando como si aquello hubiera sido lo más bonito que vio en el día.

— No pongas esa cara — se quejó Scarlett, sin fuerza.

— ¿Qué cara?

— Esa… — gesticuló con el bolígrafo, irritada por no tener vocabulario para la intimidad. — De… yo qué sé.

Hunter sonrió pequeño.

— De "me gustas".

Scarlett se atragantó un poco con el café, tosiendo rápido para no hacer ruido. Hunter contuvo una risa, los ojos brillando con malicia contenida, pero sin crueldad.

— Eres imposible — susurró ella, recuperando el aliento.

— Soy honesto — replicó. — Y te ves preciosa cuando intentas fingir que no estás sintiendo nada.

Scarlett bajó la mirada al historial como si pudiera esconderse detrás de líneas de texto. El papel temblaba un poco entre los dedos, y lo odió.

— Deberías irte — dijo, demasiado firme para compensar lo que temblaba por dentro.

Hunter asintió, pero no se levantó de inmediato. Se quedó allí, unos segundos, como si estuviera grabando la escena: Scarlett bajo luz fría, el pelo revuelto, guardando su propio agotamiento en pequeños gestos; el hospital casi vacío; la madrugada afuera.

— ¿Te recojo cuando salgas? — preguntó, casual, como si estuviera hablando de pedir prestado un libro.

Scarlett alzó los ojos rápido.

— No necesito que me recojas.

— Lo sé — repitió, y había algo terco y suave en eso. — Pero puedo.

Ella no respondió. Y, en aquel silencio, Hunter entendió que era un sí que ella no conseguía decir.

Por fin se levantó, recogió la bolsa vacía, la tiró a la basura al lado del mostrador. Antes de irse, rozó con la punta de los dedos el dorso de la mano de ella, un toque rápido, casi accidental, pero demasiado cálido.

— No desaparezcas — murmuró.

Scarlett sintió que se le apretaba el pecho con una ternura que la asustó.

— Yo estoy… aquí — respondió, mirando alrededor, como si el hospital fuera una excusa.

Hunter inclinó la cabeza, los ojos azules sosteniendo los de ella.

— Ya sé dónde estás. Estoy hablando de ti.

Y entonces se fue, pasos pesados perdiéndose en el pasillo.

Scarlett se quedó mirando la puerta demasiado tiempo, la mano aún sintiendo el calor donde él la tocó. Cuando volvió al historial, su letra salió un poco menos torcida. O quizá era solo el corazón que había despertado.

Los días siguientes se apilaron con la misma brutalidad de siempre, pero ahora había pequeñas interrupciones que hacían que la rutina pareciera menos solitaria.

Un mensaje en medio de un seminario: "Bebe agua."

Un café dejado en la mesa de la biblioteca con una nota doblada: "Te enfadas, pero estás mejor con cafeína."

A veces aparecía en el hospital otra vez, no siempre con comida, a veces solo con un "¿sigues viva?" susurrado al lado del mostrador, y un beso rápido en la frente cuando ella lo dejaba.

Scarlett descubrió que Hunter tenía un tipo específico de cuidado: no exigía conversación cuando ella no tenía fuerzas, no hacía preguntas largas cuando su cerebro estaba al límite. Solo se quedaba. Como si su presencia pudiera sostener una parte del peso.

Y entonces llegó una noche en que su cansancio estaba tan alto que parecía zumbar.

La guardia se había arrastrado. Casi las dos de la mañana. Scarlett salió del hospital con la bata abrazada al cuerpo como si fuera un escudo contra el viento frío. El aparcamiento estaba húmedo por la llovizna, las luces amarillas reflejándose en el asfalto, y el campus al fondo parecía otro planeta, oscuro, quieto, distante.

Bajó los escalones de la entrada principal despacio, sintiendo las piernas como si no fueran exactamente suyas. El aire frío le golpeó la cara y le trajo un poco de conciencia.

Fue entonces cuando lo vio.

Hunter apoyado en el coche, manos en los bolsillos, la capucha de la sudadera echada hacia atrás. Su cara estaba cansada, seria, sin el teatro del campus, sin la sonrisa fácil. Parecía haber venido directo de algún lugar que también le exigió demasiado.

Scarlett se detuvo a mitad de camino, como si el cuerpo necesitara confirmar que no era una alucinación.

— ¿Estás loco? — soltó antes de pensar, la voz ronca de madrugada.

Hunter alzó la mirada. Los ojos azules encontraron los de ella con una tranquilidad que no combinaba con la hora.

— Probablemente.

Scarlett miró la hora en el móvil con rabia, como si la hora fuera culpa de él.

— Son casi las dos de la mañana.

— Lo sé.

— No hacía falta que te quedaras aquí esperándome.

Hunter se despegó del coche y dio dos pasos hacia ella. Cuando se detuvo, estaba lo bastante cerca como para que ella sintiera su olor, jabón, lluvia suave, y algo que era solo Hunter.

— Lo sé — repitió, y la repetición parecía una firma suya ahora. — Pero quise.

Scarlett apretó la bata con más fuerza, intentando contener el temblor que no era solo frío. Le sostuvo la mirada, buscando la broma, la provocación. No la encontró.

— ¿Nunca duermes? — preguntó, más bajo.

Hunter soltó una risa corta, sin humor.

— Duermo. Solo… no hoy.

Inclinó un poco la cabeza, observando sus ojeras, la forma en que ella parecía más pequeña en aquel abrigo grande.

— Ven — dijo, y no fue una orden. Fue una invitación.

Scarlett caminó a su lado hasta el coche. Él le abrió la puerta, y eso aún la tomaba desprevenida, la manera en que hacía cosas antiguas y simples, como si ella mereciera cuidado sin tener que pedirlo.

Mientras él rodeaba el coche para entrar por el otro lado, Scarlett miró el hospital detrás, las ventanas iluminadas, su mundo que no se detenía nunca. Y luego miró a Hunter entrando en el coche como si aquel lugar, aquella hora, también formara parte de su mundo ahora.

Durante el camino hasta la residencia, Hunter condujo con una mano en el volante y la otra descansando cerca del cambio. El silencio entre ellos no era incómodo; era suave, lleno de lluvia golpeando el parabrisas y de la respiración de ella por fin desacelerando.

Cuando aparcaron frente a la residencia femenina, Hunter no apagó el coche de inmediato. Se quedó mirando al frente un segundo, como si estuviera reuniendo valor para algo que no tenía nada que ver con el fútbol.

Scarlett, con la mano en la manija, lo miró.

— Gracias — dijo, y la palabra no era solo por el trayecto.

Hunter giró la cara y la miró como si su gratitud fuera peligrosa.

— De nada, doctora.

Ella vaciló. Quería salir. Quería quedarse. Su cuerpo no sabía cuál era el camino más seguro.

Hunter pareció sentirlo. Levantó la mano despacio, como siempre hacía ahora, dando tiempo, dejando espacio, y tocó un mechón suelto de su pelo, acomodándolo detrás de la oreja con un cuidado que dolía.

Scarlett contuvo la respiración. No huyó.

Hunter inclinó el rostro y besó la boca de ella.

Esta vez no hubo prisa, ni desesperación, ni el miedo del aparcamiento. Fue un beso lento, firme y calmado, como si estuviera diciendo sin palabras: estoy aquí, no me voy a ir, voy a tu ritmo.

Scarlett respondió.

Su cuerpo se inclinó hacia él antes de que la mente tuviera tiempo de complicarlo. Su mano subió y sujetó suavemente su sudadera, los dedos agarrando la tela como si aquello fuera un ancla. Hunter profundizó el beso con cuidado, la otra mano apoyándose en la cintura de ella lo justo para acercarla, pero sin sujetarla nunca.

Cuando se separaron, fue con la respiración mezclada y los ojos de ella aún cerrados un segundo, como si necesitara tiempo para volver al mundo.

— Buenas noches — susurró Scarlett, y su voz sonó diferente. Más baja. Más verdadera.

Hunter no respondió de inmediato. Solo la miró con una intensidad tranquila que siempre la desarmaba.

— Buenas noches, Scarlett.

Ella salió del coche y entró en la residencia con el corazón latiendo a un ritmo que no combinaba con la hora. Y, por primera vez, el agotamiento no parecía solo peso. Parecía también… algo vivo.

Las pequeñas escenas se fueron acumulando como fotos escondidas: cafés compartidos, mensajes de madrugada cuando ella estudiaba, Hunter esperando fuera del edificio de medicina, Scarlett asistiendo discretamente a un entrenamiento y descubriendo que él siempre miraba hacia las gradas incluso cuando no había nadie importante allí, hasta que ella estaba.

Cuando Scarlett se daba cuenta, Hunter ya se había vuelto parte de su rutina del mismo modo que los rotuladores, la bata y la culpa. Y eso era lo más peligroso: parecía natural.

El viernes por la noche, la residencia femenina se quedó silenciosa de una manera diferente. Chloe se había ido más temprano para visitar a la familia, y el espacio parecía más grande sin su energía llenando cada rincón.

Afuera, la lluvia empezó fuerte, espesa, golpeando la ventana como si alguien insistiera en entrar. La lámpara dejaba el cuarto en una luz baja y cálida, una burbuja contra el resto del campus.

Scarlett estaba sentada en la cama con ropa cómoda, un short suave y una camiseta ancha, las anotaciones abiertas sobre las piernas. Los ojos iban y volvían por las líneas, pero el cerebro insistía en escaparse. Con cada trueno a lo lejos, apretaba el bolígrafo con un poco más de fuerza.

Hunter estaba a su lado, tumbado boca arriba, trasteando con el móvil como si intentara fingir distracción. Pero Scarlett veía cuando él dejaba de deslizar la pantalla y simplemente se quedaba allí, sintiendo su presencia. Como si eso fuera suficiente.

— ¿Estás estudiando o torturando ese papel? — preguntó, sin apartar los ojos del móvil.

Scarlett soltó un sonido que era casi una risa.

— Si no apruebo este examen, me muero.

Hunter giró la cara lentamente para mirarla.

— No te vas a morir.

— Sí, me voy. De vergüenza.

— Entonces voy a dar un discurso en tu funeral — dijo, demasiado serio para ser serio. — "Fue una gran médica. Y una gran pesada."

Scarlett le lanzó una almohada. Hunter la atrapó en el aire con facilidad, como si aquella coordinación fuera humillante.

— Cierra eso — dijo, ahora más bajo, observando sus ojeras como si fueran prueba. — Tienes toda la cara aplastada de cansancio.

— Siempre tengo la cara aplastada de cansancio.

— Entonces hoy puedes ser aplastada de otra manera — soltó, y su mirada se oscureció de un modo rápido, peligroso.

Scarlett sintió que se le calentaba la cara de inmediato.

— Hunter.

Él sonrió, demasiado inocente para alguien que claramente no lo era.

— Estoy bromeando. — Y entonces, más sincero: — Ven aquí.

Scarlett dudó solo por costumbre. Por miedo a necesitar a alguien. Por miedo a que le gustara. Pero el cansancio venció al valor, y cerró las anotaciones con un suspiro, dejando el bolígrafo en la mesita de noche.

Cuando se acercó, Hunter abrió el brazo como si ya lo esperara. Como si su cuerpo supiera el lugar de ella antes de que ella decidiera.

Scarlett se tumbó a su lado y, despacio, encajó la cabeza en su pecho. El corazón de Hunter latía firme, calmado, como si su mundo por fin tuviera un ritmo que no fuera carrera y grito. Oyó su respiración y sintió el olor de su perfume mezclado con tela limpia y lluvia.

El cuarto se volvió cálido, íntimo, protegido por una luz pequeña y por el sonido de la tormenta allá afuera.

Hunter empezó a acariciarle el pelo con los dedos, distraído, como si fuera un reflejo. Scarlett cerró los ojos, dejando que el cuerpo descansara en aquel contacto. Era extraño cómo algo tan simple, un toque, una presencia, podía desarmar tanta tensión acumulada.

Oyó un trueno más fuerte que los otros, cerca, haciendo vibrar levemente la ventana.

— Esta lluvia quiere derribar la universidad — murmuró Scarlett, la voz amortiguada en su pecho.

— Si la derriba, yo te salvo — respondió Hunter, y su humor parecía una manta.

Scarlett soltó una risa pequeña, casi inaudible. La risa murió cuando otro trueno retumbó, y, un segundo después, las luces parpadearon.

La lámpara parpadeó una vez, dos.

Y entonces se apagó.

El cuarto se sumergió en una oscuridad completa, pesada, interrumpida solo por el sonido de la lluvia y la respiración de los dos.

Scarlett se sobresaltó involuntariamente, el cuerpo tensándose en su pecho.

— Dios mío — soltó, y la risa que vino después fue nerviosa, fina. — Esta universidad necesita arreglar ese cableado.

Otro trueno estalló a lo lejos, y el sonido pareció entrarle por el pecho.

Scarlett suspiró, intentando parecer tranquila.

— Es tan antigua que siempre se va la luz cuando llueve mucho.

En la oscuridad, Hunter rió bajo. Su risa vibró en el pecho de ella y le erizó la piel.

— Está todo bien.

Movió el brazo alrededor de ella, atrayéndola un poco más cerca. Su voz salió aún más baja, demasiado cerca, como si la oscuridad hubiera reducido la distancia entre las palabras y la piel.

— Estoy aquí.

Sin la luz, todo se volvió más nítido de otra manera.

Scarlett oyó la lluvia fuerte golpeando las ventanas como una cortina viva. Oyó el sonido de su respiración, el ritmo constante. Y oyó su propio corazón, demasiado alto, delatando cuánto aquella oscuridad no era solo falta de energía, era falta de protección.

Porque allí no había nada que mirar más allá de él.

Su cuerpo estaba pegado al de él. El calor de Hunter parecía aumentar en la oscuridad. El olor de la sudadera, el perfume, el toque de sus dedos en su pelo… todo parecía más intenso cuando el mundo se apagaba.

Scarlett tragó saliva, dándose cuenta de lo consciente que estaba de su boca, de su mano, de la forma en que él respiraba cuando ella se movía.

Hunter también lo notó. Su cuerpo se quedó inmóvil un segundo, como si hubiera sentido el cambio en el aire. Como si hubiera oído, junto con ella, que el silencio se volvía más cargado.

Sus dedos siguieron en su pelo, lentos, casi demasiado cuidadosos. La palma de su mano descansó en la nuca de ella como si pudiera sostener el susto, o sostenerla a ella.

Scarlett no dijo nada más.

Hunter tampoco.

Porque ahora el silencio entre ellos parecía demasiado grande para cualquier palabra.

CAPÍTULO 22

Cuando estés lista

El dormitorio femenino se sumergió en una oscuridad absoluta, como si alguien hubiera apagado el mundo con un chasquido. Solo quedaba el sonido, la lluvia golpeando con fuerza contra la ventana, el agua escurriendo por el vidrio en pequeños ríos apresurados, y los truenos que venían de lejos antes de estallar encima del campus, haciendo que las paredes antiguas temblaran levemente.

El aire parecía demasiado caliente para una noche de tormenta. Cargado. Húmedo. Como si el corte de energía hubiera apagado también cualquier escape posible, dejando solo lo que existía allí dentro: dos respiraciones demasiado cerca y la conciencia afilada de un cuerpo pegado al otro.

Scarlett permaneció acostada demasiado cerca de Hunter, el cuerpo aún en la posición en la que había buscado consuelo minutos atrás, pero ahora sin conseguir relajarse. El pecho de ella subía y bajaba rápido. Demasiado rápido. El corazón latía tan fuerte que llegaba a doler, como si estuviera intentando abrirse espacio dentro de ella a la fuerza.

Ella no sabía qué hacer con esa sensación. Con el peso del silencio. Con la presencia de él tan entera en esa oscuridad.

Hunter no dijo nada. También parecía haber sido tragado por la tormenta, por el cuarto, por ese instante. La mano de él encontró el cabello de ella con una naturalidad cuidadosa, los dedos deslizándose despacio entre los mechones como si buscaran el ritmo

correcto, como si él estuviera probando el límite sin tocar el miedo de ella.

El toque era leve, pero hacía que la piel de Scarlett se erizara entera. Ella contuvo su propia respiración por un segundo, como si eso pudiera estabilizar lo que estaba pasando dentro de su cuerpo.

Hunter continuó, paciente, los dedos dibujando un camino lento en el cuero cabelludo, bajando por las ondas del cabello hasta la nuca y volviendo, una y otra vez. Un gesto tan simple que parecía absurdo que ella sintiera tanto. Como si eso no fuera solo cariño, fuera una pregunta silenciosa.

Scarlett levantó el rostro despacio, el movimiento casi imperceptible para no romper el momento. Y entonces un relámpago atravesó el cuarto cuando un rayo rasgó el cielo del lado de afuera. Por un segundo, todo quedó demasiado claro: el contorno del rostro de él, la línea de la mandíbula, el brillo azul de los ojos que ya estaban en ella.

Fue rápido. Un segundo de luz. Pero suficiente.

La mirada de Hunter parecía atrapar y soltar al mismo tiempo. Como si él estuviera intentando controlarse y fallando a propósito.

Y entonces él se inclinó.

El beso vino de nuevo, no como el primero, demasiado apresurado, o como el de la fiesta, demasiado intenso. Vino lento. Profundo. Íntimo, como si él hubiera decidido que no necesitaba correr de nada. Como si allí, en la oscuridad, el tiempo les hubiera sido arrancado y hubiera dejado solo la verdad.

Scarlett contuvo un sonido en la garganta y, sin pensar, agarró la sudadera de él entre los dedos, tirando levemente, como si necesitara algo físico para anclarse. La tela se arrugó en la mano de ella. El cuerpo de Hunter respondió, acercándose más, firme y

cuidadoso al mismo tiempo, una contradicción que la dejaba mareada.

El calor de él era diferente de cualquier cosa que ella ya hubiera sentido tan cerca. La respiración de él se mezcló con la de ella. La boca de él tenía sabor a noche y tormenta, a algo que ella no tenía palabras para nombrar.

Scarlett correspondió. Primero con vacilación, luego con un impulso que venía del cuerpo y no de la cabeza. El beso se profundizó, y con eso vino la urgencia, no de él, no solo de ella, sino de ese espacio pequeño volviéndose aún más pequeño, de esa oscuridad volviéndose protección.

La mano de Hunter encontró la cintura de ella por encima de la blusa, el toque tan lento que parecía una petición de permiso. Scarlett sintió el pulgar de él presionar levemente la piel por debajo de la tela y una ola de calor atravesó el cuerpo de ella, aterradora de tan instantánea.

El beso se volvió más cargado. Más caliente. El pecho de ella se apretó.

Ella nunca había estado tan cerca de alguien. Nunca había sentido su propio cuerpo reaccionar así, sin pedir permiso, como si hubiera guardado por años una respuesta para una pregunta que solo ahora estaba siendo hecha.

Hunter lo percibió.

Percibió la manera en que ella contuvo la respiración como si fuera a caer. Percibió la tensión en los dedos de ella, la prisa insegura por acompañar algo que ella quería y temía al mismo tiempo. Percibió, principalmente, la fragilidad escondida en medio de ese deseo nuevo.

Y, por primera vez en la vida de él, Hunter desaceleró como si eso fuera instinto.

Él apartó el rostro despacio del de ella. Las frentes casi tocándose. El aire entre ellos demasiado corto, la respiración mezclada como si fueran la misma cosa. Scarlett siguió con los ojos cerrados por un segundo, como si abrir los ojos fuera admitir cuánto estaba pasando aquello.

— Calma — la voz de él salió ronca, demasiado baja en la oscuridad, casi un susurro que ella sintió más de lo que oyó. — Estamos yendo demasiado rápido.

Scarlett abrió los ojos, aturdida. La oscuridad no escondía el sentimiento, solo lo ampliaba.

— Estoy bien — ella negó con la cabeza inmediatamente, terca, como si las palabras pudieran convencer al cuerpo. — Yo… estoy bien.

Hunter cerró los ojos por un segundo, como quien intenta recuperar su propio control. Como quien intenta recordar respirar. Porque él sabía exactamente lo que podría pasar si él no se detenía. Y también sabía que eso… con ella… no podía ser solo lo que siempre fue con todas las otras.

Cualquier otra chica habría transformado eso en urgencia, en una risa baja, en una secuencia de cosas fáciles de olvidar después.

Pero Scarlett no era fácil de olvidar. Scarlett era entera, y él sentía eso con una claridad irritante.

Otro trueno explotó del lado de afuera, y por un instante un relámpago atravesó el cuarto de nuevo, delineando el rostro de ella tan cerca. Los ojos de ella brillaban de nervios y ganas, una mezcla que dejaba a Hunter casi dolorosamente atento.

Él abrió los ojos y la miró directo. Sin broma. Sin provocación.

Los dedos de él acariciaron despacio la cintura de ella por debajo de la blusa, como si él supiera que ese toque era donde ella empezaba a perderse.

— No quiero que tengas prisa — dijo él, y la sinceridad en su voz parecía más íntima que el beso. — Ni conmigo.

Scarlett sintió el corazón apretarse violentamente, como si alguien hubiera tirado de un nudo dentro de ella. Ella tragó en seco, la garganta seca de repente. Nadie nunca le había hablado así. Nadie había sonado… preocupado por ella en medio de algo tan obviamente deseoso.

Ella respiró, intentando estabilizarse. Intentando recordar que ella no necesitaba huir. Que ella no quería huir. No ahora.

Scarlett acercó el rostro despacio al de él otra vez. Los labios casi tocando los de él. La vacilación de ella parecía una línea fina a punto de romperse.

— Pero yo no tengo prisa — respondió ella bajo, casi sin voz. Como si fuera una confesión. Como si dijera: yo solo quiero entender.

Hunter soltó un aire corto, como si esa frase lo hubiera atravesado. Y entonces la besó de nuevo.

Esta vez, más lento. Más profundo. Como si estuviera aprendiendo a Scarlett en vez de solo deseándola. La boca de él no exigía; guiaba. Él se quedó allí, al ritmo de ella, respetando cada pequeña pausa, cada respiración fallida, cada mano temblorosa ajustándose en la sudadera de él como si se estuviera acostumbrando al derecho de tocar.

Las manos de él se deslizaron por el cuerpo de ella con cuidado, por los brazos, por el costado de la cintura, por la curva de la espalda,

sin fuerza, sin prisa, como si el toque fuera suficiente por sí solo. Solo descubrimiento. Solo la construcción de algo que Scarlett no sabía que podía querer así.

Cuando Hunter bajó la boca de la comisura de la boca de ella a la mandíbula y entonces, lentamente, al cuello… Scarlett sintió una ola de escalofrío atravesar el cuerpo entero, tan intensa que se quedó sin aire de verdad.

Un sonido bajo se le escapó, involuntario, y el propio sonido la dejó avergonzada en el mismo instante. Ella llevó una mano al hombro de él, como si pudiera apoyarse. Como si las piernas hubieran olvidado por un segundo cómo sostenerla.

Hunter continuó, repartiendo besos lentos por la piel sensible del cuello de ella. Cada toque de la boca de él parecía encender un lugar nuevo. Scarlett cerró los ojos, el corazón latiendo descontrolado, la piel entera más caliente, más sensible, más entregada sin que ella supiera cómo había llegado allí.

Los dedos de ella se cerraron automáticamente en la nuca de él, tirando levemente, no por prisa, sino por instinto. Como si lo necesitara más cerca. Como si el cuerpo de ella estuviera aprendiendo a pedir.

Hunter respondió acercando aún más el cuerpo al de ella, y fue ahí cuando Scarlett lo sintió.

No fue solo el peso. Fue la realidad física de la excitación de él presionada contra ella, demasiado clara para ser ignorada. El impacto hizo que Scarlett contuviera la respiración inmediatamente. El cuerpo entero de ella se quedó rígido por un segundo, los ojos abriéndose en la oscuridad incluso sin poder ver bien.

Nerviosa. Asustada. Curiosa, y la curiosidad casi dolió por ser tan nueva.

Hunter lo percibió en el mismo instante.

Él se detuvo.

Apartó el rostro despacio del cuello de ella, como si cada centímetro fuera medido. Y entonces sostuvo el rostro de ella entre las manos, las palmas calientes, el toque firme y calmado como si él la estuviera anclando a la realidad.

— Eh — la voz de él salió baja, estable. — Mírame.

Scarlett parpadeó, intentando ajustar su propia respiración. El pecho de ella subía y bajaba rápido. Ella asintió, porque no tenía fuerzas para decir otra cosa.

— No voy a hacer nada que tú no quieras — dijo Hunter, y cada palabra parecía colocada en el lugar correcto. Sin drama. Sin promesa vacía. Solo verdad.

Scarlett sintió el pecho apretarse de nuevo, pero ahora era diferente. Era un apretón que venía de algo suave. Un cuidado que parecía peligroso, porque ella no sabía cómo recibir eso sin desmoronarse.

Ella apoyó la frente en la de él, buscando estabilidad en el contacto. La nariz de ella rozó la de él por accidente, y ese detalle pequeño hizo que la respiración de ella fallara otra vez, como si el cuerpo insistiera en reaccionar.

Hunter siguió acariciando despacio la cintura de ella en la oscuridad, como si dijera sin decir: estoy aquí. estoy contigo. vamos a tu ritmo.

Por algunos segundos, solo existieron las respiraciones y el sonido de la lluvia.

Entonces…

Las luces del dormitorio volvieron de repente.

El cuarto se llenó de claridad de una vez, brutal y común, como si la realidad hubiera invadido sin llamar. Scarlett parpadeó rápido, los ojos ardiendo con el cambio. Hunter también parpadeó, la mandíbula trabándose por un segundo como si lo hubieran atrapado en medio de algo que no quería explicar ni para sí mismo.

Y fue solo con la luz que Scarlett se dio cuenta, de verdad, del estado en que estaban.

Su propia blusa estaba levemente abierta en los botones de arriba, como si las manos de ella o las de él hubieran buscado aire en algún momento. El cabello de ella estaba completamente desordenado, mechones sueltos cayendo por los hombros, pegándose a la piel por el calor.

Y Hunter… Hunter estaba sin camisa.

El pecho de él subía rápido por la respiración acelerada, la piel marcada por pequeñas gotas de sudor o humedad, el abdomen tenso como si él aún estuviera sujetando su propio control con los dientes. La sudadera había sido arrojada en algún lugar de la cama, y Scarlett ni recordaba cuándo eso había pasado.

El rostro de ella se puso completamente rojo en el mismo segundo. La vergüenza vino como una ola caliente, casi física. Ella llevó la mano a su propio rostro por reflejo, cubriendo parte de las mejillas, como si pudiera esconderse de una manera ridícula.

— Dios mío — murmuró, la voz saliendo fina de nervios. — Dios mío del cielo.

Hunter la miró por dos segundos, como si estuviera procesando la escena con la misma sorpresa de quien despierta de un sueño. Y entonces… empezó a reír bajo.

No era una risa de burla. Era una risa que se le escapó. Un sonido corto, casi incrédulo, como si él estuviera encantado con el hecho de

que Scarlett existiera de ese modo: sonrojada, desesperada por esconder el rostro, al mismo tiempo hermosa y demasiado humana.

Scarlett, aún cubriéndose el rostro, soltó un gemido de pura vergüenza.

— Para — pidió, sin ninguna fuerza. — No te rías de mí.

Hunter extendió la mano y sujetó delicadamente la muñeca de ella, apartando la mano del rostro con un cuidado terco. Como si él quisiera verla. Como si ella no tuviera derecho a esconderse de él ahora.

Los ojos azules de él estaban brillando de un modo suave, una sonrisa atrapada en la boca.

— No me estoy riendo de ti — dijo bajo, acercándose solo un poco. — Yo estoy…

No terminó. Tal vez porque no supiera explicar. Tal vez porque explicar lo estropeara.

Scarlett se quedó mirándolo, el cuerpo aún caliente, la cabeza girando entre vergüenza y algo que parecía, peligrosamente, felicidad.

Hunter apretó levemente la muñeca de ella, un gesto pequeño, y la tiró con gentileza para más cerca.

— Ven aquí.

No era una orden. Era una invitación. Un refugio.

Scarlett tragó en seco y obedeció, como si su cuerpo ya supiera dónde quería estar. Se acomodaron en la cama otra vez, más tranquilos ahora, la energía aún flotando entre los dos como la humedad de la tormenta, pero sin la misma urgencia.

El sonido de la lluvia volvió a llenar el cuarto con una constancia casi cómoda. La ventana temblaba de vez en cuando con el viento, pero allí dentro parecía… seguro.

Scarlett se acostó en el pecho de Hunter, la mejilla apoyada en la piel caliente de él. El corazón de él latía firme, y el ritmo poco a poco empezó a llevar el de ella a un lugar menos desesperado. La respiración de ella se desaceleró en pequeñas capas, como si cada exhalación quitara un poco del pánico que se había acumulado.

Hunter pasó los dedos por el cabello de ella, distraído y presente al mismo tiempo. Una caricia lenta, repetitiva, como si a él le gustara tener algo que tocar. Como si, en medio de todo, tocarla fuera la manera más honesta de decir lo que no cabía en palabras.

Scarlett cerró los ojos. El cuarto, incluso con la luz, aún parecía demasiado íntimo. La lluvia hacía que todo pareciera distante, el campus, las personas, el mundo de él, el mundo de ella. Allí dentro solo existían los dos y esa línea nueva que habían cruzado juntos.

Después de algunos minutos en silencio, Hunter habló bajo, como si no quisiera romper la calma que habían encontrado.

— Cuando estés lista…

Los dedos de él se deslizaron lentamente por el cabello de ella, y Scarlett sintió el peso de la frase incluso antes de que él terminara. Como si él estuviera nombrando algo que ella ni sabía que necesitaba oír.

— Puede llevar el tiempo que sea.

Scarlett apretó los ojos cerrados, sintiendo el corazón apretarse otra vez, pero ahora era un apretón bueno, dolorido de emoción. La garganta de ella se llenó extrañamente, como si llorar fuera una posibilidad real y ridícula en ese momento.

Hunter respiró hondo, y ella sintió el pecho de él subir bajo el cuerpo de ella. Como si él también se estuviera conteniendo. Como si también estuviera eligiendo con cuidado.

Entonces él completó, la voz baja, demasiado sincera para ser solo deseo:

— Pero cuando pase…

Scarlett no se movió. Solo escuchó. Como si esas palabras fueran una manta colocada con delicadeza sobre una parte de ella que siempre estuvo fría.

— Voy a cuidarte con todo el cariño del mundo.

CAPÍTULO 23

Él va a acabar rompiéndote

Algunos días después de la tormenta en el dormitorio, Scarlett empezó a entender que había una diferencia entre "liarse" y… aquello.

Aquello que pasaba cuando Hunter aparecía de la nada con un café en la mano, como si fuera lo más obvio del mundo que ella necesitara cafeína para seguir existiendo.

Aquello que pasaba cuando él mandaba un mensaje corto durante un descanso de entrenamiento — ¿comiste? — y ella, irritada con la intromisión, respondía que sí, aun sabiendo que no había comido nada además de dos galletas en el hospital.

Aquello que pasaba cuando él le rozaba el hombro al pasar por el pasillo y ella sentía que el cuerpo entero reconocía el toque antes de que la mente consiguiera poner alguna lógica ahí.

No había anuncio oficial. No había petición de noviazgo. No había esa frase de película que transformaba a dos personas en algo definido.

Pero estaba la forma en que él la miraba ahora, como si ella fuera un lugar en el que él quería quedarse.

Y estaba la forma en que ella empezaba a esperarlo, aun fingiendo que no lo esperaba.

La mañana de la presentación, Scarlett se despertó antes del despertador, con el corazón latiendo demasiado rápido para un día común. La luz gris entraba por la ventana del dormitorio, y el campus todavía parecía medio húmedo, como si la lluvia hubiera dejado un recuerdo en el aire.

Se quedó sentada en el borde de la cama por un rato, mirando sus propias manos. El trabajo. La presentación. La clase entera. El profesor que había encontrado genial juntar a dos personas que apenas podían respirar en el mismo radio sin discutir.

Chloe, todavía medio adormecida en la cama de al lado, abrió un ojo.

— Tienes cara de que vas a entrar en una cirugía cardíaca, amiga.

Scarlett se puso la sudadera por encima de la cabeza, como si pudiera esconderse dentro de ella.

— Odio presentar.

— Eres literalmente la persona más competente que conozco — Chloe bostezó, estirando los brazos. — Y hoy todavía tienes el bonus…

Scarlett entrecerró los ojos.

— No termines.

Chloe sonrió, plena.

— …del quarterback obsesionado contigo a tu lado. Va a salir todo bien.

— Él no es… — Scarlett empezó, automática.

Chloe solo levantó la ceja, y Scarlett se tragó la frase a la mitad. Porque negar se estaba volviendo más difícil cada día.

Salió del dormitorio con el portátil en la mochila, hojas impresas en una carpeta y la sensación de que todo el mundo en el campus había decidido caminar más despacio solo para entorpecer su camino. El viento frío desordenó los mechones que se escapaban del moño apresurado, y ella los sujetó de nuevo con los dedos, en un gesto nervioso ya conocido.

Cuando llegó al edificio de la clase compartida, Hunter ya estaba allí.

No estaba apoyado en la pared con la misma postura arrogante de siempre. No estaba riéndose alto con el equipo. No estaba llamando la atención sin esfuerzo.

Estaba solo, sentado en un banco del pasillo con el portátil abierto en el regazo, un bolígrafo entre los dedos y la frente levemente fruncida, concentrado de verdad.

Scarlett disminuyó el paso sin darse cuenta.

Hunter alzó los ojos y la vio, y su rostro cambió como si alguien hubiera girado un interruptor interno. La mirada azul ganó ese brillo que siempre la dejaba incómoda, no porque fuera bonito, sino porque parecía… personal.

Cerró el portátil con calma y se levantó.

— Llegaste temprano — dijo, y la voz le salió baja, como si el pasillo vacío fuera un secreto.

— Yo… — ella ajustó la correa de la mochila en el hombro. — No pude dormir bien.

Hunter inclinó la cabeza, observando el moño desordenado, las ojeras leves, la forma en que ella apretaba la carpeta contra el pecho como si aquello fuera un escudo.

— ¿Estás nerviosa?

Scarlett soltó una risa sin humor.

— No. Estoy genial. Me encanta ser evaluada por una sala entera mientras siento que mi alma se sale del cuerpo.

Él esbozó una sonrisa corta — más cariño que provocación.

— La vas a romper.

Scarlett apretó los labios, incómoda con los elogios directos. Y más viniendo de él. Y más dicho de ese modo, como si estuviera seguro.

— Y tú — devolvió rápido, para no quedarse atrapada en la sensación — ¿recuerdas tu parte?

— Recuerdo todo, doctora — dio un paso más cerca. — Me hiciste repasar tres veces.

— Fue por seguridad.

— Fue por control.

Ella lo miró, irritada, y él solo levantó las manos en rendición, pero sus ojos se estaban riendo.

— Está bien. Control. Sé que te gusta.

Scarlett giró el rostro, intentando esconder la microsonrisa que amenazó con aparecer. Odiaba que él pudiera arrancarle eso.

La puerta del aula se abrió y el flujo de alumnos empezó a entrar. Ruido de sillas, mochilas, conversaciones. El mundo volviendo al volumen normal.

Hunter la tocó levemente en el codo para que entrara, un gesto simple, pero Scarlett sintió como si alguien hubiera apretado algo dentro del pecho.

Cuando se sentaron, empezaron los susurros.

Scarlett ni siquiera necesitaba mirar para saberlo. Era el tipo de sonido que siempre la encontraba: bajo, entrecortado, lleno de juicio. Mantuvo los ojos en su propia carpeta, intentando respirar.

Hunter, a su lado, no parecía importarle. Solo abrió el portátil y organizó las diapositivas con una calma que no combinaba con el quarterback de la pantalla gigante.

Hasta que el profesor entró y dio una palmada, llamando la atención.

— Bien. Presentaciones hoy. Vamos a empezar con…

Scarlett sintió que el estómago se le caía incluso antes de oír los nombres.

— Hunter Jones y Scarlett Olsen.

Aparecieron algunas risitas. Una silla chirrió. Alguien murmuró algo que sonó como "eso quiero verlo".

Scarlett se levantó tan rápido que la silla casi golpeó la mesa. Reunió la carpeta, el control del proyector, su propia dignidad, y caminó hacia el frente con pasos calculados.

Hunter fue a su lado, y su presencia parecía abrir espacio en el aire. No era solo físico. Era como si todo el campus hubiera aprendido a mirarlo a él primero. Scarlett odiaba sentirse arrastrada junto por esa gravedad.

Al frente del aula, la luz del proyector se encendió, y Scarlett parpadeó, esperando que los ojos se ajustaran.

Respiró hondo, colocó el control en la mano y empezó.

— Nuestro trabajo es sobre recuperación física y presión emocional en atletas universitarios…

Las primeras frases salieron perfectas, memorizadas en la mente. Pero su cuerpo seguía en alerta, como siempre: el corazón acelerado, la garganta cerrándose un poco, la sensación de que cada mirada era una cuchilla.

Mostró datos, explicó conceptos, trajo el punto de vista clínico. Habló sobre sueño, alimentación, cortisol, ansiedad de rendimiento, lesiones recurrentes.

En algún momento, se dio cuenta de que no estaba sola en el esfuerzo. Hunter estaba atento, siguiendo cada parte de ella con la mirada, listo para entrar cuando fuera su turno. No había broma. No había aburrimiento. No había móvil escondido.

Había respeto.

Cuando terminó su parte, hizo un gesto discreto con la mano, como habían acordado.

Hunter asumió la palabra como si hubiera nacido en ese lugar.

— Lo que mucha gente cree es que el cuerpo aguanta todo, siempre que seas "fuerte". Pero la presión… entra en ti de una forma diferente.

Habló sin prisa, la voz firme llenando el aula. No era una actuación de popularidad. Era… verdad. Citó la rutina de entrenamientos, la exigencia, la expectativa de la afición, el miedo a equivocarse en público.

Scarlett lo miró, sorprendida por un segundo, porque había cosas ahí que nunca había oído a Hunter decir en voz alta. Cosas que le apretaban el pecho no por emoción barata, sino por entendimiento.

Siguió, explicando cómo factores emocionales alteraban la recuperación, cómo el cuerpo respondía al estrés crónico, cómo el rendimiento caía cuando la mente empezaba a fallar.

Y entonces, naturalmente, volvió a traer a Scarlett a la palabra.

— Y por eso lo que investigó Scarlett es importante. Porque no sirve de nada tratar solo la lesión. Tratas al atleta entero.

Dijo su nombre sin ironía. Sin apodo. Solo "Scarlett".

El aula pareció prestar atención de otra manera.

Ella sintió que el calor le subía a la cara, pero mantuvo la postura y continuó, ahora con el ritmo más firme, como si el apoyo de él le hubiera puesto suelo bajo los pies.

Cuando terminaron, el silencio por un segundo fue tan completo que Scarlett pensó que había hecho algo mal.

Hasta que el profesor soltó un "muy bien" y golpeó el bolígrafo contra la mesa.

— Genial. Me gustó el equilibrio entre teoría y práctica — dijo, mirando de uno a otro. — Y, sinceramente…

La clase ya estaba sonriendo, esperando la ironía.

— Por lo menos toda esa tirria sirvió para algo.

El aula se rió.

Scarlett puso los ojos en blanco automáticamente, pero la comisura de la boca traicionó una sonrisa pequeña. A su lado, Hunter solo sonrió de lado, como si ese fuera el mejor chiste del mundo porque tenía un fondo de verdad.

Cuando volvieron a sus sillas, Scarlett sintió las piernas un poco flojas, como siempre después de una presentación. Se sentó y soltó el aire que parecía haber retenido desde que se despertó.

Hunter inclinó el cuerpo hacia ella, lo bastante bajo como para no llamar la atención.

— ¿Ves? Te lo dije.

— No me desmayé — susurró ella. — Ese es el máximo de victoria que puedo conseguir hoy.

Él soltó una risa corta, y Scarlett sintió un alivio extraño por hacerlo reír de ese modo, discreto, como si fuera solo de ella.

Cuando la clase terminó, el flujo de alumnos empezó a salir. Scarlett guardó las cosas con prisa, como siempre, porque quedarse quieta significaba quedar disponible para miradas y comentarios.

Hunter esperó. No apuró. Solo se quedó allí, como si su tiempo se hubiera vuelto elástico cerca de ella.

Fuera del aula, en el pasillo, apoyó la mano en la pared a su lado — no atrapándola, solo marcando presencia.

— Creo que deberíamos celebrarlo.

Scarlett se puso la mochila al hombro y soltó una risa baja.

— ¿Celebrar el hecho de que por fin no voy a tener que aguantarte estudiando conmigo?

Hunter se acercó un poco, y Scarlett sintió su perfume, ese olor limpio mezclado con algo masculino, demasiado familiar ahora.

— Me vas a echar de menos.

Entrecerró los ojos, queriendo responder, pero las palabras se le trabaron por un segundo. Porque la imagen de él apareciendo en la biblioteca con excusas idiotas, mandando mensajes preguntando si ella había comido, esperándola salir de guardia… era una rutina que se metió en su vida sin pedir permiso.

— Sueña — dijo por fin, pero la voz le salió menos firme de lo que quería.

La sonrisa de él creció.

— Ajá.

Caminó a su lado por el pasillo, y por un instante Scarlett olvidó que aquello podía ser observado. Era solo… fácil. Extrañamente fácil.

Hasta que el primer comentario atravesó el aire como una piedra.

— ¿Es ella?

Scarlett no vio quién lo dijo, solo lo oyó. Y lo sintió.

Mantuvo el rostro neutro, pero el cuerpo se le endureció. La mano sujetó la correa de la mochila con más fuerza.

Hunter lo percibió en el mismo instante. No dijo nada. Solo disminuyó un poco el paso, como si dijera sin palabras: estoy aquí.

En los días siguientes, ella empezó a notar más.

En la cafetería, cuando entraba sola para pedir un chai latte, siempre había un segundo más de silencio en una mesa cercana. El tipo de pausa que decía: alguien está mirando.

En la biblioteca, una chica alzó los ojos del libro y siguió a Scarlett al pasar con la misma curiosidad fría de quien analiza un fenómeno raro.

En el césped, un grupo de jugadores del equipo se rió alto cuando Hunter pasó con ella, y Scarlett oyó claramente una frase cortada por el viento.

— Nunca pensé que él iba a…

Hunter ni se giró. Scarlett se giró, por instinto, pero ya era tarde; los rostros fingían casualidad.

Intentó fingir que no le importaba. Intentó decirse a sí misma que era solo el campus siendo el campus, que la gente siempre tenía algo que comentar, que eso no definía nada.

Pero definía cómo se sentía.

Scarlett no pertenecía al mundo de Hunter. No de ese modo. No con esas reglas invisibles, con esa atención constante, con gente midiendo su valor por el chico a su lado.

Ella pertenecía a pasillos de hospital, a olores de antiséptico, a noches en vela y cuadernos garabateados. Pertenecía a mesas silenciosas y metas largas. A un tipo de vida que casi no dejaba espacio para… sentir.

Y aun así, estaba sintiendo.

Una tarde en la que consiguió terminar una guardia más temprano, Scarlett salió del hospital universitario con la bata doblada en el brazo. El sol del comienzo de la tarde dejaba el campus demasiado claro, y ella parpadeó, ajustando los ojos después de horas bajo luz fría.

El móvil vibró.

Quince minutos. Cafetería. Antes del entrenamiento.

Hunter.

Scarlett sintió una ansiedad leve, irritante, en el estómago. Casi como si el día estuviera dividido en dos partes: el antes y el durante él.

Caminó rápido, cruzando el césped con la mochila pesándole en la espalda y los pensamientos desordenados. Cuando llegó a la cafetería, el ambiente estaba lleno: ruido de bandejas, olor a café, gente hablando demasiado alto.

Scarlett eligió una mesa cerca de la ventana, como siempre hacía cuando quería una salida fácil, una vista hacia afuera, un punto de fuga.

Se sentó, puso la bata en el regazo y se quitó la goma del pelo para sujetarlo de nuevo, más firme. Los mechones se escapaban, insistentes, y ella los sujetó con rabia, como si su propio pelo fuera una cosa más fuera de control.

Miró hacia la puerta, esperando ver a Hunter entrar.

Y entonces se dio cuenta de una sombra deteniéndose frente a la mesa.

Scarlett alzó la mirada.

La chica era rubia, bonita de un modo que parecía intencional. Segura, con postura de quien nunca pidió disculpas por existir. Llevaba una ropa ajustada y sostenía un vaso de café como si aquello fuera una extensión de la mano. La sonrisa que ofreció no tenía ningún calor.

Scarlett frunció el ceño.

— ¿Puedo ayudar?

La rubia recorrió a Scarlett de arriba abajo con una mirada lenta, evaluando detalles como si estuviera eligiendo una pieza en un

escaparate. Scarlett sintió que el estómago se le apretaba incluso antes de cualquier palabra.

— Así que eres tú — dijo la chica, sin prisa.

Scarlett enderezó la columna.

— ¿Perdón?

— ¿De verdad crees que vas a estar con Hunter Jones?

El ruido de la cafetería pareció quedar distante por un segundo. Scarlett parpadeó, intentando procesar la osadía, e intentando, al mismo tiempo, no dejar que el rostro delatara el impacto.

— Perdona… ¿quién eres tú?

La chica soltó una risa baja, corta, sin alegría.

— Alguien que conoce a Hunter mucho mejor que tú.

Inclinó el cuerpo hacia la mesa como si fueran dos amigas compartiendo un secreto. El olor dulce de su perfume invadió el espacio de Scarlett, demasiado invasivo.

— Solo me pareció justo avisarte.

Scarlett sujetó la bata con más fuerza en el regazo, como si pudiera aferrarse a su propia identidad.

— No necesito ningún aviso.

La rubia arqueó la ceja, divertida.

— Ah, sí que lo necesitas.

Cruzó los brazos.

— Porque claramente eres diferente de las chicas que él suele ligar.

La cara de Scarlett se calentó, una mezcla de rabia y vergüenza. Inspiró por la nariz, controlando la respuesta para no alzar la voz y volverse un espectáculo.

— No sabes nada sobre mí.

La chica sonrió, y había algo cruel en la forma en que se le curvaron los labios.

— Siempre es igual al principio.

Giró el vaso de café entre los dedos, observando el líquido como si aquello fuera más interesante que la persona frente a ella.

— Él te mira de esa manera… te hace sentir especial.

Scarlett apretó los dedos contra el borde de la mesa. El barniz frío bajo la uña pareció despertarla, traerla de vuelta al suelo.

— No sabes nada sobre nosotros.

— Ah, yo sé exactamente.

La rubia se inclinó un poco más, y Scarlett se dio cuenta de que aquello no era un aviso. Era un ataque.

— Hunter Jones es una adicción — dijo ella, como si estuviera recitando algo que ya había dicho antes. — Sobre todo en la cama.

El estómago de Scarlett se hundió como si alguien hubiera tirado un peso dentro de ella. El aire pareció volverse más caliente. Más apretado.

Intentó mantener el rostro neutro. Intentó aferrarse a la rabia para no dejar que el miedo apareciera.

La rubia continuó, sin misericordia, como si hubiera estudiado dónde dolía.

— Es increíble la forma en que te hace olvidar hasta tu propio nombre. Como si en ese momento solo existieras tú.

Esbozó una sonrisa pequeña, casi satisfecha.

— Hasta que se canse.

Scarlett desvió la mirada hacia la ventana, hacia cualquier cosa que no fuera esa boca diciendo palabras que parecían ensuciar algo que ella todavía estaba intentando entender. Afuera, estudiantes cruzaban el campus como si el mundo fuera normal.

Dentro de ella, no lo era.

— Deberías ver la forma en que él pierde completamente el control — continuó la chica, con la voz demasiado baja para que el resto de la cafetería oyera. — La forma en que te sujeta la cintura. La forma en que te tira hacia cerca. Como si fueras la única mujer en el mundo.

Scarlett sintió que la cara le ardía. Era humillación y era imaginación, cruel, porque su cuerpo recordaba el toque de Hunter con una sinceridad que la mente no tenía cómo negar.

Y la chica lo percibió. Lo percibió en el brillo de incomodidad, en la rigidez de los hombros, en el silencio que no era fuerza, era defensa.

Terminó con un encogimiento de hombros, como si estuviera haciendo un favor.

— ¿Y sabes lo peor?

Scarlett intentó respirar hondo. Intentó decirse a sí misma que aquello era solo una persona amargada. Solo envidia. Solo maldad.

Pero su voz entró por las grietas que Scarlett ya llevaba.

— Probablemente ya les dijo las mismas cosas bonitas a varias — dijo la rubia. — Mientras hacía exactamente lo mismo con ellas.

El impacto fue físico. Scarlett sintió como si alguien hubiera presionado con fuerza el centro de su pecho, quitándole el aire.

Porque, de repente, llegaron las imágenes: la fama, los rumores, las fiestas, las chicas saliendo de su habitación. Y Scarlett, demasiado inexperta, sin repertorio, sin armadura para eso.

Se dio cuenta de que no sabía lidiar con el pasado de Hunter. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

La rubia observó crecer la inseguridad como quien ve brotar una planta.

— Pareces demasiado buenita para ese mundo suyo.

Inclinó la cabeza, y la mirada fue casi piadosa, casi. Porque por debajo había satisfacción.

— Él va a acabar rompiéndote.

Los ojos de Scarlett ardieron de inmediato. Rabia. Vergüenza. Miedo. Todo junto. Parpadeó rápido, intentando mantener las lágrimas en su sitio.

Y fue exactamente en ese momento cuando la campanilla de la puerta de la cafetería sonó, anunciando que alguien entraba.

El ruido hizo que las dos miraran automáticamente.

Hunter Jones.

Entró con la sudadera oscura del equipo y la mochila al hombro, el pelo castaño desordenado como siempre, pero el rostro relajado,

hasta el instante en que sus ojos encontraron la escena.

Scarlett de pie, demasiado rígida al lado de la mesa. Su expresión, pálida, herida, intentando mantenerse entera.

Y la chica rubia.

El cuerpo de Hunter se tensó en un segundo, como si lo hubiera golpeado algo invisible. La mandíbula se le trabó. Los hombros se le endurecieron.

Él conocía a esa chica.

Y entendió. Entendió por la sonrisa de ella, por la forma en que estaba colocada, por la manera en que Scarlett parecía a punto de hacerse pedazos sin hacer ruido.

Scarlett agarró la mochila en un movimiento demasiado rápido, casi torpe. La bata se le resbaló del brazo y ella la tiró de vuelta, como si eso pudiera impedir que el corazón se le cayera.

Pasó junto a Hunter sin poder mirarlo bien, yendo directo hacia la salida como si la única forma de sobrevivir fuera huir.

Hunter alcanzó su brazo y lo sujetó con cuidado, no fuerte, solo lo suficiente para hacerla parar.

— Scarlett.

Su voz le salió preocupada al instante, sin máscara, sin broma.

— Calma.

Intentó encontrar sus ojos.

— ¿Qué pasó?

Scarlett sacó el brazo de su mano, el toque de él quemándole en la piel como si fuera un recuerdo y una amenaza al mismo tiempo.

— No puedo hacer esto.

Hunter frunció el ceño, confuso, asustado.

— ¿Hacer qué?

La voz de ella falló. La debilidad la irritó a ella misma, y aun así no pudo impedirlo.

— Tu mundo.

Negó con la cabeza, demasiado nerviosa, con los ojos brillantes.

— Esas chicas. La gente. Todo esto.

Hunter dio un paso hacia ella, instintivo, como si su cuerpo supiera que necesitaba acortar la distancia antes de que ella se escapara otra vez.

— Scarlett—

Ella retrocedió de inmediato, como si un paso de él fuera demasiada presión. Como si su cercanía fuera peligrosa porque era exactamente donde ella quería estar.

— No puedo competir con el tipo de chica al que estás acostumbrado — dijo, y la frase salió rota, desplomándose en el suelo entre ellos. — Y tal vez fui idiota por creer que podría.

Hunter pareció recibir un golpe.

Su rostro cambió. La culpa apareció primero, después la rabia, no contra ella, sino contra lo que fuera que se hubiera dicho. Contra lo que se le había hecho a ella en su ausencia. Contra la manera en

que alguien había encontrado la parte más vulnerable de Scarlett y había apretado hasta doler.

Scarlett respiró hondo, intentando contener las lágrimas con la misma disciplina con la que contenía todo en la vida. Los dedos le temblaban alrededor de la correa de la mochila.

Negó con la cabeza una última vez, pequeña, derrotada.

— No puedo.

Y se fue.

Hunter se quedó parado en medio de la cafetería, entre el ruido de las bandejas y el olor a café, viendo la puerta cerrarse detrás de ella como si ese sonido le hubiera arrancado algo del pecho.

Sus puños se cerraron despacio a los lados del cuerpo.

Rabia.

Culpa.

Y, por primera vez… miedo real.

CAPÍTULO 24

Confía en mí

Scarlett descubrió que existían muchas maneras de huir sin, técnicamente, correr.

En las primeras horas después de la cafetería, ella todavía intentó convencerse de que era solo cansancio. Que la rubia había sido solo inconveniente. Que Hunter no tenía culpa de existir del modo en que existía, alto, famoso, fácil de ser un blanco. Pero la verdad se asentó en ella como una fiebre baja: no se iba.

Dos días enteros, ella se transformó en una especialista en desvíos.

Salía del hospital universitario por la puerta lateral, donde el olor a antiséptico se mezclaba con el aire húmedo del final de la tarde, solo para evitar pasar por la cafetería. Tomaba el camino más largo entre los edificios, las zapatillas chirriando en el piso mojado, la mochila apretada contra el cuerpo como si pudiera servir de escudo. Cuando veía una sudadera negra del equipo a veinte metros de distancia, el estómago se le hundía y ella cambiaba de dirección con una rapidez que hacía parecer que estaba atrasada, incluso cuando no lo estaba.

Era más fácil fingir que el campus había cambiado de mapa que admitir que ella estaba, de nuevo, con miedo.

En la enfermería, el mundo seguía exigiéndole lo que siempre exigió: presencia. Competencia. Calma.

Un niño con bronquiolitis lloró en brazos de la madre, la cara roja, y Scarlett se acercó con aquella delicadeza automática que siempre surgía cuando alguien pequeño estaba sufriendo. La mano de ella tocó el hombro de la madre, la voz baja explicando lo que pasaría, lo que observar, cómo respirar juntas. Ella midió saturación, ajustó máscara, orientó medicación. Hizo lo que sabía hacer.

Y, aun así, en medio de un procedimiento simple, la frase volvió como si alguien se la hubiera susurrado al oído por detrás de la mascarilla quirúrgica.

Él es una adicción.

Scarlett apretó un poco más la cinta de la bata, como si fuera posible atar aquel recuerdo fuera del cuerpo.

Más tarde, en el pasillo frío, luz blanca en el techo, se detuvo frente a un espejo pequeño cerca de los armarios. El rostro estaba pálido de cansancio. Las ojeras eran finas, casi discretas, pero la mirada… la mirada delataba.

Abrió la boca y casi se dijo a sí misma, en voz baja, que no le importaba. Pero no mentía bien cuando estaba sola.

El problema no era solo la chica.

El problema era la facilidad con que aquellas palabras encajaban en las inseguridades que Scarlett siempre cargó sin darles nombre. La sensación antigua de que ella estaba del lado de afuera de las cosas importantes. De que el mundo era una fiesta y ella era la niña que miraba por la ventana, con libros en el regazo.

Hunter había entrado en la vida de ella como un accidente, demasiado alto, demasiado presente, demasiado insistente. Y, por algún motivo, él la había hecho creer que tal vez… tal vez existiera un lugar en el que ella encajara sin tener que encogerse.

Entonces apareció la rubia, demasiado bonita, demasiado segura, y puso una cuchilla donde ya había una grieta.

No perteneces.

Scarlett respiró hondo, contando tres como hacía antes de seminarios y exámenes. Uno. Dos. Tres.

Después guardó el dolor en el lugar donde siempre guardaba las cosas difíciles: bien en el fondo, junto con todo lo que no tenía tiempo de sentir.

Los mensajes de Hunter empezaron a aparecer en el celular como pequeños golpes en una puerta cerrada.

En la primera noche, la vibración hizo temblar el aparato sobre la mesa del dormitorio, al lado de un vaso de café olvidado y de una pila de apuntes. Scarlett miró, el corazón dando aquel salto traicionero, y vio el nombre de él brillar en la pantalla.

Hunter: ¿Llegaste bien?

Ella no respondió.

El segundo mensaje llegó media hora después.

Hunter: Scarlett, habla conmigo.

Ella dio vuelta el celular con la pantalla hacia abajo, como si el gesto fuera suficiente para borrar la pregunta.

Chloe, que estaba sentada en su propia cama con un cuaderno abierto, levantó los ojos despacio.

— ¿Él está mandando mensajes?

Scarlett apretó los labios y empezó a subrayar una frase cualquiera en el cuaderno, sin realmente leer.

— No es nada.

Chloe no insistió de inmediato. Solo dejó que el silencio llenara el cuarto por algunos segundos, ese tipo de silencio que no es vacío, está lleno de cosas no dichas.

— Estás herida — dijo Chloe, por fin, con una suavidad rara en el tono.

Scarlett rió flojo, sin humor, y se subió la manga de la sudadera hasta cubrir la mitad de la mano.

— Estoy cansada.

— Estás las dos cosas.

Scarlett no discutió. No tenía energía para eso. Y porque, en el fondo, Chloe tenía razón de un modo que dolía.

Al día siguiente, en medio de una clase teórica, Scarlett sintió el celular vibrar dentro de la mochila. No debería mirar, y no miró. Pero todo el cuerpo de ella reaccionó como si hubiera oído el nombre de él dicho en voz alta. Su atención se deslizó del profesor, de la proyección en la pantalla, de las palabras técnicas.

Su pensamiento fue directo a Hunter.

Imaginar la cara de él leyendo y borrando mensajes. La impaciencia. El orgullo herido. Y, peor, la vulnerabilidad que él había dejado escapar en aquella cafetería antes de que ella se fuera.

A la hora del descanso, ella por fin abrió la mochila, como quien se rinde a una adicción. Y leyó.

Hunter: No sé qué te dijo ella, pero no era verdad.

Otro, enviado minutos después.

Hunter: Estoy aquí. Solo necesitas dejarme explicar.

Scarlett sintió que se le apretaba la garganta.

Escribió una respuesta. La borró. Escribió de nuevo. La borró otra vez.

El cursor parpadeando en la pantalla parecía burlarse de ella.

Entonces, en vez de enviar cualquier cosa, guardó el celular y fue al baño. Cerró con llave la puerta. Se lavó las manos por demasiado tiempo bajo agua helada, como si pudiera enfriar lo que ardía por dentro.

Al otro lado del campus, Hunter Jones pasaba por su propio infierno particular.

Se despertó en el dormitorio masculino con el sol pegando en ángulo a través de las persianas y una sensación de peso en el pecho que no tenía nada que ver con entrenamiento. El cuarto estaba como siempre, desordenado, ropa tirada, mochila abierta en el suelo, pero él parecía notar cada detalle con irritación.

El celular estaba en su mano incluso antes de sentarse bien en la cama. Dos notificaciones antiguas. Ninguna nueva.

Abrió la conversación con Scarlett y se quedó mirando los últimos mensajes enviados por él, alineados en burbujas que parecían cada vez más patéticas cuanto más tiempo pasaban sin respuesta.

Hunter se pasó la mano por la cara, tomó aire con fuerza y se levantó como si el cuerpo estuviera listo para cualquier cosa, menos para quedarse quieto con aquel vacío.

En el gimnasio del centro deportivo, la música alta no encubrió su expresión.

— Tienes cara de quien recibió un rechazo épico — comentó Mason Carter, echándose una toalla al hombro y bebiendo agua como si el asunto fuera solo entretenimiento.

Hunter ni tuvo energía para replicar con una broma.

— Cállate, Mason.

Mason arqueó las cejas, sorprendido por la aspereza, pero no retrocedió. Conocía a Hunter desde hacía tiempo suficiente para saber cuándo era solo mal humor y cuándo era otra cosa.

— Es la chica de medicina, ¿no?

Hunter apretó la botella de agua con demasiada fuerza. El plástico crujió.

— No hables de ella así.

— ¿Así cómo? — Mason levantó las manos, medio rendido. — Estoy hablando normal.

Hunter desvió la mirada, mandíbulas trabadas. Su rabia era una mezcla incómoda: rabia de la rubia, rabia del campus entero, rabia de sí mismo por tener un pasado que podía ser usado como arma contra la única persona a la que él no quería herir.

— Lo arruiné todo — murmuró, más para sí que para Mason.

Mason se puso serio por un segundo, como si aquello por fin hubiera salido de la categoría de broma.

— Hunter… tú no arruinas las cosas. Tú solo… — buscó las palabras. — Tú nunca te importa lo suficiente como para arruinar.

Hunter soltó una risa corta, amarga.

— Pues sí.

En el entrenamiento, el técnico gritó su nombre dos veces. En la segunda, Hunter ni se dio cuenta de que lo habían llamado.

— ¡Jones! — bramó el entrenador, silbato colgando del cuello, la vena saltada en la frente. — ¡Despierta!

Hunter parpadeó, como si estuviera saliendo de debajo del agua. Tomó la pelota, alineó el cuerpo, sintió las manos sudadas dentro de los guantes.

Lanzó. Un pase simple. El tipo de pase que él acertaba hasta soñando.

La pelota salió torcida, demasiado baja. Golpeó el césped antes de llegar al receptor.

Todo el campo se quedó en silencio por un segundo — ese silencio que viene antes de la risa o del juicio.

— ¿Qué carajo fue eso? — soltó Mason, medio riéndose, medio incrédulo.

Hunter sintió que se le calentaba la cara, pero no era vergüenza. Era pura frustración. Porque, en su cabeza, no era el entrenamiento lo que estaba pasando.

Era Scarlett yéndose de la cafetería sin mirarlo.

Era la expresión de ella, como si estuviera intentando no desmoronarse justo delante de él.

Era la certeza de que alguien había tocado una herida que él ni sabía que ella tenía.

Al final del entrenamiento, en el vestuario, las conversaciones alrededor parecieron distantes. Hunter se sentó en el banco, codos en las rodillas, celular en la mano otra vez. Ninguna respuesta.

Escribió otro mensaje. Se quedó mirando las palabras. Lo borró. Escribió de nuevo, más corto.

Hunter: Necesito verte.

Se quedó mirando el botón de enviar, el orgullo protestando, pero algo más grande apretándole el pecho.

Envió.

El celular volvió al bolsillo como si fuera demasiado pesado para tenerlo en la mano.

Cuando Hunter llegó al dormitorio esa noche, el cuarto olía a desodorante masculino y pizza vieja. Tiró la mochila al suelo y se quedó parado en medio del caos, sin encender la TV, sin abrir el portátil, sin pensar en jugadas.

Solo podía pensar en lo que le había dicho a ella en el pasillo del dormitorio semanas antes. No huyas de mí.

Y cómo, aun así, ella estaba huyendo. No por berrinche. No por juego.

Por dolor.

En el segundo día, Scarlett fue más lejos.

Cambió turnos. Tomó un turno extra de última hora, como si el hospital fuera un lugar donde no pudiera ser alcanzada. Entre una evolución y otra, entre ruidos de monitores y pasos apresurados, sentía una paz extraña, porque allí nadie hablaba de Hunter Jones. Nadie la miraba como "la chica del quarterback".

Allí ella era solo Scarlett. Una estudiante cansada intentando hacer lo correcto.

Pero incluso allí la voz de la rubia encontraba espacio.

En la cama.

La frase venía sucia, invasiva, haciéndole revolver el estómago de vergüenza y rabia. Scarlett apretaba los labios hasta doler, como si pudiera morder para sacar aquellas palabras.

Era injusto. Era cruel.

Y, al mismo tiempo, era el tipo de inseguridad que no necesitaba lógica para existir.

Porque Scarlett no tenía repertorio. No tenía experiencias para poner en la balanza. Ella tenía solo a Hunter, las manos de él sosteniendo las de ella cuando se fue la luz; el cuidado; el "cuando estés lista".

Quería creer. Quería mucho.

Pero creer también significaba arriesgar. Significaba poner el corazón en un lugar donde podría ser roto de un modo definitivo.

El viernes por la noche, la lluvia volvió como un recuerdo insistente. Cayó fina, constante, dejando el campus brillando bajo las luces de los postes y transformando las aceras en espejos oscuros.

Scarlett terminó el turno con el cuerpo pesado y la cabeza palpitando. El reloj en la pared marcaba demasiado tarde, y el hospital parecía más silencioso de lo que debería. Dobló la bata con cuidado, hábito de quien necesita orden cuando todo dentro de ella es caos, y la apretó contra el pecho al salir.

Las puertas automáticas se abrieron con un susurro, liberando el aire frío y húmedo de la noche.

Ella dio un paso hacia afuera… y se detuvo.

El mundo, por un instante, se quedó demasiado pequeño.

Hunter estaba sentado afuera, en una de las sillas cerca de la entrada, con la capucha de la sudadera levantada y las piernas abiertas, ocupando espacio incluso cuando intentaba desaparecer. La lluvia había oscurecido la tela en sus hombros. El rostro estaba medio escondido por la sombra de la capucha, pero Scarlett reconocería aquella presencia en cualquier lugar.

El corazón de ella falló un latido, y después se disparó, furioso, como si quisiera pelear con ella por todo lo que ella había evitado.

Hunter levantó la cabeza en el segundo en que la vio. Se puso de pie rápido, como si la espera hubiera sido demasiado larga para su cuerpo.

— Scarlett.

La manera en que dijo su nombre no fue provocación. No fue coqueteo. Fue casi una súplica.

Scarlett sintió que se le cerraba la garganta. Necesitaba pasar. Necesitaba irse. Necesitaba volver al dormitorio y cerrar con llave la puerta y fingir que no existía nada que resolver.

Aun así, sus pies no obedecieron de inmediato.

— ¿Qué estás haciendo aquí? — su voz salió baja, cansada, con una firmeza que ella no sentía.

Hunter dio un paso, la lluvia goteando de la punta de la capucha.

— Te esperé.

— No necesitabas quedarte aquí.

Intentó sonar distante. Intentó sonar adulta, práctica, esa versión de ella que solo existe en aulas y pasillos clínicos.

Hunter negó con la cabeza una vez, despacio, como si la negativa fuera la única cosa de la que él estaba seguro en el mundo.

— Sí necesitaba.

Scarlett desvió la mirada hacia un lado, hacia el estacionamiento oscuro, hacia el reflejo de las luces en el suelo mojado. Cualquier lugar que no fueran esos ojos.

Intentó rodearlo.

— Estoy cansada, Hunter. Solo quiero ir a casa.

Dio un paso, pero, antes de que lograra pasar, él le tocó el brazo.

No fue un apretón. No fue una imposición. Fue solo la mano de él cerrándose con cuidado por encima de su codo, lo suficiente para detener el movimiento.

El calor del toque atravesó la tela y fue directo al pecho de ella, peligroso y familiar.

Scarlett se congeló, no por miedo a él, sino por miedo a lo que ella sentía cuando él la tocaba.

— Por favor — dijo Hunter, la voz ronca, como si él también estuviera exhausto. — Solo… escúchame.

Scarlett respiró hondo. El aire entró frío, atrapado en el pecho. No lo miró. Si lo miraba, sabía que podía desmoronarse allí mismo, en la entrada del hospital, bajo la lluvia.

— No quiero hablar — susurró.

— Lo sé. — Su mano no se movió. Siguió allí, firme y cuidadosa. — Pero no me voy a ir sin decirlo.

Scarlett cerró los ojos por un segundo, como si fuera posible prepararse para un golpe.

Cuando los abrió, Hunter ya estaba más cerca. La capucha dejaba caer gotas del cabello a su frente. Los ojos azules estaban cansados y, aun así, tan claros que parecían doler.

Tragó en seco, la garganta moviéndose como si las palabras fueran difíciles incluso para alguien como él.

— Estoy enamorado de ti.

El mundo entero se detuvo del modo en que siempre se detenía cuando pasaba algo demasiado grande.

Como en el apagón. Como en el primer beso. Como la primera vez que él le sostuvo la mano en público.

Scarlett sintió que se le iba el aire. La bata apretada contra el pecho pareció demasiado pesada. La cara le ardió, y no era calor, era shock.

Hunter soltó su brazo, como si tuviera miedo de haber ido demasiado lejos, pero no retrocedió.

— No me importan esas chicas — continuó, las palabras saliendo rápidas ahora, como si las hubiera guardado demasiado tiempo. — No me importa lo que dicen. Yo no… — respiró hondo, el pecho subiendo bajo la sudadera. — La única persona que yo quiero…

Dudó por un segundo. Y esa duda hizo que Scarlett sintiera un nudo en la garganta. Porque Hunter Jones, el chico que parecía no dudar nunca de nada, estaba allí… temblando por dentro.

— Eres tú.

Scarlett sintió que le ardían los ojos. El dolor que cargaba desde hacía dos días intentó volverse lágrima, pero ella tragó con fuerza, como siempre hacía. Solo que esta vez no fue fácil. Porque él había dicho en voz alta exactamente lo que ella tenía miedo de desear.

Lo miró, por fin. Y vio algo que no combinaba con el quarterback famoso, el tipo de las fiestas, el rostro que aparecía en las pantallas gigantes.

Vio a alguien con miedo real de perder.

— Hunter… — empezó, pero la voz falló.

Él extendió la mano despacio, como si pidiera permiso. Sus dedos encontraron los de ella con cuidado, la misma delicadeza del pasillo, de la biblioteca, del cuarto a oscuras. Entrelazó la mano de ella con la suya como si aquello fuera un recordatorio: estoy aquí.

— Ven conmigo — dijo en voz baja.

Scarlett frunció el ceño, confundida, el corazón latiendo tan fuerte que parecía hacer ruido.

— ¿A dónde?

Hunter soltó una sonrisa pequeña, cansada y hermosa de un modo que casi dolió, porque no había arrogancia allí. Solo esperanza.

— Confía en mí.

Debería decir que no. Debería retirar la mano, caminar lejos, protegerse. Pero su mano estaba caliente, y el mundo pareció menos hostil por un segundo dentro de aquel toque.

Scarlett asintió una vez, casi imperceptible.

Hunter pareció soltar el aire que estaba conteniendo desde que ella apareció en la puerta del hospital. La guió por la lluvia fina hasta el

estacionamiento, sin apurar, sin tirar demasiado, como si entendiera que cada paso era un salto para ella.

Su coche estaba estacionado más al fondo. Hunter abrió la puerta del pasajero y esperó a que ella entrara. Scarlett entró, todavía con la bata abrazada al pecho como si fuera una parte de ella, y el olor del coche, limpio, masculino, conocido, la envolvió con una intimidad que le hizo hormiguear la piel.

Cuando Hunter entró y cerró la puerta, el sonido de la lluvia en el techo pareció más alto. Por algunos segundos, él solo se quedó allí, con las manos en el volante, respirando como si intentara estabilizarse.

Scarlett miró su perfil. La línea de la mandíbula. La gota que resbaló del cabello y desapareció en el cuello. El silencio entre los dos estaba lleno de demasiadas cosas.

Cuando él encendió el coche y salió del estacionamiento, las luces del hospital quedaron atrás, y el campus oscuro empezó a pasar por las ventanas como una película.

Scarlett tragó en seco.

— ¿A dónde me estás llevando?

Hunter la miró rápido y después volvió los ojos a la carretera. Su expresión parecía más tranquila, como si, ahora que ella no había huido, él pudiera por fin respirar.

— Sorpresa.

Scarlett hizo una mueca automática, el instinto de control luchando con el agotamiento.

— Odio las sorpresas.

Él soltó una risa baja, casi un soplo, como si eso fuera lo más Scarlett del mundo.

— Esta te va a gustar.

Ella mordió el interior de la mejilla, un hábito antiguo, y sacó el celular del bolsillo. La pantalla iluminó su rostro en la penumbra.

— Necesito avisarle a Chloe que voy a llegar tarde.

Hunter sonrió de lado, y esta vez había algo cómplice allí, casi travieso.

— Ya avisé.

Scarlett giró la cara en el acto, el shock atravesando el cansancio.

— ¿Qué?

— Ella ya lo sabe. — Hunter señaló con la cabeza hacia atrás, sin quitar las manos del volante. — Incluso dejó una bolsa tuya con algunas ropas.

Scarlett se giró hacia el asiento trasero. Y allí estaba: una bolsa de viaje pequeña, claramente preparada por alguien que tenía energía y sentido dramático, o sea, Chloe.

El pecho de Scarlett se apretó, mitad indignación, mitad… una gratitud extraña por tener una amiga que creía en ella más que ella misma.

— ¿Ustedes dos planearon esto? — preguntó, la voz subiendo un poco, incrédula.

Hunter se encogió de hombros, pero el gesto no tenía arrogancia. Tenía alivio.

— Hoy es viernes. Las clases solo vuelven el lunes.

Él la miró de nuevo, rápido, como si comprobar su expresión fuera necesario para seguir hablando.

— Déjanos vivir este fin de semana — dijo, la voz más baja. — Y recomenzar.

Scarlett sintió que las lágrimas venían con una fuerza que no logró contener esta vez. Desvió el rostro hacia la ventana, fingiendo que era solo el reflejo de las luces en el vidrio mojado, fingiendo que la garganta no se le estaba cerrando.

Pero Hunter lo vio. Claro que lo vio.

No dijo nada. Solo extendió la mano derecha por encima de la consola, buscando la de ella. Scarlett dudó un segundo, y entonces encajó los dedos en los de él, como si aquello fuera la única cosa que la mantenía entera.

El coche siguió por la carretera, saliendo de la ciudad. Los edificios disminuyeron, las luces se hicieron escasas, y el mundo se volvió asfalto oscuro, señales pasando, árboles formando sombras altas al costado.

Scarlett se quedó callada, el cuerpo por fin desistiendo de luchar contra el cansancio. Apoyó la cabeza en el vidrio por un momento y cerró los ojos, sintiendo la vibración suave del coche y el calor de la mano de él en la suya.

Con cada kilómetro, parecía que el campus quedaba más distante, no solo físicamente, sino emocionalmente. Como si aquel lugar lleno de miradas y comentarios estuviera quedando atrás junto con el dolor.

Después de casi dos horas, Scarlett abrió los ojos cuando el aire cambió.

Era un olor diferente, húmedo y salado, que entró por la rendija del aire acondicionado como una promesa. La carretera se curvó, y, a lo lejos, la costa apareció iluminada por la luna: un brillo plateado recortando la oscuridad.

Scarlett se enderezó en el asiento sin darse cuenta.

Hunter lo vio por el rabillo del ojo y sonrió.

— Te dije que te iba a gustar.

Ella no respondió. Solo se quedó mirando, demasiado encantada para formular cualquier cosa.

Cuando él entró en el área de un hotel a la orilla del mar, todo se volvió dorado. Luces bajas reflejadas en el agua, palmeras balanceándose con el viento, el sonido distante de las olas atravesando el aire como una música constante.

Hunter estacionó y bajó primero, dando la vuelta para abrirle la puerta. La lluvia había quedado atrás; allí el viento era frío y limpio, y la noche parecía otra.

Scarlett salió despacio, como si tuviera miedo de despertar de un sueño.

Hunter tomó su propia maleta y después la bolsa de Scarlett del asiento trasero, poniéndose la correa al hombro como si fuera natural cargar cosas de ella, como si él ya hubiera asumido, silenciosamente, que ella era responsabilidad suya de un modo bueno.

Scarlett giró lentamente, mirando todo alrededor. Sus ojos brillaron incluso antes de que cayera cualquier lágrima.

— Dios mío… — susurró. — Qué lugar tan hermoso.

Hunter observó el rostro de ella, no el hotel. La manera en que ella parecía más ligera solo por estar fuera del alcance del campus entero. Y su sonrisa surgió como si fuera inevitable.

— Imagínate mañana de día — dijo. — La playa azul. Agua caliente. Palmeras por todas partes.

Scarlett soltó una risa corta, incrédula, y por fin lo miró de verdad.

— Esto debe haber sido absurdamente caro.

Hunter sonrió pequeño, casi tímido, un lado de él que rara vez aparecía.

— Tengo mis ahorros.

Se acercó un poco, y el viento del mar trajo su olor junto. Cuando habló de nuevo, fue bajo, demasiado cerca, haciendo que la piel de Scarlett se erizara.

— Y tú mereces lo mejor.

Scarlett tragó en seco. Quería discutir, decir que no hacía falta, que no era eso. Pero las palabras murieron en la garganta, aplastadas por una verdad más simple: nadie nunca había hecho algo así por ella. Nadie nunca había decidido luchar por ella con tanta insistencia.

Y Hunter estaba allí, mojado por la lluvia de horas de espera, con su maleta al hombro, como si fuera obvio que él no se iba a ir.

Dentro del hotel, el aire era fresco y elegante. El suelo brillaba bajo luces suaves, y el sonido del mar atravesaba hasta allí, como un secreto.

En la recepción, Hunter entregó documentos, habló poco, pero le sostuvo la mano todo el tiempo. No como exhibición. Como ancla.

Scarlett lo permitió. Porque lo necesitaba.

Cuando la recepcionista entregó la tarjeta de la habitación, Hunter agradeció y guió a Scarlett por el pasillo silencioso. La alfombra era suave bajo los pies, las luces amarillentas en las paredes, puertas cerradas, un mundo entero durmiendo alrededor de ellos.

Scarlett sentía cada latido de su propio corazón como si estuviera en el oído. El cansancio se había vuelto una tensión dulce, creciente.

Hunter se detuvo frente a la puerta de la suite. La miró una vez, como si preguntara sin palabras si ella estaba bien.

Scarlett asintió, pequeña, y él apoyó la tarjeta.

La puerta se abrió.

Scarlett se quedó sin aire en el instante en que entró.

La habitación era enorme y elegante, iluminada por luces suaves que dejaban todo con aspecto de sueño: madera clara, detalles minimalistas, sábanas blancas impecables en una cama king size justo en el centro, como una presencia inevitable. Cortinas transparentes se balanceaban con el viento que venía del balcón abierto.

Pero el balcón…

Scarlett caminó despacio hasta él, como si los pies estuvieran tirados por una fuerza mayor. Y entonces vio.

Pies en la arena.

El océano se extendía oscuro y plateado bajo la luna llena. Las olas rompían con una calma hipnótica, el cielo estrellado reflejándose en el agua como si el mundo hubiera sido pintado para aquella noche.

— Qué hermoso… — susurró, más para sí que para él.

Cuando se dio vuelta, Hunter estaba parado unos pasos atrás, todavía con las maletas en el suelo, mirándola como si nada de afuera compitiera con aquella visión.

Scarlett sintió que se le calentaba la cara y desvió la mirada, incómoda con el peso de aquella mirada demasiado buena.

Entonces se dio cuenta de otra cosa.

Solo había una cama.

Su corazón se aceleró de un modo diferente, no miedo, no exactamente. Algo más caliente. Más vivo. Un nerviosismo que parecía nuevo en cada músculo del cuerpo.

Se movió demasiado rápido, intentando esconder lo que sentía, intentando traer ligereza antes de que el silencio se volviera peligroso.

— Está bien. — Fue hasta la bolsa que Chloe había preparado y abrió el cierre con fuerza. — Déjame descubrir qué tipo de ropa esa traidora puso aquí.

Scarlett empezó a sacar las prendas dobladas, viendo tela suave, algo demasiado ligero para ella, algo que Chloe probablemente consideró "necesario". Soltó un sonido indignado, casi una risa, y eso ayudó por un segundo.

Hasta sentir a Hunter detrás de ella.

Su cuerpo se detuvo tan cerca que Scarlett percibió el calor incluso antes de sentir el toque. La respiración de él rozó su cabello, y el escalofrío le subió por la nuca como electricidad.

Hunter se inclinó cerca de su oído, la voz lo bastante baja como para parecer un secreto.

— ¿La verdad?

Scarlett contuvo la respiración, los dedos congelándose en la tela que sostenía.

La mano de él encontró su cintura despacio, deslizándose como si preguntara antes de tocar. El toque firme y cuidadoso al mismo tiempo.

— La ropa que más quiero verte puesta…

El corazón de Scarlett se disparó tanto que creyó que él lo oiría.

Hunter acercó la boca muy cerca de su oreja, y la voz salió casi como una confesión.

— Es ninguna.

CAPÍTULO 25

Finalmente Nosotros

—La ropa que más quiero ver en ti… es ninguna.

Scarlett se quedó inmóvil, una de las manos aún dentro de la maleta abierta, los dedos tocando una tela doblada que de repente parecía demasiado pesada. El aire de la habitación olía a sábanas limpias y madera clara, pero era el viento salado que entraba por el balcón lo que dominaba todo, pasando por las cortinas translúcidas y trayendo el sonido del mar como una respiración constante.

Sintió el cuerpo calentarse de una manera que no tenía nada que ver con la temperatura del lugar. Era como si la frase hubiera encendido una luz bajo la piel, una ola lenta subiendo del estómago hasta el rostro. Scarlett contuvo la respiración, el pecho apretándose contra la tela de la ropa.

Hunter estaba detrás de ella.

Demasiado cerca.

Sabía dónde estaba él sin necesidad de mirar, por la presencia. Por el calor de su cuerpo rozando levemente el espacio entre su espalda y el mundo. Por el perfume masculino mezclado con la sal del mar. Por la forma en que el silencio entre los dos hacía ruido.

Scarlett se giró despacio, como quien teme que un movimiento brusco rompa algo frágil. La luna llena entraba por el balcón y recortaba a Hunter en sombras y plata, el contorno de los hombros,

la línea de la mandíbula, los ojos azules que parecían aún más claros en aquella luz. Su boca estaba entreabierta, como si él también estuviera intentando decidir qué hacer con su propio valor.

El corazón de Scarlett latía demasiado rápido. Y odió cuánto eso la dejaba expuesta. No era solo deseo. Era el hecho de que no existía dónde esconderse, ni detrás de libros, ni detrás de guardias, ni detrás de una broma atravesada.

Hunter lo percibió todo.

Vio el cambio suceder en su rostro: la provocación que solía jugar en las comisuras de su boca disolviéndose, dando lugar a una atención cuidadosa, casi reverente. Como si hubiera pasado a ver no solo a una chica bonita, sino la línea exacta entre el "sí" y el miedo.

Levantó la mano lentamente, sin prisa, como si estuviera pidiendo permiso incluso antes de tocar. Sus dedos se deslizaron por la mejilla de ella con una delicadeza que no combinaba con su cuerpo grande, con su aire de atleta, con la fama que lo precedía.

Scarlett sintió el toque como un choque suave.

—¿Quieres esto? —su voz salió baja, ronca, casi tragada por el sonido de las olas allá afuera.

Ella tragó saliva. El sabor de su propio nerviosismo parecía metálico. Sus ojos quedaron atrapados en los de él, como si apartarlos fuera perder el suelo.

—Quiero. —La palabra salió en un hilo, pero verdadera. Scarlett respiró y, antes de que el silencio la aplastara, admitió, con la voz temblando un poco: —Solo estoy nerviosa.

Hunter sonrió pequeño, no aquella sonrisa insolente de quarterback rodeado de gente, sino una que parecía íntima, como si aquello

fuera un secreto entre los dos. Apoyó la frente en la de ella, despacio, y el mundo se encogió.

—Puedes estar nerviosa. —Soltó una risa baja, casi un soplo. —Contigo… yo también lo estoy.

Scarlett parpadeó, sorprendida.

Hunter Jones nervioso parecía imposible. Era el chico que dominaba el campus, que entraba en cualquier lugar como si fuera dueño, que nunca dudaba. Pero allí, tan cerca que su respiración rozaba la de ella, parecía… humano. Y eso era lo que más asustaba.

—Tú estás… —empezó ella, sin saber cómo completar.

—Estoy intentando hacerlo bien, Scarlett. —Sus ojos no se apartaron. —A tu manera.

Las palabras tocaron más hondo que su dedo en la piel. Scarlett no tuvo tiempo de responder, porque Hunter inclinó el rostro y la besó.

Fue un beso lento, que no parecía tener prisa por llegar a ningún lugar. El primer toque de su boca en la de ella fue casi una prueba: suave, cálido, como una pregunta repetida sin palabras. Scarlett sintió su propio cuerpo responder, los músculos relajándose y tensándose al mismo tiempo, como si estuviera aprendiendo un idioma nuevo en la práctica.

Cuando ella abrió un poco más la boca, Hunter profundizó con cuidado, como si estuviera memorizando. Su sabor era familiar y extraño al mismo tiempo, el rastro de menta y algo que era solo Hunter. Su mano encontró la cintura de ella y la sostuvo con una firmeza contenida, lo suficiente para acercarla sin arrancarle la sensación de elección.

Las piernas de Scarlett se debilitaron. No dramáticamente. Fue real, como cuando pasas demasiado tiempo de pie en una guardia y de

repente el cuerpo recuerda que existe la gravedad. Se apoyó en él por instinto, los dedos cerrándose en la parte delantera de su sudadera.

Hunter lo sintió. Y en lugar de aprovechar, desaceleró.

Como si hubiera oído el nerviosismo de ella mezclarse con el deseo.

Se apartó un poco, los labios aún a un suspiro de los de ella.

—¿Está todo bien? —preguntó, con la voz aún baja, los ojos recorriendo el rostro de ella con atención.

Scarlett respiraba rápido, la boca hormigueándole.

—Sí. —Asintió, pequeña. Luego reforzó, como si necesitara convencerse a sí misma. —Está todo bien.

Hunter no sonrió, pero su mirada se ablandó. Pasó los dedos por los brazos de ella, del hombro al antebrazo, como si quisiera marcar el camino. La piel de Scarlett se erizó entera, un temblor involuntario que subió por el cuello y se quedó atrapado en la garganta.

Nunca se había dado cuenta de cómo el tacto era algo tan… concreto. Tan imposible de ignorar. No existía teoría que preparara a alguien para aquello: el cuerpo respondiendo antes que el pensamiento, la respiración acortándose, el mundo estrechándose.

Hunter la besó de nuevo, ahora alternando entre la boca y la comisura de sus labios, pequeñas pausas que parecían hechas solo para oír la reacción de ella. Scarlett soltó un sonido bajo cuando él tiró de su labio inferior con cuidado, y la vergüenza vino junto, caliente e inmediata.

Intentó apartarse un milímetro, más por reflejo que por ganas.

Hunter lo notó al instante. Se detuvo.

—Eh. —Apoyó la punta de la nariz en la de ella, como quien ancla. —Mírame.

Scarlett abrió los ojos. Vio el esfuerzo en su rostro, como si estuviera luchando contra un impulso antiguo de acelerar las cosas. Y eligiera, conscientemente, no elegir eso.

—Estás conmigo, ¿sí? —preguntó, casi una confirmación.

—Sí. —Respiró hondo, sintiendo el pecho rozar el de él. —Yo solo…

—Lo sé. —Hunter deslizó los dedos por la línea de su mandíbula, cariñoso. —No necesitas explicarte.

La besó de nuevo, y esta vez Scarlett no pensó. Solo se dejó. Su mano bajó por la espalda de ella, rodeando la cintura con una calma que parecía imposible. Como si cada centímetro fuera un lugar nuevo. Como si ella fuera demasiado preciosa para ser tocada con prisa.

Cuando Hunter empezó a desabrochar despacio los botones de su ropa, Scarlett sintió que le daba vueltas la cabeza. No era solo por estar quedando expuesta. Era porque él mantenía los ojos fijos en los de ella mientras hacía aquello, como si pidiera permiso en cada movimiento.

Asintió sin darse cuenta de que estaba asintiendo, la garganta incapaz de formar palabras.

El primer botón se abrió con un pequeño sonido, y el aire tocó su piel de una manera que hizo que Scarlett contuviera el aliento. Hunter se detuvo, el pulgar rozando el borde de la tela, y besó su frente como si quisiera calmarla.

—Estás preciosa —murmuró, y Scarlett sintió que se le quemaba aún más la cara.

—No digas eso —susurró ella, con la voz fallándole.

Hunter rió bajo, como si le pareciera adorable.

—¿Entonces qué? ¿Miento? —Abrió otro botón, despacio. —Te estoy mirando, Scarlett. Voy a decirlo.

Scarlett cerró los ojos un segundo, intentando sobrevivir al hecho de que alguien como Hunter Jones la mirara como si ella fuera lo único importante en el universo. Cuando los abrió de nuevo, él estaba besando la comisura de su boca, luego la mandíbula, y después el cuello.

El beso en el cuello fue un choque.

Scarlett arqueó levemente el cuerpo, un movimiento involuntario, y un escalofrío le atravesó la espalda como electricidad. Soltó un sonido bajo, inseguro, e inmediatamente se avergonzó.

Hunter se detuvo un segundo, con la nariz aún pegada a su piel.

—¿Está bien? —repitió, ahora más ronco.

—Sí… —Scarlett respiró, con la voz quebrándose. —Sí.

No sabía dónde poner las manos. Entonces las manos eligieron por ella: los dedos subieron a sus hombros y lo sujetaron, primero como apoyo, luego como necesidad. La tela de su sudadera estaba caliente bajo su piel. Y Hunter, al sentirlo, soltó un suspiro que pareció más una advertencia para sí mismo.

La condujo lejos de la maleta, con pasos pequeños, sin apartar los ojos de ella. Scarlett tropezó un poco con su propio nerviosismo; Hunter la sostuvo firme y la estabilizó como si fuera lo más natural. Como si ella estuviera aprendiendo a caminar en ese tipo de intimidad y él fuera lo bastante paciente para enseñar.

Las cortinas se movieron con el viento, y un resplandor plateado de la luna atravesó la habitación, iluminando por un instante los botones abiertos y su piel expuesta. Scarlett sintió que la vergüenza subía como fiebre, intentó tirar de la tela para cubrirse.

Hunter le sostuvo las manos con delicadeza, impidiendo el gesto sin fuerza.

—No necesitas esconderte de mí —dijo, bajo. —No aquí.

Scarlett se mordió el labio, con los ojos brillando de emoción y miedo mezclados. Era demasiado intenso sentir tantas cosas al mismo tiempo.

Hunter inclinó la cabeza y la besó de nuevo, más profundo. Y ella correspondió con más certeza, como si su boca fuera el único lugar seguro donde depositar aquella avalancha.

La sudadera de él salió primero, tirada por Scarlett en un impulso torpe. No sabía cómo hacer aquello con elegancia, no sabía cómo la gente hacía que pareciera natural. Pero Hunter solo ayudó, riendo bajo cuando ella se enredó con las mangas.

—Perdón —murmuró ella, queriendo desaparecer.

—No pidas perdón. —Hunter besó la punta de su nariz, como si aquello fuera demasiado íntimo para soportarlo. —Me gustas así.

Así.

Como si no necesitara ser otra persona para merecer.

Hunter se quitó la propia camiseta por la cabeza, y Scarlett… miró.

No había forma de no mirar. Su cuerpo era lo que todo el mundo veía en los partidos, en los entrenamientos, en las fotos que circulaban por el campus. Pero allí, sin ruido, sin gradas, sin gritos,

era diferente. Era solo Hunter. Piel morena clara marcada por la luz de la luna, el pecho subiendo rápido, los músculos tensos como si se estuviera conteniendo por dentro.

Él captó su expresión en el acto.

—Deja de mirarme así —dijo, pero había humor y algo vulnerable.

Scarlett se puso aún más roja, como si fuera posible.

—Literalmente pareces pecado.

Hunter soltó una risa corta, baja, y la atrajo a un beso como si esa fuera la única respuesta aceptable. El beso fue cálido, más urgente, pero aún controlado. Su mano subió por la espalda de ella y se detuvo en la nuca, guiando sin forzar. Como si dijera: estoy aquí, no voy a dejar que te caigas.

Cuando la llevó hasta la cama, Scarlett sintió que el mundo giraba levemente, el colchón blando cediendo bajo el peso de los dos. Sábanas blancas, olor a hotel, el sonido del mar más alto ahora, como si el balcón estuviera más cerca de lo que debería.

Hunter se quedó encima solo lo suficiente para no aplastarla, sosteniendo el peso en los brazos, mirándola como si pidiera permiso otra vez.

Scarlett asintió. El gesto fue pequeño, pero Hunter pareció sentirlo como si fuera algo enorme.

Besó su clavícula despacio, luego subió hasta el cuello de nuevo. Scarlett respiró entrecortado, las manos sujetándole los brazos. No sabía que su propio cuerpo podía hacer aquello: reaccionar con un calor que no era solo físico, sino un tipo de hambre que nunca había admitido que existía.

Sus gemidos salieron bajos, inseguros, casi como si pidieran disculpas. Y Hunter, al oírlos, cerró los ojos un segundo, como si aquello lo desorientara de verdad. Como si necesitara recordarse respirar.

—Scarlett —murmuró, apoyando la frente en la de ella. Sus ojos azules estaban oscuros ahora, dilatados. —Mírame.

Ella miró. Tenía la cara caliente, el pelo despeinado, los labios hinchados. Y Hunter la miró como si estuviera viendo algo que podía perder si parpadeaba.

Le sostuvo el rostro entre las manos, el pulgar acariciándole la mejilla sonrojada.

—Cuando llegue el momento adecuado… —su voz salió tan baja que parecía un secreto— quiero vivirlo todo contigo.

Scarlett parpadeó, con el pecho apretándose.

Hunter sonrió pequeño, casi triste de tan sincero.

—Incluso tener una familia. —Soltó el aire despacio, como si se estuviera exponiendo. —Pero sin prisa. Yo solo te quiero a ti ahora.

El mundo de Scarlett se deshizo en un punto específico del pecho. Aquello no era una frase ensayada. No era encanto barato. Hunter hablaba como si viera futuro, y hablar de futuro con ella era tocar un lugar donde Scarlett guardaba miedos antiguos, pérdidas antiguas, la idea de que todo lo bueno se va demasiado pronto.

Le ardieron los ojos.

—Hunter… —intentó decir, pero la voz no le salió bien.

Él besó la lágrima que no llegó a caer. Luego besó su boca de nuevo, como si quisiera mantenerla allí, presente, sin perderse en

pensamientos.

Y entonces, con una paciencia que parecía imposible para alguien como él, Hunter condujo a Scarlett por cada paso con cuidado. Preguntando con la mirada, con palabras bajas al oído, con pausas en las que él solo la sostenía y respiraba junto a ella. No se apresuró cuando sintió la vacilación de ella, no mostró frustración. Solo se quedó. Su mano se entrelazó con la de ella, firme, anclando.

Scarlett sintió nerviosismo, sí, un miedo instintivo de no saber, de no ser "buena", de no estar a la altura. Pero también sintió emoción, una ternura que apretaba el corazón, y un placer que empezaba pequeño y crecía como marea, ocupando espacio, enseñándole a su cuerpo a confiar.

Cuando dolió, Hunter se detuvo en el acto, con el rostro cerca del de ella.

—Eh, eh… —Besó su frente, luego su boca. —Respira conmigo. No tenemos ninguna prisa.

Scarlett contuvo el aire, los dedos temblándole en su hombro.

—Estoy bien —insistió, pero la voz le salió frágil, y lo odió.

Hunter le apretó el rostro entre las manos, firme y dulce.

—No necesitas ser fuerte ahora. —Su mirada no dejaba espacio para la duda. —Solo necesitas ser tú.

Ella cerró los ojos. Y, por primera vez, dejó que alguien cuidara de ella de verdad.

El resto ocurrió como una secuencia de respiraciones y besos y susurros, como si el mundo se hubiera reducido a sábanas blancas y a su piel siendo descubierta sin prisa. Hunter estuvo allí todo el tiempo, no solo con el cuerpo, sino con la atención, con las manos

que preguntaban antes de tomar, con la boca que volvía a la de ella como si necesitara confirmar que ella aún quería.

Y cuando por fin el cuerpo de Scarlett se relajó por completo, cuando el miedo cedió espacio a la entrega, sintió algo que le hizo querer llorar y reír al mismo tiempo.

Seguridad.

El placer vino mezclado con emoción. Un calor extendiéndose, un temblor que la dejó sin aliento, aferrada a él como si él fuera lo único real. Hunter gimió bajo, como si el nombre de ella estuviera atrapado en la garganta, y el sonido hizo que Scarlett entendiera, de un modo casi aterrador, que ella no era solo una experiencia para él.

No era vacío.

No era automático.

Era… presente.

Cuando terminó, cuando la habitación volvió a caber dentro del silencio, Scarlett se quedó tumbada abrazada al pecho de él. El sonido del mar seguía allí, insistente, y la lluvia empezó de nuevo, fina, golpeando suavemente el balcón como un aplauso discreto que nadie pidió.

Hunter le pasó los dedos por el cabello con un cariño lento, repetitivo, casi hipnótico. Scarlett estaba caliente y cansada y sensible, con el cuerpo entero como si hubiera sido reescrito. Dibujaba círculos distraídos en su pecho, siguiendo la respiración que por fin empezaba a desacelerar.

La habitación estaba iluminada por la luna. Las cortinas se balanceaban. El mundo de afuera existía, pero parecía muy distante.

Durante un tiempo, ninguno de los dos dijo nada. No era falta de tema. Era una especie de respeto por lo que acababa de pasar, como si las palabras pudieran estropear la forma perfecta del silencio.

Scarlett levantó el rostro despacio. Sus ojos se encontraron con los de Hunter.

Él parecía diferente. No tenía aquel brillo inquieto de fiesta. Ni la arrogancia divertida del aula. Parecía… en paz. Como si hubiera encontrado un lugar para descansar dentro de su propio pecho.

Hunter tocó la nariz de ella con la suya, un gesto pequeño, demasiado íntimo.

—¿Está todo bien? —preguntó de nuevo, porque parecía ser lo único que le importaba en aquel universo.

Scarlett asintió, con la garganta apretada por la emoción.

—Sí. —Se le escapó una risita, casi incrédula. —Sí… mucho.

Hunter cerró los ojos un segundo, como si aquello fuera una victoria silenciosa. Luego besó su frente con una reverencia que hizo que a Scarlett le doliera el pecho.

Se acomodó de nuevo en su pecho, oyendo su corazón latir firme bajo la piel.

Afuera, la lluvia se intensificó un poco. Las olas siguieron rompiendo, constantes, como si el mar supiera guardar secretos.

Y allí, en aquella habitación de hotel que no era casa de ninguno de los dos, Scarlett se dio cuenta de que no quería huir.

Ni de él.

Ni de sí misma.

Hunter siguió acariciándole el cabello, y su mano, grande y caliente, parecía haber sido hecha para eso. Para calmar. Para quedarse.

Respiró hondo, el pecho subiendo bajo la cabeza de ella.

—Scarlett… —la llamó, bajito.

—¿Hm?

Hunter tardó un instante, como si eligiera las palabras con cuidado, como si aún estuviera aprendiendo a ser ese hombre.

—Yo… —Tragó saliva. Y cuando habló de nuevo, la voz le salió cargada de una sinceridad que no tenía defensa. —Yo nunca había sentido esto antes.

Scarlett apretó los dedos en su pecho, conteniendo el aire. No sabía responder sin romperse. Así que no respondió con palabras.

Solo levantó el rostro y lo besó, un beso lento, tranquilo, como si dijera: estoy aquí. Yo también.

Hunter la atrajo más cerca, como si quisiera encajarla en él. Como si su cuerpo supiera el lugar de ella de memoria.

Cuando se separaron, la respiración de los dos aún estaba mezclada.

Hunter se quedó mirándola como si estuviera grabando cada detalle, la boca hinchada, los ojos brillantes, el pelo despeinado. Como si tuviera miedo de que aquello fuera un sueño y él despertara en el dormitorio vacío, rodeado de ruido y nada.

Scarlett pasó la punta de los dedos por su mandíbula, probando la realidad.

—Me estás mirando de una manera rara —susurró ella, intentando encontrar algo de ligereza en medio de lo que sentía.

Hunter sonrió de lado, pero sin provocación.

—Estoy intentando entender cómo llegué aquí.

—¿En la costa? —intentó bromear ella, con la voz pequeña.

—En ti. —La respuesta salió simple, directa, y golpeó a Scarlett como una ola.

Cerró los ojos un segundo, con el corazón apretándose tanto que parecía demasiado grande para el pecho. Cuando los abrió de nuevo, la lluvia estaba más fuerte, y la luz de la luna hacía pequeñas sombras temblar en el techo.

Hunter besó la punta de su nariz, luego su boca, un beso corto, cuidadoso, como si prometiera sin prometer.

Scarlett volvió a tumbarse en su pecho, exhausta de una manera buena, el cuerpo pesado y ligero al mismo tiempo. Oyó su respiración desacelerar, sintió el abrazo afirmarse.

Se quedaron en silencio unos segundos, solo escuchando la lluvia y el mar allá afuera.

Entonces Scarlett levantó levemente el rostro, los dedos deslizándose despacio por su pecho.

—Te amo. —La voz salió baja, casi tímida. —Y eso me asusta un poco.

Hunter se quedó inmóvil un instante.

Como si esas palabras hubieran atravesado directamente todas las partes de él que pasó la vida entera intentando mantener vacías.

Le sostuvo el rostro con cuidado, con los ojos fijos en los de ella.

—No tienes idea de cuánto esperé para oír eso.

Scarlett sintió que el corazón le fallaba dentro del pecho.

Hunter apoyó la frente en la de ella, cerrando los ojos un segundo antes de susurrar:

—Yo también te amo, Scarlett.

Y esa vez no había ironía.
No había miedo.
No había huida.

Solo ellos.

Afuera, el mar continuaba.

Dentro de la habitación, Hunter Jones se quedó en silencio durante largos segundos, la mano en el cabello de ella como un hábito recién creado.

Y, por primera vez en la vida, no se sintió vacío.

Se sintió exactamente donde pertenecía.

CAPÍTULO 26

Donde Quiero Quedarme

Después de aquella noche en el hotel, el mundo no parecía haber cambiado.

Seguía existiendo el mar ahí afuera, respirando en la oscuridad, las olas rompiendo con paciencia contra la arena. Seguía existiendo la cortina transparente balanceándose con el viento salado. Seguía existiendo la habitación amplia, silenciosa, oliendo a sábanas limpias y a piel caliente.

Pero, entre Hunter Jones y Scarlett Olsen Bennett, había una cosa nueva. No era solo el recuerdo del tacto, del beso, de la manera en que él había cuidado de ella. Era lo que venía después. Lo que quedaba cuando el cuerpo desaceleraba y no había nada más para distraer.

No había campus. No había miradas. No había la lista infinita de guardias, exámenes y plazos. No había la presión del juego y del entrenador y de los patrocinadores. No había nadie además de los dos. Y eso era extraño. Bueno. Aterrador, a veces.

El sábado amaneció sin pedir permiso.

Una luz dorada atravesó las cortinas y dibujó líneas cálidas sobre la cama. El aire estaba más fresco, con un sabor salado que parecía quedarse en la lengua. Scarlett se despertó primero, lenta, como si el cuerpo aún no estuviera seguro de si aquello era real o un sueño que ella no quería perder.

No se movió de inmediato.

Hunter estaba acostado a su lado, con la espalda parcialmente vuelta, el cabello castaño aún más despeinado de lo normal, como si la almohada hubiera peleado con él durante la madrugada. Su brazo permanecía atrapado en la cintura de ella con una firmeza inconsciente, posesiva de la manera más silenciosa posible. Su respiración era tranquila, pesada, la boca entreabierta por un detalle que haría que Scarlett se avergonzara si él estuviera despierto.

Scarlett se quedó observando.

El pecho de ella se apretó, no con dolor, sino con una presión que no tenía nombre. Vio el movimiento casi imperceptible del tórax de él subiendo y bajando, la línea de la clavícula, la sombra suave de barba empezando a aparecer. Era Hunter, el mismo chico que ella odiaba en el aula, el mismo que parecía demasiado grande para su vida. Y, aun así, allí, en esa cama, él parecía… humano.

Como si pudiera ser solo un hombre durmiendo.

Scarlett levantó la mano despacio, dudando como si el aire pudiera romperse. Su dedo rozó levemente el antebrazo de él, sintiendo la piel caliente. Retiró la mano en el acto, como si la hubieran pillado in fraganti, incluso con él todavía dormido.

Si miraba demasiado tiempo, iba a recordar la manera en que él había susurrado en la oscuridad, la manera en que había desacelerado, cómo había preguntado con los ojos si ella estaba bien. Iba a recordar cómo, con él, aquello no había sido prisa. Había sido… elección.

Hunter movió la cabeza en la almohada, soltando un sonido bajo, casi un gruñido. Scarlett se congeló. Su brazo apretó un poco más la cintura de ella, tirándola dos centímetros más cerca, como si él estuviera buscando el calor de ella incluso dormido.

El corazón de Scarlett dio un salto ridículo, juvenil, que la irritó profundamente.

Respiró despacio, intentando recomponerse. Intentando volver a ser la Scarlett que siempre supo qué hacer.

Pero Hunter abrió los ojos.

Al principio, los ojos azules parecían perdidos, sin enfoque, como si él aún estuviera cruzando la frontera entre sueño y mañana. Entonces parpadeó una vez. Dos. Y la mirada encontró la de ella con una claridad lenta, inevitable.

Una sonrisa pequeña apareció en la comisura de su boca, perezosa, íntima.

— Buenos días, doctora.

Scarlett sintió que la cara se le calentaba en el acto, como si su cuerpo hubiera aprendido una respuesta automática a él.

— Buenos días — respondió, y su propia voz sonó diferente, más baja de lo que pretendía.

Hunter no soltó la cintura de ella. De hecho, tiró un poco más, apoyando la frente en la de ella por un segundo, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Su aliento tenía sabor a mañana: limpio, caliente, con un toque salado del aire que entraba por el balcón.

— ¿Hace cuánto estás despierta? — preguntó, con la voz ronca de sueño.

Scarlett apartó la mirada por instinto.

— Lo suficiente para… darme cuenta de que roncas.

Hunter abrió la boca, ofendido, pero su mirada brillaba de diversión.

— Yo no ronco.

— Roncas.

— Mentira.

Scarlett iba a responder, pero él se movió, girando el cuerpo hasta quedar parcialmente encima, apoyando un codo al lado de la cabeza de ella. La sábana cubría parte de su pecho, pero no escondía lo que su cuerpo era: grande, caliente, demasiado real. El cabello le cayó un poco en la frente, y él sopló el flequillo hacia arriba, sin éxito.

Scarlett tragó saliva, nerviosa sin motivo racional.

Hunter la miró durante unos segundos. No como miraba a otras personas. No con esa sonrisa ensayada de quarterback que sabía exactamente cómo ser adorado. Su mirada parecía… silenciosa.

Como si él estuviera allí de verdad.

— ¿En qué estás pensando? — preguntó.

Scarlett abrió la boca, pero no tenía una frase que no pareciera demasiado grande. Eligió la más segura.

— Que debería estar estudiando.

Hunter soltó una risa baja, corta, e inclinó el rostro hasta apoyar la punta de la nariz en la de ella.

— Claro.

— Es en serio.

— Ajá — respondió, y besó la boca de ella. Un beso ligero, largo, sin urgencia.

Scarlett sintió que su propio cuerpo cedía con una naturalidad que aún la asustaba. Su mano subió hasta el rostro de él por reflejo, tocando la mandíbula. Su piel estaba tibia, y ella odió cuánto le gustó sentir aquello.

Cuando Hunter se apartó, mantuvo la frente apoyada en la de ella.

— Estás hermosa cuando intentas fingir que estás preocupada por la universidad.

Scarlett soltó un sonido indignado, pero la indignación no tenía fuerza.

— Eres insoportable.

— Lo sé.

Él besó la mejilla de ella, luego la frente, y solo entonces se apartó de verdad, sentándose en la cama y estirando los brazos como si se hubiera despertado en un mundo en el que no había nada que demostrarle a nadie.

Scarlett tiró de la sábana un poco más hacia sí, por pudor automático. Hunter lo notó y, en vez de reírse, solo giró el rostro, respetando ese pequeño gesto sin convertirlo en un tema. Eso, tal vez, afectó a Scarlett más que cualquier beso.

El sonido de las olas invadió un silencio cómodo.

— ¿Café? — preguntó Hunter, y se rascó la nuca. — Puedo… bajar y traer.

Scarlett parpadeó, confundida con el ofrecimiento. Hunter Jones ofreciendo café como si fuera un novio normal. Era casi ridículo.

— Puedo ir yo — respondió demasiado rápido.

Hunter alzó una ceja, divertido.

— ¿De verdad quieres salir de la cama ahora?

Scarlett abrió la boca, lista para insistir, pero él sonrió con calma, como si ya supiera la respuesta.

— Quédate — dijo, simple. — Vuelvo.

Ella asintió despacio, y Hunter se levantó. Cuando caminó hacia el baño, Scarlett se quedó siguiendo su movimiento con los ojos sin querer, como si su cerebro aún estuviera intentando encajar esa imagen en una categoría conocida.

No cabía.

Unos minutos después, Hunter volvió del baño vistiendo solo un pantalón de chándal, secándose el cabello con una toalla pequeña. Se detuvo al lado de la cama, se inclinó y besó la comisura de la boca de ella.

— No te escapes — murmuró, y aquello no era una orden. Era un hábito, una verdad que los dos habían cargado durante demasiado tiempo.

Scarlett sintió que algo se le apretaba en el pecho.

— No voy a ninguna parte — respondió antes de pensar.

Hunter se quedó quieto por un segundo, como si esa frase hubiera sido un impacto físico. Su mirada recorrió el rostro de ella, atrapada, intensa de una manera silenciosa.

Entonces sonrió de nuevo, más pequeña, casi aliviada.

— Genial — dijo, y salió de la habitación.

Scarlett se quedó sola con el sonido del mar y su propio corazón.

Cuando Hunter volvió con café y algo que parecía un desayuno demasiado exagerado para dos personas, la habitación ya estaba llena de sol. Entró con una bandeja en la mano, equilibrando vasos y un plato con frutas y… ¿panqueques?

— ¿Pediste panqueques? — preguntó Scarlett, incrédula.

Hunter dejó la bandeja sobre la mesita cerca de la cama con cuidado.

— Pedí todo. No sabía qué ibas a querer.

Scarlett miró la bandeja como si fuera una amenaza.

— Hunter, esto es mucha comida.

— ¿Comiste… — él señaló hacia ella con la barbilla, intentando recordar, — algo anoche? ¿O lo estoy confundiendo con la parte en la que intentaste convencer a tu cuerpo de sobrevivir solo con nerviosismo?

Scarlett hizo una mueca, pero terminó riéndose.

— Comí.

— Ajá. Comiste aire.

Ella se mordió el labio para contener la sonrisa y se sentó en la cama, acercando la bandeja. Hunter se sentó a su lado, apoyando el hombro en el de ella como si aquello fuera natural.

Scarlett dio un sorbo al café. Estaba caliente, fuerte. Perfecto.

Miró a Hunter por encima del vaso, observando la manera en que él la observaba de vuelta. Parecía… satisfecho. Tranquilo. Y era difícil creer que esa tranquilidad existiera en el mismo chico que explotaba de energía en el campo.

— Me estás mirando fijamente — dijo Scarlett, intentando sonar normal.

— Sí — admitió él.

— ¿Por qué?

Hunter se encogió de hombros, pero sus ojos no se apartaron.

— Porque puedo.

Scarlett sintió que las mejillas se le calentaban otra vez.

— Esa es una respuesta idiota.

— Es una respuesta honesta.

El desayuno se convirtió en una conversación sin urgencia. Scarlett comiendo despacio, Hunter molestando con la manera cuidadosa en que ella cortaba las frutas, Scarlett devolviéndosela cuando él intentó robar una uva y se llevó un manotazo flojo en la mano. Él fingió dolor teatralmente, y ella puso los ojos en blanco, pero se reía. Se reía con demasiada facilidad.

Y Hunter parecía guardar cada risa como si fuera algo precioso.

Después, bajaron a la playa.

La costa estaba viva y al mismo tiempo tranquila, con familias esparcidas más lejos, parejas caminando, niños corriendo y gritando cerca del agua. Pero parecía que existía un espacio invisible alrededor de ellos, una burbuja que el mundo respetaba.

Scarlett se quitó las sandalias y sintió la arena caliente bajo los pies. Soltó un suspiro que parecía haber estado atrapado dentro de ella durante meses.

Hunter caminó a su lado, descalzo también, el short golpeándole las piernas, la camiseta blanca sencilla pegada al cuerpo por el calor. Él le sostuvo la mano como si fuera un hábito que hubiera nacido allí.

Scarlett miró las manos entrelazadas por un segundo y casi dejó de caminar. Hunter lo notó y apretó levemente, como un "estoy aquí".

— ¿Está todo bien? — preguntó.

Scarlett asintió.

— Sí.

Ella no dijo el resto: que era extraño ser vista de ese modo. Que era extraño no querer desaparecer.

Hunter soltó la mano de ella solo cuando llegaron cerca del agua, y entró primero, como si quisiera probar la temperatura. Hizo una mueca.

— Está helada.

— Eres del equipo de fútbol americano — provocó Scarlett, quedándose en la orilla, dejando que la espuma le mojara los dedos del pie. — Pensé que eras valiente.

Hunter abrió los brazos, burlón.

— Lo soy. Te estoy avisando para que no te mueras de hipotermia en mi fin de semana.

Scarlett soltó una risa y entró aun así. El agua fría le subió por las piernas y soltó un grito bajo, instintivo.

Hunter se rió fuerte.

— ¡Te lo dije!

Scarlett lo empujó con las dos manos, pero él ni se movió. En vez de eso, Hunter le sujetó las muñecas y la tiró más cerca, y el agua subió más, helada, robándole el aire.

— ¡Hunter!

— Sobrevives, doctora.

— Te odio.

Hunter inclinó el rostro, tan cerca que su respiración se mezcló con la de ella.

— Miente mejor.

Scarlett se puso roja incluso con el viento. Intentó salir del agua para huir de esa cercanía, pero vino una ola más grande y perdió el equilibrio, resbalando en la arena mojada.

El mundo se inclinó.

Soltó un sonido de susto, los brazos abriéndose en el aire — y Hunter la sostuvo antes de que cayera de verdad, la mano firme en la cintura de ella, tirándola hacia su pecho.

Scarlett se quedó inmóvil, con la respiración contenida, sintiendo la fuerza del cuerpo de él sosteniendo el de ella sin esfuerzo. Su corazón latió fuerte de un modo ridículo.

— Te tengo — dijo Hunter, y su voz estaba baja, diferente del tono juguetón de segundos atrás.

Scarlett tragó saliva.

— Me di cuenta.

Hunter no la soltó de inmediato. La miró por un segundo, serio de una manera que parecía demasiado íntima allí, en el agua, en el sol.

Entonces le besó la nariz, rápido, casi tonto.

— ¿Ves? Estás segura conmigo.

Scarlett sintió que esa frase le bajaba por dentro como algo caliente. No respondió. Solo apoyó la frente levemente en el hombro de él por un segundo, como si necesitara un lugar para respirar.

Cuando volvieron a la arena, Scarlett tenía el cabello mojado y la piel erizada, y Hunter parecía feliz como si el mundo hubiera dejado de cobrarle durante unas horas.

En algún momento, él agarró el celular y le sacó una foto sin avisar.

Scarlett oyó el clic.

— ¡Hunter!

Él levantó el celular, demasiado inocente para ser real.

— ¿Qué? Estás bonita.

Scarlett intentó agarrar el celular, y Hunter levantó el brazo, demasiado alto, riéndose mientras ella saltaba inútilmente.

— ¡Dame eso!

— No.

— ¡Lo digo en serio!

— Yo también — dijo, y sacó otra foto, todavía riéndose.

Scarlett se detuvo, jadeante, indignada. Y Hunter, como si hubiera leído su expresión, bajó el celular y le mostró la pantalla.

Scarlett vio su propia imagen: mojada, riéndose sin darse cuenta, con la mano levantada intentando alcanzar el celular, los ojos

brillando. Parecía… ligera. Parecía una versión de ella que ella no conocía.

El nudo en su pecho se apretó de nuevo, pero ahora era algo dulce.

— Borra — dijo, pero a su voz le falló la firmeza.

Hunter guardó el celular en el bolsillo y le sostuvo el rostro con las dos manos, los pulgares apoyándose en las mejillas.

— No — repitió, solo que ahora no era provocación. Era como si quisiera guardar aquello para siempre.

Scarlett apartó la mirada, incómoda con el cariño demasiado directo.

— Eres… ridículo.

— Lo sé — respondió, y le besó la frente.

El día se estiró como algo que no necesitaba terminar.

Caminaron por la orilla con arena pegándose en los pies, se detuvieron en un quiosco y compartieron comida demasiado simple para un hotel de ese nivel, pero que, en la boca de Scarlett, sabía a libertad. Hunter le robaba papas del plato y ella le pegaba en el brazo, riéndose y fingiendo irritación. Él ponía cara de culpa solo para robar otra y correr del siguiente manotazo.

En un momento, cuando el sol se puso demasiado fuerte, se acostaron en la arena más seca, lado a lado, mirando al cielo. El ruido del mar se volvía un fondo constante, como un corazón enorme latiendo.

Scarlett inhaló y sintió el olor de protector solar, sal, viento. Un olor a vida fuera de la rutina.

Giró el rostro hacia Hunter, que tenía un brazo detrás de la cabeza, los ojos entrecerrados, una sonrisa casi invisible en la boca.

Fue entonces cuando la pregunta se escapó.

— ¿Ya trajiste a muchas chicas aquí?

Se arrepintió en el segundo en que lo dijo. Porque esa era la Scarlett antigua, la Scarlett que aún necesitaba medir, comparar, protegerse. La Scarlett que recordaba el pasado de él como una sombra siempre presente.

Hunter abrió los ojos despacio y giró el rostro hacia ella.

No se rió. No provocó. No hizo drama.

— A ninguna.

Scarlett parpadeó, como si no hubiera entendido.

— ¿Cómo así?

Hunter soltó el aire por la nariz, casi una risa sin humor.

— Nunca traje a nadie a un lugar así — dijo, y su voz estaba simple, firme. — Nunca quise.

El silencio entre los dos no era vacío. Era pesado. Demasiado lleno.

Scarlett se quedó mirándolo, el pecho apretándose como si esa respuesta hubiera tocado un lugar dentro de ella que ni siquiera sabía que existía. Intentó reaccionar con ironía para no entregarse.

— ¿Estás intentando convencerme de algo?

Hunter frunció el ceño, como si la idea fuera absurda. Extendió la mano y tocó levemente el dorso de los dedos de ella en la arena, una caricia distraída.

— Solo estoy diciendo la verdad.

Scarlett tragó saliva. La garganta se le cerró por un segundo.

Hunter siguió mirándola como si no tuviera prisa. Como si pudiera esperar a que ella creyera a su ritmo.

Scarlett giró el rostro hacia el cielo, porque su mirada era demasiado. Y porque, de repente, ya no sabía cómo mantener el control sin derrumbarse.

— ¿Por qué yo? — preguntó bajo, casi para sí misma.

Hunter se movió en la arena, acercando el rostro al de ella, pero sin invadir. Su voz llegó cerca, caliente contra el oído de ella.

— Porque eres tú.

Scarlett cerró los ojos con fuerza por un segundo, intentando no llorar. Era ridículo. Ella nunca lloraba por ese tipo de cosas. No por una frase. No por un chico.

Pero Hunter no era solo un chico. Y esa frase no era solo una frase.

Las noches en el hotel se volvieron diferentes.

Ya no estaba la vergüenza apresurada de tirar de la sábana, ni el miedo constante de estar haciendo algo mal. Scarlett aún se ponía roja con facilidad, aún tenía momentos en que su cuerpo parecía no saber dónde poner las manos, pero Hunter nunca se reía de ella. Nunca presionaba. Nunca convertía su inseguridad en broma.

Él simplemente… se quedaba.

Y, cuando tocaba, tocaba como si estuviera diciendo, sin palabras: no me voy a ir.

En el balcón, con el sonido del mar invadiéndolo todo, pasaban horas abrazados. Scarlett apoyaba la barbilla en el hombro de él, los brazos de él envolviendo la cintura de ella con una calma que

parecía imposible para alguien como Hunter. A veces conversaban sobre cosas pequeñas, comida, películas, la manera en que Scarlett odiaba la arena en la habitación y Hunter decía que era "parte de la experiencia". A veces se quedaban en silencio, solo escuchando el mundo ahí afuera.

Scarlett empezó a notar detalles que antes no veía.

La manera en que Hunter le hacía caricias distraídamente, como si su cuerpo buscara el de ella por instinto. La manera en que él sonreía de verdad cuando ella se reía, una sonrisa que le cambiaba toda la cara, que le quitaba años de cansancio a los ojos. La manera en que él dormía abrazado a ella toda la noche, como si tuviera miedo de despertarse y que ella no estuviera allí.

Y, a cambio, Scarlett se sorprendía haciendo cosas que nunca hizo por nadie.

Pasaba los dedos por el cabello de él cuando él cerraba los ojos. Besaba su clavícula levemente, sin entender de dónde venía el valor. Apoyaba la mano en el pecho de él solo para sentir el corazón latiendo, como si eso la anclara.

Durante el fin de semana, se amaron varias veces. Pero nunca parecía solo deseo. Era como si cada toque fuera también una conversación. Un pedido silencioso de confianza. Una promesa sin palabras de que aquello era seguro.

Hunter, que siempre pareció demasiado grande para la vida de ella, empezaba a caber exactamente donde estaba. Al lado de ella. Con ella.

El domingo por la tarde, el cielo empezó a ponerse dorado temprano. El sol bajaba despacio, pintando el mar con franjas de luz que temblaban en la superficie. La playa estaba más vacía, el viento más fresco, y el mundo parecía hablar bajo.

Scarlett estaba sentada en la arena, apoyada en el pecho de Hunter, abrazando la cintura de él. Su cabello volaba con el viento y a veces le golpeaba la cara. Hunter no se quejaba. Solo lo dejaba. Como si le gustara incluso eso.

Scarlett miró el horizonte, sintiendo una calma extraña, casi imposible, ocupando el lugar del ruido constante que siempre llevó por dentro. Por unos minutos, no pensó en nada. No se exigió. No se defendió. Solo existió.

Hunter, a su lado, no parecía el quarterback que necesitaba ser "el mejor" todo el tiempo. Parecía… en paz. Como si su cuerpo finalmente hubiera encontrado un lugar para descansar.

Scarlett giró un poco el rostro, solo para mirarlo. Y se asustó con la manera en que Hunter la estaba mirando.

No era solo deseo, aunque aún existía. Era algo más silencioso. Más profundo. Como si él estuviera observando algo demasiado precioso para tocar con prisa.

Scarlett sintió un buen escalofrío subirle por la columna, una mezcla de miedo y certeza. Era peligroso. Era hermoso. Era todo lo que ella siempre evitó sentir.

Hunter se inclinó despacio y le besó la frente.

Un beso lento. Suave. Casi reverente.

Scarlett cerró los ojos, y su pecho se apretó con una fuerza que la dejó sin aire por un segundo. Porque, en ese instante, la verdad llegó entera, sin piedad y sin posibilidad de escape.

Ella nunca más iba a poder imaginar la vida sin Hunter Jones.

CAPÍTULO 27

La Chica Que Cambió a Hunter Jones

El camino de vuelta parecía más corto, como si el mundo se hubiera encogido para caber dentro del coche. El olor a mar aún estaba atrapado en el cabello de Scarlett, en las toallas dobladas en la bolsa, en la sudadera de Hunter que ella llevaba encima de una camiseta sencilla. La luz de la mañana entraba en franjas por la ventana, y el campus surgía al frente como un regreso inevitable a la realidad: edificios de ladrillo, árboles alineados, aceras llenas de gente apresurada.

Hunter aparcó en el primer espacio libre del estacionamiento principal, cerca del flujo de estudiantes que iban y venían. No había forma de ser discreto allí ni aunque quisieran. El lugar era un escenario natural: mochilas, risas, bicicletas, atletas con chaquetas del equipo y grupos parados en círculos.

Scarlett apretó la correa de su propia bolsa en el regazo, como si el gesto pudiera mantener el corazón quieto. Miró por la ventana, el movimiento, y sintió la vieja voluntad automática de encogerse. Solo que, esta vez, había algo diferente en su pecho. No era valentía exactamente. Era… presencia. Una sensación de que no estaba sola dentro de su propia incomodidad.

Hunter apagó el coche, se inclinó, tomó la mochila de ella del asiento trasero antes de que pudiera reaccionar y se la echó al hombro como si fuera suya. Cuando se giró para abrir la puerta, sus

ojos se encontraron con los de ella con un tipo de calma que Scarlett aún no sabía nombrar.

— ¿Lista, doctora? —preguntó él en voz baja, como si estuvieran acordando un secreto.

— Yo siempre estoy lista —mintió ella, y su propia voz salió más estable de lo que esperaba.

Él le abrió la puerta y, cuando Scarlett bajó, el aire frío de la mañana le mordió las piernas. La sudadera de Hunter era demasiado grande, las mangas le cubrían la mitad de las manos, y la tela llevaba el olor de él, perfume masculino, jabón, un resto de viento salado. Ella se acomodó la capucha instintivamente, intentando esconderse detrás de algo que, irónicamente, llamaba aún más la atención.

En cuanto los dos empezaron a caminar, las miradas llegaron como una ola.

No fue una mirada única; fueron decenas. Pequeños impactos sucesivos: un grupo de chicas deteniéndose en medio de la conversación; dos tipos del equipo girando la cara; alguien disminuyendo el paso para confirmar lo que estaba viendo. Scarlett sintió cada uno como un toque en las costillas.

Apretó más su propia bolsa, y Hunter, como si hubiera percibido la tensión incluso antes de que ella la entendiera, extendió la mano.

Despacio. Sin tirar. Solo ofreciendo.

Scarlett entrelazó los dedos con los de él.

El calor de la mano de Hunter pareció extenderse por el brazo de ella, llegando hasta el pecho, donde el corazón latía demasiado alto para un lunes común. El detalle más extraño era ese: ella no quiso soltar. No quiso fingir que no era nada. No quiso desaparecer.

Hunter apretó suavemente, como si dijera sin palabras: estoy aquí.

Y, cuando una chica pasó junto a ellas mirando a Scarlett de arriba abajo, Hunter no soltó. Al contrario: sujetó con más firmeza, su pulgar haciendo un movimiento corto sobre la piel de ella, un gesto pequeño e íntimo que gritaba más que cualquier anuncio.

— Tío… —comentó alguien detrás, sin ni siquiera intentar susurrar.

— Es la chica de medicina —respondió otra voz, medio incrédula, medio excitada.

Scarlett sintió que se le calentaba la cara, pero mantuvo la barbilla en alto. No por orgullo. Por terquedad. Por Hunter. Por ella misma.

El camino hasta el edificio central atravesaba la parte más concurrida del campus. Allí, todo era más ruidoso: el sonido de una guitarra distante, el olor a café que venía de la cafetería, el eco de un silbato que venía del centro deportivo. Scarlett sentía el mundo pasando rápido y, al mismo tiempo, se dio cuenta de que Hunter caminaba un poco más despacio de lo normal. Como si su ritmo se hubiera adaptado al de ella.

— ¿Estás bien? —preguntó él, sin mirarla directamente, pero atento a la forma en que ella respiraba.

Scarlett tragó saliva y asintió.

— Estoy. Es solo… —hizo un gesto vago con la mano libre, señalándolo todo.

— Lo sé —respondió él, simple. Luego inclinó la cabeza hacia ella, la voz más baja: — Si alguien te fastidia, me lo dices.

Scarlett soltó una risa corta, sin humor.

— ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Lanzarles una pelota?

Hunter la miró, y la sonrisa ladeada apareció como un reflejo.

— Puedo. Pero prefiero solo… estar contigo.

La frase era tranquila. Sin dramatismo. Y, aun así, le hizo un nudo en el pecho a Scarlett como si fuera demasiado grande para caber en una mañana normal.

Cuando pasaron cerca de la fuente principal, un grupo de estudiantes se detuvo para dejar que alguien tomara una foto. Scarlett vio el celular apuntando hacia ellos por un segundo, y la vieja ansiedad subió. Su cuerpo quiso girarse, desviarse, desaparecer.

Hunter inclinó el rostro hacia ella, casi rozándole el hombro, como si cerrara un espacio de protección.

— No mires —murmuró.

Scarlett respiró hondo.

— No estoy mirando —dijo, pero la comisura de su boca tembló con ganas de reír.

— Sí estás —la provocó Hunter.

Y Scarlett rió. Una risa baja, rápida, que se escapó antes de que pudiera contenerla.

Hunter miró la boca de ella por un segundo. Luego volvió a mirar el camino, pero el apretón en la mano de ella se hizo más firme.

Los comentarios cambiaron de tono a lo largo del día. No eran solo los susurros típicos de "él está con alguien". Eran frases que cargaban shock, casi una fascinación cruel por ver lo imposible suceder.

— Hunter Jones está enamorado…

— Se volvió hombre de una sola mujer.

— Nunca lo vi así.

Scarlett escuchó, sí. Su oído siempre fue demasiado bueno para lo que no debería importar. Pero, a diferencia de otras veces en que cualquier atención parecía quemarla por dentro, ahora había una especie de escudo: Hunter a su lado, su mano en la de ella, su cuerpo ocupando espacio como si le dijera a todo el campus que eso no era una fase.

En la escalinata del edificio principal, tuvieron que separarse por unos minutos. Scarlett tenía una clase y Hunter necesitaba ir al vestuario antes del entrenamiento. El sol ya había subido un poco, y la luz hacía que los ojos de él se vieran aún más claros cuando la miró.

— ¿Te veo después? —preguntó él.

Scarlett dudó solo el tiempo de pensar en los horarios, en los libros, en el hospital, en el mundo real que siempre le exigía.

— Tengo guardia más tarde.

— Antes.

Ella se mordió la parte interna de la mejilla.

— Quizá quince minutos… en la cafetería.

Hunter sonrió con una sonrisa que parecía demasiado íntima para estar allí, en medio de un lunes.

— Aparezco.

Soltó la mano de ella solo cuando tuvo que hacerlo, y aun así tardó un segundo más, como si el gesto tuviera peso. Antes de alejarse, Hunter se inclinó y le dio un beso rápido en la parte alta de la frente,

lo bastante discreto como para parecer casual para quien pasara… pero demasiado íntimo para que Scarlett fingiera que no significaba nada.

Ella se quedó quieta un instante, observándolo alejarse. La forma segura de caminar. La mochila de ella en el hombro de él. Como si eso fuera natural. Como si ella fuera natural.

Scarlett subió las escaleras con la cara caliente y el corazón acelerado, intentando recordar que tenía una clase que sobrevivir.

No sirvió. Cuando entró en el aula, Chloe ya estaba allí, girada en la silla, esperando como una depredadora emocional hambrienta.

— Entonces —empezó Chloe, con los ojos brillando—. Los vi llegar.

Scarlett dejó la bolsa en el suelo y se sentó, intentando parecer irritada, indiferente, cualquier cosa.

— Chloe…

— No, no, no. —Chloe levantó la mano, interrumpiendo—. Iban de la mano.

— Lo sé.

— Y tú estabas usando su sudadera.

Scarlett miró su propio cuerpo como si solo en ese instante se hubiera dado cuenta de que la prenda tenía un dueño famoso.

— Hace frío.

Chloe inclinó la cabeza, sin creer una sola sílaba.

— Amiga… estabas sonriendo.

Scarlett agarró el bolígrafo y empezó a sacar el estuche de la bolsa con más fuerza de la necesaria.

— No estaba.

Chloe soltó un sonido de risa ahogada, como si estuviera a punto de explotar de felicidad.

— Sí estabas. Y solo voy a decir una cosa: YO TE AVISÉ.

Scarlett tomó una hoja arrugada del cuaderno y la lanzó hacia ella sin apuntar bien. Chloe la esquivó riendo, exagerada como siempre, y volvió a susurrar:

— Quiero detalles. Del fin de semana. Todos.

— ¿Quieres morir? —murmuró Scarlett, pero la amenaza no tenía ninguna fuerza.

— Quiero vivir —corrigió Chloe—. Y vivir a través de tu vida amorosa prohibida con el quarterback más bueno de esta universidad.

Scarlett apretó los labios intentando contener la risa. No pudo. Cuando se dio cuenta, ya estaba sonriendo de lado, como una traidora de sí misma.

Chloe la señaló como si hubiera pillado un crimen in fraganti.

— ¡Mira eso! ¡Mira la sonrisa! —Chloe prácticamente canturreó—. Ay, Dios mío, está enamorada. Me voy a desmayar.

— Concéntrate en la clase —susurró Scarlett, pero su voz estaba ligera.

— No puedo concentrarme contigo viviendo una fanfic a mi lado — respondió Chloe, y por fin se giró hacia adelante cuando el profesor entró.

El día siguió con el ritmo implacable de siempre. Scarlett anotó lo que necesitaba, respondió preguntas, caminó por el campus con prisa entre un edificio y otro. La diferencia era que, en algunos momentos, agarraba el celular y veía un mensaje de Hunter.

"Café. Cinco minutos."

"¿Comiste?"

"Voy."

Y su cuerpo reaccionaba con un calor pequeño, inmediato, que a ella todavía le parecía extraño sentir tan fácil.

En la cafetería, Hunter ya estaba apoyado cerca del mostrador cuando ella llegó, la sudadera deportiva marcándole los hombros anchos, el cabello castaño aún un poco húmedo como si hubiera salido de la ducha rápida del vestuario. Sostenía dos vasos y una bolsa de comida como si esa fuera su función oficial en la vida ahora.

Mary, la señora del mostrador, miró a Scarlett con una sonrisa que parecía saber demasiadas cosas.

— Mira quién apareció, mi futura doctora —dijo, y entonces miró a Hunter con la misma mirada maternal y evaluadora—. Y tú debes ser el chico que la está distrayendo.

Hunter soltó una risa y extendió la mano de forma educada.

— Hunter, señora.

Mary le estrechó la mano como si estuviera sellando un contrato.

— Yo soy Mary. Y si haces llorar a esta niña, yo misma te voy a echar de esta cafetería.

Scarlett se atragantó con su propia risa, y Hunter levantó las dos manos, teatralmente rendido.

— Sí, señora.

Mary le dio una palmadita en el brazo y volvió al trabajo, satisfecha. Scarlett caminó con Hunter hasta una mesa más apartada y se sentó frente a él. Por unos segundos, la normalidad de esa escena le golpeó de una forma casi absurda. Como si el mundo tuviera espacio para eso.

— ¿Estás bien? —preguntó Hunter otra vez, con los ojos atentos, como si estuviera comprobando de verdad.

Scarlett miró alrededor. Dos estudiantes la miraban. Una chica al otro lado del salón susurraba con su amiga, mirando ora a Hunter, ora a ella. El viejo nudo intentó formarse, pero ella respiró y volvió la mirada hacia él.

— Estoy. Solo… mucha gente.

Hunter inclinó la cabeza, más serio.

— Puedo parar con esto si quieres.

— ¿Con qué?

— Con… aparecer. Con… agarrarte la mano en medio del campus. Con—

— No —interrumpió Scarlett, demasiado rápido. El corazón se le aceleró con el miedo de que él lo interpretara mal. Bajó la voz—. No pares.

Hunter se quedó inmóvil un segundo, como si esa respuesta hubiera sido algo grande. Después, su sonrisa llegó lenta, casi con alivio.

— Está bien.

Scarlett abrió la bolsa y sacó el sándwich. El hambre era real, pero su estómago también estaba lleno de una ansiedad nueva, una expectativa constante. Mordió y se dio cuenta de que Hunter la estaba mirando como si el acto de que ella comiera fuera una victoria personal de él.

— Deja de mirar así —se quejó ella, con la boca aún llena.

— ¿Así cómo? —provocó Hunter, apoyando el codo en la mesa.

Scarlett entrecerró los ojos.

— Como si me hubieras entrenado para comer.

Hunter rió bajo, un sonido que parecía más íntimo que alto.

— Solo me gusta cuando no pareces que vas a desmayarte.

Scarlett sintió que el pecho se le apretaba con una ternura irritante. Agarró el vaso de café y bebió, intentando esconderlo.

— Vas a llegar tarde al entrenamiento —le recordó, como si necesitara traer a los dos de vuelta al suelo.

Hunter miró el reloj e hizo una mueca.

— Voy a llegar. Pero quería verte.

Las palabras eran simples. La forma en que lo dijo no lo era. Scarlett asintió despacio, sintiendo la realidad de eso encajando en lugares que antes estaban vacíos.

Cuando Hunter se levantó, pasó detrás de ella y le tocó la nuca con los dedos por un segundo, una caricia rápida que hizo que el cuerpo de Scarlett se erizara entero. Se inclinó y murmuró cerca de su oído:

— Después te recojo en el hospital. Si me dejas.

Scarlett sintió que se le calentaba la cara.

— No necesito que me recojas.

Hunter rió.

— Lo sé. Pero lo voy a hacer.

Se fue antes de que ella pudiera replicar, como si ya lo hubiera decidido y punto. Scarlett se quedó mirando el camino por donde él desapareció, intentando controlar la sensación absurda de que… alguien estaba eligiendo estar con ella, incluso cuando no lo necesitaba.

Más tarde, en el dormitorio, Chloe estaba prácticamente vibrando. Scarlett entró cansada, tiró la bolsa en la cama, y antes de que pudiera respirar, Chloe le apuntó el celular a la cara.

— Tengo pruebas —dijo Chloe—. Pruebas de que ustedes están oficialmente… juntos.

Scarlett frunció el ceño.

— ¿Qué tipo de pruebas?

Chloe mostró la pantalla: una foto temblorosa, tomada desde lejos, en el estacionamiento. Hunter con la mochila de ella en el hombro. La mano de él entrelazada con la de ella. ¿La sudadera en él? No. En ella.

Scarlett abrió los ojos de par en par, todo el cuerpo calentándose.

— ¡Chloe!

— No fui yo —se defendió Chloe de inmediato, riendo—. Eso está en un grupo. Tipo… un grupo grande.

Scarlett sintió un frío rápido atravesarle la columna. La exposición. La invasión. Pero antes de que el pánico subiera, otra cosa apareció en la pantalla de su celular: un mensaje de Hunter.

"Te vi hoy. Me gustó."

Su pulgar se detuvo sobre el teclado por un segundo, y Chloe observó cómo la expresión de ella cambiaba como si estuviera viendo un espectáculo.

— Estás sonriendo otra vez —cantó Chloe.

— No estoy —respondió Scarlett automáticamente, pero ya era tarde. La sonrisa ya había aparecido.

Chloe la señaló, triunfante.

— YO. TE. AVISÉ.

Scarlett agarró una almohada y se la lanzó, pero no había rabia detrás. Chloe se tiró en su propia cama, riendo, y Scarlett terminó riendo también, bajito, como si se lo estuviera permitiendo por primera vez.

Los días siguientes empezaron a encajar en un ritmo nuevo. No fácil —nunca sería fácil—, pero posible. La vida seguía pasando por encima de Scarlett con las mismas exigencias: exámenes, seminarios, guardias, listas interminables. La vida de Hunter seguía pesada del otro lado: entrenamientos, gimnasio, reuniones, viajes, la presión constante de ser el nombre que todos gritaban.

Aun así, encontraban huecos.

Quince minutos en la cafetería antes del entrenamiento. Cinco minutos en el pasillo del hospital, Hunter apoyado en la pared con un café en la mano, la sonrisa torcida en la cara cuando ella salía cansada. Noches en la biblioteca en las que Scarlett leía en voz baja

mientras Hunter repasaba jugadas en el portátil y, en algún momento, la cabeza de ella caía en el hombro de él como si su cuerpo confiara incluso antes que la mente.

A veces, Scarlett volvía de la ducha y encontraba comida en la mesa del dormitorio con una nota arrugada:

"Te olvidaste de cenar otra vez. No me des trabajo, doctora. — H"

Y ella ponía los ojos en blanco a solas, pero guardaba la nota en el cajón como si eso fuera demasiado importante para tirarlo.

Una noche, Hunter apareció en su cuarto después del entrenamiento, el cuerpo cansado, los hombros tensos. Scarlett se quedó detrás de él en la cama y le puso las manos en los trapecios, masajeando despacio. Hunter cerró los ojos como si eso fuera lo mejor que alguien hubiera hecho por él.

— Me vas a malacostumbrar —murmuró él.

— Te lo mereces —respondió Scarlett sin pensar.

El silencio que vino después fue diferente. Hunter giró el rostro lo suficiente para mirarla, y su expresión parecía haber sido tocada por dentro.

— Eres… peligrosa —dijo él, bajo.

Scarlett frunció el ceño.

— ¿Yo?

Hunter asintió, como si no tuviera palabras mejores.

— Me haces querer quedarme.

Algo en el pecho de Scarlett se apretó lo bastante como para doler. No respondió. Solo siguió masajeándole los hombros, como si el

tacto pudiera decir lo que la voz no podía.

Las videollamadas con la familia empezaron a cambiar sin que Scarlett lo planeara. Primero fue un "hola" rápido de Hunter pasando detrás de ella, la toalla en el hombro, el pelo despeinado. Después, empezó a sentarse cerca, fingiendo que estaba con el celular, pero siempre escuchando.

Cuando Ethan apareció en la pantalla con demasiada energía, sus ojos encontraron de inmediato a Hunter y brillaron con la curiosidad típica de quien quiere provocar.

— ¿Entonces tú eres Hunter? —preguntó el chico, desconfiado, cruzándose de brazos como si fuera un mini guardaespaldas.

Hunter inclinó el cuerpo hacia la cámara, una sonrisa divertida en la cara.

— Soy yo. Y tú debes ser Ethan.

— Soy. —Ethan miró a Scarlett y luego a Hunter otra vez—. ¿Me vas a llevar a un partido de verdad?

Scarlett cerró los ojos de vergüenza anticipada.

Hunter rió, genuinamente.

— Claro. Pero vas a animarme a mí.

Ethan entrecerró los ojos, teatral.

— Depende de si sigues tratando bien a mi hermana.

Scarlett se puso la mano en la cara, queriendo desaparecer. Del otro lado de la llamada, su madre rió con un tipo de alegría que parecía alivio. Hunter soltó una carcajada lo bastante alta como para llenar el cuarto.

— Cuenta con ello —le respondió a Ethan, demasiado serio a propósito—. Lo haré.

Scarlett levantó la mirada y se encontró con la de él. Y, por un segundo, el mundo entero pareció reducirse al espacio entre esas dos miradas.

Su padre, cuando apareció en otra llamada, fue diferente. Más silencioso, más observador. Scarlett sintió el cuerpo tensarse por instinto, como si volviera a ser una niña esperando una aprobación difícil.

Hunter no intentó impresionar. No hizo bromas. No exageró.

— Señor Bennett —dijo él, educado.

Su padre analizó, midiendo. Scarlett contuvo la respiración.

— Hunter. —su voz salió calmada, pero cargada de protección—. He oído hablar de ti.

Hunter asintió, el rostro firme.

— Me imagino.

Su padre preguntó por la universidad, por la carrera, por la rutina de entrenamiento, y Hunter respondió con respeto, sin ponerse a la defensiva. Preguntó por la consulta odontológica. Escuchó de verdad. Y Scarlett vio a su padre relajarse milímetro a milímetro, como quien no quiere ceder fácil, pero no puede negar cuando la realidad es simple.

Después de que la llamada terminó, Hunter miró a Scarlett con una sonrisa pequeña y cansada.

— Tu padre da miedo —admitió.

Scarlett soltó una risa corta.

— Es protector.

— Me gustó —respondió Hunter, sorprendiéndose incluso a sí mismo —. Y voy a conocer a todo el mundo en persona cuando tú quieras.

Scarlett sintió que el corazón se le apretaba con la naturalidad de "cuando" y no de "si". Intentó desviar, intentar hacerlo más pequeño.

— Hablas como si… —empezó, pero la frase murió.

Hunter la miró, serio de una forma rara.

— Hablo como es. —pasó el pulgar por la mano de ella, despacio—. En las próximas vacaciones voy contigo.

El pecho de Scarlett se le quedó demasiado apretado como para caber en palabras. Solo asintió, y el silencio que vino después fue lleno, seguro y peligroso al mismo tiempo.

El lunes siguiente, al final de la tarde, cruzaron el campus juntos otra vez. Esta vez, más cerca del centro deportivo, y los jugadores del equipo estaban esparcidos por la zona, riendo alto, empujándose unos a otros, haciendo ruido como siempre.

Cuando vieron a Hunter con Scarlett, la burla llegó instantánea.

— ¡Eh, Jones! —gritó uno de los tipos—. ¡Quién diría que nuestro quarterback iba a sentar cabeza!

Otro silbó, exagerado.

— ¡Está domesticado!

Scarlett sintió que se le calentaba la cara, lista para soltar la mano de Hunter de vergüenza. Hunter no la dejó. Solo levantó la mano libre en un gesto perezoso de respuesta y rió, como si eso fuera… bueno.

— Ve a entrenar, Reed —respondió, y su voz llevaba diversión real.

Los tipos siguieron riendo, molestando, pero Scarlett se dio cuenta de algo que la tomó desprevenida: a Hunter le gustaba eso. No la humillación, él nunca le haría eso a ella, sino el hecho de estar siendo visto. El hecho de que nadie pudiera fingir que era solo un rumor.

Cuando los jugadores se alejaron, Scarlett lo miró, desconfiada.

— ¿Estás… feliz con esto? —preguntó, todavía confundida.

Hunter la miró como si la respuesta fuera obvia.

— Sí.

Scarlett frunció el ceño.

— ¿Por qué?

Él inclinó un poco el rostro, acercándose lo suficiente para que su voz llegara baja, íntima.

— Porque me cansé de esconder cualquier cosa que me hace bien.

La frase se quedó con ella mientras Hunter se iba al entrenamiento y Scarlett iba a otra noche de estudios y guardia. Se sorprendió repitiendo esas palabras en la cabeza mientras caminaba por los pasillos del hospital universitario, el olor a antiséptico subiéndole por las fosas nasales, el sonido de monitores y pasos apresurados creando el fondo constante.

Ella también se había cansado de esconder lo que hacía bien.

Cuando salió de la guardia y encontró a Hunter esperando afuera con café en las manos, como si eso fuera lo más natural del mundo, Scarlett se dio cuenta de que su vida no se había vuelto más fácil.

Solo se había vuelto… menos solitaria.

Hunter le extendió el vaso, y sus dedos se tocaron por un segundo. Scarlett sintió ceder un poco el cansancio de todo el día. Él la miró como si viera más allá de las ojeras, más allá de la bata arrugada, más allá del peso.

— Pareces agotada —dijo.

— Estoy viva —respondió Scarlett, y él rió.

— Eso ya es una victoria.

Scarlett dio un sorbo y apoyó la cabeza en el hombro de él por un segundo, solo un segundo. Hunter no se movió. Solo se quedó. Como si su lugar fuera ese, sosteniéndola mientras el resto del mundo seguía pasando demasiado rápido.

El campus todavía hablaba. Todavía miraba. Todavía susurraba.

Pero, en medio de ese lunes que parecía igual a todos los demás, Scarlett entendió que ya no se podía fingir.

No cuando Hunter Jones le sostenía la mano como si ese fuera el único trofeo que importaba.

EPÍLOGO

Cinco años después...

Cinco años después, la casa aún olía a sal.

Era el mismo tipo de olor que había invadido la primera suite de hotel donde todo entre ellos dejó de ser "casi" y se volvió "nosotros". Ahora, sin embargo, no había pasillos de hotel, ni recepcionistas sonrientes, ni la sensación clandestina de un fin de semana robado del mundo. Había una cocina amplia con ventanas gigantes al mar, juguetes de perro, porque Hunter juraba que necesitaba "un poco de caos controlado", y una pila de papeles sobre la mesa, que Scarlett organizaba como quien organiza la propia vida.

Ella estaba descalza, con el cabello recogido de la manera apresurada y familiar que siempre se escapaba en mechones suaves cerca del rostro. Una taza de café se enfriaba al lado del portátil abierto, y, en la pantalla, una agenda de consultas parecía un rompecabezas lleno de colores. Scarlett Olsen Bennett, ahora Scarlett Jones, había aprendido a vivir con más de un mundo dentro del pecho. Medicina. Casa. Mar. Y Hunter.

Hunter, por su parte, terminaba de cerrar una maleta como si fuera una batalla personal contra la cremallera. La camiseta blanca se pegaba a los hombros anchos, y el tatuaje discreto en el antebrazo, una fecha pequeña, casi invisible para quien no supiera buscar, aparecía cuando él forzaba la tela. Él refunfuñó algo, arrojó la maleta sobre el sofá y, como siempre hacía cuando no conseguía estar lejos de ella por más de tres pasos, fue hasta Scarlett por la cocina.

Se detuvo detrás de ella, inclinándose para besarle la sien. El toque fue ligero, íntimo, automático, como respirar.

"¿Ya comiste algo hoy, doctora?"

Scarlett contuvo la sonrisa, porque algunas cosas permanecían irritantemente iguales. La forma en que él cuidaba de ella sin darse cuenta. La manera de llamarla doctora como si fuera una promesa antigua. Como si aún estuviera en aquella biblioteca, sosteniendo la mano de ella en la oscuridad, eligiendo no apresurar nada.

"Comí", mintió ella, sin siquiera girar el rostro.

Hunter soltó un sonido de incredulidad, apoyó las manos en la encimera al lado del cuerpo de ella, y ella sintió el calor de él por detrás, una presencia que no necesitaba invadir para ser inmensa. Él miró la pantalla del portátil como si entendiera algo de aquello.

"¿Eso de ahí son tus horarios o un mapa para invadir un país?"

Scarlett finalmente giró el rostro y encaró los ojos azules que aún tenían el ridículo poder de desordenarle el corazón. "Es la clínica. Y es en serio."

Hunter levantó las manos, rendido, pero su sonrisa era orgullosa. Orgullosa de una manera que Scarlett aún no sabía recibir bien, incluso después de todo. "Lo sé. Solo… quería asegurarme de que vas a dormir esta semana."

"Hablas como si dormir fuera una opción para una pediatra", respondió Scarlett, arqueando una ceja, y Hunter soltó una risa baja que hizo que algo caliente se apretara dentro de ella.

Él se inclinó de nuevo, ahora más despacio, y besó la comisura de la boca de ella. Scarlett cerró los ojos por un segundo. Porque aún era así. Aún parecía hogar.

“Vas conmigo a los primeros partidos, ¿no?”, preguntó él, como si fuera una pregunta casual, como si su corazón no pusiera peso en cada palabra cuando el asunto era ella cerca de él.

Scarlett respiró hondo, volvió a mirar el portátil, y el silencio que se formó tenía la textura exacta de los momentos en que ella estaba a punto de cambiarles la vida.

“Al principio sí”, respondió, con suavidad. Y entonces, sin poder evitarlo, bajó un poco los ojos. “Después creo que no voy a poder.”

Hunter frunció el ceño de inmediato, como si aquella frase hubiera sacado el aire del ambiente. “¿Por qué?”

Scarlett sintió que el corazón se aceleraba. Era gracioso cómo, incluso casada con él, incluso después de compartirlo todo, aún existían cosas que hacían que todo su cuerpo temblara como la primera vez que Hunter Jones la miró de verdad al fondo de un aula.

Cerró el portátil despacio, como si aquel clic fuera un punto final a todo lo que era rutina, y se giró hacia él.

“Ven aquí”, dijo.

Hunter obedeció al instante, porque siempre obedecía cuando la voz de ella se ponía así. Serena. Firme. Asustada y feliz al mismo tiempo.

Scarlett tomó su bolso, que estaba colgado de la silla, y abrió la cremallera con manos que traicionaban el nerviosismo. Hunter observó en silencio, los ojos fijos en ella con una atención casi reverente, la misma atención que tenía cuando esperaba un snap en el campo. La misma concentración, solo que ahora era por culpa del corazón.

Ella sacó un pequeño objeto del fondo del bolso, lo sostuvo por un segundo, como si necesitara convencerse de que aquello era real, y

entonces se lo extendió.

Hunter lo tomó distraídamente. Su expresión era curiosa, hasta que los ojos bajaron al plástico blanco y a las dos líneas que no dejaban espacio para ninguna duda.

Se quedó congelado.

El aire pareció detenerse junto con él, como si la casa entera hubiera contenido la respiración.

"Scar…" Su voz falló de una manera a la que Scarlett nunca se acostumbraba a oír. Vulnerable. Desarmado. "Esto es…"

Los ojos azules volvieron a los de ella despacio, como si tuviera miedo de que la respuesta deshiciera la realidad. "¿Estás embarazada?"

Scarlett sintió que los ojos se le llenaban incluso antes de poder sonreír bien. Se rió suavemente, emocionada, porque también parecía imposible, y porque sabía exactamente lo que aquello significaba para él.

"Sí, mi amor."

Hunter soltó el test como si quemara, y las dos manos fueron directo al rostro de ella, sosteniéndolo con cuidado, como si Scarlett fuera algo sagrado. Sus ojos ya estaban brillando.

"Dios mío", susurró, y la manera en que dijo aquello parecía una oración. "Dios mío, Scarlett…"

Ella rió entre lágrimas. "Hunter…"

Él la abrazó con fuerza, pero no era la fuerza del atleta, ni del quarterback acostumbrado a derribar gente más grande que él. Era

la fuerza de alguien que estaba intentando sujetar su propia felicidad para no explotar.

"Me estás dando un hijo", dijo contra el cabello de ella, la voz quebrada. Y entonces, como si necesitara corregir de inmediato para no parecer que estaba presuponiendo nada, se apartó lo suficiente para mirar el rostro de ella. "O hija."

"O hija", confirmó Scarlett, llorando y riendo al mismo tiempo. "Y aún no sé cómo lograste volverte más insoportable después de emocionarte."

Hunter soltó una risa húmeda y besó la frente de ella. Luego la mejilla. Luego la boca, rápido, como si no supiera dónde poner el amor que le sobraba.

"Soy el hombre más feliz del mundo", dijo. Y Scarlett lo creyó, porque Hunter nunca supo mentirle.

Aquella noche, cuando la maleta de la NFL quedó olvidada en el sofá y la agenda de la clínica se cerró sin culpa, Hunter insistió en hacer comida, lo que, en la práctica, significaba abrir la nevera, mirar el contenido como si fuera un menú imposible y acabar pidiendo delivery. Scarlett se quedó en la encimera, observando, con la mano en su propio vientre aún plano, intentando comprender que allí, en aquel lugar, existía un futuro creciendo.

En algún momento, su celular vibró con una videollamada.

"Chloe", murmuró Scarlett, y Hunter levantó la barbilla como si aquello fuera una alerta inmediata.

Chloe Parker apareció en la pantalla con un paisaje verde absurdo detrás de ella, Highlands. Y un hombre demasiado pelirrojo y demasiado sonriente inclinó el rostro para aparecer junto.

“Lo sabía”, anunció Chloe sin ni siquiera saludar bien, señalando con un dedo a la cámara como si estuviera acusando a Scarlett de un crimen. “Yo SABÍA que algo había pasado, porque tardaste seis horas en responder mi mensaje.”

Scarlett rió, cansada y feliz. “Hola para ti también.”

“Hola, futura tía favorita”, completó Hunter, apareciendo detrás de Scarlett y besándole el hombro, como si necesitara marcar territorio incluso en videollamada. Chloe puso los ojos en blanco con teatralidad.

“Ustedes dos son asquerosos”, dijo, demasiado emocionada para sostener la provocación. “Scar, estoy contando los días para la boda. Y voy ahí antes, ¿vale? Necesito verte en persona.”

Scarlett tragó saliva. Había una felicidad suave extendiéndose por el cuerpo, pero también un miedo dulce, ancestral, de perder cosas bonitas. Había pasado la vida entera aprendiendo que nada estaba garantizado.

Hunter le apretó la mano por debajo de la encimera, percibiéndolo sin que ella tuviera que decirlo. Percibiéndolo como siempre percibió.

“Vamos a estar allí, Chloe”, respondió Scarlett. “Aunque tenga que llevar a Hunter en la maleta.”

“Iré con gusto”, dijo Hunter, demasiado serio, y Chloe soltó una carcajada.

Después de la llamada, la casa quedó silenciosa otra vez. El mar seguía allí, golpeando constante como un corazón gigante del lado de fuera. Scarlett se apoyó en la terraza y miró la oscuridad del océano. Hunter se apoyó detrás de ella, los brazos rodeándole la cintura con cuidado.

“Estás pensando demasiado”, susurró él en el oído de ella.

Scarlett soltó un aire que parecía guardado desde hacía años. “Yo siempre pienso demasiado.”

Hunter le besó el cuello, lento. “Lo sé. Pero estoy aquí.”

Ella giró el rostro para mirarlo. “Estoy feliz.”

“Yo también.”

“Y tengo miedo.” La confesión salió pequeña, casi avergonzada.

La expresión de él cambió en el acto. No hubo irritación, ni impaciencia. Solo comprensión, como la noche en que ella dijo, en el pasillo del dormitorio, que nunca había estado con nadie antes. Hunter apoyó la frente en la de ella.

“Yo también tengo”, admitió. Y sonrió levemente, como si aquella verdad no disminuyera nada, solo hiciera todo más real. “Pero esta vez vamos a tener miedo juntos.”

Scarlett cerró los ojos y dejó que el pecho de él se volviera refugio. Por un momento, pensó en Sophie.

Pensaba menos en dolor ahora y más en ausencia. Una ausencia que había ganado nombre dentro de una placa bonita, dentro de una clínica llena de luz, dentro de niños que corrían por los pasillos del Instituto Sophie Olsen Bennett como si la vida fuera finalmente algo que podía vencer.

Hunter había construido aquello con una facilidad que no era financiera, era emocional. Había amado los dolores de ella como si fueran suyos. Había mirado la cicatriz antigua de Scarlett y decidido transformar en cura.

La semana siguiente, Scarlett entró en el Instituto más temprano de lo normal. El edificio quedaba cerca del ala infantil del hospital, con paredes claras, dibujos de animales en el pasillo y un espacio de

recreación que parecía un pequeño parque cubierto. El nombre en la fachada aún le daba un choque íntimo cada vez que lo leía:

Instituto Sophie Olsen Bennett.

Scarlett pasó los dedos por la placa en la entrada con un cariño que era casi una conversación. "Deberías ver esto", pensó, y no había desesperación, solo amor.

Dentro del consultorio, la Dra. Evelyn Carter, ahora jefa de una parte del programa y una de las personas que Scarlett más respetaba, levantó los ojos del historial y arqueó una ceja al ver a Scarlett entrar con un brillo diferente en el rostro.

"Tienes cara de noticia", comentó la doctora.

Scarlett intentó ser profesional, pero falló en el mismo instante. "Yo… estoy embarazada."

Evelyn sonrió de una manera rara. "Entonces felicidades, doctora. Y felicidades al padre… que imagino que no sea el Daniel de medicina."

Scarlett rió, porque Daniel Foster se había vuelto solo un recuerdo simpático de un universo en el que ella aún creía que no encajaba en nada. "No. Definitivamente no."

La noticia corrió rápido por los círculos que importaban. La madre de Scarlett lloró por teléfono. Ethan, ahora con diecinueve años y aún dramáticamente protector, amenazó a Hunter por videollamada, con una seriedad cómica.

"Si haces llorar a mi hermana embarazada, juro que yo—"

Hunter interrumpió con la calma de quien ya había enfrentado linebackers. "Ethan, voy a hacerla llorar solo de emoción. ¿Vale?"

“Mejor”, respondió Ethan, y Scarlett se cubrió el rostro, riendo.

Su padre, Richard Bennett, se quedó en silencio durante unos segundos demasiado largos. Scarlett conocía aquel silencio. Era el silencio de un hombre que había visto a la vida llevarse demasiadas cosas demasiado pronto. Entonces carraspeó.

“Cuídala”, le dijo a Hunter, simple, pesado.

Hunter no hizo broma. No provocó. Solo respondió con una firmeza que Scarlett sintió atravesar el océano. “La cuido.”

Y la cuidó.

La cuidó cuando Scarlett se despertó con náuseas a las cuatro de la mañana y juró que nunca más pisaría un quirófano. La cuidó cuando ella intentó trabajar más de lo que debía y él apareció en la clínica con una bolsa de comida como si aún estuviera invadiendo el hospital en guardias nocturnas. La cuidó cuando ella lloró, de la nada, viendo a un bebé en el regazo de una madre en la sala de espera, y no logró explicar bien por qué.

Y la cuidó, principalmente, cuando llegó el día.

El hospital en Miami era moderno, eficiente, ruidoso, pero la sensación dentro de Scarlett era la misma de siempre: control intentando sobrevivir al caos. Estaba en una sala de parto, sudada, temblando, con el cabello recogido de cualquier manera y los ojos enfocados en un punto que no existía.

“Scarlett, una vez más”, dijo la médica, firme y amable. “Tú puedes.”

Scarlett sostenía la mano de Hunter con una fuerza que probablemente rompería huesos en cualquier otro hombre. Hunter no se quejó. Solo besó la frente de ella con los ojos llenos de lágrimas.

“Tú puedes, doctora”, susurró, como si aquel apodo cargara todo: la fuerza de ella, la historia de ella, el futuro de ellos.

Scarlett gritó, lloró, rió sin humor, insultó a Hunter por haber sugerido que tener hijos era una “buena idea”, y Hunter aceptó cada palabra como una penitencia feliz. Él estaba allí, entero. No había estadio. No había cámaras. No había hinchada. Solo él y ella y una vida llegando.

Cuando el llanto del bebé llenó la sala, algo dentro de Hunter se rompió y se rehízo en el mismo instante. Soltó un sonido que era risa y sollozo al mismo tiempo.

“Felicidades, papá y mamá”, anunció la médica, con una sonrisa emocionada. “Es una niña.”

Scarlett sintió que el mundo desaparecía cuando pusieron aquel cuerpecito diminuto en sus brazos. La bebé tenía la carita arrugada, los ojos cerrados, un mechón oscuro de cabello y un llanto indignado que parecía protestar contra la luz del mundo.

Scarlett miró, sin poder respirar bien, y sintió que el pecho le dolía de un amor que no sabía que existía.

Hunter apoyó la frente en la de ella, tan cerca que Scarlett podía sentir la respiración de él temblando.

Él miró a la hija como si estuviera viendo su propia alma en forma de persona.

“Sophie”, dijo.

Scarlett cerró los ojos en el mismo instante, y las lágrimas llegaron calientes, silenciosas. No era solo homenaje. Era continuidad. Era un nombre que ya no significaba solo pérdida. Significaba vida.

Hunter besó la frente de la bebé con un cuidado casi reverente y luego miró a Scarlett, completamente destruido de amor.

"Hola", dijo con la voz baja, como si tuviera miedo de asustar su propia felicidad. "Hola, Sophie."

Scarlett rió entre lágrimas, exhausta y plena. "Tiene tu nariz."

Hunter hizo una mueca ofendida. "¿Eso es un elogio?"

"Es una advertencia", respondió Scarlett, y Hunter rió de nuevo, húmedo, apoyando el rostro en el de ella.

En la madrugada siguiente, cuando el hospital se quedó más silencioso y la ciudad dormía del lado de fuera, Hunter se quedó con la hija en brazos, caminando de un lado a otro de la sala como si aún estuviera entrenando para algún partido, solo que ahora el marcador era un cuerpo pequeño respirando.

Scarlett observaba desde la cama, demasiado débil para levantarse, pero lo bastante fuerte para sentir el corazón lleno.

Hunter la miró de repente, y sus ojos tenían aquel mismo brillo de cinco años antes, cuando corrió hasta la grada al final del partido universitario y besó a Scarlett delante del mundo.

"Creí que mi mayor sueño era el fútbol", dijo, bajito, para no despertar a la bebé. "De verdad lo creí."

Scarlett tragó saliva, porque sabía exactamente lo que venía y porque aun así aquello siempre la desarmaba.

Hunter acercó a la hija al pecho y miró a Scarlett como si ella fuera la respuesta de todo.

"Entonces te conocí", continuó. "Y tú me hiciste querer ser un hombre que mereciera quedarse."

Scarlett sintió que el pecho se le apretaba. “Hunter…”

Él dio un paso hasta la cama, con Hannah dormida en el brazo, y se inclinó para besar a Scarlett con un cuidado que era casi una petición de permiso. Un beso rápido, pero lleno de todo. De promesa. De permanencia.

“Gracias por no haber huido”, susurró.

Scarlett pensó en la chica invisible que atravesaba el campus con libros contra el pecho, intentando existir sin ser notada. Pensó en cómo odió a Hunter Jones antes de amarlo. Pensó en cómo creyó que el amor era un riesgo demasiado grande para alguien que ya había perdido.

Y entonces miró al hombre frente a ella, el mismo que un día fue vacío, popular y solo, y que ahora cargaba a una bebé en brazos como si cargara el mundo, y entendió que algunas cosas solo parecían peligrosas hasta volverse hogar.

“No huí”, respondió, la voz ronca de emoción y cansancio. “Aprendí a quedarme.”

Hunter sonrió de la manera que siempre hacía cuando la vida lo sorprendía. Una sonrisa de niño y de hombre al mismo tiempo.

Miró a Sophie, luego de vuelta a Scarlett, y en aquel instante el futuro pareció simple, a pesar de todo lo que aún vendría: temporadas, viajes, noches en vela, guardias, miedo. Pero también cafés compartidos, manos dadas, risas en la cocina, y un nombre que ahora era vida.

Del lado de fuera, el mar de Miami no podía verse desde allí, pero Scarlett juró que aún podía oírlo. Constante. Infinito.

Como Hunter.

Como ellos.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Gracias por haber vivido esta historia junto conmigo.

Scarlett y Hunter nacieron como dos opuestos completos:
una chica que tenía miedo de sentir…
y un chico que nunca había sentido de verdad.

Pero, en algún momento, dejaron de ser solo personajes.
Se convirtieron en consuelo.
Se convirtieron en hogar.
Se convirtieron en ese tipo de amor que se queda en la cabeza de uno incluso después de la última página.

Espero que, en algún momento de este viaje, tú hayas:
sonreído,
te hayas enamorado,
hayas sufrido,
y hayas sentido el corazón acelerarse junto con ellos.

Porque, al final, esta historia nunca fue solo sobre un quarterback universitario y una estudiante de medicina.

Fue sobre alguien finalmente encontrar a una persona que eligiera quedarse.

Gracias por dar un espacio para que Scarlett y Hunter existan dentro de ti por algunas horas.

Con cariño,
Soraya Pontes.